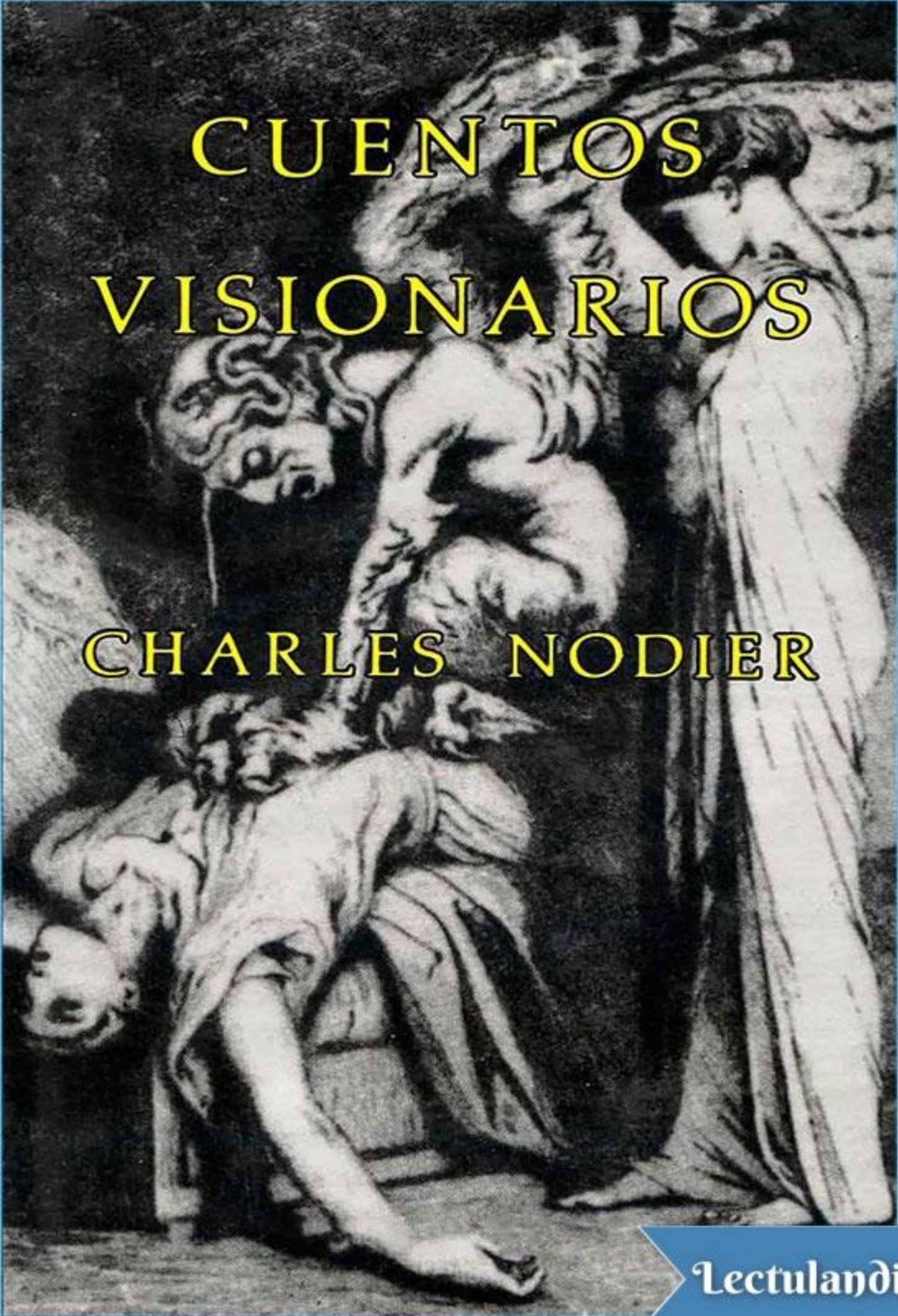




# CUENTOS VISIONARIOS

CHARLES NODIER

Lectulandia

En este libro ofrecemos al lector una selección de los mejores cuentos de Nodier y, en apéndice, su injustamente olvidado ensayo sobre lo fantástico en literatura, texto de gran interés teórico que se publicó en 1830 y que apenas se ha reimpreso desde entonces.

Lectulandia

Charles Nodier

# Cuentos visionarios

El ojo sin párpado - 23

ePub r1.0

orhi 26.04.15

Título original: *Cuentos visionarios*

Charles Nodier, 1989

Traducción: Javier Martín Lalanda & Luis Alberto de Cuenca

Editor digital: orhi

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



ANIVERSARIO  
E P U B L I B R E

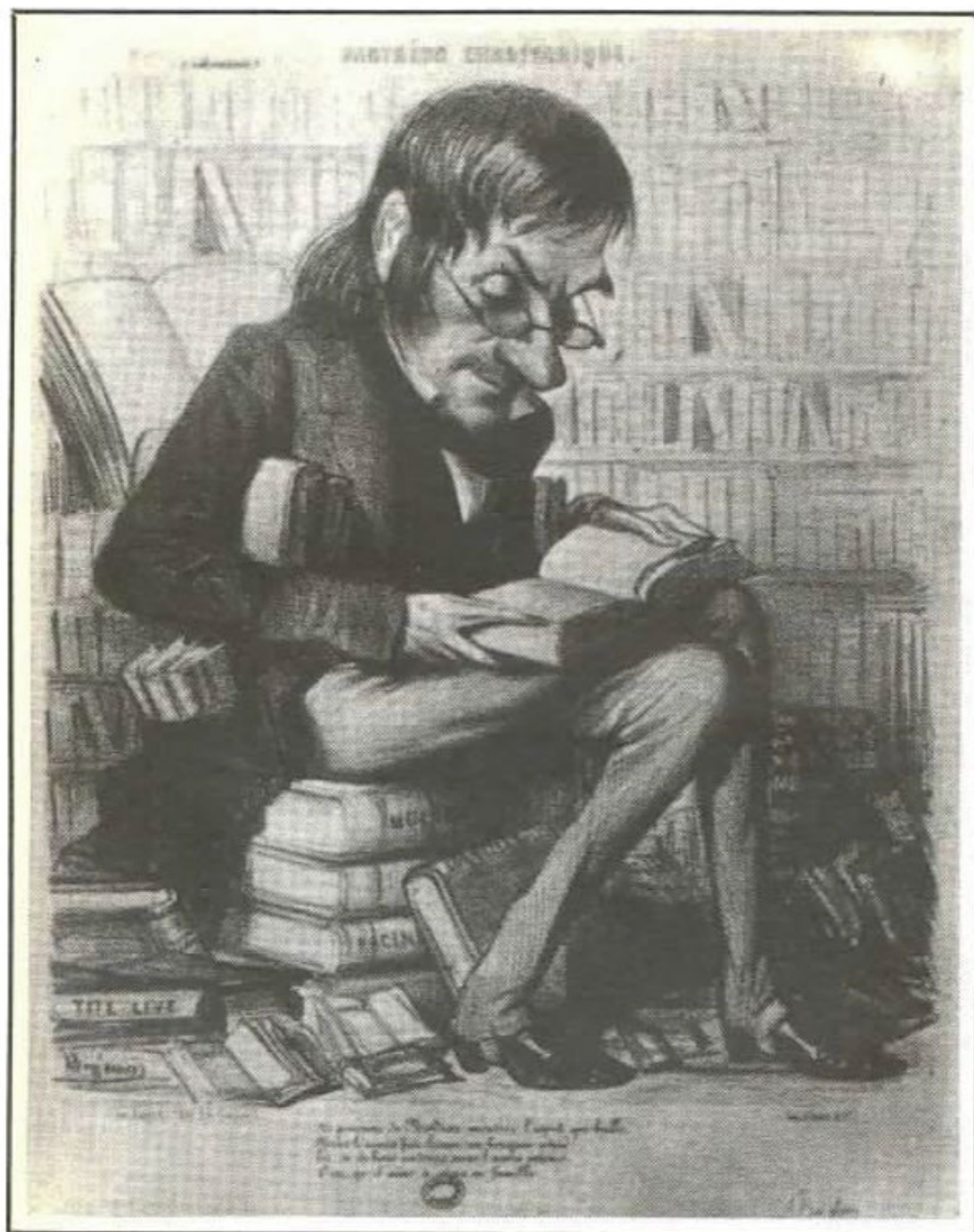
*“Sólo el que sabe es libre,  
y más libre el que más sabe...  
Sólo la cultura da libertad.*

*No proclaméis la libertad de volar,  
sino dad alas;  
no la de pensar,  
sino dad pensamiento.*

*La libertad que hay que dar al pueblo es la cultura.”*

EDICIÓN CONMEMORATIVA

WWW.EPUBLIBRE.ORG



*Charles Nodier, bibliómano*

# INTRODUCCIÓN

## EL SUEÑO, LA LUZ Y EL ÁNGEL

*Yo soy de los que esperan  
ver cualquier día al unicornio.  
(Inés de Las Sierras)*

*CHARLES Nodier nació en Besançon en 1780 y murió en París en 1844. Fue bibliotecario de la famosa Biblioteca del Arsenal. Escribió sobre casi todo, desde una Bibliothèque sacrée grecque-latine hasta una Bibliographie des fous, pasando por un Examen critique des dictionnaires de la langue française, pero es su actividad como narrador la que ha superado con más éxito la inevitable prueba del tiempo. En este libro ofrecemos al lector una selección de los mejores cuentos de Nodier y, en apéndice, su injustamente olvidado ensayo sobre lo fantástico en literatura, texto de gran interés teórico que se publicó en 1830 y que apenas se ha reimpresso desde entonces.*

*Si tuviéramos que definir a Nodier con cuatro adjetivos, lo calificaríamos sin dudar de viajero, bibliófilo, contertulio y visionario. Viajó, en efecto, incansablemente a lo largo de su vida por toda Europa, ya fuera por placer, por motivos profesionales o a causa de los vaivenes de la política (fue partidario de la restauración borbónica durante el período napoleónico). Coleccionó libros desde niño, llegando a reunir una extraordinaria biblioteca privada. Organizó, a partir de 1824, en el salón del Arsenal, una tertulia de vital importancia para la historia del romanticismo francés. Fue adicto a las ideas filosóficas de Louis-Claude de Saint-Martin y a la angelología de Emanuel Swedenborg, y se afilió desde su juventud a una hermandad iluminista, la Secte des Méditateurs.*

*Precisamente es esta última faceta, la de visionario, la que hemos tenido más en cuenta a la hora de realizar nuestra selección. Como los británicos Richard Garnett y M. R. James, Nodier vivió siempre entre libros, por vocación y por oficio. Tenía a su disposición los fondos bibliográficos del Arsenal, que, junto con la British Library, guarda la más completa colección de manuscritos mágicos del mundo. Si añadimos a esto su confesado iluminismo, el hecho de que padeciese intermitentes ataques de epilepsia y su adicción a los opiáceos, comprenderemos la existencia de una vertiente visionaria en su obra y nos explicaremos mejor su Weltanschauung.*

*En todos los cuentos de Nodier relacionados con el tema del sueño (Smarra o los demonios de la noche, Lydie o la resurrección, e incluso Jean-François, el de las*

medias azules) se nos habla de un mundo trascendente —alejado del mundo cotidiano, «práctico» o «positivo»—, al que sólo puede acceder el visionario o el poeta. A esta especie de mundus imaginalis —la expresión es de Henry Corbin en su libro *L’homme de lumière dans le soufisme iranien* (París, Présence, 1981), dando nombre con ella a una de las ideas clave para los neoplatónicos del Irán medieval— sólo se llega mediante la ascensión, ya sea mística o chamánica, proceso que podemos ver de forma meridiana en *Lydie* e invertido en *Smarra* (relato en el que la ascensión se convierte en descensus ad inferos).

*El ángel* (George, el protagonista de *Lydie* o la resurrección, en su nuevo estado) no sólo está relacionado con el tema de la ascensión, sino que, además, es una representación del principio luminoso del alma, lo que los neoplatónicos iraníes, herederos del mazdeísmo, denominarían *daênâ*, el cual, desde otro mundo, aguarda la liberación de la parte del alma que permanece sobre «este mundo», y que, usualmente, posee los rasgos, o la apariencia, de una hermosa joven. La explicación que Nodier da, en su cuento *El hombre y la hormiga*, acerca del origen de la mujer es análoga a la que, en el mundo iraní, hace referencia a las *fravartis*, espíritus que eligieron venir a este mundo para ayudar al hombre en su lucha contra el mal, *Ahrimán*, representado por la sombra, esa misma sombra que se extiende bajo las ramas del siniestro árbol *upas* y produce la muerte en el cuento *El sueño de oro*.

Obsérvese, por otro lado, la persistencia en estos cuentos, que hemos dado en llamar visionarios, de un motivo platónico: el del andrógino. Ello se traduce en la espera de los amantes para fundirse en un solo ser, fusión total que sólo se alcanzará después de la muerte en «este mundo»: *Lydie* y George (*Lydie*), *Polia* y Francesco (*Franciscus Columna*, un conmovedor homenaje de Nodier al supuesto autor de la *Hypnerotomachia Poliphili*, significativamente inmerso en el neoplatonismo renacentista italiano), *Elisabetta-María* y Giovanni (*Los novios*, que trae a nuestra memoria al célebre alquimista Bernardo Trevisano), o *Inés* y *Sergy* (*Inés de Las Sierras*).

Como no hemos querido limitarnos en nuestra selección al aspecto visionario, con ser éste el más representativo, se han incluido otros relatos de Nodier más tradicionales, como *Los cuatro talismanes*, cuya estructura *milyunanóchesca* no carece de encanto, aunque sin la ternura que preside *El sueño de oro*, todo un esbozo en clave simbólica del mundo; *La quebrada del hombre muerto*, una leyenda con diablo y magia incluidos, narrada con un delicioso humor negro; *El hombre y la hormiga*, que, además de expresar las ideas de Nodier acerca de la *palingenesia*, se adelanta en un siglo a las sombrías consideraciones de Lovecraft, según las cuales el hombre será destronado en el futuro por los insectos; y *Tesoro de las Habas y Flor del Guisante*, que no sólo es un cuento de hadas, sino un relato de ciencia-ficción *avant la lettre* que nos habla de la relatividad del espacio (la calesa-garbanzo que, mediante algún desconocido truco topológico, posee una capacidad mayor de la que aparenta) y del tiempo (*Tesoro de las Habas* sufre alteraciones temporales y, al

*adelantar al sol en su carrera, se adelanta también a los viajeros del tiempo de la ciencia-ficción clásica, que utilizarán el mismo principio para llevar a cabo sus viajes).*

*No hemos incluido en nuestra selección ninguno de los cuentos que Pierre-Georges Castex, estudioso de la literatura fantástica francesa y editor de los Contes de Nodier en la colección «Classiques Garnier», denomina «Le cycle du dériseur sensé», por estimar que tales cuentos, disparatados, satíricos y «progresivos» (así los llama en broma el conservador Nodier), desentonarían en el contexto que proponemos, predominantemente visionario. No obstante, habría que decir de ellos, y de algunas otras joyas de Nodier, como La Fée aux Miettes o Trilby ou le Lutin d'Argail, que, imitando el lenguaje de los cuentos de antaño, «son otra historia que será contada en otra ocasión».*

Javier Martín Lalanda  
Luis Alberto de Cuenca  
Zamora-Madrid, otoño 1988.

## PREFACIO A LA PRIMERA EDICIÓN DE SMARRA (1821)

LA singular obra cuya traducción ofrezco ahora al público es moderna, e incluso reciente. En tierras ilirias suele ser atribuida a un noble de Ragusa que, al igual que hiciera con otros muchos poemas del mismo género, ha ocultado su nombre bajo el seudónimo del conde Máximo Odín. Ésta, cuya noticia debo a la amistad del caballero Fedorovich Albinoni, no había sido impresa durante el tiempo que residí en aquellas provincias. Por lo que, probablemente, lo ha sido después.

*Smarra* es el primitivo nombre del espíritu maligno al que los antiguos hacían responsable del triste fenómeno de la *pesadilla*. La misma palabra todavía expresa la misma idea en una buena parte de los dialectos eslavos, pues la gente de esa región es la más expuesta a esta espantosa dolencia. Hay pocas familias morlacas en las que ninguno de sus miembros haya sido atormentado por ellas. De tal suerte, la Providencia ha colocado entre las dos extremidades de la vasta cadena de los Alpes suizos e italianos las dos enfermedades del hombre más dispares entre sí; en Dalmacia, los delirios de una exaltada imaginación que ha llevado la práctica de todas las facultades hasta un orden de ideas puramente intelectual; en Saboya y Valais, la ausencia casi total de las percepciones que distinguen al hombre del animal: por un lado se encuentra el frenesí de Ariel, y por el otro, el estupor salvaje de Caliban.

Para entrar con interés en el secreto de la composición de *Smarra*, será, quizás, necesario haber experimentado las sensaciones de la *pesadilla*, de la que este poema es una crónica fiel, aunque quizás suponga pagar un tanto caro el insípido placer de leer una mala traducción. Sin embargo, hay tan pocas personas que no hayan sido nunca perseguidas en sus sueños por alguna enojosa ensoñación, o maravilladas por los prestigios de algún encantador sueño que acabó demasiado pronto, que he pensado que, al menos para el gran público, esta obra tendría el mérito de recordar sensaciones conocidas que, como dice el autor, todavía no han sido descritas en ninguna lengua, y de las que, raramente, uno suele darse cuenta al despertarse. El más difícil artificio del poeta estriba en haber sepultado la narración de una anécdota relativamente mantenida, con su exposición, su nudo, su peripecia y su desenlace, bajo una sucesión de sueños poco usuales, cuya transición no está determinada, a veces, más que mediante una sola palabra. Y, sin embargo, en este punto, no ha hecho más que amoldarse al capricho mordaz de la naturaleza, que se divierte al hacernos recorrer en la duración de sólo un sueño, muchas veces interrumpido por episodios ajenos a su trama, todos los componentes de una acción usual, completa y, más o menos, verosímil.

Las personas que hayan leído a Apuleyo se darán cuenta fácilmente de que la

fábula del libro primero de *El Asno de Oro*, de este ingenioso narrador, presenta muchas semejanzas con aquélla, y de que se parecen en el fondo casi tanto como difieren en la forma. El autor parece, incluso, haber deseado esa relación dejando que su personaje principal conservase el nombre de *Lucias*. La narración del filósofo de Madaura y la del sacerdote dalmata, citado por Fortis, tomo I, página 65, toman, en efecto, su origen común de una comarca que, curiosamente, Apuleyo había visitado, pero de cuyas características nunca habló, lo que no obsta para que Apuleyo sea considerado como uno de los escritores más románticos del mundo antiguo. Pues surgió en el tiempo preciso que separa las edades dominadas por el gusto de las que lo serían por la imaginación.

Ya para acabar, debo confesar que si hubiera hecho aprecio de las dificultades de esta traducción antes de acometerla, jamás me habría ocupado de ella. Seducido por el sentido general del poema, sin darme cuenta de los efectos que lo producían, había atribuido su mérito a la composición, que, sin embargo, no vale nada, y cuyo endeble interés no alcanzaría a sostener la atención durante mucho tiempo, si no fuera porque el narrador la ha realzado mediante el empleo de los prestigios de una imaginación poco usual, y, sobre todo, por el increíble atrevimiento de un estilo que no deja en ningún momento de presentarse como elevado, pintoresco y armonioso. Esto era, precisamente, lo que me resultaba imposible reproducir, y que no me habría atrevido a intentar llevar a nuestra lengua sin caer en una ridícula presunción. Estoy seguro de que los lectores que conozcan la obra original no verán en esta débil copia más que una impotente tentativa, pero, en mi fuero interno, espero que no vean en ella el esfuerzo fallido de una desgraciada vanidad. Tengo en el dominio literario jueces tan severamente inflexibles, y amigos tan religiosamente imparciales, que, de antemano, estoy persuadido de que esta explicación no caerá en saco roto para ninguno de ellos.

## PREFACIO A LA PRIMERA EDICIÓN DE SMARRA (1832)

«**D**E temas nuevos hacemos siempre versos antiguos», dijo André Chénier. En mi juventud, este pensamiento me preocupaba particularmente; y para explicar mis motivos, y también para disculparlos, habría que decir que en mi juventud era el único que presintiera el infalible advenimiento de una nueva literatura. Lo que para el genio no era más que una revelación, para mí se convertía en un tormento.

Yo bien sabía que los argumentos no se habían agotado, y que dentro de la imaginación quedaban aún inmensos dominios por explorar; pero esto sólo lo vislumbraba, como suele ocurrirles a los mediocres, y merodeaba a lo lejos alrededor de las tierras americanas, sin caer en la cuenta de que eran un mundo. Pues sólo aguardaba a que una voz amada gritase: ¡TIERRA!

Me había sorprendido una cosa: que en el ocaso de toda literatura, el ingenio parecía crecer en razón directa a la pérdida del gusto, y que los escritores en los que florecía, como algo nuevo y resplandeciente, cohibidos por algún extraño pudor, nunca se habían atrevido a ofrecérselo a la multitud, a no ser bajo una máscara de cinismo e irrisión, como el disparate en los festejos populares o la ménade en las bacanales. Y esto es un signo distintivo de genios trillizos como Luciano, Apuleyo y Voltaire.

Si ahora buscáramos el alma de esta creación propia de tiempos ya consumados, la encontraríamos en la fantasía. Los grandes hombres de los pueblos del pasado regresan, igual que los ancianos, a los juegos de la infancia, a pesar de que ante los sabios finjan desdeñarlos; sólo en ellos dejarán desbordar, entre risas, la vitalidad que les diera la naturaleza. Apuleyo, filósofo platónico, y Voltaire, poeta épico, son enanos que dan pena. El autor de *El Asno de Oro* y el de *La Doncella y Zadig* ¡son gigantes!

En cierta ocasión, fui del parecer de que la vía de lo fantástico, tomada en serio, sería algo nuevo, si es que en una civilización debilitada la idea de novedad puede darse en su acepción absoluta. La *Odisea* de Homero forma parte de lo fantástico serio, pero tiene un carácter propio de las concepciones de las primeras edades del hombre, el de la ingenuidad. Para satisfacer este instinto curioso e inútil de mi débil espíritu, sólo me quedaba descubrir en el hombre el origen de lo fantástico verosímil o auténtico, que no sería más que el resultado de impresiones naturales o de creencias difundidas, incluso, entre los más sublimes espíritus de nuestro incrédulo signo, tan profundamente desposeído de la ingenuidad antigua. Lo que yo buscaba sería encontrado después por muchos hombres: Walter Scott y Víctor Hugo, en tipos extraordinarios pero *posibles*, circunstancia hoy esencial que falta a la realidad

poética de Circe y Polifemo; Hoffmann, en el frenesí nervioso del artista entusiasta o en los fenómenos, más o menos demostrados, del magnetismo. Schiller, que se reía de todas las dificultades, ya había hecho brotar graves y terribles emociones de una combinación aún mucho más sencilla: la complicidad de dos sacamuelas, expertos en fantasmagoría.

El poco éxito de *Smarra* no me ha demostrado que estuviese totalmente confundido respecto a otro de los aspectos de lo fantástico moderno, más maravilloso, me parece, que los demás. Lo que me demostró es que carecía de la capacidad suficiente para poder servirme de él, y que no tenía necesidad de adquirirla. Y yo lo sabía.

La vida de un hombre organizado poéticamente se divide en dos series de sensaciones casi iguales, incluso en sentido: una que resulta de las ilusiones de la vigilia y otra que se forma de las ilusiones del sueño. No discutiré acerca de la ventaja relativa de una u otra de estas dos maneras de percibir el mundo imaginario, pero estoy soberanamente convencido de que no tienen nada que envidiarse recíprocamente a la hora de la muerte. El soñador no tendría nada que ganar haciéndose pasar por poeta, ni el poeta por soñador.

Lo que me extraña es que el poeta despierto se haya aprovechado tan poco en sus obras de las fantasías del poeta dormido, o al menos que sea tan raro que confiese su deuda, pues la realidad de este préstamo en las concepciones más audaces del genio es algo incontestable. El descenso de Ulises a los infiernos es un sueño. Este compartir de las facultades alternativas fue posiblemente comprendido por los escritores primitivos. Los sueños ocupan un puesto importante en las Escrituras. La idea misma de su influencia en el desarrollo del pensamiento, en su acción externa, se ha conservado, gracias a una singular tradición, a través de todas las reservas de la escuela clásica. No hace veinte años que el sueño era de rigor cuando se iba a componer una tragedia; he asistido a unas cincuenta y, desgraciadamente, al escucharlas daba la impresión de que sus autores jamás hubieran soñado.

A fuerza de extrañarme de que la mitad, y sin duda la más importante, de las imaginaciones de nuestro entendimiento no se hubiera convertido en el argumento de una fábula ideal tan adecuada a la poesía, pensé en intentar tal cosa para mí mismo, pues apenas aspiraba a que alguien se ocupase de mis libros y de sus prefacios, ya que nadie se preocupa mucho de éstos. Un accidente, bastante vulgar, de mi constitución que me ha impelido durante toda mi vida a estas ensoñaciones del sueño, para mí cien veces más lúcidas que amores, intereses y ambiciones, me arrastraba hacia ese empeño. Sólo una cosa me repelía, de manera casi insalvable, y debo decir el qué. Yo era un apasionado admirador de los clásicos, los únicos autores que había leído con el consentimiento paterno, y habría renunciado a mi proyecto si no lo hubiera encontrado expuesto en la paráfrasis poética del primer libro de Apuleyo, al que debía tantos sueños extraños que habían acabado por sobrecargar mis días con el recuerdo de sus noches.

No obstante, eso no era todo. También necesitaba (se da por supuesto) la expresión viva y, sin embargo, elegante y armoniosa de esos caprichos del sueño que nunca habían sido escritos, y de los que el cuento de hadas de Apuleyo no venía a ser más que el armazón. Y puesto que el marco de aquel estudio no llegaba a presentarse a mi joven y vigorosa paciencia como algo ilimitado, me dediqué, intrépidamente, a traducir y volver a traducir todas las frases de los clásicos que eran casi intraducibles, y que estaban relacionadas con mi proyecto, y a fundirlas, hacerlas maleables, doblarlas hasta que adquirieran la forma que les diera su autor original, como había aprendido de Klopstock, o como había aprendido de Horacio:

*Et male tornatos incudi reddere versus.*

Todo esto sería bastante ridículo con respecto a *Smarra*, si de ello no se extrajera una lección lo suficientemente útil para los jóvenes que comienzan a escribir en lengua literaria, y que nunca llegarán a escribirla bien, si no me equivoco, faltándoles la elaboración concienzuda de la frase bien hecha y de la expresión feliz. Y deseo que les sea más favorable que a mí.

Un día mi vida cambió, pasando de la deliciosa edad de la esperanza a la edad imperiosa de la necesidad. Ya no soñaba con mis futuros libros e incluso vendía mis sueños a los libreros. Así apareció *Smarra*, que jamás habría aparecido con esa configuración si yo hubiera tenido la libertad de poder darle otra.

Tal y como es, *Smarra* no viene a ser más que un estudio y, no me cansaré de repetirlo, no será un estudio inútil para los gramáticos que sean un poco filólogos, y quizá es ésta la razón que me permite reeditarla. Observarán que he intentado agotar todas las formas de la fraseología francesa, luchando, con toda mi voluntad de escolar, contra las dificultades de las construcciones griegas y latinas, trabajo inmenso y minucioso como el de aquel hombre que conseguía pasar granos de mijo por el ojo de una aguja, pero que entre los pueblos civilizados quizá sería merecedor de un celemin de mijo.

Lo demás no me concierne. Ya he dicho que era fábula: salvo algunas frases de conexión, lo demás es de Homero, Teócrito, Virgilio, Catulo, Estacio, Luciano, Dante, Shakespeare y Milton. No leía otra cosa. El evidente fallo de *Smarra* es parecer lo que realmente es, un estudio, un *pastiche*, un centón de los clásicos, el peor volumen de la escuela de Alejandría que escapara al incendio de la biblioteca de los Tolomeos. Pero nadie se dio cuenta de ello.

¿Adivinan en lo que llegó a convertirse *Smarra*, esta ficción de Apuleyo perfumada, es posible que torpemente, con las rosas de Anacreonte? ¡Oh, libro de estudioso, libro metódico, libro de inocencia y pudor escolares, libro escrito bajo la inspiración de la más pura antigüedad! ¡Pues llegó a convertirse en un libro *romántico*! ¡Y Henri Estienne, Scapula y Schrevelius no fueron capaces de levantarse de sus tumbas para negarlo! ¡Pobre gente! No me refiero a Schrevelius, Scapula o a

Henri Estienne.

Por aquel entonces, tenía algunos amigos ilustres en el mundo de las letras a los que repugnaba abandonarme bajo el peso de una acusación tan grave. Podían hacer algunas concesiones, pero *romántico* era demasiado fuerte. Habían aguantado ya mucho tiempo. Y cuando les hablaron de *Smarra* pusieron pies en polvorosa. Tesalia les sonaba mucho más escabrosa que *Scotland*. «Larissa y el Peneo..., pero ¿de dónde diablos ha sacado eso?», decía el buen Lémontey (¡Dios le tenga en su santa gloria!) ¡Eran clásicos un tanto rígidos, se lo aseguro!

Lo que este juicio tiene de singular y risible es que sólo perdonó, como mucho, ciertas partes del estilo, que, para mi venganza, era lo único mío que había en el libro. De las concepciones fantásticas del más eminente espíritu de la decadencia, de la imagen homérica, de la expresión virgiliana, o de las formas de construcción calcadas tan laboriosamente y, en ocasiones, de manera tan artística... nada en absoluto. Se supuso que habían sido utilizadas y eso fue todo. Tengan la bondad de imaginarse una estatua, como la de Apolo o la de Antinoo, sobre la cual, quizá, algún trabajador desaprensivo ha tirado, al pasar, como si quisiera deshacerse de él, un montón de harapos, y que la Academia de Bellas Artes encuentra de mal gusto, aunque no deja de reconocer que la viste con decencia...

Así pues, el trabajo que realicé con *Smarra* no es más que un trabajo verbal, la obra de un escolar atento; todo lo más podía suponer un premio de composición en el colegio, pero nunca tanto desprecio; algunos días más tarde, envié a mi desgraciado amigo Auger un ejemplar de *Smarra*, con sus referencias a los clásicos, y pienso que podrá ser localizado en su biblioteca. A la mañana siguiente, mi librero, M. Ponthieu, me hizo el favor de anunciarme que la edición había sido vendida al peso.

Había tenido tanto temor de tener que enfrentarme con la elevada dosis de complejidad expresiva que caracteriza la antigüedad, que me oculté bajo el oscuro papel de traductor. Las obras que figuraban después de *Smarra* favorecían esta suposición, a la que añadía visos de verosimilitud el hecho de mi larga estancia en las provincias esclavonias. Se trataba de otros estudios que, siendo aún joven, había realizado acerca de una lengua primitiva, más o menos autóctona, que, no obstante, tiene su *Ilíada* en la hermosa obra *Osmanida*, de Góndola, pero no pensaba que fuera precisamente esta precaución la que, mal comprendida, levantase contra mí, nada más ver la portada de mi libro, la indignación de los literatos de aquel entonces, hombres de erudición modesta y moderada, cuyos sabios estudios no habían ido más allá de los realizados por el padre Pomey en la investigación de las historias mitológicas y por el señor abad Valart en el análisis filosófico de los idiomas. El salvaje nombre de Esclavonia les previno contra todo lo que podría llegar de una comarca de bárbaros. Por entonces no se sabía en Francia, aunque hoy se sepa hasta en el Instituto, que Ragusa es el último templo de las musas griegas y latinas; que los Boscovich, Stay, Bernardo de Zamagna, Urbano Appendini o Sorgo brillaron sobre su horizonte a la manera de una constelación clásica, por aquella época en que París se pasmaba ante

la prosa de M. de Louvet y los versos de M. Demoustier; y que los estudiosos esclavones, por lo demás bastante reservados en lo concerniente a sus pretensiones, en ocasiones se permiten sonreír con cierta malicia cuando oyen hablar de los nuestros. Se dice que aquel país es el último en haber conservado el culto a Esculapio, y se diría que, en agradecimiento, Apolo se ha sentido generoso y ha dejado oír los últimos sonos de su lira en los parajes donde todavía se amaba el recuerdo de su hijo.

Cualquier otra persona habría guardado para una perorata la frase que acaban de leer, y que, al final de un aparatoso discurso, suscitaría un murmullo extremadamente halagador, pero eso no me importa tanto y además, todavía me queda por decir una cosa: y precisamente es que he estado dejando hasta ahora la crítica más severa de todas las que ha recibido el desgraciado *Smarra*. Se ha creído que la fábula no era clara, que al final de su lectura no dejaba más que una idea vaga y casi inextricable, que la imaginación del narrador, distraído continuamente por los más fugaces detalles, se perdía a cada paso en digresiones sin objeto; que las transiciones de la narración nunca estaban determinadas por la ligazón natural de las ideas, *junciera mixturaque*, sino que parecían abandonadas al capricho de la palabra, como si se tratase de un juego de dados; en fin, que era imposible encontrar en la obra un diseño racional y una intencionalidad escrita.

Ya dije que estas observaciones habían sido hechas de una manera que no era la del elogio, *que nadie se llame a engaño*, pero yo hubiera deseado ese elogio. Pues corresponden a todo lo que caracteriza a los sueños, y quien se haya resignado a leer *Smarra* de cabo a rabo sin darse cuenta de que lo que leía era un sueño, habrá perdido el tiempo.

# SMARRA O LOS DEMONIOS DE LA NOCHE<sup>[1]</sup>

## PRÓLOGO

*«Somnia fallaci ludunt temeraria nocte,  
Et pavidas mentes falsa timere jubent.»*

CATULO

La isla está rebosante de ruidos, sonidos y dulces aires que procuran placer sin llegar nunca a molestar. Hay ocasiones en las que miles de instrumentos suenan confusamente en mis oídos; otras veces, son voces, que, tras despertar de un largo sueño, me harían regresar de nuevo a él; y, en ocasiones, cuando dormía, me ha parecido ver que se abrían las nubes, mostrando toda suerte de bienes, que llovían encima de mí, de manera que conseguían despertarme, haciendo que llorase como un niño, por el deseo de seguir soñando.

SHAKESPEARE

¡AH! ¡Cuán dulce es, Lisidis mía, cuando la última campanada, que expira en las torres de Arona, acaba de dar las doce, cuán dulce es compartir contigo el lecho, durante tanto tiempo solitario, desde el que te soñaba, hace ya un año!

¡Eres mía, Lisidis, y los malignos genios que separaban de tu graciado sueño el sueño de Lorenzo no me espantarán jamás con sus prestigios!

Con razón se decía, estáte segura, que aquellos nocturnos terrores que asaltaban, que quebrantaban mi alma en el transcurso de las horas destinadas al reposo, no eran más que el resultado natural de mis obstinados estudios sobre la maravillosa poesía de los antiguos, y de la impresión que me habían producido algunas de las fábulas fantásticas de Apuleyo, pues el primer libro de Apuleyo se apodera, con tan vívida y dolorosa presa, de la imaginación, que jamás querría, a costa de mis ojos, que llegara ante los tuyos.

¡Que no me hablen más hoy de Apuleyo y sus visiones; que no me hablen más de griegos ni latinos, ni de los fascinantes caprichos de sus genios! Pues tú, Lisidis, ¿no

eres para mí una poesía más bella que la poesía y más abundante en divinos encantamientos que toda la naturaleza?

¡Mas dormís, pequeña, y ya no me escucháis! ¡Habéis bailado hasta muy tarde esta noche en el baile de Isola Bella...! ¡Habéis bailado demasiado, sobre todo cuando no lo hacíais conmigo, y os veis fatigada como una rosa mecida todo el día por las brisas, y que aguarda, para alzarse más bermeja en su tallo medio inclinado, la primera mirada de la mañana!

Así pues, dormíos cerca de mí, con la frente apoyada en mi hombro, y caldeando mi corazón con la tibieza perfumada de vuestro aliento. También me gana el sueño, pero esta vez desciende sobre mis párpados, casi con la misma gracia que uno de vuestros besos. Dormíos, Lisidis, dormidos.

Hay un momento en que la imaginación suspendida en la ola de sus pensamientos... ¡Paz...! Es de noche en la tierra. Ya no oís cómo resuenan sobre el sonoro pavimento los pasos del ciudadano que regresa a su casa, o los acorazados cascos de las mulas cuando llegan por la tarde a la cuadra. El ruido del viento que gime o silba entre las piezas mal encajadas de la ventana es todo lo que os queda de las usuales sensaciones de vuestros sentidos, y al cabo de algunos instantes, imagináis que ese murmullo existe en vuestro interior. Se convierte en voz de vuestra alma, en el eco de una idea imposible de definir, pero estable, que se confunde con las primeras percepciones del sueño. Así dais comienzo a esta vida nocturna que transcurre (¡oh, prodigio!) en mundos siempre nuevos, entre innumerables criaturas cuyas formas han sido concebidas por la gran Inspiración, que no se ha dignado llevarlas a cabo, contentándose con esparcir veleidosos y misteriosos fantasmas en el universo ilimitado de los sueños. Los silfos, aunque aturcidos por el ruido de la velada, zumbarán a vuestro alrededor. Ya golpean con su monótono batir de alas de falena vuestros entorpecidos ojos y veis flotar durante largo tiempo, en la oscuridad profunda, el polvo transparente y abigarrado que dejan escapar como una pequeña y luminosa nube en mitad de un cielo apagado. Se apresuran, se abrazan, se confunden, impacientes por renovar la conversación mágica de las noches precedentes y contarse los inusitados sucesos que ahora se presentan ante vuestra imaginación bajo el aspecto de una reminiscencia maravillosa. Poco a poco, su voz se debilita, aunque puede ser que os llegue mediante un órgano desconocido que transforma sus narraciones en decorados vivientes y que os convierte en actor involuntario de escenas que os han preparado; pues la imaginación del hombre dormido, con la capacidad de su alma independiente y solitaria, participa, en cierta manera, de la perfección de los espíritus. Emprende el vuelo con ellos y, llevada milagrosamente a la presencia del coro aéreo de los sueños, vuela de sorpresa en sorpresa hasta el instante en que el canto de un pájaro mañanero advierte a su aventurada escolta del regreso de la luz. Espantados por el grito precursor, se congregan como un enjambre

de abejas al primer fragor del trueno, cuando grandes gotas de lluvia doblegan la corona de las flores que la golondrina acaricia sin tocar. Caen, rebotan, vuelven a subir, se cruzan como átomos arrastrados por fuerzas contrarias, y desaparecen en desorden en un rayo de sol.

#### EL RELATO

*... O rebus meis  
Non infideles arbitrae,  
Nox, et Diana, quae silentium regis,  
Arcana, cum fiunt sacra;  
Nunc, nunc adeste...*

¿Cuál es el conjuro que impele a esos espíritus irritados a espantarme con su clamor y sus rostros de trasgo? ¿Quién agita ante mí esas llameantes antorchas? ¿Quién hace que me pierda en el bosque? Monos repulsivos de dientes que rechinan y muerden o erizos que atraviesan el sendero adrede, para encontrarse en mi camino y herirme con sus púas.

SHAKESPEARE

Acababa de terminar mis estudios en la escuela de los filósofos de Atenas y, atraído por las bellezas de Grecia, visitaba, por vez primera, la poética Tesalia. Mis esclavos me aguardaban en Larissa, en un palacio acomodado para recibirme. Había deseado recorrer a solas, y en las impresionantes horas de la noche, aquella floresta, famosa por los prestigios de las magas, que despliega sobre las márgenes del Peneo frondosas hileras de verde arbolado. Las espesas sombras que se agolpaban sobre la inmensa bóveda del bosque, apenas dejaban escapar a través de algunas ramas privilegiadas, en un claro abierto sin duda por el hacha del leñador, el tembloroso rayo de una estrella, pálida y rodeada de bruma. Mis entorpecidos párpados iban cayendo, a mi pesar, sobre mis ojos, fatigados por la búsqueda de la blanquecina huella del sendero que se borraba en los matorros, y sólo podía sustraerme al sueño siguiendo con dolorosa atención el ruido de las pisadas de mi caballo, que tan pronto hacían que la arena gritara como que la hierba seca gimiera, cayendo simétricamente en el camino. Si en alguna ocasión llegaba a detenerse me despertaba al sentir su inmovilidad, pronunciaba su nombre con voz imperiosa, y apresuraba su marcha, que

había llegado a ser demasiado lenta, al dictado de mi cansancio o de mi impaciencia. Asustado por algún obstáculo desconocido, daba saltos, lanzaba por los ollares relinchos fogosos, se encabritaba de terror y retrocedía, espantado por las chispas que las piedras, al romperse, hacían saltar a su paso...

—¡Flegón, Flegón! —le decía, tocando con mi apesadumbrada cabeza su cuello, tenso por el espanto—. ¡Oh, mi querido Flegón! ¿No es hora ya de regresar a Larissa, en donde nos aguardan los placeres y, sobre todo, el dulce sueño? Resiste valientemente sólo un poco más, y dormirás sobre flores escogidas; pues la paja dorada que se recoge para los bueyes de Ceres no es suficientemente fresca para ti...

—¿No ves, es que no ves —me dijo, estremeciéndose—... las antorchas que ellas sacuden ante nosotros, que devoran el brezo y mezclan vapores mortales con el aire que respiro...? ¿Cómo quieres que atraviese sus círculos mágicos y sus amenazadoras danzas, que hasta harían retroceder a los caballos del sol?

Y, sin embargo, el paso cadencioso de mi caballo seguía resonando todo el rato en mis oídos, y el más profundo sueño suspendía aún por más tiempo mis inquietudes. Sólo que, de vez en cuando, un visible grupo de extrañas llamas pasaba riendo por encima de mi cabeza... o un espíritu deforme, con apariencia de mendigo o de herido, se enganchaba a uno de mis pies, dejándose llevar por mí entre horribles muestras de alegría; o un repulsivo anciano, que añadía la vergonzosa fealdad del crimen a la de la caduquez, se sentaba a la grupa detrás de mí, enlazándome con sus brazos descarnados como los de la muerte.

—¡Vamos, Flegón! —exclamé—. ¡Vamos, el más bello de los corceles que alimentara el monte Ida, arrostra los perniciosos terrores que encadenan tu coraje! ¡Esos demonios no son más que vanas apariencias! Mi espada, que gira en círculo alrededor de tu cabeza, divide sus engañosas formas que se disipan como una nube. Cuando los vapores de la mañana flotan sobre las cimas de nuestras montañas, y cuando, alcanzados por el sol naciente, las envuelven con una banda medio transparente, la cumbre, separada de la base, parece suspendida en los cielos por una mano invisible. Así es, Flegón, cómo las brujas de Tesalia se dividen ante el filo de mi espada. ¿No escuchas a lo lejos los gritos de placer que se elevan desde los muros de Larissa...? ¡Ahí, ahí están las soberbias torres de la ciudad de Tesalia, tan cara a la voluptuosidad; y esta música que sube por los aires, es el canto de sus muchachas!

¿Quién de vosotros me devolverá, sueños seductores que acunáis el alma embriagada en los recuerdos inefables del placer, quién me devolverá el canto de las muchachas de Tesalia y las voluptuosas noches de Larissa? Entre columnas de un mármol medio transparente, bajo doce cúpulas brillantes que reflejan en su oro y su cristal los fuegos de cien mil antorchas, las muchachas de Tesalia, cubiertas por el vapor coloreado que se exhala de todos los perfumes, no ofrecen a la mirada más que una forma imprecisa y encantadora que parece dispuesta a desvanecerse. La nube maravillosa oscila a su alrededor o pasea sobre cada uno de sus corros todos los inconstantes juegos de su luz, los frescos tintes de la rosa, los animados reflejos de la

aurora, el cegador destello de los fulgores del caprichoso ópalo. En algunas ocasiones hay como una lluvia de perlas que cae sobre sus ligeras túnicas, mientras que en otras son aderezos de fuego los que brotan de todos los nudos del hilo de oro que recoge sus cabellos. No os asustéis porque os parezcan más pálidas que las otras hijas de Grecia. Apenas pertenecen a la tierra y parece que acabaran de despertarse de una vida anterior. También están tristes, ya sea porque proceden de un mundo en el que dejaron el amor de un espíritu o de un dios, o porque en el corazón de una mujer que comienza a amar haya una inmensa necesidad de sufrimiento.

Sin embargo, escuchad. Son los cantos de las jóvenes de Tesalia, la música que se eleva, se eleva en el aire, estremeciendo, al pasar como una nube armoniosa, los vitrales solitarios de las ruinas, tan caras a los poetas. ¡Escuchad! Acarician la lira de marfil, interrogan a las sonoras cuerdas que, después de responder, vibran durante un momento, se detienen y, ya inmóviles, siguen manteniendo una indefinida armonía que no tiene fin y que el alma comprende a través de todos sus sentidos: melodía pura como el pensamiento más dulce de un alma dichosa, como el primer beso de amor, dado antes de que el amor se comprenda a sí mismo; como la mirada de una madre que acaricia la cuna del niño cuya muerte había sentido y que acaban de traerle, tranquilo y hermoso en su sueño. Así se desvanece, abandonado en los aires, extraviado en los ecos, suspendido en medio del silencio del lago, o muriendo con la ola a los pies de la peña insensible, el último suspiro del sistro de una joven que llora porque no ha venido su amante. Y se miran, se inclinan, se consultan, cruzan sus brazos elegantes, confunden sus cabelleras flotantes, bailan para dar envidia a las ninfas y hacen brotar de cada uno de sus pasos un polvillo inflamado que vuela, que se torna blanco, que se extingue, que cae como ceniza plateada; y la armonía de sus cánticos continúa fluyendo como un río de miel, como el grácil arroyo que, con sus dulces murmullos, hermosea sus márgenes, amadas por el sol, y repletas de secretos recodos, de bahías frescas y sombreadas, de mariposas y flores. Las jóvenes cantan...

Quizá sólo una... alta, inmóvil, erguida, pensativa... ¡Dioses! ¡Cuán sombría y afligida parece, comparada con sus amigas! Mas, ¿qué quiere de mí? ¡Ah! ¡No espíes mis pensamientos, apariencia imperfecta de la bienamada que se fue, no turbes el dulce encanto de mis veladas con el espantoso reproche de tu mirada! ¡Déjame, pues he llorado por ti durante siete años, déjame olvidar los llantos que aún queman mis mejillas en las inocentes delicias de la danza de las sílfides y la música de las hadas! Ya ves que vienen, ya ves cómo se juntan sus corros, como si fueran guirnaldas móviles, inconstantes, que se pelean, que se suceden, que se aproximan, que huyen, que suben como la ola traída por la corriente, y bajan, como ella, exhibiendo sobre sus ondas fugitivas todos los colores de la banda que une cielo y mar al final de las tempestades, cuando va a quebrar, expirando, contra la proa del navío, el último punto de su círculo inmenso.

¿Y qué me importan a mí las calamidades del mar y las curiosas inquietudes del viajero, a mí, a quien un favor divino, que fue quizá en una anterior vida uno de los

privilegios del hombre, libera cuando lo desea (delicioso privilegio del sueño) de todos los peligros que os amenazan? Si nada más cerrar los ojos, si nada más cesar la melodía que cautivaba mis sentidos, el creador de los prestigios nocturnos revelase ante mí cualquier abismo profundo, golfo desconocido en el que expiran todas las formas, todos los sonidos y todas las luces de la tierra; si tendiese por encima de un torrente hirviente y ávido de muertos un puente somero, estrecho, resbaladizo, de recorrido poco prometedor; si me lanzase al extremo de una tabla elástica, vacilante, desde la que se divisan precipicios, terribles incluso a simple vista... entonces, sosegadamente, pisaría fuertemente en el suelo, acostumbrado como estoy a darle órdenes. Y cede, responde, yo parto y, contento de abandonar a los hombres, veo huir, a consecuencia de mi fácil avance, los cursos fluviales de los continentes, los sombríos desiertos del mar, la variada techumbre de las florestas que contrastan con el verde incipiente de la primavera, el púrpura y oro del otoño, el bronce mate y el violeta apagado de las arrugadas hojas del invierno. Si algún pájaro aturdido hace que sus alas anhelantes murmuren en mis oídos, me elevo, subo más arriba y aspiro a mundos nuevos. El río no es más que un hilo que se borra entre un verdor sombrío, las montañas no son más que un punto vago cuya cumbre se disipa en la base, el océano, una mancha oscura en una indecible masa perdida en el aire, en donde gira más rápidamente que el huesecillo de seis caras que los niños de Atenas hacen rodar sobre su eje mayor, a lo largo de las galerías de grandes baldosas que rodean el Cerámico.

¿Habéis visto alguna vez a lo largo de los muros del Cerámico, cuando son alcanzados en los primeros días del año por los rayos del sol que regenera el mundo, una larga fila de hombres macilentos, inmóviles, de mejillas hundidas por la necesidad, de mirada apagada y estúpida: unos echados como animales; otros de pie, apoyados en los pilares, medio encogidos por el peso de su extenuado cuerpo? ¿Los habéis visto, con la boca entreabierta para aspirar una vez más las primeras influencias del aire vivificante, recoger con triste voluptuosidad las dulces impresiones del tibio calor de la primavera? El mismo espectáculo os habría extrañado en las murallas de Larissa, aunque haya desgraciados en todas partes; pero aquí la desgracia lleva la impronta de una fatalidad particular, que es más degradante que la miseria, más punzante que el hambre, más agobiante que la desesperación. Aquellos infortunados avanzan lentamente, uno tras otro, y marcan entre los pasos que dan largas estaciones, como figuras fantásticas dispuestas por un mecánico hábil sobre una rueda que indicara las divisiones del tiempo. Doce horas transcurren mientras el silencioso cortejo sigue el contorno de la plaza circular, aunque su longitud sea tan exigua que permita a un amante leer, de uno a otro extremo, sobre la mano más o menos extendida de su dueña, el número de horas nocturnas que deberán conducir a la tan deseada hora de su encuentro. Aquellos espectros vivientes no han conservado nada de humanidad. Su piel se asemeja a un pergamino blanco, estirado sobre sus huesos. Las órbitas de sus ojos no se hallan animadas por ninguno de los

destellos del alma. Sus labios pálidos se estremecen de inquietud y terror, a no ser que, más repugnantes si cabe, exhiban una sonrisa desdeñosa y desafiante, como el último pensamiento de un condenado que, resignado, acepta el suplicio. La mayor parte se halla agitada por convulsiones débiles, aunque continuas, y tiembla como la varilla de hierro de ese instrumento sonoro que los niños hacen chocar contra sus dientes. A los que más hay que compadecer, vencidos por el destino que les persigue, es a los condenados a espantar, para siempre, a los transeúntes, a causa de la repugnante deformidad de sus miembros nudosos y de sus actitudes inflexibles. Sin embargo, este intervalo, constante en su vida, que se encuentra entre dos sueños, y que supone para ellos la suspensión de los dolores, es el más temido. Víctimas de la venganza de las brujas de Tesalia, vuelven a ser presa de tormentos, que ninguna lengua podría expresar, desde que el sol, prosternado bajo el horizonte occidental, ha dejado de protegerles de las temibles soberanas de las tinieblas. Ésta es la razón de que sigan su curso demasiado rápido, con la vista siempre fija en el espacio que surca, en la esperanza, siempre defraudada, de que olvide alguna vez su lecho de azur, acabando por quedar suspendido de las nubes de oro del poniente. Apenas llega la noche para sacarles de su error, extendiendo sus alas de crespón, sobre las que no queda, ni siquiera, una de las claridades lívidas que morían hace un instante en las copas de los árboles; apenas el último reflejo que chispeaba todavía sobre el metal bruñido del pináculo de un elevado edificio, acaba de desvanecerse, como un carbón aún ardiente en un brasero apagado que se va volviendo blanco, poco a poco, bajo la ceniza, y al poco tiempo ya no se distingue del fondo del hogar abandonado, un murmullo formidable se eleva entre ellos, sus dientes crujen de rabia y desesperación, se apresuran y evitan, por miedo a encontrarse entre brujas y fantasmas. ¡Ya es de noche...! ¡Y el infierno vuelve a abrirse!

Entre ellos había uno cuyas articulaciones chirriaban como resortes fatigados, y cuyo pecho exhalaba un sonido más ronco y más sordo que el del tornillo herrumbroso que gira con dificultad en su tuerca. Pero algunos jirones de un rico bordado que todavía colgaban de su manto, una mirada llena de tristeza, así como de gracia, que despejaba, de vez en cuando, la languidez de sus abatidos rasgos, y no podría decir qué inconcebible mezcla de embrutecimiento y altivez, que recordaba la desesperación de una pantera doblegada por la desgarradora presa de su captor, le hacía reconocible entre la muchedumbre de sus miserables compañeros; y cuando pasaba delante de las mujeres, sólo se escuchaba un suspiro. Sus cabellos rubios caían en descuidados bucles sobre sus hombros, que se levantaban, blancos y puros como un racimo de flores de lis, por encima de su túnica púrpura. Sin embargo, su cuello llevaba la impronta de la sangre, la cicatriz triangular de la punta de una lanza, la marca de la herida que en el sitio de Corinto me arrebató a Polemón, cuando aquel fiel amigo se precipitó sobre mi corazón, adelantándose a la desenfrenada rabia del soldado, victorioso e impaciente por entregar al campo de batalla otro cadáver más. Aquél no era otro que Polemón, a quien había llorado durante tan largo tiempo, que

siempre regresa a mis sueños para recordarme, con un frío beso, que deberemos encontrarnos en la inmortal vida de la muerte. Aquél era Polemón, aún vivo, aunque mantenido en una existencia tan horrible que las larvas y espectros del infierno se consuelan entre sí mediante el relato de sus dolores; Polemón, caído bajo la influencia de las brujas de Tesalia y de los demonios que componen su cortejo en las solemnidades, las inexplicables solemnidades de sus celebraciones nocturnas. Se detuvo, intentó, durante largo tiempo, con atónita mirada, asociar mis rasgos a un recuerdo, se acercó hasta mí, con paso inquieto y mesurado, tocó mis manos con una mano palpitante, temerosa de cogerlas, y después de haberme cubierto con un abrazo súbito que me hizo sentir espanto, después de haber lanzado sobre mis ojos el rayo pálido que caía de sus velados ojos como el último efluvio de una antorcha que se alejase, y que se viera a través de la trampilla de un calabozo: «¡Lucius! ¡Lucius! —exclamó, con una risa espantosa—. «¡Polemón, querido Polemón, amigo y salvador de Lucius...!» «En otro mundo —añadió, bajando la voz— ya me acuerdo... era en otro mundo, en una vida que no pertenecía al sueño y sus fantasmas...» «¿Qué dices de fantasmas...?» «¡Mira! —respondió, señalando con el dedo hacia el crepúsculo—. Ahí vienen.» «¡Oh, no te rindas, joven infortunado, a las inquietudes de las tinieblas!» Cuando las sombras de las montañas descienden, aumentando su tamaño, y extienden por doquier el vértice y las caras de sus gigantescas pirámides, acabando por abrazarse en silencio sobre la tierra oscura; cuando las imágenes fantásticas de las nubes se extienden, se confunden y se recogen juntas, bajo el protector velo de la noche, como los casados en secreto; cuando los pájaros fúnebres comienzan a graznar tras los bosques, mientras que los reptiles, a orillas de los pantanos, cantan con voz cascada sus sentencias monótonas... entonces, Polemón, no entregues tu imaginación atormentada a las ilusiones de las sombras y de la soledad. Huye de los senderos ocultos en los que se dan cita los espectros para componer negros conjuros que turban el descanso de los hombres; la vecindad de los cementerios, en donde se reúne el misterioso consejo de los muertos, cuando acaban de aparecer, envueltos en su sudario, ante el areópago que celebra sus sesiones en el sepulcro; huye de la pradera al aire libre en donde la hierba, pisada hasta formar un corro, ennegrece, estéril y reseca, bajo el cadencioso paso de las brujas. ¿Quieres creerme, Polemón? Cuando la luz, espantada por el avance de los malos espíritus, se retira empalideciendo, ven conmigo a reanimar sus prestigios entre festejos de opulencia y orgías llenas de voluptuosidad. ¿Acaso se negó el oro a mis deseos? ¿Las más preciadas minas poseen alguna veta oculta que me rehúse sus tesoros? Incluso la arena de los riachuelos se transforma en mi mano en exquisitas piedras que podrían adornar la corona de un rey. ¿Quieres creerme, Polemón? El día se extinguirá en vano, mientras que los fuegos que sus rayos alumbraron para uso del hombre sigan destellando en la iluminación de los festines o en las más discretas claridades que embellecen las deliciosas veladas del amor. Los demonios, tú lo sabes, temen los olorosos vapores de la cera y del bálsamo que brillan dulcemente en el alabastro, vertiendo tinieblas rosas a través del

doble brocado de nuestros suntuosos tapices. Tiemblan ante la apariencia de los pulimentados mármoles, iluminados por lustres de cristales móviles, que lanzan a su alrededor alargados rayos diamantinos, como una cascada alcanzada por la última mirada de adiós del sol horizontal. Jamás una sombría lamia, una descarnada mantis, se atrevió a mostrar la horrible fealdad de sus rasgos en los banquetes de Tesalia. Hasta la propia luna que invocan llega frecuentemente a espantarlas, cuando deja caer sobre ellas uno de esos esporádicos rayos que confieren a los objetos que acarician la apagada blancura del estaño. Entonces escapan más rápidas que la culebra advertida por el ruido del grano de arena desplazado por el pie del viajero. No temas que vayan a sorprenderte entre los fuegos que destellan en mi palacio, y que se irradian por doquier gracias al deslumbrante acero de los espejos. Antes bien, fíjate, Polemón, con qué agilidad se han alejado de nosotros desde que avanzamos entre las antorchas de mis servidores por estas galerías adornadas con estatuas, inimitables obras maestras del genio de Grecia. ¿Acaso alguna de estas imágenes te ha revelado mediante algún movimiento hostil la presencia de los espíritus fantásticos que a veces llegan a animarlas, cuando el último resplandor que se desprende de la última antorcha sube, perdiéndose en el aire? La inmovilidad de sus formas, la pureza de sus rasgos, la calma de sus actitudes que nunca cambiarán, darían confianza hasta al propio espanto. Si algún ruido extraño ha llegado hasta tus oídos, ¡oh, querido hermano de mi corazón!, será el de la ninfa atenta, que extiende sobre tus miembros, cansados por la fatiga, los tesoros de su urna de cristal, mezclando con perfumes hasta ahora desconocidos en Larissa un ámbar líquido que he recogido de las costas de los mares que bañan la cuna del sol; el jugo de una flor, mil veces más suave que la rosa, que sólo crece en las espesas umbrías de la tostada Corcira; las lágrimas de un arbusto apreciado por Apolo y su hijo, que extiende sobre las rocas del Epidauro sus ramilletes formados por címbalos de púrpura, que tiemblan por el peso del rocío. ¿Y cómo podrían turbar los encantamientos de las hechiceras la pureza de las aguas que acunan a tu alrededor sus ondas de plata? Mirté, la bella Mirté de cabellos rubios, la más joven y querida de mis esclavas, la que viste inclinarse a tu paso, pues ama todo lo que yo amo... posee encantamientos, que sólo ella, y un espíritu que se los confía en los misterios del sueño, conocen; ahora vaga como una sombra alrededor del recinto de los baños, donde se eleva, poco a poco, la superficie de la saludable onda; y corre cantando aires que expulsan a los demonios, pulsando de vez en cuando las cuerdas de un arpa errante, que los genios obedientes nunca dejan de ofrecerle antes de que sus deseos hayan tenido tiempo de hacerse conscientes pasando desde el alma a su mirada. Ella marcha y corre, y el arpa marcha y corre, cantando según su deseo. Escucha el sonido del arpa que resuena, la voz del arpa de Mirté: es un sonido pleno, grave, solemne, que hace olvidar las ideas terrenales, que se prolonga, que se mantiene, que llena el alma como un pensamiento serio; y además, vuela, huye, se desvanece, regresa; y los sones del arpa de Mirté (¡arrebataador encantamiento de la noche!), los sones del arpa de Mirté que vuelan, que huyen, que se desvanecen, que

de nuevo regresan. ¡Cómo canta ella, cómo vuelan los sonos del arpa de Mirté, los sonos que expulsan al demonio...! ¡Atiende, Polemón! ¿Los oyes?

»¿Qué habría sido de mí, que he sufrido, en verdad, todas las ilusiones de los sueños, sin el auxilio del arpa de Mirté, sin el auxilio de su voz, tan dispuesta a turbar el reposo doloroso y gimiente de mis noches...? ¡Cuántas veces me he inclinado, en mi sueño, ante la onda límpida y durmiente, la onda demasiado fiel para reproducir mis rasgos alterados, mis cabellos erizados por el terror, mi mirada fija y tétrica, como la del desespero, que ya no llora...! ¡Cuántas veces me he estremecido viendo mis pálidos labios manchados de lívida sangre; sintiendo mis vacilantes dientes removidos de sus alvéolos, mis uñas, separadas de sus raíces, quebrantarse y caer! ¡Cuántas veces, asustado de mi desnudez, de mi vergonzosa desnudez, me he entregado, inquieto, a la ironía del gentío, con una túnica más corta, más ligera, más transparente que la que cubre a la cortesana en el umbral del infame lecho de la inmoderación! ¡Oh! ¡Cuántas veces he tenido sueños más terribles, sueños que ni siquiera el propio Polemón conoce...! ¿Qué habría sido de mí entonces, qué habría sido de mí sin la ayuda del arpa de Mirté, sin la ayuda de su voz y de la armonía que enseña a sus hermanas, cuando la rodean obedientes, para hechizar los terrores del desgraciado que duerme, para que suenen en sus oídos cánticos venidos de lejos, como la brisa que hincha tenuemente las velas, cánticos que se entrelazan, que se confunden, que adormecen los sueños atormentados del corazón y que hechizan su silencio en una larga melodía?

»Ya están aquí las hermanas de Mirté que han preparado el festín. Una de ellas es Teis, que destaca de las demás hijas de Tesalia, aunque la mayor parte de las hijas de Tesalia tengan cabellos negros que caen sobre hombros mucho más blancos que el alabastro; pero no hay ninguna que tenga sus cabellos dispuestos en bucles suaves y voluptuosos como lo están los cabellos de Teis. Ella es quien inclina sobre la copa ardiente, en la cual empalidece un vino hirviente, el vaso de preciada arcilla, dejando caer de él, gota a gota, en topacios líquidos, la más exquisita miel que jamás haya sido recogida de los pequeños olmos de Sicilia. La abeja, privada de su tesoro, vuela inquieta entre las flores; se cuelga de las ramas solitarias del árbol abandonado, demandando a los céfiros su miel. Murmura de dolor, porque sus pequeños ya no tendrán cobijo en ninguno de los mil palacios de quíntuple muralla que les construyera con cera ligera y transparente, y ya no gustarán de la miel que para ellos había recolectado de las perfumadas zarzas del monte Hibla. Es Teis quien disuelve en vino hirviente la miel sustraída a las abejas de Sicilia, y las otras hermanas de Teis, las que tienen cabellos negros, pues la única rubia es Mirté, corren sumisas, diligentes, afectuosas, con obedientes sonrisas, alrededor de los aderezos del banquete. Disponen flores de granada y hojas de rosa sobre la leche espumosa; o bien atizan los hornillos de ámbar e incienso que arden bajo la copa ardiente en la que empalidece un vino hirviente, cuyas llamas se curvan de lejos alrededor del reborde circular, que se inclinan, se acercan, le rozan, que acarician sus labios de oro, y

acaban por confundirse con las llamas de lenguas blancas y azules que vuelan sobre el vino. Las llamas suben, bajan, perdiéndose como ese demonio fantástico de los lugares solitarios que gusta de mirarse en las fuentes. ¿Quién podría decir cuántas veces ha circulado la copa alrededor de la mesa del festín, cuántas veces, vacía, ha visto su borde inundado de nuevo néctar? No escatiméis, muchachas, el vino ni el hidromiel. El sol no deja de madurar los nuevos racimos ni de verter los rayos de su inmortal esplendor en el reluciente racimo que pende de las copiosas guirnaldas de nuestras viñas, a través de las hojas oscurecidas del pámpano cuajado de guirnaldas que corre entre las moreras de Tempe. ¡Otra libación más para expulsar a los demonios de la noche! Yo no veo aquí más que los alegres espíritus de la embriaguez que se escapan chispeando de la agitada espuma, persiguiéndose en el aire como mosquitas de fuego, o yendo a deslumbrar con sus alas resplandecientes mis párpados caldeados, semejantes a aquellos ágiles insectos a los que la naturaleza adornase con inocentes fuegos, y que, frecuentemente, en el silencioso frescor de una corta noche de verano, se ven brotar, formando enjambre, de una mata de verdor, como una gavilla de chispas bajo los redoblados golpes del herrero. Flotan, arrastrados por una ligera brisa que pasa, o atraídos por algún dulce perfume del cáliz de las rosas, del que se nutren. La nube luminosa se pasea, se acuna inconstante, se reposa o, por un instante, gira sobre sí misma, y cae sin perder su forma sobre la copa de un joven pino, al que ilumina como una pirámide reservada a los festejos públicos, o va a parar a la rama inferior de una gran encina a la que confiere el aspecto de una girándula preparada para las veladas de la floresta. Mira cómo juegan alrededor de ti, cómo se estremecen en las flores, cómo se irradian en reflejos de fuego sobre las brillantes copas: de ninguna manera pueden ser demonios hostiles. Bailan, se divierten, presentan el abandono y los accesos de la locura. Y si en alguna ocasión se dedican a turbar el descanso de los hombres, sólo es por satisfacer, como niños atolondrados, sus traviesos caprichos. Y se ovillan, maliciosos, en el confuso lino que discurre por el huso de una vieja pastora, cruzando, embrollando los hilos dispersos y, como resultado de su inútil destreza, aumentando el número de incómodos nudos. Cuando un viajero, que ha perdido su camino, busca con ávida mirada a través de todo el horizonte de la noche algún punto luminoso que pueda suponerle cobijo, ellos le hacen ir, durante largo rato, de sendero en sendero, siguiendo un resplandor infiel, el sonido de una voz engañosa, o el lejano ladrido de un perro guardián que merodea como un centinela alrededor de la granja solitaria; así engañan la esperanza del pobre viajero, hasta el instante en que, movidos a la piedad a causa de su fatiga, de repente le ofrecen un albergue en el que nadie había reparado hasta entonces en aquel desierto; incluso en ocasiones le extrañará encontrar a su llegada un acogedor hogar, cuya sola presencia inspira la cordialidad, platos poco frecuentes y delicados que el azar ha procurado a la choza del pescador o del cazador furtivo, y una joven, bella como las Gracias, que le sirve temerosa de levantar la mirada: pues le ha parecido que era peligroso mirar al extranjero. A la mañana siguiente, extrañado de que un

descanso tan breve le haya devuelto la integridad de sus fuerzas, se levanta feliz con el canto de la alondra que saluda a un cielo puro, enterándose de que su error favorable ha acertado su trayecto en veinte estadios y medio, y su caballo, relinchando de impaciencia, los ollares abiertos, el pelo lustrado, las crines lisas y brillantes, golpea la tierra delante de él, con la triple señal de la partida. El duende deja la grupa y salta a la cabeza del caballo del viajero, pasa sus sutiles dedos por las amplias crines, recorriéndolas, levantando ondas; mira, se felicita por lo que ha hecho, y se marcha contento para ir a divertirse con el despecho de un hombre dormido, que se consume de sed, y que ve alejarse, disminuir, secarse ante sus labios, ya dispuestos, una refrescante bebida; que, inútilmente, sondea la copa con la mirada; que inútilmente aspira el licor ausente; después se despierta y encuentra el receptáculo lleno de un vino de Siracusa que nunca había bebido, y que el trasgo ha exprimido de uvas escogidas, mientras se divertía con las inquietudes de su sueño. Aquí puedes beber, hablar o dormir sin susto, pues los trasgos son nuestros amigos. Satisface sólo la curiosidad impaciente de Teis y de Mirté, la curiosidad más interesada de Telaria, que no ha separado de ti sus largas pestañas brillantes, sus grandes ojos negros que se mueven como astros favorables sobre un cielo bañado del más afectuoso azur. Cuéntanos, Polemón, los extravagantes dolores que has creído sentir bajo el dominio de las brujas; pues los tormentos con los que persiguen nuestra imaginación no son más que la vana ilusión de un sueño que se desvanece con el primer rayo de la aurora. Teis, Telaria y Mirté están atentas... y dispuestas a escucharte... Y bien, habla... cuéntanos tus desesperaciones, tus temores, y los locos errores de la noche; y tú, Teis, sirve vino; y tú, Telaria, sonríe ante su relato, para que se consuele su alma; y tú, Mirté, si le ves, sorprendido por el recuerdo de sus extravíos, ceder a una ilusión nueva, canta y pulsa las cuerdas del arpa mágica... Y solicítale sonidos de consuelo, sonidos que expulsen a los malos espíritus...

»Pues de tal suerte se libera a las horas austeras de la noche del imperio tumultuoso de los sueños, escapando, de placer en placer, a los siniestros encantamientos que inundan la tierra durante la ausencia del sol.»

#### EL EPISODIO

*Hanc ego de cáelo ducentem sidera vidi:  
Fluminis haec rapidi carmine vertit iter.  
Haec cantu finditque solum, manesque sepulchris*

*Elicit, et tepido devorat ossa rogo.  
Quum libet, haec tristi depellit nubila caelo;  
Quum libet, aestivo convocat orbe nives.*

TÍBULO

Cuenta con que esta noche experimentarás temblores y convulsiones; pues los demonios, mientras perdure el momento de noche profunda en el que les está permitido actuar, ejercitarán sobre ti su cruel malicia. Yo te enviaré escozores, tan juntos entre sí como las celdillas de un panal, y cada uno de ellos será tan candente como el aguijón de la abeja que lo construye.

SHAKESPEARE

¿Acaso alguna de vosotras, oh, jóvenes, no conoce los dulces caprichos de las mujeres?, dijo Polemón, con regocijo. Sin duda habéis amado y sabéis cómo, a veces, el corazón de una viuda pensativa, que deja vagar sus recuerdos solitarios por las umbrías márgenes del Peneo, se deja sorprender por el rostro atezado de un soldado cuyos ojos refulgen con el fuego de la guerra, y cuyo pecho brilla con el esplendor de una generosa cicatriz. Camina altivo y cariñoso entre las bellas, como un león domesticado que intentara olvidar entre los placeres de una dichosa y cómoda servidumbre la nostalgia de sus desiertos. Éste es el motivo por el cual place al soldado ocuparse del corazón de las mujeres, cuando no es requerido por el clarín de la batalla, y cuando los azares del combate no reclaman más su ambición impaciente. Sonríe con la mirada a las jóvenes, y parece que les dice: ¡Ámame!

También sabéis, puesto que sois de Tesalia, que ninguna mujer igualó jamás en belleza a la noble Méroe, quien, después de su viudez, viste largos ropajes blancos bordados de plata; ya sabéis que Méroe es la mujer más bella de Tesalia. Es tan majestuosa como las diosas, y, a pesar de ello, hay en sus ojos algo así como llamas mortales que estimulan las pretensiones del amor. ¡Oh! ¡Cuántas veces me he sumido en el aire que arrastra, en el polvo que sus pies hacen volar, en la sombra afortunada que la sigue...! ¡Cuántas veces me he puesto delante de ella para robar un rayo a su mirada, un hálito a su boca, un átomo al torbellino que halaga, que acaricia sus movimientos; cuántas veces (Telaria, ¿me lo perdonarás?) ansié la voluptuosidad ardiente de sentir estremecerse contra mi túnica uno de los pliegues de su vestido, o de poder recoger con mis ávidos labios una de las lentejuelas de sus bordados, en los paseos de los jardines de Larissa! Cuando ella pasaba, fíjate, todas las nubes se teñían de rojo, como al aproximarse una tormenta; los oídos me zumbaban, las pupilas se oscurecían en su órbita extraviada, y poco faltaba al corazón para anonadarse presa de una irresistible alegría. ¡Allí está!, saludaba a las sombras que habían flotado sobre ella, inhalaba el aire que la había tocado; decía a todos los árboles de la ribera: «¿Habéis visto a Méroe?» Si se había echado encima de un banco de flores, con qué

ávido amor recogía las flores que habían sido magulladas por su cuerpo, los blancos pétalos embebidos en carmín que adornan la inclinada frente de la anémona, las flechas deslumbrantes que brotan del disco de oro de la margarita, el velo de casta gasa que cubre a la joven lis antes de que haya sonreído al sol; y si me atrevía a estrechar con un abrazo sacrílego aquel lecho de fresco verdor, ella me consumía con un fuego más sutil que aquel con el que la muerte ha tejido los nocturnos atavíos del febril. Méroe no podía dejar de notar mi presencia. Yo estaba en todas partes. Un día, a la caída del crepúsculo, encontré su mirada, que me sonreía; ella me había adelantado, su paso se hacía más lento. Yo estaba solo detrás de ella, y vi cómo se desviaba del camino. El aire estaba en calma, no alborotaba sus cabellos, y su mano levantada se acercaba a ellos, como para acabar con su desorden. La seguí, Lucius, hasta el palacio, hasta el templo de la princesa de Tesalia, y la noche cayó sobre nosotros, noche de delicias y terror... ¡Ojalá hubiera sido la última de mi vida, y así hubiera acabado antes!

Ignoro si en alguna ocasión has soportado con resignación, teñida de impaciencia y ternura, el peso del cuerpo de una amante dormida que se entrega al reposo encima de tu brazo distendido sin imaginar que te hace daño; si has intentado luchar contra el escalofrío que va ganando poco a poco tu sangre, contra el aturdimiento que encadena tus sumisos músculos; si has intentado oponerte al avance de la muerte que amenaza con llegar hasta tu alma. Pues de esa misma manera, Lucius, un estremecimiento doloroso recorría rápidamente mis nervios, sacudiéndolos con temblores inesperados, como la aguda uña del *plectrum* que en manos de un músico inexperto produce disonancias en todas las cuerdas de la lira. Mi carne sufría tormento, como una membrana seca al acercarla al fuego. Y cuando mi tetanizado pecho estaba a punto de romper, haciendo que estallaran, las ligaduras de hierro que lo atenazaban, Méroe, sentada sobre mis costillas, detuvo sobre mis ojos una mirada profunda, extendió su mano sobre mi corazón para asegurarse de que su movimiento se había detenido, dejándola allí, pesada y fría, y huyó lejos de mí, con toda la velocidad de la flecha que es lanzada, temblorosa, por la cuerda de la ballesta. Corría sobre los mármoles del palacio, repitiendo los aires de las viejas pastoras de Siracusa, que encantan a la luna entre nubes de nácar y plata, girando en la vastedad de la sala inmensa, y gritando de vez en cuando, con los transportes de una alegría horrible, para llamar a unos amigos cuyos nombres no me eran conocidos.

Mientras miraba, lleno de terror, y veía descender a lo largo de las murallas, apresurándose bajo los pórticos, balanceándose bajo las bóvedas, una multitud innumerable de vapores, distintos entre sí, pero que de vida no tenían más que la apariencia de formas, una voz débil como el sonido del más sosegado estanque en una noche silenciosa, un color indeciso, capturado de los objetos ante los que flotaban sus figuras transparentes... una llama azulada y chisporroteante salió al unísono de todos los trípodes, mientras que la formidable Méroe volaba entre ellos murmurando palabras confusas:

«¡Aquí, verbena en flor... allí, tres pizcas de salvia recogida a medianoche en el cementerio que acoge a los que han muerto por la espada... aquí, el velo de la bienamada bajo el cual el bienamado ocultó su palidez y desolación después de estrangular al esposo dormido, para gozar de su amor... también aquí las lágrimas de una tigresa vencida por el hambre, que no encuentra consuelo por haber devorado a uno de sus pequeños!»

Y sus rasgos trastornados expresaban tanto sufrimiento y horror, que casi sentí piedad de ella. Inquieta al ver sus conjuros distraídos por algún obstáculo imprevisto, saltó de rabia, se alejó, regresó armada con dos largas varillas de marfil, atadas en uno de sus extremos por un cordón formado por trece crines, que habían sido arrancadas del cuello de una yegua blanca por el ladrón que también había matado a su dueño, y sobre esta cuerda flexible hizo volar al *rhombus* de ébano, de vacías y sonoras esferas, que zumbó y aulló en el aire, y regresó girando con un gruñido sordo, para después aminorar su velocidad y caer. Las llamas de los trípodes se elevaban como lenguas de culebra, y las sombras estaban contentas. «Venid, venid — gritaba Méroe—, hay que hacer que los demonios de la noche se apacigüen y los muertos se regocijen. Traedme verbena en flor, salvia recogida a medianoche, y trébol de cuatro hojas; entregad los hermosos racimos que hagáis a Saga y a los demonios de la noche.» Después, volviendo sus ojos hacia el áspid de oro cuyas circunvoluciones se enroscaban alrededor de su brazo desnudo; ese precioso brazalete, obra del artista más hábil de Tesalia, que no había escatimado en él ni los metales que eligió, ni la perfección del trabajo —la plata había sido incrustada en delicadas escamas, y no había una sola de ellas que no estuviera realzada por el destello de un rubí o por la transparencia, tan dulce a la mirada, de un zafiro más azul que el cielo—; se lo quita, medita, sueña, llama a la serpiente murmurando palabras secretas; y la serpiente, animada, se desenrosca y huye, con un silbido de alegría, como un esclavo hecho liberto. Y el *rhombus* sigue girando; sigue girando y zumbando, gira como el rayo alejado que se queja entre las nubes llevadas por el viento, y que se extingue, gimiendo, cuando ha acabado la tormenta. Sin embargo, todas las bóvedas se abren, todos los espacios del cielo se despliegan, todos los astros descienden, todas las nubes se aplanan y bañan el umbral como si fueran esplanadas de tinieblas. La luna, manchada de sangre, se parece al escudo de hierro sobre el que acaban de traer el cuerpo de un joven espartano, muerto por el enemigo. Gira y me apesadumbra con su disco lívido, oscurecido aún más por el humo de los trípodes apagados. Méroe sigue corriendo, golpeando con sus dedos, de los que brotan grandes relámpagos, las innumerables columnas del palacio, y cada columna que se divide ante el toque de Méroe descubre una columnata inmensa poblada de fantasmas, y cada uno de estos fantasmas golpea, al igual que ella, una columna, que abre nuevas columnatas, y ni siquiera hay una sola columna que no sea el testimonio del sacrificio de un recién nacido, arrancado de las caricias de su madre. «¡Piedad! ¡Piedad —exclamé— para la infortunada madre que reclama su hijo a la muerte!»

Pero esta ahogada súplica sólo llegaba a mis labios con la fuerza del aliento del agonizante que dice: ¡Adiós!, expirando como sonidos inarticulados en mi boca balbuceante. Moría como el grito de un hombre que se ahoga, y que, en vano, intenta confiar a las mudas aguas la última llamada de la desesperación. El agua insensible sofoca su voz; la domina, triste y fría; devora su queja; jamás la hará llegar a la orilla.

Mientras yo me debatía contra el terror que me vencía, e intentaba que brotara de mi pecho alguna maldición capaz de suscitar en el cielo la venganza de los dioses: «¡Miserable! —exclamó Méroe—, ¡sé castigado para siempre por tu insolente curiosidad...! ¡Ah, osas violar los encantamientos del sueño... Hablas, gritas y ves...! ¡Pues bien!, sólo hablarás para lamentarte, sólo gritarás para implorar, en vano, la sorda piedad de los ausentes, sólo verás escenas de horror que helarán tu alma...» Y expresándose de esa suerte, con una voz más aguda y desgarradora que la de una hiena herida de muerte que aún desafía a sus cazadores, despojaba su dedo de la iridiscente turquesa que refulgía de llamas, cambiantes como los colores del arco iris, o como la ola que salta cuando sube la marea, reflejando, mientras se recoge sobre sí misma, los mismísimos fuegos del sol naciente. Aprieta con un dedo un resorte desconocido que, alrededor de una invisible charnela, levanta la piedra maravillosa, dejando al descubierto en un estuche de oro un indecible monstruo sin color ni forma, que brinca, aúlla, da un salto y cae en cuclillas sobre el seno de la hechicera. «Hete aquí —dijo—, mi fiel Smarra, el bienamado, el único predilecto de mis pensamientos amorosos, a quien el odio del Cielo ha elegido de entre todos sus tesoros para desesperación de los hijos del hombre. Ve, te lo ordeno, espectro adulator, decepcionante o terrible, ve a atormentar a la víctima que te he entregado; tortúrala con tormentos tan variados como los espantos del infierno que te ha concebido, tan crueles, tan implacables como mi cólera. Ve a saciarte con las angustias de su corazón palpitante, a contar los convulsivos latidos de su pulso que se apresura, que se detiene... a contemplar su dolorosa agonía y detenerla, para que más tarde pueda comenzar de nuevo... A ese precio, fiel esclavo del amor, podrás, al final de los sueños, volver a descansar sobre la almohada de tu amante, y estrechar en tus acariciantes brazos a la reina de los terrores nocturnos...» Así dice, y el monstruo salta de su mano ardiente, como el redondeado tejo del discóbolo, da vueltas en el aire con la rapidez de los fuegos artificiales que se lanzan desde los navíos, extiende sus alas extrañamente adornadas, sube, baja, se achica, y, enano deforme y gozoso, cuyas manos están provistas de uñas de un metal más fino que el acero, que penetran en la carne sin desgarrarla, y beben la sangre a la manera de la bomba insidiosa de las sanguijuelas, se fija encima de mi corazón, se despereza, levanta su cabeza enorme y ríe. Mas en vano mi mirada, inmóvil por el espanto, busca en el espacio que puede abarcar un objeto que le dé confianza; los incontables demonios de la noche escoltan al horrible demonio de la turquesa: mujeres raquílicas de mirada ebria; serpientes de colores rojo y violeta que lanzan fuego por la boca; lagartos que elevan por encima de un lago de fango y sangre un rostro parecido al del hombre; cabezas recientemente

separadas del tronco por el hacha del soldado, que, no obstante, me miran con ojos llenos de vida, y huyen brincando sobre patas de reptil...

Desde esa noche funesta, oh, Lucius, se acabaron para mí las noches tranquilas. El lecho perfumado de las jóvenes que sólo se ofrece a los sueños voluptuosos, la tienda infiel del viajero que se levanta cada tarde al amparo de una nueva sombra, incluso el santuario de los templos son asilos ineficaces contra los demonios de la noche. Apenas mis párpados, fatigados de luchar contra el tan temido sueño, se cierran de cansancio, se presentan todos los monstruos, como en el momento en que les vi abandonar con Smarra la sortija mágica de Méroe. Corren en círculo a mi alrededor, me aturden con sus gritos, me espantan con sus diversiones, y mancillan mis temblorosos labios con sus caricias de arpía. Méroe les dirige y vuela por encima de ellos, sacudiendo su larga cabellera, de la que se escapan relámpagos de un lívido color azul. Ayer mismo... era mucho más alta que antes... tenía las mismas formas, los mismos rasgos, pero detrás de su apariencia seductora discernía, con espanto, como a través de una gasa sutil y ligera, la tez plomiza de la hechicera y el color sulfúreo de sus miembros: sus ojos fijos y huecos estaban inyectados en sangre, lágrimas de sangre surcaban sus salientes mejillas, y su mano, que se movía en el aire, también dejaba impresa en el espacio la marca de una mano, toda de sangre...

«Ven —me dijo, haciéndome una señal con uno de sus dedos, que habría causado mi muerte si hubiese llegado a tocarme—, ven a conocer el imperio que otorgo a mi esposo, pues quiero que conozcas todos los dominios del terror y la desesperación...» Y mientras así hablaba, volaba delante de mí, con los pies ligeramente por encima del suelo, acercándose o separándose consecutivamente de la tierra, como la llama que oscila en la antorcha a punto de apagarse. ¡Oh! ¡Cuán terrible era, en todos los sentidos, el aspecto del camino que devorábamos al correr! ¡Cuán impaciente parecía la propia hechicera por encontrar su final! ¡Imagínate la cueva fúnebre en donde deben amontonar los despojos de todas las inocentes víctimas de sus sacrificios, y, entre los más imperfectos de esos mutilados restos, ni un jirón que no haya conservado voz, gemidos o lloros...! Imagínate murallas móviles y animadas, que van cerrándose ante ti, y que, poco a poco, rodean todos tus miembros con los muros de una prisión estrecha y helada... Tu seno oprimido que se eleva, que se estremece, que se dispone a aspirar el aire de la vida a través del polvo de las ruinas, del humo de las antorchas, de la humedad de las catacumbas, del soplo envenenado de los muertos... y a todos los demonios de la noche que gritan, que silban, aúllan o rugen a tu espantado oído: «¡No respirarás más!»

Y, mientras caminaba, un insecto mil veces más pequeño que el que ataca con impotente diente el delicado tejido de las hojas de la rosa; un átomo desgraciado que tarda mil años en dejar constancia de uno de sus pasos sobre la esfera universal de los cielos, de materia mil veces más dura que el diamante... y caminaba, seguía caminando, y el obstinado rastro de sus perezosos pies había recorrido la mitad de una de sus circunferencias máximas.

Después de haber recorrido así, tan rápido era nuestro empuje, una distancia para la que no existen palabras en ninguno de los idiomas creados por el hombre, vi brotar de la boca de un tragaluz, tan próximo como la más lejana de las estrellas, los seguros indicios de una blanca claridad. Llena de esperanza, Méroe se precipitó, y yo la seguí, embargado por una fuerza invencible; pues, además, el camino de regreso, desdibujado como la nada, infinito como la eternidad, acababa de cerrarse tras de mí, de una forma impenetrable al coraje y la paciencia del hombre. Entre Larissa y nosotros se encontraban los residuos de los innumerables mundos que han precedido a éste en todos los intentos de la creación, desde el comienzo de los tiempos, y cuyo gran número le sobrepasa tanto en inmensidad como él mismo excede en extensión prodigiosa al imperceptible nido de la mosquita. La puerta sepulcral que fue a nuestro encuentro, o más bien, que nos aspiró, al salir de aquel abismo, conducía a un campo sin horizonte que jamás había producido cosa alguna. Apenas se distinguía en un alejado rincón del cielo el indeciso contorno de un astro inmóvil y oscuro, más inmóvil que el aire, más oscuro que las tinieblas que reinan en aquel lugar de desolación. Se trataba del cadáver del más antiguo de los soles, puesto sobre el fondo tenebroso del firmamento, como un barco sumergido en un lago que ha crecido por la fusión de la nieve. El pálido resplandor que acababa de darme en los ojos no provenía de él. Daba la impresión de no venir de ningún sitio, pues parecía que sólo era uno de los colores particulares de la noche, a no ser que procediese del incendio de algún mundo alejado, cuyas cenizas aún ardían.

En aquel momento, ¿me crees?, llegaron todas, las brujas de Tesalia, escoltadas por esos enanos de la tierra que trabajan en las minas, que tienen un rostro como el cobre y cabellos azules como la plata en el horno; salamandras de largas extremidades, con la cola aplastada como un remo, de colores nunca vistos, que salen, vivas y ágiles, de entremedias de las llamas, lo mismo que los lagartos negros al resistir una lluvia de fuego, que llegaron acompañadas de las aspiolas, cuyo cuerpo es tan endeble, tan esbelto, rematado por una cabeza deforme, aunque risueña, y que se balancean sobre la osamenta de sus piernas menguadas y encanijadas, semejantes a una caña estéril agitada por el viento; de las ácronas, que no tienen miembros, ni voz, ni rostro, ni edad, y que saltan, llorando sobre la tierra quejumbrosa, como odres hinchados de aire; de las psilas que absorben el veneno cruel, y que, ávidas de ponzoña, bailan en círculos lanzando agudos silbidos para despertar a las serpientes, para despertarlas en su oculta guarida, en la sinuosa oquedad de las serpientes. Había hasta morfosias, a las que tanto habéis amado, bellas como Psique, que juegan como las Gracias, que dan conciertos como las Musas, y cuya mirada seductora, más penetrante, más envenenada que el diente de la víbora, consigue incendiar vuestra sangre y hacer hervir la médula en vuestros huesos calcinados. Si las hubieras visto, arropadas en sus capas de púrpura, exhalar a su alrededor nubes más brillantes que el Oriente, más perfumadas que el incienso de Arabia, más armoniosas que el primer suspiro de una virgen enternecida de amor, y cuyo vapor enervante fascinaba el alma

para matarla. Ora emiten sus ojos una llama húmeda que hechiza y devora; ora inclinan la cabeza con una gracia que sólo ellas poseen, solicitando vuestra crédula confianza con una sonrisa seductora; la sonrisa de una máscara pérfida y decidida, que oculta la alegría del crimen y la fealdad de la muerte. ¿Cómo lo diría? Arrastrado por el torbellino de espíritus que flotaba como una nube; como el humo de color rojo sangre que sube de una ciudad incendiada; como la lava líquida que extiende, cruza, entrelaza arroyos ardientes sobre una campiña de cenizas... yo llegaba... llegaba... Todos los sepulcros se hallaban abiertos... todos los muertos habían sido exhumados... todas las goules<sup>[2]</sup>, pálidas, impacientes, hambrientas, estaban presentes; rompían los cierres de los ataúdes, rasgaban las vestimentas sagradas, las últimas vestimentas del cadáver; compartían los despojos más espantosos con la más espantosa voluptuosidad, forzándome con una fuerza irresistible, pues, lamentablemente, me encontraba débil y cautivo como un niño en su cuna, a asociarme... ¡oh, terror...!, ¡a su execrable festín...!

Acabando estas palabras, Polemón se incorporó en su lecho y, temblando, extraviado, con los cabellos erizados, la mirada fija y terrible, nos llamó con una voz que no tenía nada de humano. Pero los sonos del arpa de Mirté volaban ya por los aires; los demonios habían sido apaciguados, el silencio era tranquilo, como el pensamiento del inocente que duerme la noche antes de su juicio. Polemón dormía apaciblemente a los dulces sonos del arpa de Mirté.

#### EPODO

*Ergo exercentur paenis, veterumque malorum Supplicia expendunt; aliae panduntur inanes Suspensae ad ventos, aliis sub gurgite vasto Infectum eluitur scelus, aut exuritu igni.*

VIRGILIO

Suele dormir después de las comidas, por lo que es la mejor ocasión para romperle el cráneo con un martillo, abrirle el vientre con una estaca, o cortarle la garganta con un puñal.

SHAKESPEARE

Los vapores del vino y el placer habían producido aturdimiento en mis facultades,

por lo que, a mi pesar, veía los fantasmas de la imaginación de Polemón perseguirse unos a otros en los rincones menos iluminados de la sala del festín. Aquél había caído en un sueño profundo encima del lecho cubierto de flores, al lado de su copa volcada, y mis jóvenes esclavas, sorprendidas por un cansancio más liviano, habían dejado que sus entorpecidas cabezas cayesen junto al arpa que todas mantenían asida. Los cabellos de oro de Mirté caían como un largo velo sobre su rostro, entre los hilos de oro que empalidecían a su lado, y el hálito de su dulce sueño, errando por las armoniosas cuerdas, lograba extraer un voluptuoso sonido, difícil de describir, que iba a morir en mis oídos. Sin embargo, los fantasmas no se habían ido; seguían bailando entre las sombras de las columnas y el humo de las antorchas. Acuciado por el prestigio impostor de la ebriedad, dispuse sobre mi cabeza algunas ramas frescas de la protectora yedra, y cerré con fuerza los ojos, atormentados por las ilusiones de la luz. Escuché, entonces, un extraño rumor en el que podía distinguir voces graves y amenazadoras, o injuriosas e irónicas. Una de ellas repetía, con fastidiosa monotonía, unos versos de una escena de Esquilo; otra, los últimos consejos que me diera mi abuelo al morir; de vez en cuando, como una ráfaga de viento que discurre silbando entre las ramas muertas y las hojas secas, en los intervalos de la tempestad, una figura, cuya respiración sentía, se echaba a reír en mi propia cara, y se alejaba sin dejar de reír. Otras ilusiones, extrañas y horribles, siguieron a esta ilusión. Me parecía ver, a través de una nube de sangre, todos los objetos sobre los que mi mirada acababa de ponerse; flotaban ante mí, y me perseguían con actitudes horribles y gemidos acusadores. Polemón, que seguía echado junto a su copa vacía; Mirté, que seguía apoyada junto a su arpa inmóvil, lanzaban contra mí imprecaciones furiosas, pidiéndome cuentas por no sé qué asesinato. En el momento en que me incorporaba para responderles, o en que estiraba los brazos sobre el lecho, enfriado por las generosas libaciones de licores y perfumes, una cosa fría agarró las articulaciones de mis temblorosas manos: era un nudo de hierro, que, en el mismo instante, cayó encima de mis pies entumecidos, y me encontré de pie entre dos prietas hileras de lívidos soldados, cuyas lanzas, rematadas en un deslumbrante hierro, formaban una larga sucesión de candelabros. Me puse en marcha, buscando con la mirada, en el cielo, el vuelo de la paloma viajera para confiar, al menos, a sus suspiros, antes de que llegara el horrible momento que comenzaba a prever, el secreto de un amor oculto que un día podría contar, planeando cerca de la bahía de Corcira, por encima de una bonita casa pintada de blanco; pero la paloma lloraba en su nido, porque el azor acababa de arrebatarse el pollo más querido de su nidada, avanzando con paso penoso e inseguro hacia la meta del cortejo trágico, en medio de un murmullo de espantosa alegría que circulaba entre la muchedumbre, y que pedía impacientemente mi llegada: el murmullo de gente boquiabierta, cuya mirada está transformada por los dolores, y cuya sangrienta curiosidad bebe, hasta donde le es posible, las lágrimas de la víctima que el verdugo le va a arrojar. «¡Ahí está —gritan todos—, ahí está!...» «Yo le vi en el campo de batalla —decía un viejo soldado—, pero entonces no estaba

pálido como un espectro, y parecía apto para la guerra.» «¡Qué pequeño es ese Lucius, del que habían hecho un Aquiles y un Hércules! —añadía un enano en el que no había reparado antes—. No hay duda de que el terror anula su fuerza y dobla sus piernas.» «¿Estáis seguros de que tanta ferocidad pudo darse cita en el corazón de un hombre?», dijo un anciano de cabellos blancos, cuya duda me heló el corazón; se parecía a mi padre. «¡Él!», continuó la voz de una mujer cuya fisonomía expresaba una gran dulzura... «¡Él! —repitió, cubriéndose con su velo para evitar el horror de mi aspecto...—. ¡El asesino de Polemón y de la bella Mirté...!» «Me parece que el monstruo me está mirando —dijo una de las mujeres del pueblo—. ¡Atrás, ojo de basilisco, alma de víbora, que el Cielo te maldiga!» Durante todo aquel tiempo, las torres, las calles, la ciudad entera iban quedando atrás, como el puerto abandonado por un navío que se hace a la ventura, tentando a los destinos del mar. Sólo quedaba una plaza recientemente construida, amplia, proporcionada, soberbia, poblada de edificios majestuosos, inundada por una muchedumbre de ciudadanos de todas las condiciones, que renunciaban a sus obligaciones para obedecer a la llamada de un placer morboso. Las ventanas estaban repletas de ávidos curiosos, pudiéndose ver cómo los jóvenes disputaban un poco de espacio a su madre o a su amante. El obelisco que se erigía por encima de las fuentes, el andamiaje vacilante del albañil, los tablados nómadas del titiritero estaban llenos de espectadores. Había hombres, jadeantes de impaciencia y voluptuosidad, que pendían de las cornisas del palacio, y que, haciendo presa con las piernas en los salientes de la muralla, repetían, con alegría no contenida, «¡Ahí está!» Una niña, cuya mirada extraviada presagiaba la locura, ataviada con una túnica azul toda arrugada, y cuyos cabellos rubios estaban adornados con lentejuelas, cantaba la historia de mi suplicio. Y hablaba de mi muerte y de la confesión de mis fechorías, y su cruel endecha revelaba a mi alma espantada los misterios del crimen, imposibles de concebir por el crimen mismo. El objetivo de todo aquel espectáculo éramos yo, otro hombre que me acompañaba y unas cuantas tablas levantadas sobre algunas estacas, por encima de las cuales el carpintero había clavado un grosero asiento y un bloque de madera mal desbastado que le sobrepasaba en media braza. Subí catorce peldaños; tomé asiento; paseé la mirada sobre la muchedumbre, intentando reconocer algunos rasgos amigos, encontrar, en la mirada circunspecta de un adiós vergonzoso, reflejos de una esperanza o de una pena; sólo vi que Mirté se despertaba junto a su arpa, y que la tocaba, riendo; que Polemón, que levantaba su copa vacía, y que, medio aturdido por los vahos de su brebaje, la llenaba nuevamente con su mano temblorosa. Más tranquilo, ofrecí mi cabeza al sable filoso y helado del oficial de la muerte. Jamás recorrió escalofrío tan penetrante las vértebras del hombre; era sobrecogedor, como el último beso que estampa la fiebre en el cuello de un moribundo, agudo como el acero templado, devorador como el plomo fundido. Sólo pude escaparme de esta angustia gracias a una conmoción terrible: había caído mi cabeza... había rodado, rebotado en el repulsivo atrio del cadalso, y, lista para caer, llena de magulladuras, en las manos de los niños, de los hermosos

niños de Larissa, que juegan con las calaveras, se había sujetado a una tabla saliente, mordiéndola con los dientes de hierro que la rabia presta a la agonía. Desde allí volví la vista hacia la asamblea, que se retiraba silenciosa, aunque satisfecha. Un hombre acababa de morir ante el pueblo. Y todo se acabó con un sentimiento de admiración para aquel que había atinado a la primera, y un sentimiento de horror dirigido contra el asesino de Polemón y de la bella Mirté. «¡Mirté! ¡Mirté!», exclamaba yo, rugiendo, pero sin abandonar la salutífera tabla. «¡Lucius! ¡Lucius! —respondió ella, medio dormida—. ¡Si bebes una copa de más, nunca podrás dormir tranquilo! Que los dioses infernales te perdonen, no molestes más mi reposo. Antes preferiría dormir con el ruido del martillo de mi padre, en el taller en el cual atormenta al cobre, que entre los terrores nocturnos de tu palacio.»

Y mientras me hablaba, mordía, obstinado, la madera humedecida con mi sangre recientemente derramada, congratulándome conmigo mismo porque sentía crecer las sombrías alas de la Muerte, que se desplegaban, lentamente, por encima de mi mutilado cuello. Todos los murciélagos del crepúsculo venían a acariciarme, afectuosos, diciéndome: «¡Coge las alas...!», y yo comenzaba a batir con esfuerzo unos jirones que apenas me sostenían. Sin embargo, al instante sentí una ilusión que me dio ánimos. Por diez veces agité los entablados fúnebres con el movimiento de la membrana poco menos que inanimada que arrastraba tras de mí, parecida a las flexibles extremidades del reptil que se ovilla en la arena de las fuentes; por diez veces me elevé, progresando poco a poco en la húmeda niebla. ¡Cuán negra y helada parecía! ¡Y cuán tristes son los desiertos de las tinieblas! Me remonté, finalmente, hasta la altura de las edificaciones más elevadas, y planeé en círculos alrededor del zócalo solitario, del zócalo que mi boca moribunda acababa de rozar con una sonrisa y un beso de despedida. Habían desaparecido todos los espectadores, habían cesado todos los ruidos, se habían ocultado todos los astros, todas las luces se habían desvanecido. El aire estaba inmóvil, el cielo glauco, apagado, frío como una placa mate. No quedaba nada de lo que había visto, de lo que había imaginado en la tierra, y mi alma, asustada al sentirse viva, huía con horror hacia una soledad más inmensa, una oscuridad más profunda que la soledad y la oscuridad de la nada. Pero no conseguía encontrar el refugio que estaba buscando. Me elevaba como la mariposa nocturna que ha roto nuevamente sus ataduras misteriosas para desplegar el lujo inútil de su aderezo de púrpura, azur y oro. Si de lejos apercibe la ventana del sabio que vela, escribiendo a la luz de una lámpara de poco valor, o la de una joven esposa cuyo marido se ha retrasado en la cacería, se eleva, intenta pararse, golpea, temblorosa, el cristal, se aleja, regresa, da vueltas, zumba, y cae, manchando el vidrio transparente con el polvillo de sus frágiles alas. Y como ella, azotaba, con las lúgubres alas que la muerte me había dado, las bóvedas de un cielo de bronce que sólo me respondía mediante una sorda resonancia, y descendí, planeando en círculos, alrededor del zócalo solitario, del zócalo que mi boca moribunda acababa de rozar con una sonrisa y un beso de despedida. El zócalo ya no se encontraba vacío. Otro hombre acababa de

apoyar en él su cabeza, su cabeza echada hacia atrás, y su cuello mostraba a mis ojos la huella de la herida, la cicatriz triangular de la punta de una lanza que me arrebató a Polemón en el sitio de Corinto. Sus ondulantes cabellos lanzaban sus bucles dorados por todo el sangriento bloque; mas Polemón, tranquilo y con los párpados cerrados, parecía dormir un feliz sueño. Una sonrisa que no estaba inducida por el terror se dibujaba en sus labios risueños, propiciando nuevas canciones de Mirté, o nuevas caricias de Telaria. A los atisbos del día pálido que comenzaba a extenderse por el recinto de mi palacio, reconocía, con formas todavía un poco indefinidas, todas las columnas y vestíbulos, entre los que, por la noche, había visto cómo se organizaban las danzas fúnebres de los malos espíritus. Busqué a Mirté; pero había dejado su arpa, e inmóvil entre Telaria y Teis, detenía una mirada lúgubre y cruel sobre el guerrero dormido. De repente, a su lado surgió Méroe: el áspid de oro que se había quitado del brazo silbaba, deslizándose bajo las bóvedas: el vibrante *rhombus* giraba y zumbaba por los aires; Smarra, convocado por la mañana, tras la terminación de los sueños, venía a reclamar la recompensa prometida por la reina de los terrores nocturnos, y palpitaba a su lado, presa de espantoso amor, haciendo zumbir sus alas con tanta rapidez, que no llegaban a oscurecer, ni con una mínima opacidad, la transparencia del aire.

Teis, Telaria y Mirté bailaban desenfrenadamente y proferían aullidos de alegría. A mi lado, niños horribles, de cabellos blancos, de arrugada frente, de mirada extinta, se divertían encadenándome al lecho con las frágiles mallas de la araña, que lanza su pérfida red en el rincón que forman dos murallas contiguas para capturar en ella alguna mariposa extraviada. Algunos de ellos recogían los hilos de color blanco como la seda, cuyos ligeros copos escapan al prodigioso huso de las hadas, que dejarían caer, con todo el peso de una cadena de plomo, encima de mis miembros, incapaces de soportar más dolor. «Levántate», me decían, entre risas insolentes, quebrantando mi oprimido seno al golpearlo con un canutillo de paja, que habían roto para darle la forma de un látigo, y que habían sustraído de la gavilla de una espigadora. Sin embargo, yo no dejaba de hacer esfuerzos para liberar, de los endebles lazos que las aprisionaban, mis manos, tan temidas por el enemigo, cuya fuerza había llegado a ser conocida en Tesalia, sobre todo en los crueles juegos del cesto y del pugilato; y mis temibles manos, mis manos acostumbradas a levantar un armazón de hierro que daba la muerte, languidecían bajo el impotente pecho del irreal enano, como la esponja agitada por la tempestad al pie de una inmemorial peña, golpeada por el mar, sin dejar en ella huella alguna, desde el comienzo de los tiempos. Así se desvaneció sin dejar rastro, incluso antes de llegar hasta el obstáculo, hacia el que le impelía un soplo celoso, aquel globo multicolor, juguete deslumbrante e inasible de los niños.

La cicatriz de Polemón manaba sangre, y Méroe, ebria de voluptuosidad, levantaba por encima del ávido grupo que formaban sus compañeras el lacerado corazón que acababa de ser arrancado del pecho del soldado. Pues rehusaba entregarlo, disputando sus restos a las hijas de Larissa, sedientas de sangre. Smarra

protegía, con vuelos rápidos y amenazadores silbidos, el espantoso trofeo de la reina de los terrores nocturnos. A duras penas, acariciaba con la extremidad de su trompa, cuya dilatada espiral se desenrollaba como un resorte, el corazón sangrante de Polemón, intentando acallar, por un momento, la impaciencia de su sed; y Méroe, la bella Méroe, sonreía ante su celo y ante el testimonio de su amor.

Las ligaduras que me retenían cedieron al fin; y me encontré con que estaba levantado, despierto, al pie del lecho de Polemón, mientras que, lejos de mí, huían todos los demonios, todas las brujas y todas las ilusiones de la noche. Mi propio palacio, y las jóvenes esclavas que eran su máspreciado adorno, fortuna pasajera de los sueños, habían dejado paso a la tienda de un guerrero herido al pie de las murallas de Corinto, y al cortejo lúgubre de los oficiales de la muerte. Las antorchas del duelo comenzaban a empalidecer ante los rayos del sol naciente; los cánticos fúnebres comenzaban a resonar bajo las bóvedas subterráneas de la tumba. Y Polemón... ¡Oh, desesperación!, mi temblorosa mano buscaba, en vano, una débil ondulación en su pecho. Su corazón no latía. Su seno estaba vacío.

#### EPÍLOGO

*Hic umbrarum tenui stridore volantum Flebilis auditu questus, simulacra coloni Pallida, defunctasque vident migrare figuras.*

CLAUDIANO

Jamás podré dar crédito a esas viejas fábulas, ni a los juegos de la imaginación. Los amantes, los locos y los poetas tienen mentes ardientes, y una imaginación que no concibe más que fantasmas, y cuyas concepciones, presas de ardiente delirio, escapan a los límites de la razón.

SHAKESPEARE

¡Ah! ¿Quién vendrá para quebrar sus puñales? ¿Quién será capaz de restañar la sangre de mi hermano y de traerle de nuevo a la vida? ¡Oh! ¿Qué he venido a hacer aquí? ¡Eterno dolor! ¡Larissa, Tesalia, Tempe, ondas del Peneo, cuánto os aborrezco! ¡Oh, Polemón, querido Polemón!...

«¡En el nombre de nuestro ángel bueno! ¿Qué dices acerca de puñales y de sangre? ¿Qué es lo que te hace balbucear, desde hace tanto rato, palabras

desordenadas, o gemir, con voz ahogada, como un viajero al que se está asesinando en mitad de un sueño, y que sólo es despertado por la muerte?... ¡Lorenzo, mi querido Lorenzo!...»

Lisidis, Lisidis. ¿Eres tú quien me habla? Me pareció reconocer tu voz, y he pensado que las sombras se estaban marchando. ¿Por qué me has abandonado cuando acogía, en mi palacio de Larissa, los últimos suspiros de Polemón, en medio de las brujas que bailan de alegría? Mira, mira cómo bailan de alegría...

«¡Ay!, no conozco a Polemón, ni Larissa, ni la alegría formidable de las brujas de Tesalia. Sólo conozco a Lorenzo, a mi querido Lorenzo. Ayer, ¿es que tan pronto lo has olvidado?, era el día en que reanudábamos aquel en que consagramos nuestro matrimonio; ayer era el octavo día de nuestro casamiento... Mira, mira qué día, mira Arona, el lago y el cielo de Lombardía...»

Las sombras van y vienen; me amenazan; hablan encolerizadas, hablan acerca de Lisidis, de una hermosa casita al borde mismo del agua, y de un sueño que he tenido con una tierra lejana... aumentan de tamaño, me amenazan, gritan...

«¿Con qué nuevo reproche vas a atormentarme, corazón ingrato y celoso? ¡Ah! Bien sé que te mofas de mi dolor, y que sólo buscas alguna infidelidad para disculparte, o tapar con algún insólito pretexto una ruptura preparada de antemano... No te hablaré más.»

¿Dónde está Teis, dónde está Mirté, dónde están las arpas de Tesalia? Lisidis, Lisidis, si no me he confundido al escuchar tu voz, tu dulce voz, debes de estar ahí, cerca de mí... sólo tú puedes librarme de los prestigios y las venganzas de Méroe... Líbrame de Teis, de Mirté, incluso de Telaria...

«Eres tú, cruel, quien lleva demasiado lejos la venganza, y quien quiere castigarme porque ayer, en el baile de Isola Bella, bailé demasiado con otro; pero si se hubiera atrevido a hablarme de amor, si me hubiera hablado de amor...»

¡Por san Carlos de Arona, que Dios te libre!... Y entonces, ¿es posible, Lisidis mía, que hayamos regresado de Isola Bella a los dulces acordes de tu guitarra, entrando en nuestra acogedora casa de Arona, de Larissa, de Tesalia, a los dulces acordes de tu arpa y de las aguas del Peneo?

«Abandona Tesalia, Lorenzo, despiértate... ¿No ves los rayos del sol naciente que inciden en la cabeza colosal de san Carlos? Escucha el murmullo del lago que va a morir en el arenal, al pie de nuestra acogedora casa de Arona. Respira las brisas de la mañana que transporta sobre sus frescas alas todos los perfumes de los jardines y de las islas, todos los murmullos del día naciente. El Peneo discurre muy lejos de aquí.»

Nunca podrás comprender cuánto he sufrido esta noche junto a sus riberas. ¡Que aquel río sea maldito por la naturaleza y maldita también la dolencia funesta que hizo extraviarse mi alma durante esas horas que me parecieron más largas que mi existencia, entre escenas de falsas delicias y crueles terrores!... ¡Y que ha hecho envejecer diez años mis cabellos!

«Yo te juro que no han encanecido... pero otra vez estaré más al tanto, y ataré a tu

mano una de las mías, deslizando la otra en los bucles de tus cabellos, respiraré toda la noche el aliento de tus labios y lucharé contra el sueño profundo para poder siempre despertarte antes de que el mal que te atormenta haya podido llegar a tu corazón... ¿Duermes?»

#### NOTA ACERCA DEL RHOMBUS

Esta palabra, muy mal explicada por lexicógrafos y comentaristas, ha ocasionado tan singulares equívocos, que quizás se me pueda perdonar el evitar otros nuevos a los futuros traductores. El propio M. Noël, cuya sana erudición rara vez incurre en falta, no ve en ella otra cosa que «una especie de rueda utilizada en las operaciones mágicas»; aunque se muestra al respecto más afortunado que su estimable homónimo, el autor de la *Histoire des pêchés*, el cual, confundido por una conformidad de nombre, fundada en una conformidad de forma, ha considerado al *rhombos* como un pescado, haciendo los honores al rodaballo de las magias operadas por el instrumento al uso en Sicilia y Tesalia. Sin embargo, Luciano, que habla de un *rhombos* de bronce, es prueba suficiente de que estamos tratando con algo que nada tiene que ver con un pescado. Perrot d'Ablancourt lo tradujo como «un espejo de bronce», porque, en efecto, llegaron a fabricarse espejos con forma de rombo, y porque, en ocasiones, en sentido figurado, la forma es tomada en ocasiones por la cosa. Belin de Ballu ha subsanado este error, cayendo, sin embargo, en otro. Teócrito pone en boca de una de sus pastoras: «Al igual que el *rhombos* gira rápidamente según mis deseos, ordena, Venus, que mi amante regrese a mi puerta con idéntica celeridad». El traductor latino de la inapreciable edición de Libert, se acerca en mucho a la verdad:

*Utque volvitur hic aeneus orbis, ope Veneris,  
Sic ille voluatur ante nostras fores.*

Un *globo de bronce* no tiene nada en común con un espejo. También se hace mención del *rhombus* en la segunda elegía del segundo libro de Propertio, y, salvo error, en el trigésimo epigrama del noveno libro de Marcial. Y bien poco le faltó para que también fuera descrito por Ovidio, en la octava elegía del libro primero de los *Amores*, cuando el poeta pasa revista a los secretos de la hechicera que está instruyendo a su hija en los misterios execrables del arte; y debo el secreto de un

descubrimiento, por otra parte, insignificante, a esta fórmula:

*Scit bene (Saga) quid gramen, quid torto concita rhombo  
Licia, quid valeat, etc.*

*Concita licia, torto rhombo*, se refieren, de manera lo suficientemente clara, a un instrumento redondeado que se lanza mediante unas correas, y que no admite confusión con el *turbo*<sup>[3]</sup> usado por los niños de la antigua Roma, que nunca fue de bronce, y que no se parece ni a un espejo ni a un pescado; y tampoco habrían pensado en él los poetas para referirse al inusitado término de *rhombus*, ya que *turbo* aparecía, de manera suficientemente honorable, en el lenguaje poético. Virgilio escribió: *Versare turbinem*, por no hablar de Horacio: «*Citamque retro solve turbinem*».

No obstante, no me hallo muy lejos de creer que, en este último ejemplo, en el que Horacio habla de los encantamientos de las brujas, haga alusión al *rhombos* de Tesalia y Sicilia, cuyo nombre latinizado sólo se ha usado después de él.

Si alguien se ha tomado la molestia de leer esta nota, que no va dirigida a las damas y que no tiene mayor interés para el público en general, probablemente me preguntará qué es el *rhombus*. Pues bien, todo parece indicar que el *rhombus* no es otra cosa que ese juguete infantil cuyo lanzamiento, sumado al ruido que produce, posee, en efecto, algo de espeluznante y de mágico, y que, por una singular analogía de pensamiento, ha adoptado en nuestros días el nombre de DIÁBOLO.

## JEAN-FRANÇOIS, EL DE LAS MEDIAS AZULES<sup>[4]</sup>

LO fantástico está un poco pasado de moda, y no parece que esto sea malo. La imaginación abusa con demasiada facilidad del fácil recurso y, por si fuera poco, no consigue el toque fantástico que desea. La primera condición esencial para escribir una buena historia fantástica sería la de creer firmemente en ella, pero nadie cree en lo que inventa. Y en seguida ocurre que en el discurso de la narración una combinación de efectos demasiado aderezados, un juego demasiado rebuscado de la imaginación, un desafortunado toque espiritual van a traicionar al escéptico, con lo que la ilusión se desvanece: el que estaba haciendo trampas con el cubilete ha dejado correr la bola, y el tramoyista nos ha dejado divisar su tinglado. Todo desaparece al mismo tiempo, como tras el telón, prosaico y falto de ilusión, de las sombras chinescas. Ustedes solamente han visto lo que han visto. El nigromante, despojado de su barba y de su gorro puntiagudo, se encomienda a sus visitas, siempre que ustedes hayan quedado contentos, y, a poco que compartan mi opinión, no caerán de nuevo en la trampa, pues no hay nada más absurdo que una ilusión que ha terminado. Envíenle un saludo, pues es todo lo que le deben.

Jamás escribiré en toda mi vida una historia fantástica, pueden creerme, a no ser que tenga una fe en ella que sea tan sincera como la que se refiere a las nociones más comunes de mi memoria o a los hechos más corrientes de mi existencia, y no creo, en lo que a esto se refiere, deber nada en inteligencia y razón a los espíritus fuertes que niegan completamente lo fantástico. Difiero de ellos, en verdad, por una cierta manera de ver, de sentir y de juzgar, pero, del mismo modo, ellos difieren de mí, y no me creo obligado por ningún fallo público y reconocido de organización alguna a someter las percepciones íntimas de mis sentidos, así como de mi conciencia, al capricho de una autoridad sectaria, cuyos únicos motivos para discutir son los debidos a una presuntuosa ignorancia. América era un mundo fantástico antes de Cristóbal Colón.

Traedme un hombre sin instrucción, pero seguro de sí mismo, como todos los simples, y al que, casualmente, se le haya metido en un ojo una mota de hierro:

—Amigo —le diría—, en el monte Sípylo, situado en Asia Menor (o sea, bastante lejos), se encuentra una piedra extraordinaria que sería capaz de curar al instante su enfermo e inflamado ojo, a condición de que usted pudiese contemplarla de cerca. Se trata de algo muy misterioso, y que no podría explicarse si no fuera porque Dios lo ha permitido así; pero sólo esa piedra podrá aliviarle.

—¡Usted me toma el pelo —me respondería encolerizado— con su piedra del monte Sípylo! ¡Valiente cuento de viejas! ¡Miserable chisme de charlatán...!

Ya he supuesto que este hombre era un simple. Lo que, en sí, es más que la mitad de un filósofo.

—El azar —le respondería yo— permite que, por aquel tiempo de mis lejanos

viajes, hiciera engastar un fragmento de la piedra en esta sortija, con lo que nos encontramos en disposición de probar su virtud.

Y entonces, acercaría a la parte dolorida la piedra del monte Sípylo, con lo que el cuerpo extraño volaría hacia ella, pues la piedra del monte Sípylo es el imán. El imán tiene propiedades fantásticas para todos aquellos que no las han experimentado. Así ocurre con otras mil fuerzas naturales, que un pequeño número de hombres conocen, y con una infinita multitud de maravillas, aún más ocultas, que nadie conoce.

Después de esto, señora, me hallo dispuesto, con tal que usted muestre un poquito de interés, a contarle una historia fantástica, en la que le prometo no poner nada de mi cosecha. Usted la juzgará según le plazca.

En 1793, había en Besançon un idiota, un monómano, un loco, de quien todos mis compatriotas que hayan tenido la suerte o la desgracia de vivir tanto como yo se acordarán. Se llamaba Jean-François Touvet, pero más comúnmente, en el insolente lenguaje de la canalla y de los escolares, Jean-François *Medias Azules*, porque jamás llevaba medias de otro color. Era un joven de veinticuatro o veinticinco años, si no me equivoco, de estatura alta y bien proporcionada, y con la fisonomía más noble que sea posible imaginar. Sus cabellos, negros y tupidos, sin empolvar, que él levantaba sobre la frente, sus cejas espesas, desarrolladas y muy expresivas, sus grandes ojos, llenos de una dulzura y de una ternura expresiva que sólo eran atenuadas por cierta disposición a la gravedad, la regularidad de sus bellos rasgos, la benevolencia casi celeste de su sonrisa componían una conjunción que debía penetrar de afecto y respeto hasta al populacho grosero que perseguía con estúpidas risotadas la más conmovedora de las imperfecciones de aquel hombre: «Es Jean-François *Medias Azules*», decían, dándose con el codo, «que pertenece a una honesta familia procedente del Franco Condado, que nunca ha hecho, de palabra u obra, mal a nadie, y que, según se dice, se ha vuelto loco a fuerza de ser sabio. Hay que dejarle tranquilo para que no vaya a empeorar».

Y Jean-François *Medias Azules* pasaba, en efecto, sin preocuparse de nadie; pues aquella mirada que soy incapaz de describir no se detenía nunca en el horizonte, sino que, incesantemente, se encontraba vuelta hacia el cielo, con el cual el hombre de quien le estoy hablando (era un visionario) parecía mantener una conversación oculta, que sólo se daba a conocer por el movimiento perpetuo de sus labios.

Sin embargo, el atavío de aquel pobre diablo era de tal naturaleza que divertía a los transeúntes y, sobre todo, a los desconocidos. Jean-François era hijo de un digno sastre de la calle de Anvers, que no había escatimado nada para su educación, a causa de las grandes perspectivas que ofrecía, y porque se había jactado de hacer de él un sacerdote, a quien la brillantez de sus sermones debería llevar un día hasta el episcopado. En efecto, había sido el laureado de todas las clases, y el erudito abad Barbélenet, el sabio Quintiliano de nuestros padres, se informaba frecuentemente, desde el lugar al que había emigrado, de lo que le había acontecido a su alumno favorito; pero en esto no se le podía satisfacer, pues en el estado de decaimiento y

abandono en el que Jean-François *Medias Azules* había caído, nada podía encontrarse del hombre genial que había sido. El viejo sastre, que tenía muchos hijos, había reducido, por necesidad, los gastos dedicados a Jean-François, y aunque siempre cuidase de su aseo, no le vestía más que con ropas de ocasión, que su profesión le permitía adquirir a buen precio, o con las de sus hermanos menores, reparadas al efecto. Ese tipo de atavío, tan poco apropiado a su gran estatura, que le apretaba, como una especie de funda a punto de estallar, y que dejaba salir de las estrechas mangas de su frac verde más de la mitad del antebrazo, tristemente, tenía algo de burlesco. Sus calzas, estrictamente pegadas al muslo, y cuidadosa, pero inútilmente, estiradas, a duras penas conseguían encontrarse en la rodilla con las medias azules de las que Jean-François sacaba su popular mote. En lo que se refiere a su tricorne sombrero, tocado hartamente ridículo para todos, la forma que había recibido del artesano y la manera en ser llevado por Jean-François daban lugar, junto a aquella cabeza tan poética y majestuosa, a un absurdo contrasentido. Aunque viviera mil años sería incapaz de olvidar la planta grotesca y la pose singular del sombrero tricorne de Jean-François *Medias Azules*.

Una de las particularidades más sobresalientes de la locura de aquel buen muchacho era que sólo se le notaba en las conversaciones sin importancia, en las que el entendimiento se preocupa de las cosas familiares. Si se le abordaba para hablarle de la lluvia, del buen tiempo, del espectáculo, del periódico, de lo que se decía por la ciudad, de los asuntos del país, escuchaba con atención y respondía con firmeza; pero las palabras que afluían a sus labios se apiñaban tan tumultuosamente que, antes de la primera pausa, se confundían en un inextricable galimatías, del que era imposible extraer ningún sentido. Sin embargo, él proseguía, sustituyendo gradualmente la frase natural y lógica del hombre llano por el parloteo del niño pequeño que no conoce el sentido de las palabras, o por el chocheo del anciano que lo ha olvidado.

Y entonces se reían; y Jean-François se callaba sin cólera, y quizás sin darse cuenta, elevando hacia el cielo sus bellos y grandes ojos negros, como para buscar inspiraciones más dignas de él en la región en la que había depositado todas sus ideas y sentimientos.

Pero no ocurría lo mismo cuando la entrevista se resolvía de manera precisa en una cuestión moral o científica de algún interés. Entonces, los rayos tan divergentes, tan desparramados hasta ese momento, de aquella inteligencia enferma se estrechaban de repente en un haz, como los del sol en la lente de Arquímedes, prestando tanto esplendor a su discurso, que es lícito dudar de si Jean-François habría sido más sabio, claro y persuasivo en el pleno disfrute de su razón. Los problemas más difíciles de las ciencias exactas, que habían sido objeto de particular estudio por su parte, no eran para él más que un juego, y la solución cruzaba tan rápidamente desde su alma hacia la boca, que en vez del resultado de la reflexión y del cálculo se la habría tomado por el de una operación mecánica, sometida al impulso de un golpe o a la acción de un resorte. Parecía a los que entonces le escuchaban y que eran capaces de entenderle,

que el precio pagado por el disfrute de tan rara facultad no era otro que el que privaba al bien común de que pudiera enunciar fácilmente ideas vulgares en un lenguaje vulgar; pero es el vulgo quien juzga y, para él, el hombre en cuestión no era más que un idiota con medias azules, incapaz de mantener, siquiera, la conversación del pueblo. Y eso era cierto.

Como la calle de Anvers iba a dar cerca del colegio, no había día en que yo no pasase por ella cuatro veces para ir y volver, pero sólo en las horas intermedias y en los días templados del año iluminados por un poco de sol estaba seguro de encontrar allí a Jean-François, sentado sobre un pequeño escabel, ante la puerta de su padre, y, lo que era muy frecuente, rodeado de un corro de escolares necios que se regocijaban ante el descomedimiento de sus frases heteróclitas. Desde bastante lejos llegaba a tener conocimiento de aquella escena, gracias a las risotadas de los oyentes, y cuando me iba acercando, con el atado de diccionarios bajo el brazo, había ocasiones en que me costaba trabajo abrirme paso hasta él; pero en ello siempre experimentaba un placer nuevo, porque creía haber sorprendido, a pesar de ser un niño, el secreto de su doble vida, y porque me comprometía a confirmar esta idea en cada nueva experiencia.

Una tarde a principios de otoño que estaba nublada y que parecía que iba a comenzar una tormenta, la calle de Anvers, de suyo poco frecuentada, aparecía totalmente desierta, con excepción de un único hombre. Era Jean-François, sentado, sin moverse y mirando al cielo, como de costumbre. Todavía no le habían quitado el escabel. Me acerqué despacio, para no distraerle, e, inclinándome sobre él, le musité, cuando me pareció que había reparado en mí:

—¡Qué solo estás! —le dije sin pensar; pues solía abordarle en nombre del aoristo o del logaritmo, de la hipotenusa o del tropo, y de otras de las dificultades de mi doble educación. Después de lo cual, me mordí los labios pensando que esta reflexión ingenua, que le hacía caer desde el empíreo a la tierra, le devolvía a su acostumbrado fárrago que nunca podía escuchar sin sentir una violenta congoja.

—¡Solo! —me respondió Jean-François, cogiéndome por el brazo—. Sólo el insensato está solo, y sólo el ciego que no ve y nadie más que el paralítico cuyas piernas desfallecidas no pueden apoyarse y mantenerse sobre el suelo...

Ahí está, me dije a mí mismo, mientras que él seguía hablando con frases oscuras, que desearía recordar, porque quizás tendrían ahora más sentido que el que entonces imaginé. El pobre Jean-François se ha ido, pero le traeré de nuevo. Conozco la varita que le librerá de su encantamiento.

—En efecto, es posible —exclamé— que los planetas se hallen habitados, tal y como ha pensado M. de Fontenelle<sup>[5]</sup>, y que tú mantengas con sus habitantes un secreto comercio, como el conde de Gabalis.

Y tras aquel despliegue de erudición me quedé a mis anchas.

Jean-François sonrió, me miró con su dulce mirada, y me dijo:

—¿Tú sabes lo que es un planeta?

—Supongo que es un mundo que, más o menos, se parece al nuestro.

—Y lo que es un mundo, ¿lo sabes?

—Un cuerpo grande que, de manera regular, lleva a cabo en el espacio determinadas revoluciones.

—Y el espacio, ¿tienes alguna duda acerca de lo que pueda ser?

—Espera, espera —continué—, tengo que acordarme de las definiciones... ¿El espacio? Es un medio sutil e infinito, por el que se mueven los astros y los mundos.

—Estoy de acuerdo. ¿Y qué son los astros y los mundos en relación con el espacio?

—Posiblemente miserables átomos que se pierden en él como el polvo en el aire.

—Y la materia de los astros y de los mundos, ¿qué piensas tú que puede ser si la comparamos con la materia sutil que llena el espacio?

—¿Qué quieres que te diga...? No hay palabra alguna que sirva para comparar tan groseros cuerpos con un elemento tan puro.

—¡Muy bien! Y tú, niño, ¿podrías entender que el Dios creador de todas las cosas, que ha dado a esos cuerpos groseros habitantes, sin duda imperfectos, pero no obstante, imbuidos, como nos sucede a los dos, de la necesidad de una vida mejor, hubiera dejado el espacio deshabitado...?

—¡No lo entendería! —repliqué con convicción—. Y pienso, incluso, que lo mismo que nosotros predominamos, y con mucho, en lo que se refiere al grado de organización con respecto a la materia a la cual estamos atados, sus habitantes deben predominar igualmente con respecto a la sutil materia que les rodea. Pero ¿cómo podría llegar a conocerlos?

—Aprendiendo a verlos —respondió Jean-François, empujándome suavemente con su mano.

En aquel instante, su cabeza volvió a desplomarse sobre el respaldo del escabel de tres peldaños; su mirada recuperó su rigidez, y los labios su movimiento.

Me alejé, por discreción. Cuando apenas me encontraba a unos pasos escuché, detrás de mí, a sus padres que le instaban a entrar, porque el cielo no tenía buen aspecto. Como de costumbre, él se sometía a sus menores deseos; pero su regreso al mundo real estaba siempre acompañado por aquel desbordamiento de palabras ininterrumpidas que proveía a los incultos del barrio del objeto de su acostumbrada diversión.

Seguí andando, mientras me preguntaba si no sería posible que Jean-François tuviera dos almas, una que pertenecía al mundo imperfecto en el que vivimos, y otra que se depuraba en aquel sutil espacio en donde él creía penetrar mediante el pensamiento. Ante aquella teoría me sentí un tanto turbado, pero en el futuro me sentiría aún más.

Así pues, llegué al lado de mi padre, más preocupado, y sobre todo preocupado de modo distinto, que si hubiera roto entre mis manos la cola de la cometa, o que si la pelota lanzada por mí con mucha fuerza hubiera ido a parar desde la calle de los

Cordeleros al jardín de M. de Grobois. Mi padre me interrogó acerca de mi ánimo, y debo decir que nunca le he mentado.

—Yo creía —me dijo— que todas esas ensoñaciones (yo le había contado mi conversación con Jean-François *Medias Azules* sin omitir detalle alguno) habían sido enterradas para siempre con los libros de Swedenborg y Saint-Martin en la fosa de mi viejo amigo Cazotte; pero parece que ese joven, que ha pasado algunos días en París, se ha imbuido de las mismas locuras. Por lo demás, hay una cierta fineza de observación en las ideas que su doble lenguaje te ha sugerido, y la explicación que tú te has hecho de ellas sólo requiere ser reducida a su verdadera expresión. Las facultades de la inteligencia no son tan indivisibles como para no poder ser afectadas de manera separada por una disfunción del cuerpo y del espíritu. Consecuentemente, la alteración de ánimo que el pobre Jean-François manifiesta en las operaciones más comunes de su juicio, no debe ser extendida a las propiedades de su memoria, siendo ésta la razón por la cual responde con precisión cuando se le interroga acerca de cosas que ha aprendido con lentitud y cuya retención ha sido difícil, mientras que yerra en todas las demás que caen inopinadamente bajo sus sentidos, y ante cuya consideración nunca tuvo necesidad de aplicar una fórmula exacta. Me extrañaría bastante que esto no se observase en la mayor parte de los locos; pero no sé si me has comprendido.

—Creo haberle comprendido, padre, y dentro de cuarenta años consignaré por escrito sus propias palabras.

—No esperaba otra cosa de ti —me dijo, abrazándome—. Dentro de algunos años, estarás suficientemente prevenido, gracias a estudios más serios, contra ese tipo de ilusiones que sólo prevalecen en las almas débiles y en las inteligencias enfermas. Acuérdate solamente, ya que te sientes tan seguro de tus recuerdos, de que no hay nada tan simple como las nociones que se acercan a lo verdadero, y nada tan especioso como las que se alejan de ello.

Es cierto, iba pensando mientras me retiraba temprano a descansar, que *Las Mil y Una Noches* son incomparablemente más gratas que el primer volumen de Bezout, ¿y cuándo ha podido creer alguien en *Las Mil y Una Noches*?

La tormenta seguía tronando. Y, ante su belleza, no me pude resistir a abrir la ventana, esa tan bonita que daba a la calle Nueva, frente a la simpática fuente con la cual mi abuelo, el arquitecto, había adornado la ciudad y en la que se encontraba una sirena de bronce, la que, frecuentemente, al capricho de mi desbordante imaginación, hizo que mudase en poéticos cantos el murmullo de sus aguas. Me obstinaba en seguir a simple vista a todos aquellos meteoros de fuego que, entre las nubes, entrechocaban, como si fuesen a dislocar todos los mundos. Y en ocasiones, cuando el inflamado velo se rasgaba bajo el efecto de un trueno, mi mirada, más rápida que los relámpagos, se hundía en el cielo infinito que se abría encima de él, y que me parecía más puro y más sereno que un hermoso cielo de primavera.

«¡Oh!», me decía entonces, «si las vastas llanuras de este espacio tuviesen, a

pesar de todo, habitantes, ¡cuán agradable sería descansar allí, y en su compañía, de todas las tempestades de la tierra! ¡Qué ininterrumpida paz la que podría disfrutarse en aquella límpida región, que nunca se halla en agitación, a la que nunca se priva de la luz del sol, y que ríe, luminosa y en paz, por encima de todos nuestros huracanes y de todas nuestras miserias! ¡No, deliciosos valles celestiales», exclamé llorando a mares, «no habéis sido creados por Dios para permanecer desiertos, pues, acompañado de mi padre, un día os recorreré!»

La conversación con Jean-François me había dejado una impresión tal que, cada poco, me sentía espantado; sin embargo, la naturaleza se animaba a mi paso, como si mi simpatía hacia ella hubiese hecho brotar de los seres más insensibles alguna chispa de divinidad. Si hubiera sido más sabio habría comprendido entonces el panteísmo. Así, pues, lo inventé.

Pero yo seguía los consejos de mi padre: incluso evitaba la conversación con Jean-François *Medias Azules*, al que no me acercaba más que cuando se alambicaba en una de aquellas frases eternas que parecían no tener más que la única finalidad de espantar a la lógica y agotar el diccionario. En cuanto a Jean-François *Medias Azules*, parecía que no me reconocía, o no daba en absoluto la impresión de que fuera capaz de diferenciarme de los restantes escolares de mi misma edad, a pesar de que yo fuera el único capaz de llevarle, cuando así me convenía, hasta una conversación coherente o una definición sensata.

Apenas había pasado un mes desde que hubiese mantenido con el visionario aquella conversación, y, al menos por esta vez, estoy totalmente seguro de la fecha. Era el mismo día en que comenzaba, una vez más, el año escolar, después de seis semanas de vacaciones, o sea, el 16 de octubre de 1793. Era cerca de mediodía y yo regresaba del colegio más alegre que como había entrado en él, acompañando a dos de mis camaradas que seguían el mismo camino para regresar a casa de sus padres y que, más o menos, cursaban estudios similares a los míos, pero que en seguida me habían superado. Aún viven los dos, y podría nombrarlos sin temor a ser desautorizado, si sus nombres, que adorna una fama justa, pudieran ser mencionados sin ningún inconveniente en una narración en la que sólo se exige la verosimilitud de los cuentos de hadas, pues, a fin de cuentas, como tal la considero.

Al llegar a cierto cruce en el que debíamos separarnos para tomar direcciones diferentes, nos sorprendió la actitud contemplativa de Jean-François *Medias Azules*, que estaba quieto en el centro exacto de la plaza, como un mojón, inmóvil, con los brazos cruzados, un aire tristemente pensativo y los ojos imperturbablemente fijos en un elevado punto del horizonte occidental. Algunos transeúntes se habían ido agrupando, poco a poco, a su alrededor y buscaban, en vano, el objeto extraordinario que parecía acaparar su atención.

—¿Pero qué está mirando? —se preguntaban entre sí—. ¿El paso de una bandada de pájaros raros, o la ascensión de un globo?

—Yo se lo diré —respondí, mientras me abría camino entre la muchedumbre,

dando codazos a diestro y siniestro—. Enséñanos eso, Jean-François —proseguí—. ¿Qué has notado de nuevo esta mañana en la materia sutil del espacio en la que se mueven todos los mundos?

—¿Es que tú no lo sabes lo mismo que yo? —respondió, abriendo los brazos, y describiendo con el extremo de uno de sus dedos una buena porción de circunferencia, que iba desde el horizonte hasta el cénit—. Sigue con la vista ese rastro de sangre, y verás a María Antonieta, reina de Francia, que va al cielo.

En aquel momento, los curiosos se dispersaron, encogiéndose de hombros, puesto que habían deducido por su respuesta que estaba loco, y yo me marché, a mi vez, no sin extrañarme de que Jean-François *Medias Azules* hubiese hilado tan fino con el nombre de nuestra última reina, pues esta particularidad positiva entraba de lleno en la categoría de los hechos reales cuyo conocimiento había perdido.

El primer día de cada quincena, mi padre se reunía para cenar con dos o tres de sus amigos. Uno de sus invitados, que no era de la ciudad, se hizo esperar un buen rato.

—Discúlpeme —dijo, tomando asiento—; ha corrido el rumor, según ciertas cartas de dominio privado, de que la infortunada María Antonieta iba a ser llevada a juicio, y me he retrasado un poco para esperar el correo del trece de octubre, pues las gacetas nada dicen al respecto.

—María Antonieta, reina de Francia —dije con confianza—, ha muerto esta mañana en el cadalso, pocos minutos antes del mediodía, cuando regresaba del colegio.

—¡Ah! ¡Dios mío! —exclamó mi padre—. ¿Quién ha podido decirte eso?

Me turbé y enrojecí, pues ya era tarde para callarme.

Le respondí temblando:

—Ha sido Jean-François *Medias Azules*.

No pensaba levantar la mirada hacia mi padre. Su extremada indulgencia hacia mí no era ninguna garantía contra el descontento que debía inspirarle mi atolondramiento.

—¿Jean-François *Medias Azules*? —dijo riendo—. Felizmente, podemos estar tranquilos respecto a las noticias que nos lleguen de ese lado. No será cometida esa cruel e inútil cobardía.

—¿Pero quién es —volvía a tomar la palabra el amigo de mi padre—, ese Jean-François *Medias Azules* que anuncia los acontecimientos a cien leguas de distancia, en el momento en que se supone que deben cumplirse? ¿Un sonámbulo, un convulsionario, un alumno de Mesmer o de Cagliostro?

—Algo parecido —le contestó mi padre—, pero más digno de interés; un visionario de buena fe, un maníaco inofensivo, un pobre loco que es vituperado, tanto como merecería ser amado. Proviene de una familia honorable, aunque de pocos medios, cuya esperanza constituía, pues prometía mucho. En el primer año de una magistratura de poca importancia que ejercí aquí, él se encontraba ya acabando sus

estudios; mi brazo se fatigó con sus laureles y la variedad de sus éxitos se añadía a su valor, pues parecía que le costaba poco franquear todas las puertas de la inteligencia humana. Cuando parecía que la sala se iba a desplomar por el estruendo de los aplausos, él, finalmente, recibía un premio sin el que los demás no son nada, el de la buena conducta a la que acompañan las virtudes de una juventud ejemplar. Cualquier padre habría estado orgulloso de contarle entre sus hijos y cualquier rico se habría alegrado de poder llamarle yerno. No hablo de las jóvenes que, naturalmente, se fijarían en su belleza de ángel y en su afortunada edad comprendida entre los dieciocho y los veinte años. Y eso fue lo que le perdió; no es que su modestia se dejara engañar por las seducciones de un triunfo, sino por los justos resultados de la impresión que él había producido. Ustedes habrán oído hablar de la hermosa Mme. de Sainte-A... Por aquel entonces se encontraba en el Franco-Condado, en donde su familia dejara tantos recuerdos y en donde acabaron estableciéndose sus hermanas. Ella estaba buscando un preceptor para su hijo, que como mucho debería llegar a los doce años de edad, y la gloria que acababa de vincularse al humilde nombre de Jean-François decantó la elección a su favor. Eso suponía, hace cuatro o cinco años, el comienzo de una carrera honorable para todo joven que hubiese aprovechado sus estudios y que no se extraviase en locas ambiciones. Desgraciadamente (a partir de este momento sólo puedo basarme en el testimonio de algunas informaciones imprecisas), la bella señora que así había recompensado el talento de Jean-François era también madre de una joven, y ésta era encantadora. Al verla, Jean-François no pudo dejar de amarla; sin embargo, imbuido por la imposibilidad de llegar hasta ella, parece haber buscado el medio de alejarse de una pasión invencible que sólo se ha revelado en los primeros momentos de su enfermedad, entregándose a estudios nocivos para la razón, a los ensueños de las ciencias ocultas y a las visiones de un espiritualismo exaltado; se volvió completamente loco, y despedido de Corbeil, lugar de residencia de sus protectores, con todos los cuidados que requería su estado, ninguna luz ha despejado las tinieblas de su mente desde que regresara con su familia. Ya ven que sus avisos no tienen consistencia alguna, por lo que no hay motivo para alarmarnos.

Sin embargo, a la mañana siguiente se supo que la reina había sido juzgada, y dos días después, que ya no vivía.

Mi padre tuvo miedo de la impresión que podría causarme la extraordinaria relación entre esa catástrofe y aquella predicción. No escatimó ningún esfuerzo con tal de convencerme de que el azar era pródigo en semejantes casualidades, y me citó veinte ejemplos, que no sirven de argumento más que a la credulidad ignorante, y de los que filosofía y religión se abstienen por igual.

Algunas semanas más tarde partía para Estrasburgo, en donde iba a comenzar nuevos estudios. Era aquella una época poco favorable para las doctrinas de los espiritualistas, por lo que pude olvidar fácilmente a Jean-François, al amparo de las emociones de todos los días que atormentaban a la sociedad.

Las circunstancias me habían conducido nuevamente a la primavera. Una mañana (creo que era el 3 de mesidor), había entrado en la habitación de mi padre para abrazarle, según mi costumbre, antes de dar comienzo a mi excursión diaria en busca de plantas y mariposas.

—No compadezcamos más al pobre Jean-François por haber perdido la razón —me dijo, enseñándome el periódico—. Es mejor para él estar loco que conocer la trágica muerte de su benefactora, de su alumno y de la joven damisela que parece haber sido la causa primera del desarreglo de su mente. Estas inocentes criaturas han caído también en manos del verdugo.

—¡Será posible! —exclamé—... ¡Ay!, no le había dicho a usted nada acerca de Jean-François, porque sé que teme la influencia que puedan tener sobre mí las ideas misteriosas de las que me habló... Pero está muerto.

—¡Está muerto! —prosiguió, conmovido, mi padre—. ¿Y desde cuándo?

—Desde el 29 de prairial, es decir, hace tres días. Llevaba toda la mañana en el centro de la plaza, inmóvil, en el mismo lugar en que le encontré cuando la muerte de la reina. Mucha gente le rodeaba, como de ordinario, aunque él guardase el más profundo silencio, pues su preocupación era demasiado grande como para ser distraído por ninguna pregunta. Por fin, a eso de las cuatro, su atención pareció crecer. Algunos minutos después, elevó los brazos hacia el cielo, con una extraña expresión de entusiasmo o de dolor, dio algunos pasos, pronunciando los nombres de las personas de las que usted acaba de hablar, lanzó un grito y cayó. A pesar de todos los esfuerzos para socorrerle e intentar que se pusiera en pie, todo fue inútil. Estaba muerto.

—¿El 29 de prairial, a las cuatro y pocos minutos? —dijo mi padre consultando su periódico—. ¡El mismo día y a la misma hora...! ¡Hazme caso —prosiguió tras un momento de reflexión, y mirándome fijamente a los ojos—, no me rehúses lo que voy a pedirte! Si alguna vez cuando seas hombre cuentas esta historia, nunca la des como verdadera, pues entonces te expondrías al ridículo.

—¿Hay razones que puedan dispensar a un hombre de declarar abiertamente lo que él reconoce como verdad? —repliqué con respeto.

—Hay una que vale por todas —dijo mi padre, asintiendo—. La verdad es inútil.

# EL SUEÑO DE ORO<sup>[6]</sup>

## (Fábula levantina)

### CAPÍTULO I. EL CARDUÓN

EL carduón es, como todo el mundo sabe, el más bonito, el más sutil y el más vivaracho de los lagartos. El carduón se viste de oro como un gran señor; pero es tímido y modesto, y vive solo y retirado lo que le ha hecho pasar por sabio. El carduón nunca ha hecho mal a nadie, y no hay nadie a quien no le guste el carduón. Las muchachas se sienten orgullosas cuando las mira al pasar con ojos enamorados y alegres, estirando su cuello azul, tornasolado de rubíes, a través de las hendiduras de una antigua muralla, o haciendo brillar bajo los fuegos del sol los innumerables reflejos del maravilloso tejido con el que se ha vestido.

Ellas comentan entre sí: «No ha sido a ti, sino a mí a quien ha mirado hoy el carduón, yo soy la que él encuentra más bella, y quien será su enamorada».

El carduón no ha pensado en ello. El carduón busca, aquí y allá, unas buenas raíces para agasajar a sus camaradas y divertirse con ellos, encima de una piedra resplandeciente, en todo el calor del mediodía.

Un día, el carduón encontró en el desierto un tesoro, compuesto de monedas recién acuñadas, tan bonitas y pulidas que habría podido creerse que acababan de caerse, dando un brinco, de alguna maquinaria. Un rey que huía se había desembarazado de ellas para poder ir más deprisa.

—¡Dios bendito! —dijo el carduón—, ¡si no me engaño, ésta debe ser una preciosa mercancía que me viene al pelo para el invierno! En el peor de los casos debe tratarse de lonchas de esa zanahoria fresca y azucarada que siempre aviva mis sentidos cuando la soledad llega a aburrirme; sólo que nunca las había visto tan apetitosas.

Y el carduón, deslizándose, se fue hacia el tesoro, no directamente, pues tal cosa no va con sus maneras, sino trazando prudentes rodeos; ya fuera con la cabeza erguida, husmeando el aire, el cuerpo rígido, la cola recta y vertical, como una estaca; o inmóvil, indeciso, inclinando alternativamente cada uno de sus ojos hacia el suelo, para aplicar en él su fino oído de carduón, y cada uno de sus oídos para poder levantar su mirada; escrutando a la derecha, a la izquierda, escuchándolo todo, mirándolo todo, asegurándose cada vez más, echando una carrera de un tirón, como

un bravo carduón, recogíendose en sí mismo, palpitando de terror, como un pobre carduón que se siente perseguido lejos de su agujero; y después, todo feliz y valiente, irguiendo el cuello en cintra, prestando su dorso a todos los juegos de la luz, moviendo los pliegues de su rico manto, erizando las doradas escamas de su cota de mallas, dando una nota de verde, culebreando, huyendo, lanzando a los vientos el polvo que había bajo sus patas, y azotándolo después con su cola. Indiscutiblemente, era el más bello de todos los carduones.

En cuanto hubo llegado hasta el tesoro, le echó dos penetrantes miradas, se quedó tieso como un palo, se levantó sobre sus dos patas delanteras, y cayó sobre la primera moneda de oro que se puso a tiro de sus dientes.

Rompiéndose uno de ellos.

El carduón retrocedió diez pasos, regresó más precavido y mordió de manera más modesta.

—Están endiabladamente secas —dijo—. ¡Oh! ¡Es por culpa de los carduones que amontonan así las lonchas de zanahoria para guardarlas, sin tenerlas en un lugar húmedo en donde puedan conservar sus propiedades alimenticias! ¡Hay que reconocer —añadió para sí— que la especie del carduón no ha avanzado apenas! En cuanto a mí concierne, que cené el otro día, y que, gracias a Dios, no siento la urgencia de una triste comida, como un carduón vulgar, voy a transportar esta provisión hasta el gran árbol del desierto, dejándolo al lado de las hierbas humedecidas por el rocío del cielo y el frescor de las fuentes; me dormiré a su lado, sobre la suave y fina arena que es caldeada por la primera aurora; y cuando una torpe abeja, que se levantará, medio aturdida, de la flor en que ha dormido, me despierte con sus zumbidos, dando vueltas como una loca, daré comienzo al más elegante y principesco desayuno que jamás haya hecho carduón alguno.

El carduón del que hablo era un carduón decidido. Todo lo que había dicho, lo puso en práctica; y era excesivo. Desde por la tarde, todo el tesoro, transportado moneda a moneda, descansaba ociosamente encima de un frondoso tapiz de musgo de largos filamentos que se doblegaban bajo su peso. Sobre él, un árbol inmenso extendía sus ramas, lujuriantes de flores y verdor, como invitando a los paseantes a gustar de un agradable sueño bajo su sombra.

Y el fatigado carduón se durmió apaciblemente, soñando con raíces frescas.

Ésta es la historia del carduón.

## CAPÍTULO II. XAILÚN

AL día siguiente, llegó a aquel mismo lugar el pobre leñador Xailún, y se sintió sumamente atraído por el melodioso glu-glu que hacía el agua al correr y por el fresco y risueño fru-fru de la enramada. Aquel lugar de reposo halagó, desde un principio, la natural pereza de Xailún, que aún se encontraba lejos de la espesura, y que, según su costumbre, no se apresuraba mucho en llegar hasta ella.

Ya que hay pocas personas que hayan llegado a conocer a Xailún cuando vivía, os diré que era uno de esos desgraciados hijos de la naturaleza que tal parece que sólo hubieran sido engendrados por ésta para vivir. Estaba bastante mal hecho, en lo concerniente a su persona, y muy menguado en lo que se refiere a su espíritu; y se había quedado en una criatura buena y simple, incapaz de hacer el mal, incapaz de pensar en él, e incluso incapaz de comprenderlo; de suerte que su familia no había visto en él, desde la infancia, más que un motivo de tristeza y de molestias. Los desplantes humillantes a los que Xailún estaba, sin cesar, expuesto le habían inspirado, desde muy pronto, el gusto por la vida solitaria, y ésa era la razón por la que le habían proporcionado la profesión de leñador, a falta de las otras que le estaban prohibidas a causa de la afección de su inteligencia; pues en la ciudad sólo se le conocía como Xailún el imbécil. En efecto, los niños le seguían por la calle, entre risas malvadas, gritando: «Sitio, haced sitio al honesto Xailún, el más amable leñador que jamás haya manejado el destal, pues se dirige al claro de la espesura, para conversar de ciencia con su primo el carduón. ¡Oh! ¡Digno Xailún!»

Y sus hermanos se retiraban a su paso, enrojeciendo de orgulloso pudor.

Pero Xailún no daba a entender que los veía, y se reía de los niños.

Xailún se había acostumbrado a pensar que la pobreza de sus vestidos era causa importante del desdén y la irrisión diarias, pues ningún hombre se halla inclinado a pensar desfavorablemente de sí mismo; y había llegado a creer que el carduón, que es bello entre todos los habitantes de la tierra cuando se pavonea al sol, era la más favorecida de las criaturas de Dios; y se prometía en secreto, si algún día llegaba a contarse entre las íntimas amistades del carduón, ataviarse con algunas prendas de su guardarropía de fiesta, para hacer una entrada fastuosa en la comarca y fascinar la vista de las buenas gentes con todas aquellas munificencias.

—Además —añadía él, cuando había reflexionado todo lo que le permitía su escaso juicio— se dice que el carduón es mi primo, y me doy cuenta de la simpatía que me impele hacia este honorable personaje. Puesto que mis hermanos me han rechazado por desprecio, no tengo ningún otro pariente más próximo que el carduón, y quiero vivir con él, si me acoge bien, aunque sólo sirva para hacerle todas las tardes un ancho lecho de hojas secas para que se duerma en él, o para arroparle convenientemente en él, o para calentar su habitación con un fuego luminoso y reconfortante, cuando llegue el mal tiempo. El carduón puede envejecer antes que yo —prosiguió Xailún— pues ya era ágil y bello cuando yo era todavía muy pequeño, y mi madre me lo enseñaba diciendo: “¡Mira, ahí está el carduón!” Conozco, si a Dios le place, los cuidados que pueden otorgarse a un enfermo y las pequeñas atenciones

con las que se le divierte. ¡Qué lástima que él sea un poco orgulloso!

En realidad, el carduón respondía mal a los usuales ofrecimientos de Xailún. Pues cuando éste se acercaba, desaparecía como un rayo entre la arena y sólo se detenía detrás de un promontorio o de una piedra para mirarle de lado con sus dos brillantes ojos que habrían dado envidia a los carbunclos.

Xailún le miraba, entonces, con aire de respeto, diciéndole, con las manos juntas:

—¡Ay!, primo, ¿por qué huís de mí, que soy vuestro amigo y vuestro compadre? Sólo pido poder seguiros y serviros, prefiriéndoos a mis hermanos, por los que desearía morir, pero que me parecen menos graciosos y amables que vos. No rechacéis, como hacen ellos, a vuestro fiel Xailún, si es que tenéis necesidad, por un casual, de un buen doméstico.

Pero el carduón seguía escapándose, y Xailún regresaba llorando a casa de su madre, porque su primo el carduón no había querido hablarle.

Aquel día, su madre le había echado, golpeándole encolerizada y empujándole de los hombros:

—¡Vete, miserable! —le había dicho—, ¡vete a juntarte con tu primo, el carduón, ya que eres indigno de tener otros parientes!

Xailún había obedecido, como siempre, y buscaba a su primo el carduón.

—¡Oh! ¡Oh! —dijo cuando llegó debajo del árbol de amplio ramaje—, ¡ésta es la mía...; mi primo el carduón se ha quedado dormido debajo de estas umbrías, donde confluyen todas las fuentes, aunque no vaya con sus costumbres! Excelente ocasión, como nunca antes tuve, de charlar con él de negocios cuando se despierte. ¿Pero qué diablos es lo que guarda, y qué pretende hacer con todas esas pequeñas extravagancias de plomo amarillo, a no ser que las haya dispuesto para renovar su vestuario? Quizá vaya a irse de boda. Por la fe de Xailún, que en el bazar de los carduones también hay timadores; pues esta chatarra es demasiado chillona. Cualquiera de las piezas de la vieja armadura de mi primo valdría mil veces más. Aguardaré, sin embargo, a que me dé su opinión acerca de ella, si es que se encuentra de un humor más comunicativo que el de costumbre; así pues, echaré un buen sueño en este lugar, y, como tengo el sueño ligero, me despertaré cuando él.

En el instante en que Xailún se disponía a acostarse fue asaltado, súbitamente, por una idea.

—La noche es fresca —dijo—, y mi primo el carduón no está acostumbrado, como yo, a acostarse al lado de las fuentes y al abrigo de las espesuras. El aire de la mañana no es saludable.

Xailún se despojó de su manto y lo extendió, cuidadosamente, encima del carduón, tomando todas las precauciones necesarias para no despertarle. El carduón no se despertó.

Cuando lo hubo hecho, Xailún se durmió profundamente, soñando con la amistad del carduón.

Ésta es la historia de Xailún.

### CAPÍTULO III. EL FAQUIR ABHOC

Al día siguiente, llegó a aquel mismo lugar el faquir Abhoc, que fingía hallarse en peregrinación, pero que, en realidad, iba en busca de fortuna.

Cuando se acercaba a la fuente para descansar, avistó el tesoro, lo abarcó con la mirada y, valiéndose de sus dedos, evaluó con presteza su valor.

—¡Es una gracia inesperada —exclamó— que el Dios omnipotente y misericordioso concede finalmente a mi fidelidad, después de tantos años de pruebas, y que se ha dignado poner, para hacer más fácil su conquista, bajo la única guardia de un inocente lagarto de pedregal y un pobre imbécil!

Debo deciros que el faquir Abhoc conocía perfectamente de vista a Xailún y al carduón.

—Que el cielo sea loado en todas las cosas —añadió sentándose algunos pasos más lejos—. Adiós al vestido de faquir, a los largos ayunos y a las rudas mortificaciones del cuerpo. Voy a cambiar de país y de vida, y comprar, en el primer reino en que me encuentre a gusto, alguna rica provincia que me produzca grandes beneficios. Una vez instalado en mi palacio, no me ocuparé de otra cosa que de solazarme en medio de mis bonitas esclavas, entre flores y perfumes, y de adormecer indolentemente mis sentidos a los sonos de sus instrumentos musicales, apurando los vinos más exquisitos en la más grande de mis copas de oro. Me hago viejo, y el buen vino alegra el corazón de los ancianos. Lo malo es que me parece que ese tesoro será difícil de llevar, y en cualquier caso, no sería conveniente a un gran terrateniente como yo, que posee una multitud de domésticos y un innumerable ejército, rebajarse al oficio de mozo de cuerda, aunque no llegara a ser visto. Para que un príncipe del pueblo atraiga hacia sí el respeto de sus súbditos, es preciso que se haya acostumbrado a respetarse a sí mismo. Por otra parte, podría pensarse que este palurdo no ha sido enviado hasta aquí con otro fin que el de servirme, y como es más robusto que un buey, transportará fácilmente todo mi oro hasta la ciudad más cercana, en donde le haré presente de mis antiguas ropas y de alguna calderilla, como cuadra a la gente modesta.

Después de esta bella alocución interior, el faquir Abhoc, bien asegurado de que su tesoro no tenía nada que temer del carduón, ni del miserable Xailún, que se hallaba tan lejos como el carduón de conocer su valor, se dejó arrastrar, sin oponerse, a las dulzuras del sueño, y se durmió muy orgulloso, soñando con su provincia, con su harén, poblado de las más exóticas bellezas del Oriente, y con su vino de Shiraz, que espumeaba en copas de oro.

Ésta es la historia del faquir Abhoc.

## CAPÍTULO IV. EL DOCTOR ABHAC

Al día siguiente, llegó a aquel mismo lugar el doctor Abhac, que era un hombre muy versado en todas las leyes, y que se había despistado del camino mientras iba meditando en un intrincado texto, acerca del cual los juristas daban ciento treinta y dos interpretaciones diferentes. Él estaba a punto de obtener la ciento treinta y tres, cuando la vista del tesoro cortó en seco sus reflexiones, llevando su pensamiento al escabroso terreno del hallazgo, la propiedad y el fisco. Y aquélla se disipó de su memoria con tanta Empieza que no la habría llegado a encontrar ni en cien años. Fue una gran pérdida.

—Parece —dijo el doctor Abhac— que es el carduón quien ha descubierto el tesoro, y no alegará, puedo asegurarlo, su derecho de hallazgo para reclamar la parte legal que le corresponde en el reparto. El susodicho carduón está excluido de hecho. En cuanto al fisco y a la propiedad, considero que el lugar es impreciso, común, propio a cada uno de nosotros, de manera que el Estado y el particular nada tienen que ver con él, lo que en el actual caso es una afortunada conveniencia; y esa confluencia de aguas errantes marca, si no me equivoco, una delimitación en litigio entre dos pueblos belicosos, por lo que del posible conflicto de las dos jurisdicciones podrían surgir largas y sangrientas guerras. Por lo tanto, haría un acto inocente, legítimo, e incluso pródigo, llevándome de aquí el tesoro, si pudiera transportarlo de una vez. En cuanto a estos aventureros, de los que uno me parece ser un palurdo leñador y el otro un malvado faquir, gentes sin nombre, sin confesión y sin importancia, es probable que se hayan tumbado aquí para proceder mañana a un reparto amistoso, porque no conocen ni los textos, ni los comentarios, y suponen tener los mismos derechos. Pero no se escaparán sin proceso, pongo en ello mi reputación. Sólo que como me está venciendo el sueño, a consecuencia de la gran tensión que ha afectado a mi espíritu a causa de este asunto, voy a tomar acto de posesión, metiendo algunas de estas monedas en mi turbante, para que conste, ostensible y perentoriamente en la corte, si la causa es avocada en ella, la anterioridad de mi derecho; el que posee la cosa por apetencia de tener, tradición de haber tenido y primera ocupación, siendo supuesto propietario, tal y como está escrito.

Y el doctor Abhac suministró a su turbante tantos cuerpos del delito<sup>[7]</sup>, que el pobre hombre invirtió gran parte del día en acarrearlo hasta el lugar en que moría, bajo los rayos horizontales del sol, la sombra de la protectora enramada. Y ese trayecto lo repetiría en varias ocasiones, rellenando en cada una de ellas su turbante con nuevos testimonios, y fueron tantos que, finalmente, se decidió valientemente a dejarlo lleno, aunque tuviera que dormir con la cabeza al aire.

—No tengo que preocuparme por despertarme —dijo, apoyando su occipital, recientemente afeitado, encima del abotargado turbante que le servía de almohada—. Estos dos discutirán desde el amanecer, y se sentirán muy felices al tener al lado un doctor en leyes para que dirima sus diferencias, lo que me asegura tanto arte como

parte.

Después de lo cual, el doctor Abhac se durmió magistralmente, soñando con el procedimiento y con el oro.

Ésta es la historia del doctor Abhac.

## CAPÍTULO V. EL REY DE LAS ARENAS

Al día siguiente, tras ponerse el sol, llegó a aquel mismo lugar un famoso bandido cuyo nombre no ha sido recordado por la historia, pero que era, en toda la comarca, el terror de las caravanas, a las que imponía enormes tributos, y ésa era la razón de que se le llamara el REY DE LAS ARENAS, si hemos de hacer caso a los anales de aquella remota época. Nunca antes había penetrado tan adentro en el desierto, porque aquella ruta apenas era frecuentada por los viajeros, y la apariencia de aquella fuente y de las umbrías alegró su corazón, poco sensible, de ordinario, a las bellezas de la naturaleza, de manera que decidió detenerse en aquel lugar durante un momento.

—Verdaderamente no he estado desacertado —murmuró entre dientes, apercibiendo el tesoro—. El carduón vela en este lugar, siguiendo la costumbre inmemorial de lagartos y dragones, guardando ese montón de oro con el que no sabe qué hacer; y esos tres insignes gorriones han venido juntos para repartírselo. Si me llevo todo ese botín mientras ellos duermen no dejaré de despertar al carduón, que despertará a esos miserables, pues siempre se encuentra ojo avizor, y entonces tendré que vérmelas con el lagarto, el leñador, el faquir y el hombre de leyes, que son gente muy apegada al botín y decidida a defenderlo. La prudencia me dice que mejor será fingir que duermo a su lado, en tanto que no hayan caído totalmente las tinieblas, puesto que parece que se hayan propuesto pasar aquí la noche, y después me aprovecharé de la oscuridad para irles matando uno a uno con un buen golpe de cangiar. Este lugar se halla tan poco frecuentado que no me preocupo por la posibilidad de que mañana vaya a tener problema alguno al transportar todas estas riquezas, e incluso me propongo no irme hasta que no me haya desayunado ese carduón, cuya carne es muy delicada, por lo que he oído decir a mi padre.

Y se durmió a su vez, soñando con asesinatos, pillaje y carduones asados a la brasa.

Ésta es la historia del REY DE LAS ARENAS que era un ladrón, y al que se le llamaba así para distinguirlo de los demás.

## CAPÍTULO VI. EL SABIO LOCKMÁN

Al día siguiente, llegó a aquel mismo lugar el sabio Lockmán, el filósofo y poeta; Lockmán, el amor del género humano, el preceptor de los pueblos y el consejero de los reyes; Lockmán, quien buscaba, con frecuencia, las más apartadas soledades para meditar en ellas acerca de la naturaleza y de Dios.

Y Lockmán andaba con paso cansino, porque se hallaba debilitado a causa de su gran edad, pues aquel mismo día había cumplido su tricentésimo cumpleaños.

Lockmán se detuvo ante el espectáculo que en aquel momento se ofrecía alrededor del árbol del desierto, y reflexionó un instante.

«La imagen que vuestra divina bondad ofrece a mis ojos, encierra, ¡oh, sublime creador de todas las cosas!, inefables enseñanzas, y mi alma se siente colmada, contemplándola, de admiración por las lecciones que resultan de vuestras obras, y de compasión por los insensatos que no os conocen en absoluto.

»He aquí un tesoro, como se expresarían los hombres, que, quizás, ha costado muchas veces a su dueño el reposo de su mente y de su alma.

»He aquí el carduón, que ha encontrado esas monedas de oro, y que, instruido por el tenue instinto del que habéis provisto a su especie, las ha tomado por lonchas de raíces secas por el sol.

»He aquí al pobre Xailún, a quien el brillo de los ropajes del carduón había cegado la vista, porque su inteligencia no podía penetrar, para remontarse hasta vos, las tinieblas que le rodeaban como las mantillas de un niño en su cuna, y adorar, en aquel magnífico boato, la mano todopoderosa que ha adornado, de acuerdo con su voluntad, a las más viles de sus criaturas.

»He aquí al faquir Abhoc, que se ha fiado de la timidez natural del carduón y de la imbecilidad de Xailún para quedarse como único poseedor de tantos bienes, y darse a la opulencia en sus últimos días.

»He aquí al doctor Abhac, que había contado con el debate que debía suscitar, al despertar, el reparto de estas engañosas vanidades de la fortuna para proclamarse mediador entre los contendientes, y atribuirse el doble de su parte.

»He aquí al REY DE LAS ARENAS, que ha sido el último en llegar, albergando ideas fatales y proyectos de muerte, a la manera usual de esos hombres deplorables que vuestra gracia soberana abandona a las pasiones de la tierra, y que, quizás, se había prometido degollar durante la noche a los que habían llegado antes que él, por lo que puedo deducir de la desesperada violencia con la que su mano empuñaba el cangiar.

»Y los cinco se han dormido para siempre bajo la sombra emponzoñada del upas<sup>[8]</sup>, cuyas funestas semillas llegaron hasta aquí desde el fondo de los bosques de Java gracias a un soplo de vuestra cólera.»

Cuando hubo dicho lo que yo acabo de decir, Lockmán se prosternó, y adoró a Dios.

Y cuando Lockmán se hubo levantado, pasó la mano por su barba y continuó:

«El respeto que es debido a los muertos —prosiguió—, nos prohíbe dejar sus despojos para pasto de las bestias del desierto. El vivo juzga al vivo, pero el muerto pertenece a Dios.»

Y desató del cinto de Xailún el podón de leñador, para cavar tres fosas.

En la primera fosa depositó al faquir Abhoc.

En la segunda fosa depositó al doctor Abhac.

En la tercera fosa enterró al REY DE LAS ARENAS.

—En cuanto a ti, Xailún —continuó Lockmán—, yo te llevaré lejos de la influencia mortal del árbol venenoso, para que tus amigos, si es que aún te queda alguno después de la muerte del carduón, puedan venir a llorarte sin peligro al lugar en que reposarás; y yo haré esto, hermano mío, porque extendiste tu manto encima del carduón dormido para preservarle del frío.

A continuación, Lockmán llevó a Xailún muy lejos de allí, y le cavó una fosa en una pequeña hondonada, muy florida, que las fuentes del desierto bañaban con asiduidad, sin llegar nunca a inundarla, debajo de árboles cuyas frondas, flotantes al viento, no derramaban a su alrededor más que frescor y perfumes.

Y cuando aquello fue concluido, Lockmán se pasó por segunda vez la mano por la barba; y después de haber reflexionado sobre ello, Lockmán fue a buscar al carduón, que estaba muerto debajo del árbol venenoso de Java.

Después de lo cual, Lockmán cavó una quinta fosa para el carduón, encima de la de Xailún, sobre un pequeño flanco, mejor expuesto al sol, cuyos rayos nacientes despiertan la alegría de los lagartos.

—¡Dios me guarde —dijo Lockmán—, de separar en la muerte a los que se han amado!

Y cuando así hubo hablado, Lockmán se pasó por tercera vez la mano por la barba; y después de haber reflexionado sobre ello, Lockmán regresó al pie del árbol upas.

Después de lo cual, cavó allí una fosa muy profunda, y en ella enterró el tesoro.

—Esta precaución —dijo, mientras sonreía en su interior—, puede salvar la vida de un hombre o la de un carduón.

Después de lo cual, Lockmán prosiguió su camino presa de gran fatiga, para ir a echarse cerca de la fosa de Xailún, sintiéndose desfallecer antes de llegar hasta ella, a causa de su gran edad.

Y cuando Lockmán llegó cerca de la fosa de Xailún, desfalleció al momento, se dejó caer en la tierra, elevó su alma hacia Dios y murió.

Ésta es la historia del sabio Lockmán.

## CAPÍTULO VII. EL ESPÍRITU DE DIOS

Al día siguiente, llegó por el aire uno de esos espíritus de Dios, que vosotros sólo habréis visto en vuestros sueños, que planeaba, ascendía, parecía perderse a veces en el azur eterno, volvía a bajar, y se mecía en alturas que la imaginación no puede juzgar, sobre grandes alas azules, como una mariposa gigante.

A medida que se acercaba, se le veía cómo desplegaba los bucles de una cabellera rubia como el oro en la copela, mientras se abandonaba en la corriente de los aires que le mecían, proyectando sus brazos de marfil y su despreocupada cabeza hacia todas las nubecillas del cielo.

Después, se posó, saltando hasta situarse encima de las endebles ramas, sin hacer fuerza sobre ninguna hoja, sin llegar a doblegar ninguna flor, y después voló, acariciándola con el batir de sus alas, alrededor de la fosa reciente de Xailún.

—¡Cómo! —exclamó—, ¿ha muerto Xailún, Xailún, a quien el cielo aguarda, a causa de su inocencia y su simplicidad?

Y de sus grandes alas azules que acariciaban la fosa de Xailún, dejó caer, en medio de la tierra que la cubría, una pequeña pluma que, súbitamente, arraigó en ella, germinando y desplegándose como el más bello penacho que jamás llegara a coronar el féretro de los reyes; lo que él hizo para poder encontrarla mejor.

Entonces se apercibió del poeta quien, en la muerte, parecía como dormido en un gozoso sueño, pues todas sus facciones expresaban paz y felicidad.

—También mi Lockmán —dijo el espíritu—, ha querido rejuvenecerse para acercarse a nosotros, aunque sólo haya transcurrido entre los hombres un pequeño número de épocas, por lo que, ¡ay!, no han tenido tiempo de aprovechar sus lecciones. Entre tanto, ven, hermano, ven conmigo, despábilate de la muerte para seguirme; nos encaminamos hacia el día eterno, ¡vamos a Dios!...

En el mismo instante, aplicó el beso de la resurrección sobre la frente de Lockmán, lo levantó suavemente de su lecho de musgo y lo precipitó en un cielo tan profundo que el ojo del águila se fatigó al intentar buscarlo, antes de que llegara a abrirse tras su partida.

Ésta es la historia del ángel.

## CAPÍTULO VIII. EL FINAL DEL SUEÑO DE ORO

Lo que acabo de relatar aconteció hace infinitos siglos, y desde aquel tiempo, el

nombre del sabio Lockmán no ha abandonado la memoria de los hombres.

Y desde aquel tiempo, el upas sigue extendiendo su enramada, cuya sombra da la muerte junto a las fuentes que siguen manando.

Ésta es la historia del mundo.

## LA QUEBRADA DEL HOMBRE MUERTO<sup>[9]</sup>

LA carretera que va desde Bergerac a Périgueux distaba mucho de ser, allá por el año de 1561, tan bonita como lo es hoy. El gran bosque de castaños que todavía invade buena parte de ella, era, por entonces, mucho más extenso, y los caminos más estrechos; y en el camino en donde la carretera se encuentra como suspendida encima de una profunda garganta, a la que se denominaba *La Quebrada del Recluso*, la pendiente de la montaña que conducía al valle era tan áspera y peligrosa, que apenas los más audaces se atrevían a aventurarse en ella en pleno día. El primero de noviembre de aquel año, justamente, el Día de Todos los Santos, y a eso de las ocho de la tarde, daba la impresión de ser inaccesible, pues el prematuro rigor de la estación añadía nuevos peligros a sus dificultades naturales. El cielo, oscurecido desde la mañana, por una llovizna rigurosa y sibilante, que alternaba con la nieve y el granizo, hacía que, tras la puesta de sol, apenas se pudieran distinguir los sombríos contornos del horizonte; y de la misma manera que sus tinieblas se confundían con las de la tierra, los ruidos propios de la tierra también se mezclaban con los suyos, de tan terrible suerte que conseguía poner los pelos de punta a los que se encontraban cerca. El huracán, que iba creciendo en cuestión de minutos, se arrastraba entre gemidos, como si su voz fuera la de un niño que llora o la de un anciano herido de muerte que pide ayuda; y nadie podría decir de dónde provenían aquellos espantosos lamentos, si de las alturas de la nube o de los ecos del precipicio, pues arrastraban con ellos las quejas que surgían de los bosques, los mugidos procedentes de los establos, el agrio graznido de las hojas secas, azotadas por los torbellinos del viento, y el restallido de los árboles muertos quebrados por la tormenta; era algo espantoso de oír.

La quebrada, negra y encajonada, que he mencionado hace poco, era todo lo contrario. En un determinado lugar se apreciaba, en evidente contraste, una claridad que, aunque inmóvil, era grande y resplandeciente, y que surgía desde abajo hacia arriba, como la humareda de un volcán; y de la puerta de doble batiente que se encontraba a su entrada subían bocanadas de risas capaces de acabar con cualquier desesperanza. No era otra cosa que la forja de Toussaint Oudard, el herrador, quien acababa de cumplir cuarenta años sin haberse hecho ningún enemigo, y que, a la luz de sus hornos y rodeado de sus obreros, aturdidos por la alegría y el vino, estaba celebrando con gran júbilo su cumpleaños.

Toussaint no acostumbraba a incumplir la solemnidad debida a los días festivos para poner una herradura a un caballo o guarnecer de hierro una rueda, a no ser que fuese obligado a ello como consecuencia de algún fortuito accidente sobrevenido a algún forastero que se encontraba de paso, y entonces no obtenía ningún salario de su trabajo; pero su forja no dejaba de arder todo el tiempo durante las fiestas que, más escrupulosamente, eran de guardar, puesto que servía de fanal, sobre todo durante el

mal tiempo, a los pobres viajeros perdidos, que allí eran siempre bienvenidos; hasta el punto de que, cuando los campesinos de la quebrada querían referirse a la casa de Toussaint Oudard, el hijo de Tiphaine, la expresión que utilizaban frecuentemente era la de «Albergue de la Caridad».

Toussaint acababa de penetrar en la cocina contigua a la forja, en donde algunas piezas de caza y de carne acababan de asarse en un fuego vivo y generoso, del que habría sentido envidia hasta la misma forja, que se encontraba abrigado por una chimenea de las antiguas, que el acomodado debió de inventar pensando en la hospitalidad.

—Esto va bien —dijo, dirigiéndose alegremente a una vieja mujer que estaba sentada en un silla plegable, al lado de la chimenea, y cuyo rostro grave y dulce brillaba al ser directamente iluminado por una lámpara de cobre de tres cabos, dispuesta encima de una consola de escayola, un tanto historiada, pero muy ennegrecida por el humo y el tiempo—; soy del parecer de que todos los pequeños se vayan a la cama y que el bonito hato de muchachas de la quebrada os haga la buena compañía que de costumbre en la velada que comienza. Dios me guarde de turbar su tranquilidad a causa de las voces de mis aprendices, un poco sordos desde hace ya tiempo a causa del ruido de la fragua, y que no se entienden entre ellos si no es aullando como lobos. Acabo de despacharlos a mi dormitorio, donde sus gritos ya no os molestarán, y adonde, madre, tendréis la bondad de enviar por mediación de una de vuestras criadas, si es posible, la más madura y mal encarada, lo que queda de esos menudillos. Reservad, sin embargo, un poco para los pobres diablos que nos puede enviar el mal tiempo; y en cuanto a vuestras gentiles amigas, no escatiméis molestias en regalarlas a su antojo con castañas doradas a la brasa, regándolas generosamente con vino blanco dulce, fresco y recién sacado de la bodega, que espumea como si tuviese un encantamiento. Y cuando se acabe, se podrá sacar más... No os encargaría todos estos menesteres, madre bienamada —prosiguió Toussaint, enjugándose una lágrima y abrazando a la anciana—, si mi querida Escolástica aún viviera; pero Dios ha permitido que la única madre que quedase para mis hijos fuerais vos, y que también lo fueseis para su padre.

—Todo será hecho según vuestro deseo, mi digno Toussaint —dijo la buena Huberte, tan conmovida como su hijo por el recuerdo que había avivado sus últimas palabras—. Cuando la campana del monasterio haya tocado el primer oficio de difuntos, tendremos tiempo para pensar en ello. Divertíos todo lo que queráis, y no os preocupéis por vuestros invitados. Ya hay dos que acaban de llegar, que el cielo sea alabado, nos esforcaremos en atenderlos bien, y espero que sean lo suficientemente indulgentes como para disculparnos por nuestra escasez de medios, si se diera el caso de que nuestra acogida no fuese pareja con nuestra buena voluntad.

—¡Que el Señor sea con ellos —prosiguió Toussaint, tras saludar a los forasteros que hasta entonces le habían pasado inadvertidos—, y que se consideren como en su propia casa! Contadles historias entretenidas que les hagan más llevadero el

transcurso de las horas, y no escatiméis las provisiones, pues en la casa del trabajador el pan siempre llega con el día.

Después de lo cual, besó una vez más a su madre y se retiró.

Los dos hombres a los que se había referido la vieja Huberte se habían puesto en pie durante un momento, como para responder a los buenos modos de Toussaint, y después se habían vuelto a sentar, inmóviles y en silencio, en el otro extremo del hogar.

Uno de ellos tenía la apariencia que corresponde a un personaje de cierta distinción; llevaba un jubón negro acuchillado, sobre el que se levantaba una gran gorguera blanca de gruesos pliegues, bien almidonados y encañonados; sus piernas estaban enfundadas, justamente hasta encima de la rodilla, más o menos a la altura en que venía a caer su capa de paño, en un excelente par de polainas de cuero vueltas hacia fuera, y su sombrero, que mantenía inclinado hacia delante, estaba adornado por una flotante pluma, que le tapaba los ojos. Su barba puntiaguda y sembrada de gris no indicaba otra cosa que una edad madura bien llevada, y su actitud valerosa y discreta le daba aires de doctor.

El otro, a juzgar por su pequeña estatura, debía ser un chico de pueblo; pero su vestimenta fuera de lo corriente era lo primero que había llamado la atención de Huberte y de las jóvenes de la quebrada, que estaban pesarosas por no poder distinguir sus rasgos ocultos entre las enormes matas de cabello rojo que cubrían, casi por entero, su rostro; estaba ataviado con unas calzas y un jubón de color rojo carmesí, extremadamente ajustados, y el extremo de su cabeza se ocultaba bajo un casquete de lana del mismo color, del que se escapaba, en tupidos bucles, una cabellera de color rubio rojizo, que le daba esa fisonomía tan extraña. Aquella especie de bonete se hallaba sujeto bajo el mentón por una fuerte correa, como lo está el bozal de un perro arisco.

—El señor nos excusará por cumplir tan mal con nuestro deber —dijo Huberte, continuando con el argumento de su conversación, dirigido al forastero de más edad—, ya que nuestra región, pobre y poco frecuentada, no tiene con mucha frecuencia el honor de ser visitada por viajeros como vos. Es, sin duda, el azar quien os ha conducido hasta aquí.

—El azar o el infierno —respondió el hombre vestido de negro, con una voz ronca, cuyo tono cortante hizo estremecerse a las jóvenes.

—Suele ocurrir en ocasiones —le interrumpió el enano, echándose hacia atrás con una risotada ensordecedora, pero sin dejar ver de su rostro nada más que una boca inmensa, llena de innumerables dientes, puntiagudos como agujas y blancos como el marfil.

Tras estas palabras, aproximó bruscamente su banqueta a los ardientes morillos, acercando al fuego sus manos, muy largas y descarnadas, a través de las que se transparentaba la llama, como si hubieran sido de cuerno.

El hombre de negro pareció no haber escuchado la brutal chanza.

—Mi condenado caballo —prosiguió—, llevado por el miedo a la tormenta, o arrastrado por un mal espíritu, ha hecho que durante tres horas anduviese perdido entre bosques y hondonadas, hasta que ha decidido tirarse a un precipicio, en donde le he dejado por muerto. Calculo haber recorrido, por lo menos, treinta leguas, y a causa del resplandor de vuestra forja y de la gracia de Dios he llegado a esta desconocida comarca.

—Que su santa voluntad se cumpla sobre todas las cosas —dijo la señora Huberte, santiguándose.

—La gracia de Dios no podía hacer menos —prosiguió el maligno hombrecillo—, tratándose del muy ilustre reverendo y señor profesor Pancrace Chouquet, antiguo promotor del monasterio de las Hijas de santa Colomba, ministro del santo Evangelio, rector de la universidad de Heidelberg, y doctor en cuatro facultades.

Y esta frase fue seguida por una carcajada más ruidosa que la anterior.

—¿Con qué derecho —exclamó el doctor, rechinando los dientes— un patán de vuestra especie osa inmiscuirse en mi conversación para atribuirme nombres y títulos que quizás no me corresponden? ¿De qué me conocéis?

—Perdón, perdón, mi buen profesor, no os enfadéis —respondió el hombrecillo, acariciando con una de sus desmesuradas manos la capa y las mangas del viejo doctor—. Os vi en Colonia cuando estaba realizando mi gira por Europa para instruirme en las letras, siguiendo los deseos de mi padre, y asistía a una de las clases en donde vos traducíais Plutarco a un latín más que excelente, aquella en que, súbitamente, os quedasteis en silencio, tan impedido como si el propio Satán os hubiese cogido por la garganta, cuando llegasteis a la obra *De sera Numinis vindicta*<sup>[10]</sup>, que es una materia interesante y sabia. Y aquel día debíais de tener algún problema personal, porque, detrás de la tumba de los tres reyes, estaban comenzando a calentar para vos una yacija bastante más cálida que el fuego de la chimenea de la señora Huberte. La historia es bastante graciosa, y la contaré gustoso, si tal cosa place a tan amable y alegre compañía.

—En lo que a mí respecta —dijo el doctor en voz baja—, si sigues con ella, volveré a metértela dentro del alma con ayuda de mi daga. ¡Es inaudito —añadió refunfuñando— que se dé cabida en una casa tan honesta a semejantes bribones!

—Le había tomado por vuestro servidor —le contestó la señora Huberte—, pues no le conocía de nada.

—Ni yo, ni yo —dijeron las muchachas, apretándose las unas contra las otras, como pequeñas currucas sorprendidas en el nido.

—Y yo tampoco —dijo Cyprienne ocultando su cabeza entre las rodillas de Maguelonne.

—¡Oh! ¡Qué niñas tan melindrosas! —exclamó el viajero del casquete rojo, desde el rincón próximo al fuego en donde se había acurrucado para retirar con sus propias garras las castañas, que estaban que abrasaban—. ¡Seguro que tendrán la malicia de no reconocerme en mi traje de los domingos! Señora Huberte, mirad si ha cambiado

mucho el pequeño zascandil de la casa, Colas Papelin, antaño clérigo, hoy mozo de cuadra, para serviros. No ha habido herradura puesta por el honesto maese Toussaint a cualquiera de nuestras yeguas que yo no hubiera anteriormente lavado, frotado, almohazado, alisado, lustrado, bruñido, puesto más reluciente que un espejo, y que, antes, al menos por la noche, no haya peinado sus crines con mis dedos. Por todo lo expuesto, siempre soy bien recibido en la forja, pues el palafrenero y el herrador, se dice, van parejos.

Y al acabar su discurso, apartó a derecha e izquierda los espesos bucles de flameantes cabellos, para poner su rostro al descubierto, mostrando, mientras reía tan fuerte que pudo haber echado abajo las paredes, una cara bastante espantosa, muy pálida, y tan amarillenta como la cera de un viejo hachón, surcada de inverosímiles arrugas, en donde ardían dos pequeños ojos rojos, más refulgentes que los carbones sobre los que no deja de caer el viento del soplillo. Todos los presentes tuvieron un movimiento de terror.

La señora Huberte tuvo la seguridad de no haberlo visto nunca; pero un secreto sentido le advirtió que no sería bueno decirlo.

—¡Para haber visto alguna vez a ese fantasma, tendría que haber sido el mismísimo diablo que está en el infierno! —rezongó Pancrace.

—Muy bien podría ser —le replicó Colas Papelin, sin dejar de reír—, y yo también tendría motivos para extrañarme, como vos, de que el azar nos haya hecho venir hasta aquí. ¿Quién se iba a preocupar por ir a buscar al profesor Pancrace Chouquet a la Quebrada del Recluso?

—¿A la Quebrada del Recluso? —dijo Pancrace con una voz tonante—... ¡Ah! ¡Ah! —añadió, mordiéndose el puño.

—¡Ah! ¡Ah! —repitió Colas Papelin con infernal socarronería—. ¿No pensáis como yo, doctor, que sería muy interesante para nosotros, gente de estudio, que une al amor del conocimiento el del oro y el placer, desentrañar el porqué del llamar así a este miserable valle? Su historia debe ser singular, y es de mi parecer que la señora Huberte, que conoce las más bellas historias del mundo, nos contará muy gustosamente ésta, entre jarra y jarra de vino dulce.

—Poco me preocupan a mí las historias, buen hombre —terció Pancrace, haciendo ademán de levantarse.

—Pues si no es por vos, entonces por mí —exclamó Colas Papelin, haciendo que permaneciese sentado gracias a la presa que le había hecho con su nervudo brazo, que le mantenía atenazado—. ¡Señora Huberte, será para nosotros un gran placer oír cómo nos la contáis!

—Se lo había prometido a mis hijas —dijo la anciana—, y la narración no es muy larga. Lo primero que debéis saber es que esta región era mucho más salvaje y triste que como ahora la veis, cuando hace más de cien años llegó un santo hombre a fundar una pequeña ermita sobre uno de los salientes de las peñas que bordean el precipicio. Se dice que era un señor joven y rico, y que había abandonado la corte,

temiendo no hallar la salvación; pero sólo se dio a conocer bajo el nombre de Odilon, que es aquel por el que nuestro Santo Padre le ha beatificado, en espera de que se le canonicé.

—¡Diablos! —dijo Colas Papelin.

—Y debía serlo bastante, pues todo el mundo está de acuerdo en que tuvo que traer consigo mucho dinero, pues, en nada, toda la quebrada cambió de cara. Hizo cultivar las tierras aptas para la labor, construir fábricas junto a las corrientes de agua, levantar un pequeño hospicio, un presbiterio, un monasterio, y su liberalidad atrajo a la quebrada a todo tipo de gente que practicaba oficios útiles para el viajero, cuyas familias aún perduran en una cómoda mediocridad, y que no dejan de glorificar el nombre del bienaventurado santo Odilon, que les nombró herederos. Y éste es el motivo de que a este valle se le llame la Quebrada del Recluso, porque nunca salía de su eremitorio, haciendo, a la imitación de Dios, el bien a los hombres sin ser visto. Que el Señor tenga su alma ante su faz, como está escrito en el breve.

—Esta historia es muy edificante —dijo el doctor Pancrace—, y esta vez me gustaría creer en ella, aunque haya escuchado otras semejantes en toda tierra de beatería; pero me parece que ya hace bueno: el viento ha dejado de sonar y la lluvia, de golpear en las ventanas.

—Será un auténtico placer irse ahora —indicó alegremente Papelin manteniendo inmobilizado al doctor en su asiento—, pero sería una gran incorrección dejar a la señora Huberte en el comienzo de una narración tan bella e instructiva.

—La narración ha sido terminada correctamente —replicó el doctor con impaciencia—, y dice, claramente, todo lo que podíamos esperar de ella, es decir el origen y la etimología del nombre de este valle: no le falta ni una palabra.

—Le faltan —siguió Colas— una peripecia, un desenlace y una moralidad de la que no nos hicisteis gracia, cuando en vuestras lecciones os tomabais la molestia de explicarnos peripatéticamente las retóricas de maese Guillaume Fichet; y véase, como prueba, a la venerable señora Huberte, quien se dispone a continuar tras haber cogido aliento.

—El bienaventurado Odilon —prosiguió ella— había vivido cerca de tres cuartos de siglo en el retiro y la oración, cuando se presentó, para asistirle en sus santos oficios, un joven que llevaba ya varios meses distinguiéndose por la devoción de sus prácticas y su asiduidad en los sacramentos. Como tenía tanta ciencia como un sacerdote, tanta elocuencia como un predicador y tanta piedad aparente como un santo, pues nunca se había visto penitente más abnegado en sus mortificaciones, el eremitorio le fue fácilmente accesible. Su nombre, en este momento, no acude a mi memoria, aunque me parece que lo he escuchado hace no mucho.

—El nombre de aquel personaje es superfluo en vuestra narración —murmuró el doctor, mientras seguía mordiéndose las uñas.

—El profesor Pancrace Chouquet —repitió Colas Papelin con estridente voz— piensa que el nombre de aquel personaje es superfluo en vuestra narración. ¡Oh, mi

respetable hospedera! ¿Habéis oído —añadió, gritando todavía más fuerte— que vuestra historia puede prescindir del nombre de aquel buen apóstol, que tiene todo el aire de ser algún infernal hipócrita, y que tal es la opinión de maese Pancrace, de maese Chouquet, de maese Pancrace Chouquet? ¿Seguís sin acordaros, señora Huberte?

«¡El miserable quiere acabar conmigo!», pensó el doctor para sí, volviendo los ojos hacia la puerta.

«Todavía no», respondía a su pensamiento el bajito Colas Papelin, que, a sus expensas, estaba ahogándose de risa.

—Durante bastante tiempo llegamos a temer que la magnificencia de los tesoros del bienaventurado sedujera a algunos ladrones —prosiguió la amable viuda de Tiphaine, quien apenas había acusado aquellas interrupciones—; sabíamos esta vez que después de haber distribuido una buena parte en obras pías, como ya os he referido anteriormente, había repartido el resto entre la casa del cura y el monasterio, para ser dedicado a la educación de los niños, el alivio de los viajeros, y la reparación de las calamidades naturales. Así pues, a la llegada del joven clérigo, no se vio otra cosa en la quebrada que no fuera una dulce y favorable ayuda a la vejez del solitario, que la Providencia tenía la gracia de enviar. Al menos, decíamos en nuestras veladas, el santo hombre tendrá alguien a su lado que le cierre los ojos y que invoque para él, con la extremaunción, las bendiciones del cielo.

—¡Oh! ¡Qué bien pensado, buena mujer! —exclamó, sollozando, Colas Papelin—. ¡Yo mismo hubiera venerado la frente de aquel anciano benefactor, lo juro, si Dios me lo hubiera permitido!... ¿Qué dice mi señor, maese Pancrace Chouquet?

Pancrace se retorció la barba, se removió en su asiento, miró de nuevo hacia la puerta, y no respondió.

—Y ahora llega lo bueno —continuó la anciana—. Una noche, Tiphaine se levantó, muy asustado, de mi lado; era, señores, la noche de Todos los Santos de hace treinta años, y sería esta hora, un poco antes del oficio de difuntos.

—¿Es posible? —dijo Colas Papelin—. ¿Pensáis, querida señora, que han pasado treinta años desde aquel día, treinta años exactos, ni más ni menos, cuando toquen a maitines?

—Es lo que tiene que ser, honorable señor Papelin —replicó Huberte—, puesto que aquello ocurrió en 1531. Le pregunté a Tiphaine por qué se levantaba tan pronto, pensando que podía estar enfermo. «Tranquilizaos —me respondió—, y no temáis, amiga mía: se trata simplemente de un mal sueño que acabo de tener, pero que me obliga a tranquilizar mi corazón antes de dormirme de nuevo; pues, a veces, los sueños son advertencias del Señor. Me ha parecido que estaban asesinando al santo anciano Odilon, y desde que estoy despierto, no deja de perseguirme un coro de lamentos y gemidos, dentro de un momento os lo podré confirmar.» Y tras estas palabras, corrió hasta el eremitorio acompañado de algunos de sus obreros que tenían la misma preocupación, y tuvieron que reconocer que el sueño les había anunciado la

verdad...

—¡El pobre recluso estaba muerto! —le interrumpió Colas—. ¿Habéis oído, profesor?...

—¡Se estaba muriendo cuando llegó Tiphaine, pero aunque había caído al suelo sin conservar, a los ojos de su asesino, ningún hálito de vida, poco después tuvo la suficiente fuerza como para arrastrarse fuera de su celda, mientras que el miserable buscaba inútilmente los pretendidos tesoros que acababa de pagar a costa de su alma!

—¡Y su asesino era aquel monstruo artificioso y detestable que le había engañado con su amistad y sus rezos, oculto bajo la máscara de la devoción! ¿Habéis oído profesor?...

Pancrace respondió mediante un estertor sordo que parecía un rugido.

—¡Claro que era él! —dijo la señora Huberte—. Sin embargo, la cancela de la celda se había vuelto a cerrar después de la salida del bienaventurado, gracias a un resorte inventado por Tiphaine, cuyo secreto no era conocido por el asesino.

—¡Ya está atrapado! —exclamó Colas Papelin, con su horrible risa—. ¡Dentro de pocos momentos el justo será vengado! ¿Habéis oído, profesor?...

—Las cosas no ocurrieron así —prosiguió la señora Huberte, moviendo la cabeza—: Tiphaine y sus hombres no encontraron a nadie dentro de la gruta; y como al momento comenzaron a sentir un olor como de asfalto y azufre, pensaron que el extranjero había contraído un pacto con el demonio para escapar del peligro al que estaba expuesto, lo que resultó ser verdad, puesto que después se llegó a saber que había estudiado en Metz o en Estrasburgo, con el malvado brujo Cornelius Agrippa, del que habréis oído hablar...

—¡Oh!, su contrato no es mucho mejor —la interrumpió Colas Papelin, entregándose a nuevos accesos de risa—. ¿Habéis oído, profesor?...

—Lo oigo, lo oigo —respondió Pancrace Chouquet con una afectada calma—, no es más que la cháchara de las locas supersticiones con las que el papismo ha alimentado a este pueblo ignorante. ¡Que sobre él descienda la luz de la verdad!

Tras estas palabras, se movió súbitamente para alejarse del que estaba a su lado. Colas Papelin no le siguió; sólo le lanzó una mirada de irrisión y desprecio.

—Lo único cierto —añadió la anciana un poco amostazada— es que había quedado en la celda una cosa de poca importancia: una cédula manchada de sangre, que tenía la marca de cinco grandes uñas negras, como si fuera un sello real, que aseguraba al homicida treinta años de respiro, como se pudo saber gracias a la traducción que hizo el señor Obispo Penitenciario; pues estaba escrita en letras diabólicas.

—O me zumban los oídos —murmuró Colas Papelin—, o están tocando maitines. ¿Habéis oído, profesor?...

—El asesino nunca fue reconocido —estaba acabando ya Huberte—, aunque dejó en la mano del bienaventurado, como una pista, un espeso puñado de cabellos con su cuero cabelludo ensangrentado, que no habrán vuelto a crecerle.

—¡Un respeto a san Odilon! —dijo Colas Papelin, levantándose y haciendo volar con un revés de su brazo el sombrero empenachado del doctor.

Maese Pancrace Chouquet tenía parte de su cabeza calva y lisa, como si hubiese sufrido alguna quemadura.

Observó a Colas con aire amenazador, recogió su sombrero y llegó hasta la puerta, mirando tras de sí, para saber si el mozo de cuadra le seguía; pero el hombrecillo se divertía golpeando los morillos al rojo con una badila de hierro, produciendo chispas que saltaban hasta el remate en ángulo obtuso de la chimenea.

La puerta se cerró de nuevo. El grupo de las mujeres se encontraba en silencio e inmóvil, atenazado por un terror desconocido, como si todas ellas hubiesen estado petrificadas. Colas Papelin, al darse cuenta de ello, se echó a reír con todas sus fuerzas, haciéndoles una reverencia al levantar hacia atrás sus desordenados cabellos, con la lisonjera gracia de un hombre de mundo educado en el trato afable y la manera elegante.

—Adiós, respetable Huberte, y también a vosotras, gentiles bachilleras —les dijo, mientras se marchaba—. Gracias os sean dadas por la hospitalidad que hemos recibido de vosotras; que no obstante impone aún otros deberes: voy a seguir a ese hombre galante, no vaya a extraviarse en el camino.

Un instante después, se escuchó el movimiento de los goznes, al que acompañó el que hicieron los cierres al golpear en la puerta.

—¿Ya se ha ido el diablo? —exclamó la rubia Julienne, elevando hacia el cielo sus pequeñas manos, aún palpitantes.

—¡El diablo! —dijo Anastasie, cruzando las manos en ademán de rezar—. ¿Pensáis que era él?...

—Tenía toda la pinta —observó gravemente la señora Huberte, que desde hacía un buen rato no había dejado de desgranar las cuentas del rosario.

—¿Acaso no se ha presentado? —continuó Julienne, ya más tranquila—; Colas Papelin<sup>[11]</sup> y el diablo son lo mismo.

—Esos dos nombres son correctamente sinónimos —añadió con aire comedido la señorita Ursule, que era sobrina y ahijada del cura.

—¡Yo le reconocí al momento! —dijo Ciprienne—. ¡Anda que no le he visto pocas veces atizar el fuego, cuando me adormilaba en la rueca!

—¡Y yo —dijo Maguelonne— enredar malignamente el pelaje de nuestras cabras, cuando estaba en el establo!

—¡Seguro que es él —apuntó de sopetón la pequeña Annette, la hija del molinero — quien hace que se pierdan nuestras burras, al silbarles desde el bosque!

—También ha querido perdernos a nosotras —respondió en voz baja su hermana Catherine—, y el maligno de jubón rojo ha hecho más de una de las suyas cerca del arroyo de la quebrada.

—*Libera nos, Domine!* —exclamó la anciana Huberte, cayendo de rodillas.

Es seguro que, de inmediato, las jóvenes siguieron su ejemplo, y que no se

separaron hasta después de los maitines, no sin antes haber purificado la cocina de la señora Huberte mediante rezos, fumigaciones de boj consagrado y aspersiones de agua bendita.

A la mañana siguiente, cuando la gente de la aldehuela se dirigía a oír misa en el monasterio, del que les separan sólo algunas malezas, Toussaint Oudard se soltó del brazo de su madre y se detuvo frente a su pequeño tropel, advirtiéndoles, ya mediante el gesto o el grito, que no siguieran adelante, ya que quería ahorrarles el desagradable espectáculo que acababa de contemplar por sí mismo.

No era otra cosa que un cadáver tan horriblemente lacerado, tan deformado por las convulsiones de la agonía, tan encogido, tan acartonado por la acción de un fuego celeste o infernal, que era difícil reconocer en él algo que pudiera llamarse humano; a no ser los despojos de una capa negra y de un sombrero de flotante pluma que el viento arrastraba a su lado.

Por eso, desde entonces la Quebrada del Recluso ha adoptado el nombre de *La Quebrada del Hombre Muerto*.

# TESORO DE LAS HABAS Y FLOR DEL GUISANTE<sup>[12]</sup>

## (Cuento de hadas)

Todo lo que en esta vida es positivo, es malo.

Todo lo que en ella hay de bueno, es imaginario.

BRUSCAMBILLE

ÉRASE una vez un hombre y una mujer, pobres y bastante mayores, que nunca habían tenido hijos: lo que era para ellos motivo de gran tristeza, ya que dentro de algunos años no podrían seguir cultivando sus habas, ni ir al mercado para venderlas. Un día que estaban escardando en su campo de habas (que, junto con una pequeña choza, eran todos sus bienes; ya me gustaría a mí tener otro tanto); un día, iba diciendo, estaban escardando para quitar las malas hierbas, cuando la anciana descubrió, en un lugar retirado, debajo de unos matojos muy tupidos, un paquete, pequeño y muy bien preparado, que contenía un soberbio niño, de ocho a diez meses de edad, a juzgar por su tamaño, pero que por lo menos debía tener dos años, pues ya había sido privado del pecho. Al punto de que no hizo ningún melindre al aceptar las habas hervidas, que al momento llevó a su boca con modales refinados. Cuando el anciano llegó desde el otro extremo del campo, al oír los gritos de júbilo de la anciana, y, a su vez, vio al hermoso niño que les daba el buen Dios, llorando de alegría, abrazó a su mujer; tras lo cual, se apresuraron en regresar a la choza, puesto que el sereno, que comenzaba a sentirse, podía perjudicar a su niño.

Una vez que se encontraron ya cerca del fuego del hogar, tuvieron otro contento más, pues el pequeño, entre encantadoras risas, intentaba abrazarles, y les llamaba *mamá* y *papá*, como si nunca hubiera llegado a conocer a sus padres. El anciano le tomó sobre sus rodillas, haciéndole saltar suavemente, como las damiselas que se pasean a caballo, dirigiéndole mil palabras agradables, a las que el niño respondía a su manera, para no ir a la zaga del anciano en una conversación tan honesta. Y durante todo ese tiempo, la anciana alumbraba un vívido fuego con las vainas secas de las habas, que iluminaba toda la casa, intentando así entonar los miembrecitos del recién llegado, mediante un suave calor, y prepararle una excelente decocción de habas, en la que deslió una cucharada de miel, que le supo a gloria. A continuación, lo envolvió en sus hermosos pañales de fino lienzo, que estaban convenientemente limpios, acostándolo en la mejor yacija de paja de habas que había en la casa; pues aquella pobre gente no conocía el uso de la pluma o del edredón. Y el niño durmió en ella muy bien.

Cuando el niño ya se había dormido, el anciano dijo a la anciana:

—Hay una cosa que me inquieta, y es saber cómo vamos a llamar a este bello niño, pues no conocemos a sus padres, ni sabemos de dónde procede.

La anciana, que tenía imaginación, aunque no fuera más que una simple mujer del campo, le respondió al momento:

—Hay que llamarle Tesoro de las Habas, porque le encontramos en nuestro campo de habas, y porque es un auténtico tesoro para el consuelo de los días de nuestra vejez.

Y el anciano estuvo de acuerdo en que no se le podía haber ocurrido nada mejor.

No os diré, de manera detallada, cómo transcurrieron todos los días y años posteriores, pues eso alargaría demasiado la historia. Basta con que sepáis que los ancianos siguieron envejeciendo, mientras que Tesoro de las Habas se iba haciendo, a ojos vistas, más fuerte y hermoso. Y no es que hubiera crecido mucho, pues a los doce años sólo medía dos pies y medio, y cuando estaba trabajando en su campo de habas, al que tenía en gran estima, habríais tenido serias dificultades para poder verle, si es que pasabais por la carretera; pero era tan proporcionado, tan afable de planta y de costumbres, tan dulce y, sin embargo, tan resuelto en sus palabras, tan apuesto con su blusón azul cielo, de cinturón rojo, y con su fino birrete de los domingos, provisto de un penacho de flores de haba, que, al mirarle, parecía estar viendo uno de los milagros de la naturaleza, de suerte que gran número de personas le creían duende o hada<sup>[13]</sup>.

Debe añadirse que muchas cosas daban crédito a esta suposición del pueblo llano. En primer lugar, la cabaña y el campo de habas que estaba al lado, en donde una vaca, y eso pocos años antes, no habría podido hacer otra cosa que pacer, se habían convertido en una de las mejores haciendas de la comarca, sin que nadie acertara a explicarlo; pues ver que la planta crece, que florece, que pierde la flor, y que las habas van madurando en su vaina, no es nada extraordinario; pero ver cómo va creciendo un campo de habas, sin que tal crecimiento sea debido a la adquisición o a la usurpación de las tierras contiguas, es algo que sobrepasa el entendimiento. Sin embargo, el campo de habas seguía siempre creciendo y creciendo, creciendo con el viento, creciendo con el cierzo, creciendo al amanecer, creciendo al anochecer; y como los vecinos se daban buena prisa en medir sus tierras, acababan siempre por encontrarse con que disponían de una o dos fanegas más, de manera que llegaron a pensar, en buena lógica, que toda la región se hallaba en expansión. Y, por otra parte, las habas eran tan productivas, que a no ser que se ampliase notablemente la cabaña, no podría dar cabida a su cosecha; aunque era imposible encontrar habas a más de cinco leguas a la redonda, lo que convertía su precio en inasequible, a causa del gran uso que de ellas se hacía en la mesa de reyes y señores. En medio de esta abundancia, Tesoro de las Habas se bastaba para hacer todas las labores, ahuecando la tierra, seleccionando la simiente, limpiando el terreno, escardando, cavando, binando, segando, desgranando, y, por si fuera poco, manteniendo cuidadosamente setos y vallados: después de lo cual, empleaba el tiempo que le quedaba en recibir a los compradores y cerrar los tratos, pues sabía leer, escribir y calcular sin que nadie le hubiera enseñado: era una verdadera bendición.

Una noche, cuando Tesoro de las Habas dormía, el anciano le dijo a la anciana:

—Verás que Tesoro de las Habas ha supuesto una gran ventaja para nuestro bienestar, puesto que nos permite disfrutar, tranquilamente, sin hacer nada, de los años que todavía nos quedan por vivir. Entregándole en el testamento toda nuestra herencia, no hacemos otra cosa que devolverle lo que le pertenece; pero seríamos ingratos con este niño si no nos preocupáramos en procurarle un rango en el mundo, más conveniente que el de mercader de habas. Es una verdadera lástima que sea demasiado modesto para tener un título de sabio en la universidad, y sólo un poquitín demasiado pequeño para ser general.

—Es una lástima —dijo la anciana— que no haya estudiado para aprender el nombre de cinco o seis enfermedades en latín; pues le habrían hecho médico en seguida.

—En cuanto al procedimiento —continuó el anciano—, me temo que no tenga el ánimo ni la razón suficientes para poder arreglárselas solo.

Daos cuenta de que todavía no había sido inventado el filántropo.

—Siempre he pensado —prosiguió la anciana— que se casaría con Flor del Guisante, cuando tuviese edad para ello.

—Flor del Guisante —dijo el anciano, moviendo la cabeza— es una princesa demasiado importante para casarse con un pobre niño abandonado, cuya única fortuna consiste en una cabaña y un campo de habas. Flor del Guisante, amiga mía, es un buen partido para el subprefecto, o para el procurador real, y, quizás, hasta para el propio rey, si enviudase. Estamos hablando de cosas serias, y vos no sois razonable.

—Tesoro de las Habas lo es mucho más que nosotros dos —respondió la anciana, después de reflexionar un instante—. Pero este asunto le concierne a él, por lo que le haríamos flaco servicio si lo lleváramos adelante sin consultarle.

Tras este intercambio de palabras, ambos ancianos se durmieron profundamente.

Cuando el día comenzaba a despuntar, Tesoro de las Habas saltó de la cama para ir al campo, de acuerdo con su costumbre. ¿Qué fue lo que le pareció extraño? Pues ni más ni menos encontrar la ropa de los días de fiesta en el baúl en donde había dejado la de diario, cuando se había ido a la cama.

«Si el calendario no miente, hoy es tan día de trabajo como los demás», se dijo a sí mismo, «mi madre debe ser devota de algún santo, del que nunca la oí hablar, para haberme preparado durante la noche el blusón elegante y el birrete de ceremonia. Todo se hará según su deseo, pues dada su avanzada edad no quiero contrariarla en nada; además, las horas que pueda perder las recuperaré fácilmente en una semana, con tal que me levante antes y deje el trabajo más tarde».

Así pues, Tesoro de las Habas se vistió, tan elegantemente como pudo, después de haber rezado a Dios por la salud de sus padres y la prosperidad de sus habas.

Cuando ya se disponía a salir, con intención de echar al menos un vistazo a los vallados antes de que se despertaran los dos ancianos, se encontró en la puerta con la anciana, que llevaba un caldo humeante, que dispuso encima de la pequeña mesa, al

lado de una cuchara de madera:

—Tómatelo —le dijo—, y recuerda cuánto te gustaba que le añadiese miel y una pizca de anís verde, cuando todavía eras un niño, pues hoy te espera un largo, bastante largo, camino que recorrer, precioso mío.

—De acuerdo —dijo Tesoro de las Habas, mirándola un tanto extrañado—; pero ¿adónde me enviáis?

La anciana se sentó en un escabel que por allí había, descansando las manos sobre las rodillas:

—¡A ver mundo —respondió riendo—, a ver mundo, pequeño Tesoro! Pues solamente nos has visto a nosotros, y a dos o tres detallistas picaros a los que vendes tus habas para que abastezcan a las casas señoriales, con las que te comportas dignamente; y como un día llegarás a ser un gran señor, si se sigue manteniendo el precio de las habas, es conveniente, precioso mío, que te relaciones con la alta sociedad. Debo decirte que a tres cuartos de legua de aquí se encuentra una gran ciudad, en donde a poco que uno ande podrá ver señores con trajes de oro y damas con vestidos de plata, adornados con rosas. Tu pequeña planta, tan graciada y despierta, a buen seguro que les llenará de admiración; y no creo confundirme al afirmar que antes de que haya acabado el día habrás recibido la oferta de alguna profesión honorable en la que ganar mucho dinero sin trabajar, ya sea en la corte o en algún despacho. Así que tómatelo, precioso, no dejes de tomarte este caldo con miel y una pizca de anís verde.

»Como conoces el valor de las habas mucho mejor que el del dinero —prosiguió la anciana—, venderás en el mercado estos seis medios cuartillos de habas, escogidas con gran cuidado. No te doy más para que no vayas cargado; pues como las habas están ahora tan caras, no podrías transportar su equivalente en dinero, si te lo pagasen todo en oro. Así pues, pensamos, tu padre y yo, que emplees la mitad en divertirti honestamente, como conviene a tu edad, o en la adquisición de algunas joyas correctamente trabajadas, aptas para que te distraigas los domingos, como relojes de plata engastados con rubíes y esmeraldas, tentetiosos de marfil y peonzas de Nuremberg. Y que el resto del dinero lo ingreses en un banco.

»Ve, pues, Tesoro, mi pequeñín, ya que te has acabado el caldo, y no te vayas a entretener persiguiendo a las mariposas, pues moriríamos de pena si no estuvieras de vuelta antes de que se haga de noche. Guárdate también de los caminos trillados, por miedo a los lobos.

—Seréis obedecida, madre —dijo Tesoro de las Habas abrazando a la anciana—, aunque habría preferido haberme quedado en el campo. En cuanto a los lobos, podré defenderme de ellos con mi escardillo.

Y diciendo esto, colgó intrépidamente el escardillo en su cinturón, y echó a andar con paso decidido.

—Vuelve pronto —le instó repetidamente la anciana, que ya se arrepentía de haberle dejado marchar.

Tesoro de las Habas caminó y caminó, dando terribles zancadas, como si fuera un hombre que midiese cinco pies, recorriendo con la mirada todas las cosas de apariencia desconocida que se encontraban en su camino; pues jamás había pensado que la tierra pudiera ser tan vasta e interesante. Sin embargo, cuando llevaba de viaje más de una hora, según podía calcular por la altura del sol, y comenzaba a preocuparse por no haber llegado todavía a la ciudad, a pesar de la rapidez con la que había caminado, le pareció que alguien le recriminaba:

—¡Bu, bu, bu, bu, bu, bu, tui! ¡Deteneos, señor Tesoro de las Habas, os lo ruego!

—¿Quién me llama? —dijo Tesoro de las Habas, llevando valientemente la mano al escardillo.

—¡Por favor, deteneos ahí mismo, señor Tesoro de las Habas! ¡Bu, bu, bu, bu, bu, bu, tui! Soy el que le habla.

—¿De verdad? —dijo Tesoro de las Habas dirigiendo su mirada a la copa de un viejo pino, cavernoso y medio seco, sobre la cual un notorio búho se balanceaba al ritmo del viento, aunque con poca soltura—. ¿Y bien, hermosa ave, que es eso de lo que tenemos que tratar?

—Bueno sería que me estuvierais reconocido —replicó el búho—, puesto que mis servicios han sido realizados a vuestras espaldas, tal y como debe hacer un búho delicado, modesto y hombre de bien, comiendo, una a una, a mi cuenta y riesgo, esas canallescás ratas que roían cada año la mitad de vuestra cosecha; lo que ha hecho que vuestro campo os pueda permitir hoy el comprar, donde lo deseáis, un hermoso reino, si es que sois fácil de contentar. En cuanto a mí, víctima desgraciada y por la que nadie siente afecto, no tengo ni siquiera una miserable y escuálida rata que llevarme al pico, pues se me debilitaron tanto los ojos, como consecuencia de los servicios a vos prestados, que apenas puedo orientarme, aunque sea de noche. Así pues, os llamaba, generoso Tesoro de las Habas, para rogaros que me entreguéis uno de esos medios cuartillos que lleváis colgados del bastón, que bastaría para mantener mi triste existencia hasta que el primero de mis hijos sea adulto, a quien vos podréis tener como deudo.

—Esto, señor búho —exclamó Tesoro de las Habas, desatando del extremo del bastón uno de los tres medios cuartillos de habas que le pertenecían— es como pago de la deuda que tenía con vos, y que tengo gran placer en saldar.

El búho se echó sobre él, cogiéndolo con garras y pico, y en un santiamén se lo llevó a su árbol.

—¡Oh! ¡Cuán deprisa os vais! —dijo Tesoro de las Habas—. ¿Puedo preguntaros, señor búho, si todavía estoy lejos del mundo, al que me envía mi madre?

—Estáis entrando en él, amigo mío —dijo el búho; y fue a encaramarse a otra parte.

Tesoro de las Habas volvió a ponerse en camino, aliviado de uno de sus medios cuartillos, y más tranquilo, pues ya no tardaría mucho en llegar; pero cuando todavía no había recorrido ni cien pasos oyó nuevamente que le llamaban.

—¡Béee, béee, béee, bekkí! ¡Deteneos ahí mismo, señor Tesoro de las Habas, os lo ruego!

—Me parece conocer esa voz —dijo Tesoro de las Habas, dándose la vuelta—. ¡Eh!, pues claro, si es esa empalagosa y descarada cabrita montés que siempre merodeaba con sus pequeños alrededor de mi campo, para arramblar con algún buen bocado. ¡Veó que estáis ahí, señora merodeadora!

—¿Eh? ¿Qué decís de merodear, hermoso Tesoro? ¡Ah! ¡Vuestros setos eran demasiado frondosos, vuestras zanjas demasiado profundas, y vuestros vallados demasiado tupidos para poder hacer eso que decís! Lo único factible era podar la extremidad de algunas hojas que sobresalían de los vallados, lo que resulta muy beneficioso para las plantas, como dice el conocido proverbio:

*Dent de mouton porte nuisance*

*Et dent de chevrette abondance?*

—No necesito oír más —dijo tesoro de las Habas—, ¡ojalá que todo el mal que os he deseado pudiese llegarme de repente! Pero ¿por qué queréis que me detenga, y qué puedo hacer para complaceros, señora cabrita?

—¡Ay! —respondió la cabrita, derramando grandes lágrimas—. ¡Béee, béee, bekkí!, es para anunciaros que un lobo malvado se ha comido a mi marido el cabrito, y que la huérfana y yo estamos en la mayor miseria, desde que él ya no puede procurarnos el forraje; de manera que si no socorréis pronto a esta desgraciada chivita, correrá el peligro de morir de hambre. Por eso llamaba vuestra atención, noble Tesoro, para rogaros que nos hicierais la caridad de uno de esos medios cuartillos de habas que lleváis colgados del bastón, y que supondría para nosotras una ayuda estimable, hasta que pudiéramos recibir la de nuestros parientes.

—Esto, señora cabrita —exclamó Tesoro de las Habas, desatando del extremo del bastón uno de los dos medios cuartillos que eran suyos—, es una obra de beneficencia y compasión, que cumplo gustoso.

La cabrita lo agarró entre sus dientes y, de un brinco, desapareció entre las zarzas.

—¡Oh! ¡Cuán deprisa os vais! —dijo Tesoro de las Habas—. ¿Puedo preguntaros, vecina, si todavía estoy lejos del mundo, al que me envía mi madre?

—Ya estáis en él —gritó la cabrita, adentrándose en la maleza.

Y Tesoro de las Habas volvió a ponerse en camino, aliviado de dos de sus medios cuartillos, intentando divisar las murallas de la ciudad, cuando se dio cuenta, gracias a ciertos ruidos que se escuchaban en el lindero del bosque, de que estaba siendo seguido de cerca. Súbitamente se volvió, empuñando el escardillo; y hay que decir que hizo muy bien, pues el acompañante que le seguía con paso de lobo no era otro que un viejo lobo cuya catadura no prometía nada bueno.

—¿Erais vos, maligna bestia —dijo Tesoro de las Habas—, quien me reservaba el honor de aparecer en el menú de vuestra cena? Afortunadamente, mi escardillo tiene

dos colmillos que valen por todos los vuestros, sin querer ofenderos; y creo que no hará falta que os diga, compadre, que esta noche cenaréis sin mí. Y más aún, consideraos afortunado de que no venga en vuestra despreciable persona al marido de la cabrita, que era el padre de la chivita, y cuya familia se ha visto conducida por vuestra crueldad a una lamentable miseria. Quizá debería hacerlo en justicia, si no hubiera sido educado en el horror a la sangre, hasta el punto de preocuparme por los lobos.

El lobo, que hasta entonces había estado escuchándole con humildad, dejó escapar, súbitamente, una larga y quejumbrosa exclamación, elevando los ojos al cielo, como si quisiera tomarlo por testigo:

—¡Omnipotencia divina, que me habéis otorgado los ropajes del lobo —dijo, sollozando—, sólo vos sabéis si en alguna ocasión he llegado a sentir en mi corazón malos deseos! Ahora vos sois dueño, mi señor —añadió, con abandono, al tiempo que, respetuosamente, inclinaba su cabeza hacia Tesoro de las Habas—, de disponer de mi triste vida, que se encuentra a vuestra merced, sin temor ni remordimientos. Pereceré contento por vuestra mano, si convenís inmolarme en expiación de los crímenes harto probados de mi raza; pues siempre os amé tiernamente, honrándoos a la perfección, desde aquel tiempo en que me acostumbré al inocente placer de acariciaros en vuestra cuna, cuando vuestra señora madre no se encontraba a vuestro lado. Ya erais entonces de tan buena planta y tan imponente, que cualquiera habría adivinado, nada más veros, que os convertiríais en lo que sois, un príncipe poderoso y magnánimo. Sólo os ruego que creáis, antes de condenarme, que no he ensangrentado mis patas con el asesinato perpetrado en la persona del infortunado esposo de la cabrita. Educado en los principios de la abstinencia y la moderación, a los cuales nunca he faltado a lo largo de mi existencia de lobo, me encontraba por aquel entonces con la misión de propagar las sanas doctrinas de la moral entre las tribus lupinas más notables de mi comunidad, para conducir las gradualmente, mediante la enseñanza y el ejemplo, a la práctica de un régimen frugal, que constituye la meta esencial de la perfectibilidad de los lobos. Y aún hay más, mi señor, el esposo de la cabrita fue amigo mío; había en él ciertas circunstancias encomiables que me gustaban, y frecuentemente viajábamos juntos y charlábamos, porque él tenía una gran disposición natural, y el suficiente estilo para aprender. Una desafortunada disputa de precedencia (ya sabéis cuán quisquilloso es al respecto el carácter de su nación) ocasionó su muerte durante mi ausencia, sin que aún haya podido consolarme de su pérdida.

Y el lobo lloró, y parecía que lo hacía desde lo más profundo de su corazón, lo mismo que la cabrita.

—Sin embargo, me seguís —dijo Tesoro de las Habas, sin dejar de empuñar su escardillo.

—Es cierto, mi señor —respondió, zalamero, el lobo—; os seguía con la esperanza de conseguir interesaros en mis ideas benévolas y filosóficas, cuando

llegáramos a un lugar más propio para la conversación. ¡Tate!, me decía, si mi señor Tesoro de las Habas, cuya reputación en esta región goza de tanta fama y crédito, quisiera contribuir por su parte al plan de reforma que he confeccionado, ahora podría ser un buen momento; le puedo asegurar que sólo le costaría uno de esos medios cuartillos de excelentes habas que lleva colgados de su bastón, para pagar una mesa de pensionado en donde lobos, lobatos y lobeznos puedan tomar gusto a la vida granívora, salvando innumerables generaciones de cabritas, cabritos, chivitas y chivitos.

—Es el último de mis medios cuartillos —pensó Tesoro de las Habas—, pero ¿para qué demontres quiero yo tentetiesos, rubíes y peonzas? ¿Qué importancia tiene un juguete infantil comparado con una buena acción?

—¡Toma tu medio cuartillo de habas! —exclamó, desatando del extremo del bastón el último de los medios cuartillos que su madre le había dado para sus gastos sin importancia, pero sin dejar a un lado el escardillo—. Es todo lo que queda de mi fortuna —añadió—, pero no lo lamento, y te estaré reconocido, amigo lobo, si decides dedicarlo a los fines que me comentas.

El lobo hundió en él sus colmillos, y en un santiamén se lo llevó a su madriguera.

—¡Oh! ¡Cuán deprisa os vais! —dijo Tesoro de las Habas—. ¿Puedo preguntaros, maese lobo, si todavía estoy lejos del mundo, al que me envía mi madre?

—Ya estás en él desde hace un buen rato —respondió el lobo riendo entre dientes—, y aunque te quedaras mil años no verías nada que no hubieras visto durante ese tiempo.

Tesoro de las Habas volvió a ponerse en camino, aliviado de los tres medios cuartillos que le pertenecían, mientras seguía intentando divisar las murallas de la ciudad, que no se veían por ninguna parte. Cuando comenzaba a abandonarse al cansancio y al aburrimiento, unos agudos gritos, que procedían de un pequeño sendero situado en una desviación, llamaron su atención. Y corrió hacia aquel sonido.

—¿Qué ocurre —dijo, empuñando el escardillo—, quién pide auxilio? Hablad, no os veo.

—Soy yo, señor Tesoro de las Habas; soy Flor del Guisante —respondió una suave voz, llena de dulzura— y os ruego que me liberéis del apuro en que me encuentro; basta con que lo intentéis, pues apenas os costará trabajo.

—¡Señora, antes de hacer una buena acción no acostumbro a pensar en las dificultades que pueda costarme! Podéis disponer de mi fortuna y de mis bienes —prosiguió— con excepción de los tres medios cuartillos que veis colgados de mi bastón, ya que no son míos, sino de mis padres, puesto que acabo de entregar los que me pertenecían a un venerable búho, a un lobo bendito de Dios, que predica como un ermitaño, y a la más interesante de las cabritas monteses. No dispongo de una sola haba que me esté permitido ofreceros.

—Os chanceáis —prosiguió Flor del Guisante, un tanto mosqueada—. Señor, ¿quién está hablando de vuestras habas? Yo no sé qué hacer con ellas, gracias a Dios;

y tampoco sé lo que se hace en mi cocina. El servicio que os pido es que apliquéis vuestro dedo en el tirador de mi calesa, para poder levantar la capota bajo la cual estoy a punto de asfixiarme.

—Nada más os demandaría, señora —exclamó Tesoro de las Habas—, si tuviese el honor de ver vuestra calesa; pero en este sendero no veo ni por asomo ninguna calesa, y no me parece, además, propicio para el paso de vehículos. No obstante, no me llevará mucho tiempo el descubrirla, pues ahora os escucho muy cerca.

—¡Pero bueno! —dijo Flor del Guisante, tronchándose de risa—, ¿no veis mi calesa? ¡Poco ha faltado para que la aplastaseis, corriendo como un atolondrado! Se encuentra ante vos, amable Tesoro de las Habas, y es fácil reconocerla por su elegante apariencia, que tiene algo que recuerda a un garbanzo.

—Ciertamente, es tanta su semejanza con un garbanzo —musitó Tesoro de las Habas, mientras se agachaba— que nunca hubiera pensado que se tratara de algo más que un garbanzo.

Sin embargo, a Tesoro de las Habas sólo le bastó un vistazo para darse cuenta de que se trataba de un garbanzo bastante grande, más redondo que una naranja y más amarillo que un limón, que se desplazaba sobre cuatro ruedecitas de oro, y que estaba provisto de un pequeño portamantas fabricado con una pequeña vaina de guisante, verde y brillante como el tafílete.

Se apresuró a manipular el tirador, levantando la capota.

Flor del Guisante salió disparada desde dentro, como un grano de balsamina, y cayó, ágil y radiante, de pie. Tesoro de las Habas se incorporó, maravillado, pues nunca había imaginado nada que fuese tan bello como Flor del Guisante. Tenía el rostro más perfecto que ningún pintor pudiera imaginar: ojos alargados como almendras, de color violeta como la remolacha, de mirada tan penetrante como una lezna, y una boca delicada y burlona, medio entreabierta y que dejaba ver unos dientes tan blancos como el alabastro y tan relucientes como el esmalte. Su vestido corto, un tanto flotante, adornado de rojizos motivos que parecían llamas, y que recordaban la flor del guisante, apenas le llegaba a media pierna. Unas medias de seda blancas se ajustaban tan bien a sus torneadas piernas que parecía que hubieran sido tensadas con un cabrestante, y terminaban en unos pies tan adorables que al contemplarlos se envidiaba la buena suerte del zapatero que con su propia mano los había confinado en el calzado.

—¿De qué te extrañas? —dijo Flor del Guisante. Lo que da idea, entre paréntesis, de que en aquel momento Tesoro de las Habas no debía de tener un aire muy espiritual.

Tesoro de las Habas se puso colorado; pero en seguida volvió a la normalidad.

—Me extraño —respondió con modestia—, de que una princesa tan bella, que viene a ser de mi estatura, haya podido meterse dentro de un garbanzo.

—Estáis denostando, adrede, mi calesa, Tesoro de las Habas —replicó Flor del Guisante—. Y cuando se levanta la capota se puede viajar muy cómodamente en ella;

y sólo por casualidad no me habéis encontrado acompañada de mi caballerizo mayor, mi capellán, mi gobernante, mi secretario de órdenes y dos o tres de mis damas. Como me gusta pasear en solitario, me ha ocurrido este accidente. Ignoro si os ha sido presentado el rey de los grillos, que es fácilmente reconocible por su máscara negra y reluciente, como la de Arlequín, con dos cuernecillos tiesos y móviles, y por cierta sinfonía de mal gusto con la que acostumbra hacer el acompañamiento de todos sus comentarios. El rey de los grillos me concedía la gracia de amarme; no ignorando que a partir de hoy comienza mi mayoría de edad, y que es costumbre entre las princesas de mi estirpe tomar marido a los diez años. Me lo he encontrado en el camino, para marearme, según su costumbre, con el estruendo infernal de sus repiqueteantes declaraciones, a las qué he respondido, como de costumbre, tapándome los oídos.

—¡Oh, que felicidad! —dijo, encantado, Tesoro de las Habas—: ¡No os casaréis con el rey de los grillos!

—No me casaré con él —respondió, muy digna, Flor del Guisante—. Lo he decidido. En cuanto le signifiqué mi decisión, el odioso Cri-Cri (tal es el nombre del monarca) dio un salto hasta mi carruaje, como si quisiera devorarlo, y con el golpe hizo caer brutalmente su capota. «¡Cásate ahora —me dijo—, remilgada impertinente! ¡Cásate si puedes, si es que encuentras algún marido que venga a sacarte de este carruaje! En cuanto a mí... tu reino y tu mano me importan menos que un garbanzo».

—Si sois capaz de indicarme el agujero en donde se esconde el rey de los grillos —exclamó, furioso. Tesoro de las Habas—, ayudándome con mi escardillo, haré que salga en seguida, y lo entregaré, atado de pies y manos, a vuestra persona. Ahora comprendo su desesperación —añadió, dejando que su frente reposara en una de sus manos—. Pero ¿no creéis que sería conveniente que os acompañara hasta vuestros estados, para manteneros al amparo de su persecución?

—En efecto lo sería, magnánimo Tesoro de las Habas, si yo me encontrase lejos de mi frontera; pero ahí podéis ver un campo de guisantes de almizcle, en el que cuento con fieles súbditos, y en el que mi enemigo no puede entrar.

Mientras hablaba, dio una patada en el suelo, siendo acogida por dos tallos que, inclinándose, la tomaron de ambos brazos, al tiempo que llenaban sus cabellos de flores perfumadas.

Mientras Tesoro de las Habas se complacía en mirarla, y yo os digo que a mí me habría pasado lo mismo, ella le contemplaba con el brillo acerado de sus ojos, hechizándole con los hoyuelos de su sonrisa, de tal modo que a Tesoro de las Habas no le habría importado morir mientras la miraba, lo que podría haber ocurrido si ella no le hubiese sacado de su ensimismamiento.

—Siento haberos entretenido —le dijo—, pues sé que el negocio de las habas, en los tiempos que corren, es muy comprometido; pero mi calesa, o mejor dicho, la vuestra, os hará recuperar el tiempo perdido. No me ofendáis, os lo ruego, al rechazar

tan exiguo presente. En los graneros del castillo tengo millones de calesas parecidas, y cuando quiero una nueva, la escojo con cuidado de un puñado y tiro el resto a los ratones.

—La más pequeña de las gracias de Vuestra Alteza sería la gloria y la felicidad de mi vida —respondió Tesoro de las Habas—; pero no penséis que todavía me hallo cargado de provisiones. Y comprendo a las mil maravillas, a pesar de que mis habas han sido muy bien medidas, que uno de los medios cuartillos podría entrar con cierta holgura en vuestra calesa; pero creo que sería imposible meter los restantes.

—Inténtalo —dijo Flor del Guisante, riendo y columpiándose en sus flores—; inténtalo y no te maravilles, que pareces un niño al que todo le parece nuevo.

Y, efectivamente, Tesoro de las Habas no tuvo ninguna dificultad para colocar los tres medios cuartillos en el arcón del carruaje; había espacio para treinta, y aún más. Se sintió un poco molesto.

—Estoy listo para partir, señora —le dijo, sentándose encima de un cojín bien mullido, cuyo tamaño le permitía acomodarse cómodamente en todas las posiciones, e incluso tumbarse, si tal era su deseo—. Estoy obligado, a causa de la ternura de mis padres, a no dejarles en la incertidumbre de lo que haya podido ser de mí tras nuestra primera separación, por lo que sólo aguardo a que vuestro cochero, que sin duda ha huido espantado, ante el grosero despropósito del rey de los grillos, traiga de nuevo el tiro y lo enganche al carruaje. Entonces, abandonaré estos parajes con el eterno pesar de haberos visto y sin la esperanza de volveros a ver.

—¡Bueno! —prosiguió Flor del Guisante, aparentando no hacer caso a la última parte de la perorata de Tesoro de las Habas, quien se mantenía impertérrito—, ¡bueno!, pero si mi calesa no tiene cochero, ni tiro, ni nada que engancharle: porque va a vapor, y no hay hora que pase en que no recorra fácilmente cincuenta mil leguas. Y ahora dime si tendrás dificultad alguna en regresar a tu casa cuando lo desees. Bastará que recuerdes el gesto y la palabra que usaré para que se ponga en marcha. En el portamantas hay varios objetos que podrán serte de ayuda en el viaje, y de los que puedes disponer sin reserva alguna. Abriéndolo de la misma manera en que abrirías una vaina de guisantes verdes, encontrarás tres estuches de la forma y el tamaño exacto de un guisante, colgando cada uno de ellos de un tenue hilo que lo sostiene en su estuche como los guisantes de su vaina, de suerte que no lleguen a golpearse entre sí a causa del vaivén y de la carga y descarga: se trata de un trabajo finísimo. Ante la presión de tu dedo cederán como el fuelle de la capota, y no tendrás más que sembrar su contenido en un hoyo que hayas practicado en la tierra con la ayuda de tu escardillo, para ver cómo aparece, tesoro mío, cómo se hace realidad todo lo que desees. ¿No es algo milagroso? No olvides, sin embargo, que una vez que hayas utilizado el tercero, no me quedará ninguno para ofrecerte, pues yo sólo tengo tres guisantes verdes, al igual que tú solamente tenías tres medios cuartillos de habas, y ni aun la niña más hermosa del mundo puede conceder otra cosa que no sea lo que ya posee. ¿Estás dispuesto ahora a ponerte en camino?

Ante el afirmativo signo de Tesoro de las Habas, que no se sentía con fuerzas para hablar, Flor del Guisante juntó los dedos pulgar y medio de su mano derecha, haciéndolos chasquear, al tiempo que exclamaba:

—¡Marchad, garbanzo!

Y el garbanzo se encontraba ya a más de mil quinientos kilómetros del campo de guisantes almizclados propiedad de Flor del Guisante, mientras la mirada de Tesoro de las Habas intentaba infructuosamente localizarlo.

—¡Ay! —consiguió decir.

Sería faltar a la celeridad del garbanzo decir que recorría el espacio con la celeridad de una bala de arcabuz. Los bosques, las ciudades, las montañas, los mares desaparecían a su paso, incomparablemente más deprisa que las sombras chinescas de Serafín bajo el influjo de la varita del famoso encantador Rhotomago. Cuando los más lejanos horizontes se acababan de vislumbrar en una inmensa perspectiva, al instante siguiente ya se precipitaban hacia el garbanzo, y Tesoro de las Habas se habría molestado en vano si hubiera intentado divisarlos detrás de él. Cuando se daba la vuelta, ¡crac!, ya no estaban; en fin, muchas veces llegó a adelantar al sol, y muchas otras, al regresar de nuevo, le había vuelto a adelantar, en medio de brascas alternancias de día y noche. Fue entonces cuando Tesoro de las Habas pensó que había olvidado la ciudad que iba a visitar y el mercado en donde tenía que vender sus medios cuartillos.

«La energía de este vehículo parece no tener fin», comenzó a pensar, pues no hay que olvidar que estaba dotado de un espíritu muy sutil. «Ha salido a la desbandada antes de que Flor del Guisante hubiera acabado de despacharse en lo concerniente a mi destino, y me parece que este viaje podría seguir por los siglos de los siglos; y esta amable princesa, que es tan atolondrada como le permiten sus años, parece haber pensado en darme las instrucciones para poner en marcha su calesa, pero no en las que se refieren a cómo se detiene.»

Efectivamente, Tesoro de las Habas se había servido, sin éxito, de todas las interjecciones malsonantes que había podido recoger, con el debido pudor, de los labios blasfematorios de cocheros y muleros, gente de escasa educación y peor lenguaje. La endiablada calesa seguía corriendo, sólo que cada vez más deprisa; y mientras él rebuscaba en su memoria para aderezar sus apostrofes con muchos más eufemismos de los que enseña la retórica, doña calesa iba cortando a la carrera las latitudes, pasando por encima de los vientres de diez reinos que estaban que ya no podían más.

—¡Que el diablo te lleve, maldita calesa! —exclamaba Tesoro de las Habas.

Y el diablo, obedeciendo, no dejaba de llevar la calesa hasta los polos, pasando por los trópicos, o de los polos a los trópicos, haciéndola recorrer todas las circunferencias que existen en la esfera, sin ningún miramiento con respecto al insalubre cambio de temperatura. Y al poco tiempo, Tesoro de las Habas se habría achicharrado, o bien habría sufrido algún pasmo, si no hubiera estado dotado, ya lo

hemos dicho reiteradamente, de una admirable inteligencia.

«Veamos», hablaba consigo mismo, «puesto que Flor del Guisante la ha puesto en marcha, diciéndole: “¡Marchad, garbanzo!...”, quizá se detenga diciéndole lo contrario.» Y eso era totalmente lógico.

—¡Deteneos, garbanzo! —exclamó Tesoro de las Habas, chasqueando el pulgar y el dedo medio de su mano derecha, como había visto hacer a Flor del Guisante.

¡Y ni toda una academia lo habría hecho mejor! El garbanzo se detuvo tan al momento como si le hubieran hincado encima un clavo que le sujetara al suelo. Se quedó inmóvil.

Tesoro de las Habas descendió de su carruaje, lo recogió convenientemente y lo dejó caer en un pequeño morral de cuero que llevaba a la cintura para transportar muestras de habas, no sin haber quitado antes el portamantas.

El lugar en donde la calesa de Tesoro de las Habas se decidió a cumplir su orden no ha sido localizado por los exploradores. Bruce lo sitúa en las fuentes del Nilo, Douville en el Congo y Caillé en Tombuctú. Se trataba de una ilimitada llanura, tan seca, pedregosa y salvaje que no tenía ni una zarza bajo la que guarecerse, ni un musgo del desierto donde descansar su cansada cabeza, ni una hoja nutritiva y refrescante con la que apaciguar el hambre y la sed. Pero todo esto no inmutó a Tesoro de las Habas. Utilizando una uña, abrió, limpiamente, el portamantas, sacando de su interior uno de los tres pequeños estuches que Flor del Guisante le había descrito.

Acto seguido, lo abrió del mismo modo que hiciera con la capota, sembrando su contenido en la tierra, ayudándose para ello con el escardillo:

—No sé qué ocurrirá —dijo—, pero me vendría muy bien una tienda en donde cobijarme esta noche, aunque saliera de la planta en flor del guisante; también necesito un pequeño festín para alimentarme, aunque no fuera más que puré de guisantes con azúcar; y un lecho donde acostarme, aunque sólo fuera la pluma de un colibrí. Y me urge tanto el comer y estoy tan lleno de agujetas por la fatiga del viaje, que me doy por vencido de volver hoy a casa.

Cuando Tesoro de las Habas no había acabado aún de hablar, vio cómo surgía de la arena una soberbia tienda que tenía la forma de una planta de guisante, que se elevó, creció, se abrió en lo alto, apuntalándose de manera espaciada, con diez cuñas de oro, sembrando por doquier graciosas colgaduras de hojas, cuajadas de flores del guisante, y que adoptó una forma circular, como consecuencia de sus innumerables arcadas, de cuyas claves de cimbra colgaban espléndidas arañas de cristal, provistas de bujías perfumadas de almizcle. Todo el fondo de las arcadas estaba cubierto por espejos de Venecia, de una altura desmesurada, de impecable factura, y que reflejaban las luces, de tal manera que habrían deslumbrado a un águila de siete años de edad que se encontrase a una legua de distancia.

Bajo los pies de Tesoro de las Habas, una hoja de guisante, caída de la bóveda accidentalmente, creció hasta convertirse en un magnífico tapiz, que exhibía todos los

colores del arco iris, además de otros. Más aún, en todo el perímetro de aquel tapiz se había dispuesto todo tipo de veladores en maderas de áloe y sándalo, que daban la impresión de ir a vencerse bajo el peso de reposterías y confituras, y sobre los que frutas escarchadas al marrasquino, servidas en copas de porcelana sobredorada, rodeaban de manera análoga un gran cuenco repleto de puré de guisantes con azúcar, en cuya superficie, como si fuesen vetas de mármol, se habían dispuesto uvas de Corinto, negras como el jade, verdes pistachos, peladillas de cilantro y rodajas de piña.

En medio de toda aquella pompa, Tesoro de las Habas casi no pudo localizar su lecho, esto es, la pluma de colibrí que había deseado, y que brillaba en un rincón, como si fuera un carbunclo caído de la corona del Gran Mogol, aunque su tamaño era tan pequeño que habría podido ser escondida debajo de un grano de mijo. Lo primero que pensó Tesoro de las Habas es que aquel colchón no se correspondía en absoluto con las restantes comodidades de la tienda; pero, a medida que miraba la pluma de colibrí, ésta comenzó a crecer, de tal manera que, al instante, las plumas de colibrí llegaban a la altura de su mano, convirtiéndose en una litera de muelles topacios, de flexibles zafiros y de elásticos ópalos en la que se habría hundido hasta una mariposa que se hubiera posado en ella.

—¡Es suficiente —dijo Tesoro de las Habas—, es suficiente, pluma de colibrí! Tal y como ha quedado, dormiré de maravilla.

Ni falta hace decir que nuestro viajero hizo honor al banquete y que se apresuró en ir a descansar. El amor galopaba un poco dentro de su cabeza; pero a la edad de doce años el amor nunca llega a quitar el sueño, y Flor del Guisante, a la que apenas había visto, no había dejado en su recuerdo más que la impresión de una ilusión encantadora, que sólo el sueño podría convertir de nuevo en ilusión. Y estaréis de acuerdo conmigo en que eso era razón de más para irse a dormir. No obstante, Tesoro de las Habas era demasiado prudente para abandonarse a aquella alegría perezosa no sin antes haber revisado el exterior de su tienda, cuya magnificencia podría atraer de lejos a los ladrones y a las fuerzas del rey. Pues de ambos hay en todos los países. Así pues, salió del recinto mágico, empuñando el escardillo, como de costumbre, para hacer la ronda y verificar el buen estado de su campamento.

En cuanto hubo llegado a uno de sus límites (un pequeño barranco excavado por las aguas que podría haber sido franqueado hasta por la chivita), Tesoro de las Habas se detuvo, agitado por el escalofrío propio de los hombres animosos; pues el verdadero coraje tiene terrores comunes con nuestra pobre humanidad, y sólo mediante la reflexión consigue fortalecerse. ¡Pero, a fe mía que en el espectáculo al que me refiero había en demasía sobre lo que reflexionar!

Se trataba de un frente de batalla en donde, en la oscuridad de una noche sin estrellas, relucían doscientos ojos ardientes e inmóviles, delante de los que corrían sin cesar, de izquierda a derecha, de derecha a izquierda y sobre los flancos, dos ojos penetrantes y oblicuos, cuya expresión indicaba a las claras la ronda de un general

muy activo. Tesoro de las Habas no conocía a Lavater, a Gall o a Spurzheim; no era miembro de la sociedad frenológica, pero poseía el instinto que la naturaleza entregó a todos los seres creados, para que de lejos discernieran la fisonomía de un enemigo; y al mirar al comandante en jefe de aquella canalla lupina, sólo necesitó un instante para reconocer en él al lobo cobarde y zalamero que le había estafado tan hábilmente, so capa de filosofía y virtud, el último de sus medios cuartillos.

—¡Maese lobo —dijo Tesoro de las Habas—, no ha perdido el tiempo para reunir a su redil y ponerlo en pos de mí! Pero ¿cuál habrá sido el misterio que les ha permitido alcanzarme, siendo tantos como son, si no es que estos libertinos lobos también han viajado en garbanzo?

—Probablemente —prosiguió él mismo, suspirando—, los secretos de la ciencia no son desconocidos por los malvados; y no me atrevería a jurar, cuando pienso en ello, que no sean ellos mismos quienes los inventan para confundir aún más a las buenas criaturas con sus detestables maquinaciones.

Tesoro de las Habas era reservado en sus empresas, aunque diligente en sus resoluciones: extrajo pues, rápidamente de su morral el portamantas que había depositado al lado de la calesa; y separó de él el segundo de los guisantes, abriéndolo como había hecho con el primero y con la capota, y sembró su contenido en tierra, ayudándose con el extremo de su escardillo.

—No sé qué ocurrirá —dijo—; pero me vendría muy bien para esta noche una muralla consistente, aunque no fuera más gruesa que el chamizo, y una valla tupida, aunque no fuese más sólida que la de mi campo, para defenderme de los señores lobos.

Y las murallas empezaron a crecer, no murallas de chamizo, sino como las de un palacio; y de todos los pórticos surgieron vallas, no de madera, como las que él tenía en su campo, sino altas rejas señoriales de acero azulado, con flechas y setos dorados, que ningún lobo, tejón o zorro podría traspasar sin hacerse daño o resentirse en la fina extremidad de su hocico. Y como en eso consistía la estrategia de los lobos, el ejército de los lobos ya no tenía nada que hacer. Después de haberse dañado algunas extremidades, se retiró en desorden.

Tranquilizado por el desenlace del acontecimiento, Tesoro de las Habas regresó a su tienda; pero esta vez lo hizo atravesando atrios de mármol, peristilos iluminados como para una boda, subiendo por escaleras que nunca se acababan y pasando por galerías interminables. Se puso contento al encontrar su tienda de flores de guisante en el corazón de un jardín grande, frondoso y floreciente que no había visto antes, y su lecho de plumas de colibrí, en donde supongo que durmió más feliz que un rey. Y de todos es sabido que yo nunca exagero.

A la mañana siguiente, lo primero que hizo fue visitar la suntuosa morada que se había encontrado en un guisante, y cuyos pormenores, aun los más pequeños, le llenaron de extrañeza; pues el mobiliario iba a las mil maravillas con la excelente impresión del exterior. Examinó detalladamente el museo de pinturas, el gabinete de

antigüedades, el registro de medallas, los insectos, las conchas, la biblioteca, deliciosas maravillas que para él eran desconocidas. Los libros le subyugaron, sobre todo por el delicioso gusto que había determinado su selección. Allí se encontraba todo lo que de exquisito posee la literatura y lo que es más útil en las ciencias humanas, reunido para el placer y la instrucción de una larga vida, como las aventuras del ingenioso don Quijote de la Mancha, las obras maestras de la *Bibliothèque Bleue*, de la famosa edición de Mme. Oudot, todo tipo de cuentos de hadas, con excelentes grabados; una colección de Viajes curiosos y recreativos, de los cuales los de Robinson Crusoe y Gulliver eran, sin duda, los más auténticos; excelentes almanaques llenos de anécdotas divertidas y de informaciones infalibles sobre las fases de la luna y los días aptos para la siembra; innumerables tratados, escritos de manera muy sencilla y clara, sobre la agricultura, la jardinería, la pesca con caña, la caza con red y sobre el arte de domesticar al ruiseñor; en fin, todo lo que se puede desear cuando se llega a conocer lo que valen los libros del hombre y su inspiración; por supuesto que allí no había otros sabios, otros filósofos, otros poetas, por la razón incontestable de que todo saber, toda filosofía, toda poesía o están allí o no estarán en ninguna otra parte; y yo os respondo de ello.

Mientras procedía de tal suerte al inventario de sus riquezas, Tesoro de las Habas se sintió aturdido por su imagen que se reflejaba en uno de los espejos, de los muchos que adornaban todos los salones. Si el espejo no mentía, él había crecido, ¡oh, prodigio!, más de tres pies desde la noche anterior; y el bigote oscuro que ensombrecía su labio superior anunciaba, claramente que estaba pasando de una adolescencia crecida a una juventud viril. Y aún se encontraba entretenido con aquella idea, cuando un suntuoso reloj de péndulo, situado entre dos tremós, le sacó de dudas, causándole gran pesar: una de sus agujas marcaba su edad, por lo que Tesoro de las Habas comprobó, ya sin género de dudas, que, realmente, había envejecido seis años.

—¡Seis años! —exclamó—. ¡Qué desgracia! ¡Mis pobres padres habrán muerto de vejez, y quizás en la pobreza! O, ¡ay! ¡Quizás han muerto por el dolor de mi pérdida! ¿Y que habrán pensado, cuando estaban muriendo, acerca de mi cruel abandono o mi desgraciada fortuna? ¡Ahora comprendo, calesa maldita, el porqué de tu rapidez, puesto que en cosa de minutos puedes devorar días enteros! ¡Marchad pues, marchad pues, garbanzo! —Siguió diciendo, sacando el garbanzo de su morral y tirándolo por la ventana—. ¡Llegad tan lejos, maldito garbanzo, que no vuelva a veros nunca más!

Y que yo sepa no se volvió a ver nunca un garbanzo, a guisa de silla de posta, capaz de hacer cincuenta leguas a la hora.

Tesoro de las Habas bajó por las escaleras de mármol más triste que cuando hacía lo propio en las que conducían al granero en donde se depositaban las habas. Salió del palacio sin mirarlo; y echó a andar por la inculta llanura, sin preocuparse de si los lobos habían decidido de manera insolente pernoctar en ella, con intención de

amenazarle con un bloqueo. Mientras caminaba, iba pensando, se golpeaba la frente con la mano y, en ocasiones, llegaba hasta a llorar.

—¿Y cuáles serán mis aspiraciones, ahora que mis padres ya no existen? —declaró, moviendo el portamantas maquinalmente entre sus dedos...—, ahora que Flor del Guisante debe llevar casada seis años, pues cuando yo la vi acababa de cumplir diez años, que es la edad a la que suelen casarse las princesas de su estirpe.

Pero, a pesar de todo, Tesoro de las Habas ya había tomado una decisión:

—¡Qué me importa el mundo entero, que para mí sólo se componía de una cabaña y un campo de habas, y que vos, guisante, nunca podréis devolverme! —siguió hablando mientras lo arrancaba de la vaina—, pues los días, tan dulces, de la infancia nunca regresan. ¡Marchaos, guisante, a donde Dios quiera llevaros, y haced lo que debáis para gloria de vuestra dueña, puesto que ya se fueron mis viejos padres, la cabaña, el campo de habas y Flor del Guisante! ¡Marchaos, guisante, y bien lejos!

Y lo lanzó con tanta fuerza que el guisante habría alcanzado fácilmente al garbanzo si su propia naturaleza no se lo hubiera impedido. Después de lo cual, Tesoro de las Habas cayó al suelo, presa de agotamiento y dolor.

Cuando volvió a levantarse, todo el aspecto de la llanura había cambiado. En su lugar, se encontraba un ilimitado mar de bruma o de risueño verdor, en cuya superficie se movían, al menor empuje de una brisa, como entre confusas olas, blancas flores con carena de barco y alas de mariposa, manchadas de violeta, como las del haba, o de rosa, como las del guisante; y cuando el viento hacía bajar, al mismo tiempo, todas aquellas ondulantes cabezas, todos sus matices se fundían en un desconocido matiz, mil veces más bello que el más bello de los parterres.

Tesoro de las Habas echó a correr, pues de nuevo había vuelto a ver el campo crecido, la cabaña embellecida, a sus padres vivos, que corrían a su encuentro, aunque un poco cascados, con todo el vigor que les permitían sus piernas, para referirle que desde el día de su partida no habían dejado una sola tarde de recibir noticias suyas, además de algunas gentilezas de su parte, que habían mejorado su modo de vida, y todas sus esperanzas de regreso, que les habían impedido morir.

Tesoro de las Habas, después de haberlos abrazado tiernamente, les ofreció su brazo para que le acompañaran a su palacio. A medida que se aproximaban a él, los dos ancianos estaban cada vez más pasmados, lo que impedía a Tesoro de las Habas turbar su alegría. Sin embargo, no pudo dejar de lamentarse entre suspiros:

—¡Ah! ¡Si hubierais visto a Flor del Guisante! ¡Pero hace ya seis años que se ha casado!

—Que me he casado contigo —dijo Flor del Guisante, abriendo los dos batientes de la verja—. ¿No recuerdas que en aquel momento ya había tomado una decisión? Entrad —prosiguió, tras besar a los dos ancianos, que no se cansaban de admirarla, pues tenía seis años más, con lo que el cuento nos viene a indicar que ya tenía dieciséis—. Entrad en la casa de vuestro hijo: es el país del espíritu y la imaginación, en donde no existen la vejez ni la muerte.

Y era difícil dar a aquellas personas mejor noticia.

Los festejos del casamiento fueron cumplidos con todo el esplendor que tan grandes personajes requerían, y su vida en común nunca dejó de ser ejemplo perfecto de amor, constancia y felicidad.

Y así es como concluyen los cuentos de hadas.

# INÉS DE LAS SIERRAS<sup>[14]</sup>

## I

—¿Y tú —dijo Anastase—, no vas a contarnos otro cuento de aparecidos?...

—Si sólo dependiera de mí... —le respondí—; pues he sido testigo de la aparición más extraña acaecida desde el tiempo de Samuel; pero de verdad que no se trata de un cuento, sino de una historia verídica.

—¡Bueno! —murmuró el sustituto, pellizcándose los labios—. ¿Acaso hoy día hay alguien que crea en las apariciones?

—Quizás usted habría creído en ellas tan firmemente como yo —proseguí—, si hubiera estado en mi lugar.

Eudoxie acercó su sillón al mío, y comencé:

Eran los últimos días de 1812. Por aquel entonces, yo era capitán de dragones en la guarnición de Gerona, departamento de Ter. Mi coronel pensó que sería buena idea enviarme de remonta a Barcelona, en donde tenía lugar, el día después de Navidad, una feria de caballos muy encomiada en toda Cataluña, agregándome, para esta operación, dos tenientes del regimiento, apellidados Sergy y Boutraix, que eran amigos particulares míos. Me permitirán, si no les importa, que les hable durante breves momentos acerca de ambos, porque los detalles de su personalidad, que pasaré a comentar, no son totalmente superfluos al resto de mi relato.

Sergy era uno de esos jóvenes oficiales de academia que tienen que vencer algunos prejuicios, e incluso algunas antipatías, para ser bien vistos por sus camaradas, que había conseguido superar en poco tiempo. Su rostro era encantador, sus maneras distinguidas, su espíritu vivo y brillante, su bravura a toda prueba. No había ningún ejercicio físico en el que no sobresaliera, ni ningún arte del que careciera de gusto y sentimiento, aunque su temperamento delicado y nervioso le hiciera más sensible a los encantos de la música. Un instrumento, que cantaba pulsado por unos hábiles dedos, y, sobre todo, una hermosa voz, le llenaban de un entusiasmo que se manifestaba en ocasiones por medio de gritos y lágrimas. Cuando era una voz de mujer, y esta mujer era bonita, sus arrebatos llegaban hasta el delirio. Hasta el punto de haberme llegado a inquietar, frecuentemente, por su razón. Fácilmente pensarán que el corazón de Sergy debía de ser muy accesible al amor, y

que, en consecuencia, casi nunca habría estado libre de una de esas pasiones violentas de las que parece depender la vida de un hombre; pero la feliz exaltación de su sensibilidad le protegía, en sí misma, de sus excesos. Lo que le hacía falta a aquella alma ardiente era un alma tan ardiente como la suya, con la que fuera capaz de asociarse y confundirse; y aunque él creyera verla en todas partes, hasta entonces no la había encontrado en ninguna. De todo ello resultaba que el ídolo de la noche anterior, despojado del prestigio que le había divinizado, no era al día siguiente más que una mujer, y que el más apasionado de los amantes también era el más mudable. Durante aquellos días de desengaño en que recaía desde toda la altura de sus ilusiones hasta la humillante convicción de la realidad, él tenía la costumbre de decir que el objeto desconocido de sus votos y esperanzas no habitaba en la tierra; pero todavía lo seguía buscando, aunque se siguiera equivocando, como le había ocurrido ya en mil ocasiones. El último error de Sergy había sido causado por una pequeña cantante, bastante mediocre, de la compañía de Bascara, que acababa de abandonar Gerona. Durante dos días completos la virtuosa había ocupado las más altas regiones del Olimpo. Dos días habían sido suficientes para hacerla descender al rango de los más simples mortales. Sergy ya no se acordaba de ella.

Con esta animosidad de sentimientos era imposible que Sergy no sintiese gran inclinación hacia lo maravilloso. No había otra región en que sus ideas fuesen capaces de extraviarse con tanto contento. Espiritualista por razonamiento o por educación, lo era mucho más por imaginación y por instinto. Su fe en la amante imaginaria que el mundo de los espíritus le había reservado no era para él un simple juego de fantasía; sino que era el motivo favorito de sus sueños, el romance secreto de su pensamiento, una especie de enigma amable y reconfortante, que le indemnizaba del enojoso regreso de sus inútiles ensayos. Lejos de revolverme contra esta quimera, cuando el azar la traía a la conversación, más de una vez me había servido de ella con éxito para combatir sus desesperaciones amorosas, que se renovaban todos los meses. En general, el refugiarse en una vida ideal sin duda es algo conveniente para la felicidad, pero sólo cuando se conoce con exactitud el alcance de aquélla.

Boutraix, al lado de Sergy, era el perfecto contraste. Era un muchacho grande y joven, lleno, como aquél, de lealtad, de honor, de bravura, de dedicación a sus camaradas; pero su rostro era bastante vulgar y su alma era como su rostro; sólo conocía de oído el amor moral, este amor de la cabeza y el corazón que turba o embellece la vida, y pensaba de él que era una invención de novelistas y poetas, y que sólo había existido en los libros. En cuanto al amor que sí comprendía, sabía cómo servirse de él si llegaba la ocasión, pero sin otorgarle más tiempo ni cuidados de los que merece. Los momentos de reposo que le resultaban más apreciados, eran los que dedicaba a la mesa, a la que era el primero en sentarse, aunque fuese el último en abandonarla, a menos que se hubiese terminado el vino. Después de un buen hecho de armas, el vino era la única cosa de este mundo que le inspiraba algún entusiasmo.

Hablaba de él con una especie de elocuencia, bebiéndolo en grandes cantidades, aunque sin llegar a la ebriedad. Gracias a un particular favor de su temperamento, nunca había caído en aquel estado grosero que acerca el hombre al animal; pero hay que convenir en que se dormía adrede.

La vida intelectual se reducía, para Boutraix, a un muy pequeño número de ideas de las que había hecho principios invariables, o que había llegado a expresar mediante fórmulas absolutas, muy cómodas para evitarle tener que discutir. La dificultad de probar cualquier cosa mediante una sucesión de buenos razonamientos le había determinado a negarlo todo. A todas las inducciones obtenidas de la fe o del sentimiento, respondía mediante dos palabras sacramentales, acompañadas por un encogimiento de hombros: *fanatismo y prejuicio*. Y si alguien se empeñaba, entonces inclinaba la cabeza hasta el respaldo de la silla en que estaba sentado, y emitía un silbido agudo cuya duración se prolongaba tanto como la objeción, con lo que se evitaba las molestias de tener que escucharla. A pesar de que nunca había leído dos páginas seguidas, creía haber leído a Voltaire, e incluso a Pirón, al que veía como un filósofo; estos dos espíritus cultivados eran sus autoridades supremas; y la *ultima ratio* de todas las controversias en las que se dignaba tomar parte se resumía en esta frase triunfal: «¡Ved, además, lo que han dicho Voltaire y Pirón!» De ordinario, el altercado acababa en aquel momento, y él se llevaba todos los honores, lo que le había valido en su escuadrón la reputación de ser un excelente lógico. Pero a pesar de todo esto, Boutraix era un buen camarada y, sin ninguna duda, el hombre del ejército que más sabía de caballos.

Ya que nos habíamos propuesto efectuar nosotros mismos la remonta, habíamos convenido servirnos, para nuestro viaje a Barcelona, de la ruta de los *arrieros*<sup>[15]</sup>, esto es, cocheros, que tanto abundan en Gerona; y la facilidad para disponer de ellos nos había inspirado tanta confianza que estábamos a punto de ser defraudados. La conmemoración de la noche del día 24 y la feria que se celebraría dos días más tarde, atraían de todos los puntos de Cataluña una innumerable cantidad de viajeros, y habíamos aguardado precisamente hasta entonces para procurarnos el vehículo necesario. A las once de la mañana, seguíamos buscando un *arriero*, y ya sólo nos quedaba uno con el que hablar, cuando le encontramos en la puerta de su casa dispuesto a marcharse.

—¡Que el diablo se lleve tu carricoche y tus mulas! —exclamó Boutraix, llevado por la cólera, sentándose en un mojón—. ¡Que todos los diablos del infierno, si es que los hay, te salgan al paso, y que el propio Lucifer te dé abrigo! ¡No nos iremos!...

El *arriero* se santiguó, y retrocedió un paso.

—Dios le tenga en su santa gloria, señor Esteban —le dije con una sonrisa—. ¿Tiene usted viajeros?

—No puede decirse ciertamente que tenga viajeros —respondió el cochero—, puesto que sólo tengo uno, el señor Bascara, regidor y *gracioso*<sup>[16]</sup> de comedia, que se dirige a Barcelona para unirse a su compañía, y que había quedado rezagado para

cuidar de los bagajes, o sea, este baúl repleto de pingos y trapos, demasiado pesado para un asno.

—¡Pero nos ha venido muy bien, señor Esteban! Su coche dispone de cuatro plazas, y el señor Bascara nos permitirá gustosamente pagar las tres cuartas partes del importe del viaje, aunque él podrá presentar el importe completo a su director. Nosotros le guardaremos el secreto. Tómese la molestia de preguntarle si es tan amable de autorizarnos a acompañarle.

Bascara sólo dudó el tiempo necesario para encontrar el medio de dar a su consentimiento la apariencia de un procedimiento amable. A mediodía ya habíamos salido de Gerona.

La mañana había sido tan hermosa como podía permitirlo la estación, pero apenas habíamos dejado atrás las últimas casas de la ciudad, los blancos vapores que flotaban, desde la salida del sol, en las cumbres de las colinas, como colgaduras suaves y ligeras, se extendieron con una rapidez sorprendente, llegando a abarcar todo el horizonte, rodeándonos por todas partes, como si formaran una muralla. Al poco tiempo se convinieron en un aguanieve muy fina, pero tan intensa y apresurada, que parecía que la atmósfera se había convertido en agua, o que nuestras mulas nos habían arrastrado a los bajíos de un río, afortunadamente permeable a la respiración. El equívoco elemento que recorriamos había perdido su transparencia, al punto de ocultarnos las lindes y los puntos más inmediatos de nuestro camino; incluso nuestro conductor se aseguraba de no perderlo, sondeándolo en todo momento con la vista y con los pies, antes de hacer avanzar en él a su vehículo, y estos tanteos, frecuentemente repetidos, retardaban cada vez más nuestra marcha. Los vados que resultaban más fáciles habían crecido tanto, en tan pocas horas, que eran peligrosos, y Bascara no era capaz de atravesar uno solo sin antes encomendarse a san Nicolás o a san Ignacio, patrón de los navegantes.

—Tengo realmente miedo —decía Sergy sonriendo— de que el cielo tomara la palabra a Boutraix, cuando saludó con una terrible imprecación al infortunado *arriero*. Todos los diablos del infierno parecen desencadenarse a nuestro paso, como él había deseado, y sólo nos falta cenar con el demonio en persona para que su presagio se vea cumplido. Es molesto, convendréis conmigo, sufrir las consecuencias de esta cólera impía.

—Bueno, bueno —respondía Boutraix, despertándose a medias—. ¡Prejuicio! ¡Superstición! ¡Fanatismo!

Y se volvía a dormir al momento.

La carretera se hizo algo más segura cuando conseguimos alcanzar el borde rocoso y sólido del mar; pero la lluvia, o más bien el diluvio a través del cual nadábamos tan dificultosamente, no había aflojado. Debían faltar unas tres horas para la puesta de sol y aún estábamos muy lejos de Barcelona. Llegamos a Mataré, donde decidimos irnos a dormir, ante la imposibilidad de hacer otra cosa mejor, pues nuestro tiro estaba fatigado en exceso; sin embargo, habiendo apenas maniobrado para entrar

en la vasta alameda del albergue, el *arriero* venía a abrir nuestra portezuela, anunciándonos, con aire triste, que el patio estaba tan abarrotado de coches que no podríamos albergarnos allí.

—Es una fatalidad —añadió— que nos persigue en este viaje de desgracias. Sólo hay alojamiento disponible en el castillo de Ghismondo.

—Veamos —dije, saltando del asiento—, tener que optar por acampar en una de las ciudades más acogedoras de España sería algo excesivo después de un viaje tan penoso.

—Señor oficial —respondió un mulero que fumaba su *cigarro*<sup>[17]</sup>, indolentemente apoyado en el montante de la puerta—, en su desgracia no le faltarán compañeros, pues desde hace más de dos horas no se acepta a nadie en los albergues ni en las casas particulares, en los que han conseguido acomodarse los que llegaron primero. Sólo hay alojamiento disponible en el castillo de Ghismondo.

Conocía desde hacía bastante tiempo aquella manera de hablar, tan familiar al pueblo, pero su fastidiosa confianza nunca me había resultado tan desagradablemente importuna como en aquel momento.

No obstante, me abrí paso hacia la hospedera, a través de una tumultuosa batahola de viajeros, de *arrieros*, de mulas y de palafreneros, y conseguí que su atención recayera en mí al golpear rudamente con el pomo de mi espada uno de los utensilios de bronce que había por allí.

—¡Una cuadra, una habitación y una mesa bien servida! —exclamé, con ese tono imperioso que, por lo general, nos abría todas las puertas—, ¡y todo esto al momento! ¡Servicio al emperador!

—¡Eh, señor capitán —me replicó con aplomo—, ni siquiera el propio emperador encontraría en toda mi hospedería un lugar en el que poder estar sentado! Víveres y vino, todos los que quiera, si usted está de humor como para cenar al aire libre, pues, gracias a Dios, no es difícil proveerse de los mismos en una ciudad como ésta: pero no está en mi mano hacer la casa más grande para acogerles en ella. Por mi fe de cristiana le prometo que sólo hay alojamiento disponible en el castillo...

—¡Que la peste se lleve los proverbios y el país de Sancho! —la interrumpí bruscamente—. ¡Venga ese castillo maldito, si es que existe realmente en alguna parte, pues antes prefiero pasar la noche en él que en la calle!

—¿Sólo eso? —me dijo, mirándome fijamente—. ¡Pero veo que lo dice en serio! El castillo de Ghismondo no se encuentra a más de tres cuartos de legua de aquí, y, en efecto, hay en él alojamiento disponible todo el año, aunque no se disfrute mucho de esta ventaja. Pero ustedes los franceses no son hombres que rindan un buen albergue al demonio. En el caso de que el asunto les convenga, su coche podrá ser cargado con todo lo necesario para hacerles pasar la noche alegremente, siempre que no reciban alguna visita molesta.

—¡Estamos lo suficientemente bien armados como para no tener miedo de ninguna —le respondí—; y en cuanto al propio demonio, he oído hablar de él como

de un convidado bastante agradable! ¡Preocúpese, pues, de nuestras provisiones, querida señora! Raciones para cinco, pero como si cada uno de esos cinco comiera por cuatro, forraje para nuestras mulas, y vino, más bien mucho vino, por favor, pues Boutraix está con nosotros...

—¡El teniente Boutraix! —exclamó juntando ambas manos abiertas, lo que significa, como todo el mundo sabe, una exclamación en el lenguaje de los gestos—: ¡Mozo<sup>[18]</sup>! ¡Dos cestas de doce, y auténtico vino añejo!...

Diez minutos más tarde, el interior del coche se había transformado en el *office* de una noble casa, tan bien surtida que ni siquiera el más exiguo de los viajeros habría podido meterse dentro; pero, tal y como ya he dicho, el tiempo, que no había dejado de mostrarse hostil, parecía, al menos, haberse apaciguado por un momento, por lo que no dudamos en hacer el camino a pie.

—¿Adónde vamos, señor capitán? —dijo el *arriero*, sorprendido por los preparativos.

—¿Adónde íbamos a ir, mi pobre Esteban, sino al sitio que usted mismo nos había indicado? Al castillo de Ghismondo, por supuesto.

—¡Al castillo de Ghismondo! ¡Que la bienaventurada Virgen tenga piedad de nosotros! ¡Ni siquiera mis mulas se atreverían a emprender ese viaje!

—Sin embargo, lo harán —continué, dejando en su mano un puñado de calderilla—, y serán indemnizadas de esta última fatiga mediante una refección copiosa. Para usted, querido camarada, se encuentran ahí adentro tres botellas de vino añejo de Palamós, del que me dará novedades. Solamente que no perdamos más tiempo, puesto que unos y otros estamos casi en ayunas y, encima, el cielo comienza a encapotarse furiosamente.

—¡Al castillo de Ghismondo! —repitió Bascara, con tono lastimero—. ¿Saben, señores, qué es el castillo de Ghismondo? Nadie ha penetrado impunemente en él sin haber hecho un pacto previo con el espíritu del mal, y no pondría un pie en él ni por todo el oro del mundo. ¡No! ¡De verdad que no iré!...

—Por mi honor que irá, amable Bascara —intervino Boutraix, rodeándole con su poderoso brazo—. ¿Sería propio de un generoso castellano, que ejerce con tanta gloria una profesión liberal, retroceder ante el más estúpido de los prejuicios populares? ¡Ah!, si Voltaire y Pirón hubieran sido traducidos al español, al igual que deberían haberlo sido a todas las lenguas del mundo, no me habría tomado la molestia de demostrarle que el diablo del que se le ha hecho tener miedo es un espantapájaros para viejas, inventado para el provecho de los monjes por algún malvado teólogo bebedor de agua; pero haré que lo compruebe por sí mismo cuando hayamos cenado, pues tengo el estómago demasiado vacío y la boca demasiado seca para aguantar adecuadamente, a la hora que es, una discusión filosófica. ¡En marcha, pues, valeroso Bascara, y tenga por seguro que siempre encontrará al teniente Boutraix dispuesto a interponerse entre el diablo y usted, si acaso aquél fuera lo suficientemente temerario como para atreverse a hacerle la más mínima ofensa! ¡Demonios! ¡No estaría mal

poder verlo!

Mientras íbamos hablando de tal suerte, habíamos llegado hasta el camino de la colina, pedregoso e impracticable, entre los sollozantes ayes de Bascara, que marcaba cada uno de sus pasos con una efusión de salmos o una invocación de letanías. Debo convenir en que incluso las mulas, frenadas por la fatiga y el hambre, se dirigían a la meta de nuestra calaverada nocturna con paso huraño y desabrido, deteniéndose de vez en cuando, como si estuvieran aguardando una saludable contraorden, y volviendo lastimosamente sus abatidas cabezas hacia cada una de las toesas que acababan de recorrer a lo largo del camino.

—¿Pero qué tiene —dijo Sergy— ese castillo de tan mal renombre, para inspirar a estas buenas gentes un terror tan sincero y profundo? ¿Quizá una reunión de aparecidos?

—Quizá —le respondí en voz baja— un refugio de ladrones; pues el pueblo nunca es capaz de concebir una superstición de ese estilo sin disponer de un motivo legítimo para sentir miedo. Pero nosotros disponemos de tres espadas, tres pares de excelentes pistolas, con sus municiones de repuesto; y el *arriero*, además de su cuchillo de monte, y siguiendo la costumbre, debe de haberse pertrechado con un buen ganivete de Valencia.

—¿Hay alguien que no sepa lo que ocurre en el castillo de Ghismondo? —murmuró Esteban con emocionada voz—. Si estos ilustres señores tienen la curiosidad de saberlo, yo podré satisfacérsela, pues mi difunto padre entró en él. ¡Ése sí que era un valiente! ¡Que Dios le perdone, porque le gustaba demasiado beber!

—Eso no es malo —interrumpió Boutraix—. ¿Qué diablos fue lo que vio, entonces, tu padre en el castillo de Ghismondo?

—Cuéntanos esa historia —terció Sergy, quien era capaz de perderse el más refinado placer a cambio de entretenerse con un cuento fantástico.

—Muy bien, y después —replicó el mulero— sus señorías serán muy dueñas de regresar, si lo juzgan conveniente.

Y diciendo esto, prosiguió:

—¡Aquel desgraciado Ghismondo —dijo, y al momento continuó, como si temiera haber sido oído por algún testigo invisible—, desgraciado, en efecto —añadió—, por haber atraído sobre él la inexorable cólera de Dios, pues, por lo demás, no le deseo ningún mal!... A los veinticinco años, Ghismondo era el jefe de la ilustre familia de Las Sierras, tan mencionada en nuestras crónicas. De esto hace trescientos años, más o menos; la fecha exacta es mencionada en los libros. Era un jinete experto y valiente, además de liberal y agraciado, y, durante largo tiempo, apreciado por todo el mundo, aunque demasiado inclinado hacia las malas compañías, que no supo conservarse en el temor y el respeto del Señor, hasta el punto de que se hizo muy mala reputación entre su gente, llegando casi a arruinarse a causa de sus prodigalidades. Fue entonces cuando se vio obligado a buscar refugio en el castillo en el que han decidido, de tan imprudente modo, y con los debidos respetos, pasar la

próxima noche, que era el único vestigio de su rico patrimonio. Contento de escapar, en aquel retiro, a la persecución de sus acreedores y a la de sus enemigos, que no dejaban de ser muy numerosos, porque sus pasiones y sus libertinajes habían llevado la confusión a muchas familias, acabó de fortificarlo, confinándose en él para el resto de sus días, con un escudero de tan mala vida como él y un joven paje, en quien la corrupción del alma aventajaba a la que produce el paso de los años; su séquito se componía solamente de un puñado de hombres de armas que habían tomado parte en sus excesos, y cuya única salida era compartir su destino. Una de las primeras expediciones de Ghismondo tuvo por objeto procurarse una compañera, y, semejante al infame pájaro que mancilla su nido, fue en su propia familia donde eligió su víctima. Sin embargo, algunos dicen que Inés de Las Sierras, tal era el nombre de su sobrina, consintió, en secreto, su rapto. ¿Quién podrá entender alguna vez los misterios del corazón de las mujeres?

»Ya les he dicho que ésa fue una de sus primeras expediciones, aunque la historia le atribuye muchas otras. Las rentas asociadas a esa peña, que parece haber sido blanco, en cualquier tiempo, de la maldición celeste, no habrían bastado para sus gastos, si él no las hubiera incrementado con los impuestos cobrados a los viajeros, lo que suele llamarse robo a mano armada, cuando su puesta en práctica no es ordenada por un gran señor. Los nombres de Ghismondo y de su castillo llegaron a ser, en poco tiempo, temibles.

—¿Y ésa era la historia? —dijo Boutraix—. Lo que nos acabas de contar ocurre en todos los sitios. ¡Era una consecuencia necesaria del feudalismo, una continuación de la barbarie, en aquellos siglos de ignorancia y esclavitud!

—Lo que me queda por contar es menos corriente —prosiguió el *arriero*—. La dulce Inés, que había recibido una educación cristiana, de repente, tal día como hoy, fue iluminada por el brillante rayo de la gracia. En el instante en que la medianoche va a recordar a los fieles el nacimiento del Salvador, ella entraba, en contra de su costumbre, en la sala de los banquetes, en donde los tres salteadores, sentados ante el hogar, intentaban olvidar sus crímenes en los excesos de una orgía. Ya estaban medio borrachos. Enardecida por la fe, les describió con vivas palabras la maldad de sus acciones y los castigos eternos a que darían lugar; lloró, rezó, se arrodilló delante de Ghismondo, y, con su blanca mano apoyada sobre ese corazón que aún no hacía mucho había latido de amor por ella, intentó atraer algunos sentimientos humanos. Era aquélla, señores, una empresa que excedía de sus fuerzas, y Ghismondo, excitado por sus bárbaros compañeros, le respondió con una puñalada que traspasó su seno.

—¡Monstruo! —exclamó Sergy, tan conmovido como si hubiese escuchado la narración de un hecho verídico.

—Aquel incidente horrible —continuó Esteban— no afectó para nada a la licencia y alegría acostumbradas. Los tres comensales siguieron bebiendo y cantando canciones impías, en presencia de la joven muerta. Eran las tres de la madrugada, cuando los hombres de armas, ante el silencio de sus señores, penetraron en el lugar

del festín para levantar del suelo cuatro cuerpos que flotaban entre olas de sangre y vino. Sin pestañear, llevaron a los tres borrachos a sus lechos y el cadáver a su sudario.

»Pero la venganza celeste —prosiguió Esteban tras una pausa bastante solemne—, pero la infalible justicia de Dios no había perdido su vigor. Apenas había comenzado el sueño a disipar los vapores que oscurecían la razón de Ghismondo, cuando éste vio a Inés que entraba en su cámara con paso comedido, pero no bella, estremecida de amor y voluptuosidad, y vestida como en otras ocasiones con un tejido ligero que se le caía, sino pálida, ensangrentada, arrastrando el largo hábito de los muertos, y desplegando hacia él una mano llameante, que fue a colocar pesadamente sobre su corazón, en el mismo sitio que acariciara, inútilmente, pocas horas antes. Atrapado por una potencia irresistible, Ghismondo intentó en vano escapar de la espantosa aparición. Sus esfuerzos y su dolor sólo pudieron manifestarse mediante algunos gemidos sordos y confusos. La implacable mano seguía clavada en su sitio, y el corazón de Ghismondo ardía, y siguió ardiendo hasta la salida del sol, que fue cuando desapareció el fantasma. Sus cómplices recibieron la misma visita y sufrieron el mismo suplicio.

»Al día siguiente, y durante todos los días que se sucedieron a lo largo de un año casi eterno, cuando los tres malditos se encontraban, ya de día, se interrogaban mutuamente con la mirada acerca del sueño que habían tenido, pues no se atrevían a comentarlo; pero la comunidad del peligro y del botín en seguida les compelia a nuevos crímenes; la licencia de la noche les compelia a nuevas orgías que prolongaban más de la cuenta, porque el sueño les resultaba terrible; pero una vez que les llegaba la hora del sueño, la mano vengadora seguía abrasándoles.

»Al fin llegó el 24 de diciembre (¡es hoy, señores!), y la comida de la noche había hecho que se reunieran, como de costumbre, al resplandor de un hogar ardiente, cuando en Mataró sonaba la hora de la redención, convocando a los cristianos a la celebración de su solemnidad. Al instante, una voz se eleva en la galería del castillo: «¡Aquí estoy!», exclamó Inés, pues de ella se trataba. La vieron entrar, despojarse de su sábana funeraria, y sentarse con ellos, ataviada con sus más ricas galas. Presas de asombro y terror, la vieron comer el pan y beber el vino de los vivos; se dice, incluso, que bailó, siguiendo las costumbres del pasado, pero, de repente, su mano ardió, como en los misterios de sus sueños, y tocó en sus corazones al caballero, al escudero y al paje. Y todo acabó para ellos en esta vida pasajera, pues sus corazones calcinados habían acabado por reducirse a cenizas, y ya no pudieron enviar más sangre a sus venas. Eran las tres de la madrugada, cuando los hombres de armas, ante el silencio de sus señores, penetraron, según la costumbre, en el lugar del festín; y esta vez, levantaron del suelo cuatro cadáveres. Al día siguiente, nadie se despertó.

A lo largo de la narración, Sergy parecía estar profundamente preocupado, porque las ideas que aquélla le sugería se relacionaban con la temática usual de sus ensoñaciones; Boutraix daba, de vez en cuando, un expresivo suspiro, pero que sólo

indicaba impaciencia y aburrimiento; el comediante Bascara murmuraba entre dientes algunas palabras ininteligibles que parecían formar una especie de bajo continuo y melancólico al lúgubre relato del *arriero*, y un movimiento que repetía frecuentemente con una de sus manos, me hizo sospechar que estaba desgranando las cuentas de un rosario. En cuanto a mí, debo decir que admiraba esos jirones poéticos de la tradición, que se encajaban a la perfección con la narración de un hombre sencillo, para prestarle un colorido que la imaginación instruida por el gusto no siempre llegaría a desdeñar.

—Pero eso no es todo —continuó Esteban— y les ruego que aún me escuchen un momento antes de persistir en su peligroso proyecto. Desde la muerte de Ghismondo y los suyos, su detestable madriguera, que se hizo odiosa a todos los hombres, ha sido presa del demonio. Incluso la carretera que conduce hasta ella se halla abandonada, como habrán podido notar. Solamente se sabe, y no hay por qué dudar de ello, que todos los años, cuando llega el 24 de diciembre, a medianoche (señores, tal día como hoy, y poco falta para la hora), las ventanas del viejo edificio se iluminan súbitamente. Los que han osado penetrar en su terrible secreto han llegado a saber que en ese momento el caballero, el escudero y el paje vuelven de entre los muertos para participar en la sangrienta orgía. Tal es el castigo que han de sufrir hasta la consumación de los siglos. Más tarde, Inés entrará ataviada con el sudario, del que se despojará para mostrar su usual ropaje; Inés, quien bebe y come, quien canta y baila con ellos. Cuando ya llevan algún tiempo adormecidos en el delirio de su loca alegría, imaginando, en todas y cada una de las ocasiones, que nunca cesará, la joven les muestra su herida, todavía fresca, les toca en el corazón con su mano llameante, y regresa a los fuegos del purgatorio, no sin antes haberlos devuelto a ellos a los del infierno.

Estas últimas palabras le provocaron a Boutraix una risotada convulsiva que durante un momento le privó de respiración.

—¡Que el diablo te lleve! —exclamó, mientras daba al *arriero* un puñetazo en el hombro, rudamente amistoso—. ¡Poco me ha faltado para conmovirme con esos camelos que sabes contar tan bien!; y cuando el infierno y el purgatorio me han hecho volver en mí, me he sentido como un idiota. ¡Prejuicios, catalán! ¡Prejuicios de niños que se asustan de una máscara! ¡Viejas fábulas de la superstición a las que sólo se da crédito en España! Tú comprobarás en seguida si el miedo al diablo me impide saborear el buen vino (y, entre paréntesis, esto me recuerda que tengo sed). Urge, pues, a tus mulas, si te place; pues, con tal de encontrarme con la cena ya servida, sería capaz de brindar hasta con el mismísimo Satanás.

—Ésas fueron las palabras de mi padre en una parranda que tuvo lugar en Mataró, acompañado por varios soldados como él —dijo el *arriero*—. Como al dueño de la posada no dejaban de pedirle vino, les respondió:

»—No hay más. Sólo queda en el castillo de Ghismondo.

»—Pues lo tendré —le replicó mi padre, que entonces era tan impío como un

gabacho—. ¡Y, por el santo cuerpo de Dios! Lo tendré, aunque me lo escancie el mismísimo Satanás. Me iré por él.

»—¡No irás! ¡Oh! ¡Claro que no irás!...

»—Iré —replicó con una blasfemia aún más execrable. Y se obstinó tanto que allí se fue.

—A propósito de tu padre —dijo Sergy—, habías olvidado la pregunta de Boutraix. ¿Qué vio en el castillo de Ghismondo que fuera tan espantoso?

—Lo que ya les he dicho, nobles señores. Después de haber recorrido una larga galería de cuadros muy antiguos, se detuvo ante el umbral de la sala de los banquetes; y, como la puerta estaba abierta, pudo ver con claridad su interior. Los condenados estaban sentados a la mesa, mientras que Inés les mostraba su sangrante herida. A continuación comenzó a bailar, y a cada uno de sus pasos se iba acercando hasta el lugar en que él se encontraba. Le desfalleció el corazón ante la idea de que se lo iba a coger. Se desplomó a todo lo largo como un peso muerto, y sólo volvió en sí al día siguiente, encontrándose con que estaba en el umbral de la iglesia parroquial.

—En donde se había quedado dormido la noche anterior, porque el vino que había bebido le había impedido llegar hasta más lejos. ¡Sueños de borracho, mi pobre Esteban! ¡Que la tierra le sea igual de leve que de móvil y vacilante, tal y como con frecuencia la debía sentir al caminar! ¿Pero es que nunca llegaremos a ese infernal castillo?

—Ya hemos llegado —respondió el *arriero*, deteniendo sus mulas.

—Ya era hora —dijo Sergy—; pues aquí está la tormenta, y (cosa extraña en esta estación) he oído tronar dos o tres veces.

—Siempre se oyen truenos en esta estación, si se está cerca del castillo de Ghismondo —replicó el *arriero*.

No había acabado de hablar cuando un cegador relámpago desgarró el cielo, mostrándonos las blancas murallas del viejo castillo, con sus torrecillas agrupadas como una multitud de espectros, sobre una inmensa plataforma de roca lisa y resbaladiza.

La puerta principal parecía haber estado cerrada durante largo tiempo; pero los goznes superiores habían acabado por ceder a la acción del aire y de los años, junto con las piedras que los soportaban, y sus dos batientes caídos uno encima del otro, totalmente roídos por la humedad y mutilados por el viento, se hallaban suspendidos, a punto de desplomarse sobre la entrada. No nos costó trabajo hacerlos caer. En el espacio que habían dejado, separándose por su base, en el que apenas habría cabido el cuerpo de un hombre, se habían amontonado algunos restos de la cimbra y de la bóveda que tuvimos que apartar a un lado. Las robustas hojas de áloe que se habían abierto paso en sus intersticios, cayeron en seguida bajo nuestras espadas, y el coche entró en una vasta avenida, cuyas baldosas no habían gemido bajo el paso de una rueda desde el reinado de Fernando el Católico. Nos apresuramos a encender algunas de las antorchas que nos habíamos procurado en Mataró, y cuya llama, revitalizada

por una corriente impetuosa, resistió afortunadamente al batir de alas de los pájaros nocturnos, que salían huyendo de todas las hendiduras del viejo edificio, emitiendo gritos de lamento. Esa escena, que en verdad tenía algo de extraordinario y siniestro, me recordó, involuntariamente, el descenso de Don Quijote a la cueva de Montesinos; y la observación que, riéndome, hice sobre ella, quizás me habría valido la sonrisa del *arriero* e, incluso, del propio Bascara, si éstos hubieran sido capaces de sonreír; pero su consternación aumentaba a cada paso.

Al fin se abrió ante nosotros el gran patio. A su izquierda se extendía un ancho tejadillo que servía de techumbre a una especie de cobertizo, antaño destinado a proteger de la intemperie de las estaciones a los caballos del castellano, como lo atestiguaban los anillos de hierro dispuestos de manera espaciada en la muralla. Nos alegramos ante la idea de poder dejar en ellos, con toda comodidad, nuestra impedimenta; y este pensamiento pareció tranquilizar a Esteban, que, antes que cualquier otra cosa, se preocupaba por el bienestar y reposo de sus mulas. Dos antorchas, sólidamente fijadas en las grapas que parecían haber sido preparadas para ellas, le procuraron a aquel abrigo una luz reconfortante; y el forraje con el que habíamos cargado la trasera del coche, espléndidamente expuesto delante del tiro, tan agobiado por el ayuno y el trabajo, le confirió cierto aire de alegría que daba gloria ver.

—Esto ya está mejor, señores —dijo Esteban un poco más tranquilo—; me parece que mis mulas podrán pasar la noche aquí, y hay un proverbio que dice que «el mulero se encuentra bien en cualquier parte, con tal que pueda alojar a sus mulas». Si no les importa dejarme algunos víveres para cenar a su lado, creo que podré responder de ellas hasta mañana; pues temo menos a los demonios de la cuadra que a los del salón. Son aquéllos unos diablos pasablemente buenos, que la costumbre ha conseguido que a nosotros, *arrieros*, lleguen a resultarnos familiares, y cuya malignidad se reduce a enmarañar las crines de los caballos o a almohazarlos a contrapelo. En cuanto a nosotros, pobre gente, se contentan con pellizcarnos tan fuerte que la marca nos dura una semana, tomando el aspecto de una mancha amarilla que no podría quitar ni toda el agua del Ter; o afligirnos con calambres que hacen que la pantorrilla se retuerza alrededor del hueso de la pierna, o con echarse con todo su peso encima de nuestro estómago, mientras ríen como locos<sup>[19]</sup>. Me siento lo suficientemente hombre como para desafiar todo esto, mediante la gracia de Dios y las tres botellas de vino de Palamós que el señor capitán me prometiera.

—Aquí las tienes —le dije, ayudándole a descargar el coche—, y, además, dos panes y un cuarto de cordero asado. Y ahora que la caballería y la intendencia han encontrado alojamiento, habrá que buscar allí arriba el que corresponde a los infantes.

Encendimos cuatro antorchas y nos aventuramos en la gran escalera, a través de los cascotes que la obstruían por doquier, Bascara entre Sergy y Boutraix, que le daban ánimos con su palabra y su ejemplo, haciendo que el miedo cediese ante la vanidad, tan pujante en el alma española. Debo confesar que esta incursión

desprovista de peligro tenía, sin embargo, algo de aventura y fantasía que, en secreto, deleitaba a mi imaginación, y puedo añadir que presentaba ciertas dificultades que servían para excitar nuestro ardor. Una parte de las murallas se había desplomado en algunos lugares, levantando ante nosotros en veinte lugares diferentes otras tantas barricadas accidentales que sería cuestión de contornear o de franquear. Planchas, viguetas, vigas enteras, caídas desde la parte superior de la armazón, se cruzaban y superponían en todos los sentidos por encima de los peldaños partidos, cuyos fragmentos angulosos se erizaban bajo nuestros pies. Las viejas ventanas, que habían iluminado el vestíbulo y los peldaños, se habían caído desde hace mucho tiempo, arrancadas por las tormentas, y sólo pudimos reconocer sus vestigios gracias al ruido de los vidrios ya partidos, que la suela de nuestras botas hacía crujir. Un viento impetuoso, cargado de nieve, se introducía con horribles silbidos a través del espacio que aquéllas habían abandonado, desplomándose de golpe, uno o dos siglos antes, y la vegetación salvaje, cuya simiente había sido traída hasta allí por la tempestad, venía, además, a añadirse a las dificultades de aquel paso y al horror de su aspecto. Y pensé, aunque no lo dije, que el corazón de un soldado sentiría un entusiasmo más inmediato y natural ante el ataque a un reducto o el asalto a una fortaleza. Al final, llegamos al descansillo del primer piso, y recobramos el aliento durante un momento.

A nuestra izquierda se abría un largo corredor, estrecho y oscuro, cuyas tinieblas no llegaron a ser despejadas por nuestras antorchas, que se juntaban a su entrada. Ante nosotros estaba la puerta de los apartamentos, aunque más bien no había puerta. Esta nueva invasión no nos costó mucho trabajo, con lo que pudimos entrar, antorcha en mano, en una sala cuadrada que debía de haber servido para recibir en ella a los hombres de armas. Así nos lo pareció, al menos por las dos hileras de banquetas deterioradas que amueblaban todos sus lados, y por algunos trofeos de los usuales, medio corroídos por la herrumbre, que aún pendían de sus paredes. La atravesamos, no sin pisar cuatro o cinco trozos de lanza y otros tantos cañones de escopeta. Y nos condujo, al girar en escuadra, a una galería mucho más amplia en longitud, pero de anchura mediocre, cuyo lado derecho estaba perforado por ventanas vacías como las de la escalera, y en las que aún golpeaba débilmente lo que quedaba de un marco podrido. El piso de esta parte del edificio estaba tan degradado a causa de la influencia de la atmósfera y de la caída de la lluvia, que había perdido todas sus muescas, por lo que sólo prolongaba hacia la pared exterior una delgada franja, muy destrozada. En aquella dirección se notaba cómo subía y bajaba, con sospechosa elasticidad, y los pies se trababan en él como en polvo compacto a punto de ceder. A intervalos, las partes menos sólidas comenzaban a desconcharse en curiosos compartimentos, que se abrían, y que el avance de un curioso, más temerario que yo, no habría podido sondear impunemente. Bruscamente, conduje a mis camaradas hacia la pared de la izquierda, en donde parecía que el paso era menos arriesgado, y que se encontraba cuajada de cuadros.

—Tan cierto como no hay Dios, que son cuadros —dijo Boutraix—. ¿Acaso el

borracho que engendró a ese patán de *arriero* pudo llegar hasta aquí?

—¡Que no! —le respondió Sergy, con una sonrisa un poco amarga—. Se quedó dormido en el atrio de la iglesia de Mataré, porque el vino que había bebido no le permitió llegar más lejos.

—Yo no te he pedido tu opinión —prosiguió Boutraix dirigiendo sus quevedos hacia los cuadros deteriorados y polvorientos que tapizaban la pared en líneas desiguales, bajo una multitud de ángulos caprichosos, pero sin que pudiera encontrarse uno solo que no se apartase algo de la perpendicular—. En efecto, se trata de cuadros, retratos, si no me equivoco. En este sitio peligroso se halla retratada toda la familia De Las Sierras.

Tales vestigios del arte de siglos remotos habrían llamado nuestra atención si la circunstancia hubiera sido distinta; pero nos urgía demasiado el asegurar a nuestra pequeña caravana un techo seguro y cómodo para poder dispensar mucho tiempo en el examen de aquellas telas borrosas, que casi habían desaparecido bajo el barniz húmedo y frío de los años. Sin embargo, al llegar a los últimos retratos, Sergy les acercó su antorcha, emocionado, y cogiéndome fuertemente del brazo:

—¡Mira, mira! —exclamó—. ¡Ese caballero de sombría mirada, cuya frente se halla ensombrecida por una aureola roja: debe ser el propio Ghismondo! ¡Fíjate de qué manera el pintor ha sabido expresar en esos rasgos, aún jóvenes, las lasitudes de la voluptuosidad y los desvelos del crimen! ¡Es algo triste de ver!...

—El retrato siguiente te resarcirá —le respondí, sonriendo ante su hipótesis—. Es el de una mujer, y, si estuviera mejor conservado, o más cerca de nuestra vista, te extasiarías ante la vista de los encantos de Inés de Las Sierras, pues también podría suponerse que se trata de ella. Ya lo que se puede distinguir es de tal naturaleza que basta para producir una fuerte impresión. ¡Cuánta elegancia en ese talle esbelto! ¡Qué atractivo tan excitante tiene en esa actitud! ¡Cuántas bellezas, en su conjunto que se nos escapa, nos prometen aquel brazo y esta mano! ¡Así debería ser Inés!

—Y así era ella —prosiguió Sergy, arrastrándome hacia él—, pues desde esta perspectiva acabo de localizar sus ojos. ¡Oh! ¡Nunca expresión tan apasionada llegó a hablar al alma! ¡Nunca descendió la vida más viva hasta un pincel! Y si quieres seguir esta indicación, bajo las grietas de la tela hasta el dulce contorno en que la mejilla se redondea alrededor de esta boca encantadora, si tú captas al igual que yo el movimiento de este labio, un poco desdeñoso, pero donde puede sentirse respirar toda la ebriedad del amor...

—Yo me haría una idea imperfecta —continué, fríamente— de lo que podría ser una mujer hermosa de la corte de Carlos V.

—Es cierto —dijo Sergy bajando la cabeza—. De la corte de Carlos V.

—Esperad, esperad —dijo Boutraix, a quien su elevada estatura le permitía tocar con la mano el cartucho gótico que decoraba el junquillo inferior del cuadro, y por el que, varias veces, había pasado su pañuelo—. Aquí hay un nombre escrito en alemán o en hebreo, a no ser que se trate del siríaco o del bajo bretón; pero que el diablo se

lleve a quien lo descifre. Me gustaría tanto como traducir el Corán.

Sergy lanzó un grito de entusiasmo.

—*¡Inés de Las Sierras!* ¡Inés de Las Sierras! —repitió, mientras estrechaba mis manos, en una especie de frenesí—. ¡Pero lee!

—*Inés de Las Sierras* —repliqué—, en efecto, y estas tres montañas de sínople sobre campo de oro debían de constituir el blasón de su familia. Parece ser que esta desdichada ha existido realmente y que habitaba en este castillo. Pero ya es hora de buscar en él un acomodo para nosotros. ¿No os decidís a avanzar un poco más?

—¡A mí!, señores. ¡A mí! —gritó Boutraix, que se nos había adelantado unos cuantos pasos—. ¡He aquí un salón que no os hará echar de menos las húmedas calles de Mataré; un alojamiento digno de un príncipe o de un intendente del ejército! Al señor Ghismondo le gustaba estar a sus anchas, y nada se puede objetar a la distribución de la habitación. ¡Oh! ¡Qué magnífico salón!

En efecto, aquella pieza inmensa se hallaba mejor conservada que el resto. Únicamente al fondo se distinguía luz, que penetraba por dos ventanas muy estrechas, que su favorecida disposición había preservado de las degradaciones que afectaban al resto del edificio. Sus colgaduras de cuero repujado y sus grandes sillones de estilo antiguo tenían un indefinible aire de magnificencia que su vetustez hacía aún más imponente. La chimenea, de colosales proporciones, que abría sus vastos flancos sobre la pared de la izquierda, parecía haber sido construida para una velada de gigantes, y el maderamen demolido, diseminado por la escalera, habría servido para alimentar un confortable fuego durante centenares de noches como la que íbamos a pasar. Una mesa redonda, que sólo distaba de ella unos pocos pies, nos recordó involuntariamente los festines impíos de Ghismondo, y, gustosamente, reconozco que no dejaba de mirarla con cierto sobrecogimiento. Nos fueron necesarios muchos viajes, ya fuera para aprovisionarnos de la madera necesaria, o para transportar nuestros víveres y a continuación nuestros enseres, que podían haber resultado seriamente dañados a consecuencia de la inundación pluvial sufrida aquel día. Todo se encontraba, felizmente, sano y a salvo, e incluso los pingos de la compañía de Bascara, extendidos sobre los respaldos de los sillones frente al encendido hogar, brillaban a nuestros ojos con el lustre ficticio y la frescura caduca que les presta el brillo impostor de los quinqués. Es cierto que el comedor de Ghismondo, alumbrado en aquellos momentos por diez ardientes antorchas hábilmente colocadas en diez viejos candelabros, estaba, ciertamente, mejor iluminado que lo que cualquier teatro de provincias de Cataluña, desde tiempo inmemorial, lo hubiese estado nunca. Sólo la parte más alejada, la que estaba cerca de la galería de cuadros, por la que habíamos pasado, no había perdido del todo sus tinieblas. Habría podido decirse que se habían reunido allí, adrede, para formar entre nosotros y el vulgo profano una misteriosa barrera. Era la noche visible del poeta.

—No dudo —dije, mientras me ocupaba junto a mis compañeros de los preparativos para la comida— que esto servirá nuevamente de pretexto a la

credulidad de los habitantes de la llanura. Es la hora en que Ghismondo vuelve cada año para sentarse a su banquete infernal, y la luz que estas ventanas deben de arrojar al exterior será, por lo menos, el anuncio de una fiesta entre demonios. Quizá a partir de una circunstancia análoga llegó a crearse la vieja leyenda de Esteban.

—Añade a eso —dijo Boutraix— que la fantasía de representar esa escena al natural ha podido ocurrírseles a algunos aventureros con buen sentido del humor, y que es posible que el padre del *arriero* asistiera realmente a una comedia de ese estilo. Nosotros estamos surtidos de maravilla para repetirla —continuó, mientras levantaba, uno a uno, los pingajos de la compañía ambulante—. He aquí un hábito de caballero que parece haber sido hecho para el capitán; y yo, con éste, recordaré hasta en el menor detalle al intrépido escudero del condenado, que era, según todas las apariencias, un muchacho de muy buen aspecto; y este traje tan presumido, que realzará la fisonomía un poco lánguida del bello Sergy, le dará fácilmente la apariencia del más seductor de los pajes. ¡Convendréis que la ocurrencia es afortunada y que nos promete una noche de loca alegría!

Boutraix, mientras hablaba, se había disfrazado de pies a cabeza, y los demás le habíamos imitado, riendo, pues no hay nada tan contagioso para las mentes jóvenes como una extravagancia. Sin embargo, habíamos tenido la precaución de conservar nuestras espadas y pistolas, que, a juzgar por la fecha de su fabricación, no contrastaban de manera demasiado flagrante con nuestros disfraces. Incluso los héroes de la galería de Ghismondo, si se hubieran bajado súbitamente de sus cuadros góticos, no habrían llegado a desentonar mucho en su castillo hereditario.

—¿Y la bella Inés? —preguntó Boutraix—. ¿No habéis pensado en ella? El señor Bascara, a quien la naturaleza ha revestido con dones exteriores de los que hasta las Gracias podrían sentirse envidiosas, ¿desearía encargarse de su papel, por esta única vez, ante la unánime petición del público?

—Señores —respondió Bascara—, yo me presto gustoso a las chanzas que no afectan a la salvación de mi alma, pues tal es mi profesión; pero ésta es de tal género que no me permite tomar parte en ella. Quizá comprueben, para gran pesar suyo, que no se arrostran impunemente las potencias del infierno. Diviértanse como les parezca, puesto que la gracia no les ha tocado; pero ustedes son testigos de que renuncio abiertamente a esas alegrías de Satanás, y que sólo pido escapar de ellas para meterme a monje en cualquiera de las santas casas del Señor. Concédanme solamente, como a su hermano en Jesucristo, cuyo nombre sea siempre alabado, permiso para pasar la noche en este sillón, con alguna refección para sostener mi cuerpo, y la libertad de rezar.

—¡Vaya! —dijo Boutraix—, esta magnífica oración jaculatoria merece un ganso entero y dos de las mejores botellas. Amigo, quédate con tu asiento; come, bebe, reza y duerme. Nunca dejarás de ser un loco. Además —añadió, volviéndose a sentar y llenando su vaso—, Inés sólo viene a los postres, y de verdad espero que venga.

—¡Dios nos ampare! —dijo Bascara.

Yo cogí el lugar más alejado del fuego, con el escudero a mi derecha y el paje a mi izquierda. Frente a mí, el sitio de Inés quedó vacío. Paseé mi mirada alrededor de la mesa, y, no sé si por preocupación o por debilidad de espíritu, también me di cuenta de que esta diversión comportaba algo serio que me oprimía el corazón. Sergy, más ávido que yo de impresiones novelescas, parecía todavía más conmovido. Boutraix bebía.

—¿De dónde vendrán —dijo Sergy— esas ideas solemnes, que sirven de juego a la filosofía, y que nunca llegan a perder por completo su atractivo para los espíritus más firmes e ilustrados? ¿Tendrá la naturaleza del hombre la necesidad secreta de elevarse hasta lo maravilloso para entrar en posesión de algún privilegio que le fuera antaño arrebatado, y que formaba la parte más noble de su esencia?

—Por mi honor —respondió Boutraix—, no creería en esa suposición, ni aunque la hubieras enunciado con términos lo suficientemente claros como para que la pudiese comprender. El efecto del cual hablas resulta, simplemente, de una antigua costumbre de los órganos del cerebro, que han retenido, como una especie de cera blanda endurecida por el tiempo, las necias impresiones que nuestras madres y nodrizas nos han inculcado desde nuestra infancia, lo que ha sido admirablemente explicado por Voltaire en un soberbio libro que te recomiendo leer cuando tengas tiempo. Pensar de otra manera, es rebajarse al nivel de este buen hombre que no ha dejado de mascullar desde hace un cuarto de hora, y encima de su ración, el *Benedicite*, antes de aventurarse a hincarle el diente.

Sergy insistió. Boutraix defendió su terreno paso a paso, atrincherándose, como de costumbre, detrás de sus argumentos irresistibles, *prejuicio*, *superstición* y *fanatismo*. Nunca antes le había visto tan tenaz y despreciativo en un combate metafísico; pero la conversación no se mantuvo durante mucho tiempo a la altura de las sublimes regiones de la inteligencia, porque el vino era generoso, y porque de él bebimos bastante, ya que no teníamos nada mejor que hacer. Nuestros relojes marcaban la medianoche, y cerca de una botella de más, cuando todos juntos gritábamos, embargados de alegría, como si esa convicción nos hubiera librado de una oculta inquietud:

—¡Medianoche! ¡Señores, medianoche! ¡E Inés de Las Sierras no ha llegado!

La unanimidad en la que todos habíamos coincidido con una observación tan pueril, obtuvo de nosotros una nueva risotada.

—¡Rayos y truenos! —dijo Boutraix, sosteniéndose sobre sus dos piernas vacilantes, cuyas oscilaciones intentaba disimular mediante un aire de indolencia y abandono—. Aunque la hermosa nos haya caído en falta en esta alegre reunión, la galantería caballeresca de la que hacemos profesión nos prohíbe olvidarla. ¡Alzo este vino tinto a la salud de nuestra señorita Inés de Las Sierras y de su próxima liberación!

—¡Por Inés de Las Sierras! —exclamó Sergy.

—¡Por Inés de Las Sierras! —repetí a mi vez, acercando mi vaso medio vacío a

los suyos, de nuevo llenos.

—¡Aquí estoy! —era un grito que venía de la galería de los cuadros.

—¿Eh? —dijo Boutraix, mientras se sentaba—. No está mal la broma. ¿Pero quién la hace?

Yo miré detrás de mí. Bascara, muy pálido, se había agarrado a los barrotes de mi sillón.

—Será ese bribón de cochero —respondí—, a quien el vino de Palamós ha puesto alegre.

—¡Aquí estoy! ¡Aquí estoy! —seguía la voz—. ¡Salud y buen humor a los huéspedes del castillo de Ghismondo!

—Es una voz de mujer, y de una mujer joven —dijo Sergy, levantándose con noble y graciosa confianza.

En el mismo instante, distinguimos en la parte menos iluminada de la sala un blanco fantasma que corría hacia nosotros con increíble rapidez, y que, al llegar a nuestro lado, dejó caer su sudario. Pasó entre nosotros, pues estábamos de pie, con la mano en la empuñadura de nuestras espadas, y se sentó en el sitio de Inés.

—¡Aquí estoy! —dijo el fantasma, emitiendo un largo suspiro y agitando a derecha e izquierda sus largos cabellos negros, recogidos descuidadamente por algunos lazos de cinta de color punzó. Mis ojos nunca habían visto una belleza tan perfecta como aquélla.

—En efecto, es una mujer —proseguí, a media voz—; y puesto que entre nosotros hemos convenido que aquí no puede ocurrir nada que no sea perfectamente natural, el único consejo que se ha de seguir es el de la cortesía francesa. Y lo que ocurra después explicará este misterio, si es que puede explicarse.

Tomamos nuevamente asiento y servimos a la desconocida, que parecía hallarse necesitada de alimento, y que comió y bebió sin hablar. Pocos minutos después, ya nos había olvidado por completo, y cada uno de los personajes de esta insólita escena parecía haberse replegado sobre sí mismo, inmóvil y mudo, como si hubiera sido tocado por la petrificante varita de un hada. Bascara había caído a mi lado, y si no hubiera sido por el movimiento de sus palpitantes manos, que se cruzaban convulsivamente en ademán de oración, habría llegado a creer que se había muerto del susto. Boutraix no dejaba escapar ni un suspiro; una profunda expresión de abatimiento había reemplazado a su audacia báquica, y el brillante bermellón de la embriaguez que anteriormente brillara en su resuelta frente, se había mudado en mortal palidez. El sentimiento que dominaba a Sergy no atenazaba su pensamiento con menos fuerza; pero, al menos, era más agradable, a juzgar por su mirada. Sus ojos, que miraban fijamente a la aparición con todo el fuego del amor, parecía que se esforzaban en retenerla, como los de un hombre dormido que, al despertar, teme perder el irreparable encanto de un bello sueño; y hay que confesar que valía la pena conservar con tanto cuidado aquella ilusión, pues quizá ni la naturaleza entera ofrecía una belleza tan llena de vida que pudiese ocupar su lugar. Y les ruego que me crean

cuando digo que no exagero.

La desconocida no tenía más de veinte años; pero las pasiones, la desgracia o la muerte habían marcado sus rasgos con ese carácter extraño de inmutable perfección y de eterna regularidad que el cincel del escultor ha consagrado en la persona de los dioses. No quedaba nada en aquella fisonomía que perteneciera a la tierra, nada que pudiera dar lugar a la ofensa de su comparación. Tal fue el frío juicio de mi razón, bien prevenida, de un tiempo a esta parte, contra las locas sorpresas del amor, que me dispensa de una descripción a la que podrá contribuir cada uno de ustedes, según el grado de su imaginación. Si llegan a imaginarse algo que se acerque a la realidad, habrán llegado mil veces más lejos que todos los artífices de la palabra, la pluma y el pincel. Sólo les pido, es de verdad necesario como garantía de mi imparcialidad, que por aquella frente, amplia y elegante, dejen correr una línea oblicua, extremadamente ligera, que vaya a morir una pulgada por encima de la ceja; y en la mirada divina, cuya inefable luz derraman aquellos alargados ojos azules, entre pestañas negras como el jade, expresen, si tal cosa les es posible, algo, vago e indeciso, como la confusión de una inquieta duda que intenta explicarse por sí misma. Ésas serán las imperfecciones de mi modelo, y puedo decirles que Sergy no había reparado en ellas.

Sin embargo, lo que más me extrañó, cuando conseguí fijarme en algunos detalles, fue el vestido de nuestra misteriosa desconocida. Estaba seguro de haberlo visto en alguna parte, y no hacía mucho, y no tardé en recordar que había sido en el retrato de Inés. Parecía haber sido sacado, lo mismo que los nuestros, del taller de un sastre especializado en trabajos para el teatro, aunque carecía de prestancia. Su vestido de damasco verde, aún magnífico, aunque flojo y estirado, que estaba adornado por unas cuantas cintas marchitas, debía haber pertenecido al guardarropa de una mujer que llevaba muerta más de un siglo, y pensé, estremeciéndome, que al tocarlo sentiría, quizás, la fría humedad de la tumba; pero al momento rechacé esta idea impropia de una mente razonable, y ya era nuevamente dueño de mis facultades, cuando, con un acento encantador, la recién llegada rompió al fin el silencio:

—¡Hay que ver, nobles caballeros! —dijo, dejando pasar por sus labios una sonrisa de reproche—. ¿Habré tenido la mala fortuna de turbar los placeres de esta agradable velada? Antes de que yo llegara, sólo pensabais en abandonaros al placer de vuestra mutua compañía, pues cuando he venido hasta vosotros, vuestras alegres risas podrían haber despertado a todos los pájaros nocturnos que han hecho su nido en las ruinas del castillo. ¿Desde cuándo la presencia de una mujer, precisamente, joven, que ha encontrado algún placer en la vida de villa y corte, puede acabar con la alegría? ¿Tanto ha cambiado el mundo desde que lo abandoné?

—Disculpenos, señora —respondió Sergy—; tantos atractivos sólo podían sorprendernos, y además, la admiración es igual de muda que el espanto.

—Yo le agradezco a mi amigo esta explicación —proseguí al momento—. Los sentimientos que suscita su contemplación no pueden ser expresados mediante palabras. En cuanto a su visita en sí misma, ha debido suscitar en nosotros una

sorpresas pasajeras, de la que hemos tardado algún tiempo en recuperarnos. Usted sabe que nos era imposible llegar a imaginárnosla en medio de estas ruinas, cuyos habitantes desaparecieron hace tanto tiempo, y este lugar perdido, esta hora tan avanzada de la noche, este desacostumbrado desorden de los elementos no nos permitían presagiarla. Usted será, sin duda, bienvenida, señora, en cualquier lugar en el que se digne aparecer, pero aguardábamos con respeto, para rendirle los honores que le son debidos, a que se dignase decirnos con quién tenemos el gusto de hablar.

—¿Mi nombre? —dijo con sentimiento—, ¿no lo conocéis? ¡Dios es testigo de que sólo he venido a causa de vuestra llamada!...

—¡Nuestra llamada! —dijo Boutraix, balbuciendo, mientras se cubría el rostro con ambas manos.

—De verdad —continuó ella, sonriendo—, y conozco demasiado bien las reglas de la etiqueta para comportarme de otro modo. Yo soy Inés de Las Sierras.

—¡Inés de Las Sierras! —exclamó Boutraix, más consternado que si hubiera visto caer un rayo a su lado—. ¡Oh, justicia eterna!

Yo la miré fijamente. En vano buscaba en su rostro algo que delatase fingimiento y mentira.

—Señora —le dije, aparentando algo más de calma de la que realmente sentía—, los disfraces con los que nos habéis encontrado, y que quizá son impropios de este santo día, esconden, por otra parte, a hombres que son inaccesibles al temor. Cualquiera que sea su nombre, y cualquiera que sea el motivo por el que le plazca disfrazarse, puede esperar de nosotros una hospitalidad discreta y respetuosa; incluso nos prestaremos a reconocer en usted a Inés de Las Sierras, si este acertijo, autorizado por la circunstancia, entretiene su imaginación, y además porque tanta belleza le da derecho a poder expresarla con la mayor brillantez posible; tal es el más eficaz de los prestigios; pero no podemos por menos de asegurarle que tal cosa, que nada cuesta a nuestra cortesía, no habría podido ser obtenida de nuestra credulidad.

—Lejos de mí exigir semejante esfuerzo —respondió con dignidad Inés—; pero en mi propia casa, ¿quién puede poner mi nombre en tela de juicio? ¡Oh! —continuó, mientras se iba animando paulatinamente—, ¡ya he pagado demasiado cara mi primera falta para creer que la venganza de Dios haya podido ser satisfecha por esa expiación; pero que la indulgencia tardía que de Él espero, y en la que he depositado mi única esperanza, me abandone para siempre a los tormentos que me devoran, si mi nombre no es el de Inés de Las Sierras! ¡Yo soy Inés de Las Sierras, la culpable y desdichada Inés! ¿Qué interés tendría en robar un nombre que tengo tanto interés en ocultar, y con qué derecho rechazaríais la confesión, de por sí tan penosa, de una infortunada cuya suerte sólo pide un poco de piedad?...

Dejó escapar algunas lágrimas, y Sergy se acercó a ella, con una emoción que iba creciendo, mientras que Boutraix, quien llevaba un buen rato con la cabeza apoyada en ambas manos, la dejaba caer pesadamente sobre la mesa.

—¡Tomad, señor! —dijo ella, quitándose del brazo un brazalete de oro, medio

roído por los años y arrojándolo con desdén ante mí—, ahí tenéis el último presente de mi madre, y la única joya de su herencia que me queda entre la miseria y el oprobio de mi vida. Comprobad si, en efecto, soy Inés de Las Sierras, o una vil aventurera, predestinada por la pobreza de su nacimiento a las diversiones del populacho.

En él se distinguían las tres montañas de sínople hechas con finas esmeraldas que habían sido incrustadas, y el apellido Las Sierras, grabado en antiguos caracteres todavía se podía leer con facilidad, a pesar de la pátina del tiempo. Tomando respetuosamente el brazalete, se lo devolví, mientras me inclinaba reverentemente. A causa del estado de exaltación al que había llegado su espíritu, no lo notó.

—Y si necesitaseis aún más pruebas —prosiguió en una especie de delirio—, ¿acaso lo notorio de mis desgracias no ha llegado a vuestros oídos? ¡Mirad! —añadió, soltando el prendedor de su vestido y mostrándonos la cicatriz de su seno—. ¡Ved la prueba de que fui apuñalada!

—¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia! —exclamó Boutraix, levantando la cabeza para abandonarse, en inenarrable desorden, en el respaldo de su sillón.

—¡Hombres! ¡Hombres! —dijo Inés, con un tono de amargo desprecio—. ¡Saben matar a las mujeres, pero la vista de una herida les da miedo!...

El movimiento que hizo, mezcla de pudor y compasión, para juntar los faldones de su vestido entreabierto y ocultar su seno a la aterrorizada vista de Boutraix, tuvo el efecto de ofrecer el otro a la mirada de Sergy, cuya emoción se hallaba en su punto álgido, y yo comprendo demasiado bien su arrebato como para poder reprochárselo. En ese momento se hizo de nuevo el silencio, más largo, más absoluto, más triste que el primero. Abandonados a nuestras respectivas preocupaciones, Boutraix a un terror irracional que había anulado su pensamiento, Sergy a los deleites íntimos de un amor naciente, cuyo objeto hacía realidad los sueños preferidos de su alocada imaginación, yo mismo a la meditación de esos profundos misterios sobre los cuales lamentaba haberme formado, en el pasado, opiniones temerarias, debíamos parecer a las figuras petrificadas de los cuentos orientales, que fueron arrebatadas por la muerte en mitad de la vida, y cuyos rasgos reflejan para siempre la expresión del sentimiento pasajero en que fueron sorprendidas. La fisonomía de Inés parecía mucho más animada; pero a través de la multitud de aspectos fugaces que una inexplicable concatenación de ideas le hacía adoptar en forma cambiante, como bajo el influjo de un sueño, habría sido imposible determinar cuál era el dominante. Mas ya volvía de nuevo a hablar, y decía sonriendo:

—No recuerdo —dijo— lo que hace un momento os rogué que me explicarais; pero bien sabéis que mi palabra no será gran cosa en una conversación de hombres, desde el momento en que una mano que amaba, y que me asesinó, me ha arrojado entre los muertos. Apiadaos, os lo ruego, de la debilidad de una inteligencia que resucita, y perdonadme por haber olvidado durante tanto rato el haber hecho honor al saludo que me hicisteis cuando he entrado. Señores —añadió, levantándose con una

gracia infinita, mientras presentaba ante nosotros su vaso—, Inés de Las Sierras os devuelve el saludo. ¡Por vos, noble caballero! ¡Que el cielo os sea favorable en vuestras empresas! ¡Por el escudero melancólico, cuya natural alegría se ve empañada por alguna secreta pena! ¡Que otros días, más propicios que éste, puedan devolveros una serenidad absoluta! ¡Por el bello paje, cuya tierna languidez anuncia un alma preocupada por desvelos más dulces! ¡Que la afortunada mujer en quien habéis albergado vuestro amor pueda responderos mediante un amor digno de vos; y si aún no amáis, que dentro de poco podáis amar a una belleza que os ame! ¡Por vosotros, señores!...

—¡Oh! ¡Sí que amo, y para siempre! —exclamó Sergy—. ¿Quién podría veros y no amaros? ¡Por Inés de Las Sierras! ¡Por la bella Inés!...

—¡Por Inés de Las Sierras! —repetí, a mi vez, levantándome del sillón.

—¡Por Inés de Las Sierras! —murmuró Boutraix, sin cambiar de posición; y por primera vez en su vida hizo un solemne brindis sin beber.

—¡Por todos vosotros! —añadió Inés, acercando por segunda vez su vaso hasta los labios, pero sin apurarlo.

Sergy lo cogió, para sumergir en él sus ardientes labios; y no sé por qué, hubiera querido impedírselo, como si pensara que iba a beber la muerte. En cuanto a Boutraix, había caído en una especie de estupor meditabundo que absorbía toda su atención.

Eso está bien —dijo Inés pasando uno de sus brazos alrededor del cuello de Sergy, al tiempo que, de vez en cuando, ponía encima de su corazón una mano, tan incendiaria como aquella de la que nos había hablado la leyenda de Esteban—. Esta velada es mucho más dulce y más alegre que cualquiera de las otras que aún conservo en mi memoria. ¡Estamos todos tan alegres y felices! ¿No pensáis vos, señor escudero, que aquí lo único que falta es el encanto de la música?...

—¡Oh! —dijo Boutraix, que apenas habría podido articular otra palabra—. ¿Va a cantar?...

—¡Cantad, cantad! —respondió Sergy, pasando sus temblorosos dedos por los cabellos de Inés—. ¡Es vuestro Sergy quien os lo pide!

—Nada me gustaría más —prosiguió Inés—; pero la humedad de la cripta ha debido alterar mi voz, que antaño era bella y limpia, y, además, sólo conozco canciones tristes, poco dignas de una *tertulia*<sup>[20]</sup> báquica, en la que sólo debieran escucharse aires alegres. Aguardad —continuó, elevando su celeste mirada hacia el techo y dando comienzo a una serie de encantadores sonidos—. Es el romance de *La niña matada*<sup>[21]</sup>, que será tan nuevo para vosotros como para mí, pues lo iré componiendo a medida que vaya cantando.

No ha habido nadie que haya podido reconocer la enorme seducción que resulta de aunar el arrebató resultante de una improvisación con una voz inspirada. ¡Que la desgracia caiga sobre el hombre que escribe fríamente su pensamiento, elaborado, discutido, constatado por la reflexión y el tiempo! Nunca será capaz de llegar a

conmover las más secretas simpatías del alma. Asistir al alumbramiento de una gran idea, verla surgir del genio del artista, al igual que Minerva de la cabeza de Júpiter, sentirse llevado en su vuelo a través de las desconocidas regiones de la imaginación, en alas de la elocuencia, de la poesía, de la música, es el más intenso de los deleites que hayan sido concedidos a nuestra imperfecta naturaleza; el único que en esta tierra consigue acercarla a la divinidad de la que tomó su origen.

Lo que acabo de referirles es lo que sentí al escuchar las primeras notas de Inés. Pues no existe término alguno en los lenguajes humanos capaz de poder expresar lo que llegué a sentir más adelante. Las dos esencias de mi ser se separaban claramente en mi pensamiento: una de ellas, inerte y grosera, a la que su peso material mantenía anclada en uno de los sillones de Ghismondo; la otra, ya transformada, que se elevaba hasta el cielo ante las palabras de Inés, y que recibía de buen grado todas las impresiones de una vida nueva, inagotable en voluptuosidades. Pueden estar bien seguros de que si algún genio desgraciado ha dudado de la existencia de este principio eterno, cuya vida imperecedera está ligada por algún tiempo a las ataduras de nuestra vida pasajera, y al que se llama alma, es porque no ha oído cantar a Inés, o a una mujer que cantase como ella.

Mis sentidos, ya lo saben, no se sustraen a este género de emociones; pero no creo que sean tan delicados como para que no puedan sufrirlas en toda su intensidad. Muy diferente era el caso de Sergy, cuya constitución era, en todo, la de un alma apenas cautiva, que sólo se mantenía unida a lo humano mediante algún frágil vínculo, del que siempre podía liberarse, con tal que lo desease. Sergy gritaba, Sergy lloraba, Sergy se hallaba fuera de sí; y cuando Inés, transportada, se perdía entre inspiraciones aún más sublimes que las que ya habíamos escuchado, parecía que lo reclamaba con una sonrisa. Boutraix se había despertado un poco de su triste abatimiento, y fijaba en Inés su atenta mirada, en la que la expresión de un insólito placer había reemplazado, por un momento, a la del espanto. Bascara no había cambiado de posición, pero las dulces sensaciones de la virtuosa comenzaban a vencer los temores del rústico. De vez en cuando levantaba la cabeza, en cuya frente competían admiración y espanto, y suspiraba, ya fuera de éxtasis o de deseo.

Un grito de entusiasmo sucedió a la canción de Inés. Ella misma sirvió de beber una ronda, y chocó deliberadamente su vaso con el de Boutraix, quien lo acercó hacia sí con mano insegura, bebiendo de él tras observar que yo lo hacía. Llené de nuevo los vasos y saludé a Inés.

—¡Ay! —dijo—, o ya no sé cantar, o esta sala no le va a mi voz. En otro tiempo no había un átomo de aire que no me respondiera, y que no me otorgase uno de sus acordes. La naturaleza ya no es para mí un caudal de armonías todopoderosas a las que interrogaba y escuchaba, mientras se hermanaban con mis palabras, cuando yo era feliz y amada. ¡Oh! ¡Sergy! —continuó, mirándole con ternura—. ¡Para poder cantar es necesario ser amada!...

—¡Amada! —exclamó Sergy, cubriendo su mano de besos—. ¡Adorada, Inés,

idolatrada como una diosa! ¡Si sólo se necesita el sacrificio sin reservas de un corazón, de un alma, de una eternidad, para inspirar tu genio, entonces canta Inés, canta! ¡Sigue cantando!

—También bailaba —prosiguió ella, apoyando lánguidamente su cabeza sobre el hombro de Sergy—; pero ¿cómo podría bailar sin instrumentos?... ¡Milagro! —añadió al momento—. Algún demonio propicio ha dejado unas castañuelas en mi cinturón...

Y mientras las cogía, comenzó a reír.

—¡He aquí que ya has llegado, día irrevocable de la condenación! —dijo Boutraix—. ¡Ya se ha cumplido el misterio de los misterios! ¡Se acerca el juicio final! ¡Va a bailar!

Antes de que Boutraix hubiera acabado de hablar, Inés se había puesto de pie, y comenzaba a dar pasos graves, ejecutándolos con precisión y sin prisa, que mostraban, con imponente gracia, la majestad de sus formas y la nobleza de sus gestos. A medida que ella cambiaba de lugar y se mostraba ante nosotros bajo distintas perspectivas, nuestra imaginación se sorprendía, como si otra mujer hubiese aparecido en su lugar, pues tan fácil le resultaba dar lo mejor de ella misma a partir de su inagotable variedad de posturas y movimientos. Así, mediante rápidas transiciones, la vimos pasar de una seria dignidad a los moderados transportes del placer que comienza a crecer, después al muelle abandono de la voluptuosidad, más tarde al delirio de la alegría, y después a otro tipo de éxtasis todavía más delirante, y que no tiene nombre conocido; para acabar desapareciendo en las lejanas tinieblas de la inmensa sala, y el ruido de las castañuelas se debilitaba en proporción a su distancia, y disminuía, disminuía cada vez más, hasta que se dejaba de escuchar; después se oía que venía de lejos, aumentaba paulatinamente y retumbaba en cuanto ella volvía a aparecer de manera súbita bajo un torrente de luz en el lugar en donde menos se la esperaba; y entonces se acercaba hasta nosotros hasta el punto de llegar a rozarnos con su vestido, haciendo sonar con una volubilidad desconcertante las castañuelas que acababan de despertar, y que parloteaban como cigarras, arrojando aquí y allá, entre su monótono estruendo, algunos gritos agudos, aunque afables, que llegaban hasta el alma. A continuación se alejaba de nuevo, hundiéndose a medias en la sombra, apareciendo y desapareciendo una y otra vez, escapando a nuestras miradas, según su capricho, intentando dejarse ver; y a continuación no la veíamos ni escuchábamos más, oyendo sólo una nota lejana y doliente, como el suspiro de una joven que se estuviera muriendo, y nosotros permanecíamos embargados, palpitantes de admiración y temor, aguardando el momento en que su velo, llevado por el movimiento de la danza, flotaría y se iluminaría ante la luz de las antorchas, o en que su voz nos advertiría de su regreso, mediante su grito de alegría, al cual responderíamos sin quererlo, ya que hacía vibrar en nuestro interior una multitud de armonías ocultas. En aquel momento volvía, giraba sobre sí misma, como una flor a la que el viento ha separado de su rama; surgía de la tierra, como si de ella hubiera

dependido abandonarla para siempre; y de nuevo volvía a ella, como si de ella hubiese dependido no tocarla; no brincaba en el suelo, os habría dado la impresión de que lo único que hacía era brotar de él, y que una misteriosa suspensión de su destino le había prohibido pisarlo, excepto para escapar de él. Y su cabeza, inclinada con la expresión de una adorable impaciencia, y sus brazos, graciosamente unidos por las manos, que mantenía en signo de petición y rezo, parecía que nos imploraban, a nosotros, para que la retuviéramos a nuestro lado. Sergy se dio por vencido, cuando yo iba a capitular, ante aquella imperiosa atracción, rodeándola con sus brazos.

—¡Quédate —le dijo— o moriré!...

—¡Me voy —le respondió—, y moriré si no vienes!... ¡Alma de Inés! ¿No vas a venir?

Ella se quedó sentada a medias en el sillón de Sergy, con las manos enlazadas alrededor de su cuello, y, en esa ocasión, es seguro que había dejado de fijarse en nosotros.

—Escúchame, Sergy —continuó Inés—. Saliendo de esta habitación, verás a la derecha un corredor largo, estrecho, oscuro. (Cuando entrábamos, yo me había fijado en él.) Lo seguirás durante largo rato, marchando con precaución sobre las baldosas, que están todas rotas. ¡Avanza y sigue avanzando! No te desanimes por los infinitos recodos que se presentarán ante tu vista; no hay manera de perderse. Descenderás los peldaños por los que se baja, de planta en planta, hacia los subterráneos. Faltan algunos; pero el amor es capaz de franquear con facilidad esos obstáculos que no han retrasado el avance de una débil mujer que iba en tu busca. ¡Avanza y sigue avanzando! De tal suerte llegarás ante una tortuosa escalera, aún más deteriorada que todo lo que has podido ver, pero en la que te serviré de guía, puesto que me encontraré en el piso superior. No te inquietes por mis búhos, pues son, desde hace tiempo, mis únicos amigos. Los búhos entienden mi voz, y, por las entreabiertas rendijas del sepulcro en el que habito, les diré que vuelvan a sus almenas, llevándose a todos sus pequeños. ¡Avanza y sigue avanzando! Pero ven, y no tardes... ¿Vendrás?

—¡Claro que iré! —exclamó Sergy—. ¡Oh! ¡Antes la muerte eterna que dejar de seguirte a donde quiera que vayas!...

—El que me ame, que me siga —respondió Inés con una espantosa risotada.

En el mismo instante, recogió su sudario, y ya no la volvimos a ver; la oscuridad de las partes más alejadas de la sala nos la había ocultado para siempre. Me situé delante de Sergy y le sujeté fuertemente. Boutraix, que había vuelto en sí ante el peligro al que estaba expuesto su camarada, me secundó. Hasta el propio Bascara se puso en pie.

—Señor —le dije a Sergy—, como hombre de mayor edad, como aquel que lleva más años de servicio, como amigo de usted, como su capitán, ¡le prohíbo dar un paso! ¿No ves, desgraciado, que aquí eres responsable de todas nuestras vidas? ¿No ves que esta mujer (¡ay!, ¡tan seductora!) no es más que el mágico instrumento del que se sirve una tropa de bandidos, oculta en esta horrorosa madriguera, para hacer

que nos separemos y nos perdamos? ¡Oh! Si te encontrases solo y libre de disponer de tu persona, comprendería tu funesto extravío, y sólo podría compadecerme de ti; Inés posee todo lo necesario para justificar tamaño sacrificio. Pero date cuenta de que lo único que intentan es aislarnos para poder reducirnos, y que, si tenemos que morir aquí, lo haremos, pero no en una burda emboscada, sino vendiendo caras nuestras vidas a los asesinos. ¡Sergy, antes que nada, nos perteneces; y no nos abandonarás!

Sergy, cuya razón parecía estar en pugna con una muchedumbre de sentimientos contradictorios, me miró fijamente, y cayó desfallecido en su sillón.

—Ahora nos toca a nosotros, señores —proseguí, cerrando con dificultad la puerta, a causa de sus herrumbrosos goznes—. Hagamos una barricada con esos viejos muebles para poder defendernos. Mientras se desmantele bajo el peso del posible ataque, tendremos tiempo de ponernos en guardia y aprestar nuestras armas. Nos hallamos en condiciones de resistir a veinte bandidos, y dudo que aquí lleguen a tantos.

—Yo también lo dudo —dijo Boutraix una vez que habíamos acabado de poner en práctica nuestras medidas de seguridad, y que estábamos de nuevo alrededor de la mesa, cerca de la cual había acabado por sentarse Bascara, ya más seguro ante nuestros aires resueltos—. Las medidas que acaban de ser dictadas por el capitán están aconsejadas por la prudencia, y ni siquiera el guerrero más intrépido se muestra indigno de su bravura poniéndose al amparo de las sorpresas; pero la idea que se hace de este castillo me parece desprovista de fundamento; una banda de criminales no ocuparía impunemente, en los tiempos en que vivimos, bajo el terror de nuestras armas y en medio de la infatigable actividad de nuestra policía, las ruinas de una vieja edificación que se encuentra a media legua de una gran ciudad. Se trata de algo que es más imposible que todo aquello cuya imposibilidad, hasta hace poco, hemos estado negando.

—¿De verdad —le dije con sarcasmo— piensa usted, señor Boutraix, que Voltaire y Pirón serían de su misma opinión?

—Capitán —me replicó con una tranquilidad digna de la que nunca le habría creído capaz, y que, sin duda, le era inspirada por la naturaleza de las nuevas ideas a las que comenzaba a abrirse su espíritu—, la ignorancia y la presunción de mis juicios merecían esta ironía, y no me ofenderé por ello. Creo que Voltaire y Pirón apenas serían capaces de explicar mejor que yo lo que acaba de ocurrir; pero, a pesar de lo que pueda suponer este suceso y todo lo que de él se deduzca, me permitirá que piense que los enemigos con los que ahora estamos tratando no necesitarán que les dejemos abiertas las puertas.

—Añadan a eso —dijo Bascara— que tamaño expediente es indigno de ladrones, aun de los más torpes. Enviarles a esta Inés, tan bien aleccionada, a la que ustedes consideran su cómplice, sería despertar su atención, en lugar de distraerla. ¿Acaso les conceden el que hayan pensado que iban a poder encontrar un hombre lo suficientemente loco (pido perdón al señor Sergy) como para seguir a un fantasma

hasta su tumba?; y si es imposible hacer planes al respecto, ¿para qué iban a molestarse entonces con toda esa prodigiosa aparición, que sólo serviría para prevenirles? ¿No era más natural dejarles pasar la primera parte de la noche en la ceguera de una loca confianza y aguardar el momento en que, vencidos por el sueño y por el vino, podrían degollarles sin peligro? Claro está, si su botín, bastante exiguo y que serviría más para delatarles que para enriquecerles, hubiese ofrecido un cebo lo suficientemente tentador a su codicia. En lo que a mí se refiere, sólo veo en esa explicación el esfuerzo de un espíritu incrédulo que se obstina contra la evidencia, y que prefiere creer en los cálculos de su falsa prudencia que en los milagros de Dios.

—Muy bien —le contesté—; señor Bascara, no se habría podido razonar mejor, y consideraré su opinión. Pero si esta explicación no fuera la buena, ¿está usted seguro de no tener otra en reserva? Sus sentidos parecen bastante bien recuperados como para entenderme, y la perfecta calma que siente después de su susto, que tan pronto se ha visto disipado, me dará, si es que lo necesito, una prueba suplementaria. Usted es comediante, señor Bascara, y muy bueno, puedo asegurarlo; lo ha demostrado esta noche mejor que cualquier otra de las transcurridas en Gerona. ¿No conoce a esa maravillosa cantante, a esa bailarina incomparable que, posiblemente, mantuviera en reserva para la apertura del teatro de Barcelona? ¿No habría sido excitante que hiciera una prueba, en un escenario admirablemente preparado, contando con la susceptible sensibilidad de tres fervientes aficionados, cuyo entusiasmo podría servir de garantía a sus futuros éxitos? ¿No se habría divertido al mismo tiempo su vanidad española, con demasiada complacencia, ante la posibilidad de inspirar algún transporte de inquietud y temor a tres oficiales franceses? ¿Qué dice a eso, señor?

—¡Ah! ¡Ah! —dijo Boutraix, sonriendo y acabando de apurar su bebida, pues sólo buscaba un pretexto para volver a ser el gran filósofo de antes—. ¿Qué contesta a eso, señor bromista?...

Sergy, quien hasta entonces no había salido de su abatimiento ensoñador, nos echó una mirada que ya no era tan triste ni estaba tan ida. La idea de volver a encontrar a Inés en la tierra de los vivos había aportado alguna templanza a su dolor; vislumbraba la esperanza de hacer que llegara de nuevo a nuestro lado y así volverla a ver. Se puso a escuchar. Bascara se encogía de hombros.

—Por favor —continué, cogiendo una de sus manos—, esta broma no es de tan mal gusto como para irritarle, y nos ha gustado demasiado como para poder considerarla un crimen. Añadiré incluso, sin temor a ser desmentido por mis camaradas, que cada uno de nosotros pagará gustoso su asiento en la repetición; pero ahora la comedia se ha terminado, y deberá contarnos su secreto, como se hace con gente honesta a la que no se embauca impunemente, y en cuyo seno un hombre como usted se alegra de poder encontrar sus amistades. ¡Explíquese con franqueza, destruyamos esta ridícula barricada y haga entrar a Inés! ¡Le prevengo de que toda reticencia prolongada más allá de los límites que nuestra cortesía ha tenido a bien imponer, se convertirá en un injurioso ultraje, que pagará caro! ¿Por qué no nos

responde?

—Porque es inútil responder —dijo Bascara—. Un único momento de reflexión les habría ahorrado la pena de interrogarme. Les remito a ustedes mismos.

—¡Ciertamente, señor! ¿Con ésas sigue? Me parecía haber sido bastante preciso.

—Acepto la precisión —replicó Bascara—. Pero ¿dónde se encuentra la verosimilitud? Piensen un poco. ¿No es cierto que me han encontrado esta mañana en el coche de Esteban? ¿No es cierto que en ese mismo momento se sentaron a mi lado? ¿No es cierto que yo no podía saber que iban a venir? ¿No es cierto que desde entonces no les he abandonado ni un solo momento?

—Es cierto —dijo Sergy.

—Es cierto —dijo Boutraix.

—Sigamos —dijo Bascara—. ¿Habría podido yo predecir la tempestad imprevista que nos sorprendió saliendo de Gerona? ¿Habría podido predecir que no llegaríamos en el día a Barcelona? ¿Habría previsto que se les ocurriría el temerario proyecto de pernoctar en el castillo de Ghismondo, cuya única vista hace poner los pelos de punta a los viajeros? ¿No he combatido esa decisión con todas mis fuerzas, y no he llegado hasta aquí casi a la fuerza?

—Es cierto —dijo Boutraix.

—Es cierto —dijo Sergy.

—Pero aún hay más. ¿Con qué propósito habría organizado esta prodigiosa intriga? Con el de servirme de tres oficiales de la guarnición de Gerona para que una cantante, una bailarina como la que acaban de ver (si prefieren llamarla así yo no me opondré a ello) haga su debut. En verdad, caballeros, hacen demasiado honor a la munificencia de un pobre regidor de provincias al suponer que es capaz de dar *gratis* semejantes representaciones. ¡Oh! Si yo tuviese una actriz como Inés (¡que la misericordia del Señor pueda descender sobre ella!), me guardaría mucho de exponerla a coger un reuma mortal bajo las húmedas bóvedas de este castillo maldito, o un esguince entre sus ruinas; y me guardaría mucho de llevarla a Barcelona, donde no hay agua para beber desde la guerra, cuando podría conseguir con ella una fortuna a lo largo de una temporada en la Scala de Milán o en la Ópera de París. ¡Y qué digo yo de temporada! ¡Con una sola noche, con una única canción, con un único paso de danza! ¿Acaso la Pedrina de Madrid, de la que tanto se ha hablado, aunque sólo haya aparecido en público una sola vez, y que se despertó, según se dice, al día siguiente, con los tesoros de la corona, podría compararse con ella? ¡Una cantante! ¿Es que no la han oído? ¡Una bailarina..., que ni siquiera ha llegado a rozar ni un instante el piso con sus pies!

—Es verdad —dijeron al tiempo Sergy y Boutraix.

—Permítanme sólo una palabra más —añadió Bascara—. Mi súbita calma les ha sorprendido. ¿Y por qué no, si yo he sido el primero en extrañarme? Pero ahora lo comprendo. La impaciencia con la que se retiró Inés indicaba que el tiempo de la aparición se había terminado, y esta idea ha calmado mi espíritu. En cuanto a la

explicación de por qué no han aparecido los tres condenados, como es su costumbre, se trata de una cuestión más difícil de explicar, y que sólo me interesa en lo que afecta a la caridad cristiana. Y según todas las apariencias, concierne más particularmente a aquellos que han representado su papel.

—¡Entonces —dijo Boutraix—, que Dios tenga piedad de nosotros!

—Extraño misterio —exclamé a mi vez, dando un puñetazo en la mesa, pues todas esas razones me habían convencido—. Entonces, se lo pregunto a usted: ¿qué ha sido lo que hemos visto hace un rato?...

—Lo que muy raramente consiguen ver los hombres en esta vida —respondió Bascara, rosario en mano— y que un número muy grande de hombres no verá en la otra: un alma del purgatorio.

—Señores —proseguí con suficiente energía—, estamos ante un secreto que ninguna inteligencia humana puede penetrar, y que, sin duda, se oculta bajo algún hecho natural, cuya explicación suscitaría en nosotros una sonrisa, pero que se halla más allá de nuestra razón. Cualquiera que sea, debe importarnos el hecho de no conceder la autoridad de nuestro testimonio a supersticiones que son tan indignas del cristianismo como de la filosofía. Y sobre todo debe importarnos no comprometer el honor de tres oficiales franceses con la narración de un suceso ciertamente extraordinario, estoy de acuerdo en ello, pero cuyo enigma, resuelto antes o después, muy posiblemente, podría exponernos algún día a la irrisión pública. Juro aquí por mi honor, y espero de ustedes el mismo juramento, no volver a hablar en toda mi vida de lo que nos ha sucedido esta noche, hasta que las causas de este extraño suceso no me sean claramente conocidas.

—Nosotros también lo juramos —dijeron Sergy y Boutraix.

—Pongo por testigo al divino Jesús —dijo Bascara— por la fe que tengo en su Santa Natividad, cuya gloriosa conmemoración se celebra en estos momentos, de que solamente hablaré de lo sucedido a mi confesor, bajo el secreto del sacramento de la penitencia; ¡y que el nombre del Señor sea alabado por los siglos de los siglos!

—¡Amén! —dijo Boutraix, abrazándole con emoción sincera—. Le ruego, querido hermano, que no me olvide en sus oraciones, pues por desgracia ya no recuerdo las mías...

La noche seguía su curso. Un sueño inquieto nos sorprendió a uno tras otro. No hace falta que les diga qué fue lo que soñamos. Finalmente, el sol amaneció en un cielo más limpio de lo que podríamos haber imaginado la noche anterior, y sin hablar entre nosotros una sola palabra, llegamos bastante pronto a Barcelona.

—¿Y después? —dijo Anastase.

—¿Después? Aclárame qué quieres decir con eso, ¿que no se ha acabado el cuento?

—No sabría decir por qué, pero me parece que todavía le falta algo —dijo Eudoxie.

—¿Qué más puedo decir? Dos días después estábamos de regreso en Gerona, en

donde nos aguardaba la orden de reincorporarnos a nuestro regimiento. Los reveses del gran ejército obligaban al emperador a reunir en el norte la elite de sus tropas. Allí me encontré con Boutraix, que había vuelto a ser devoto desde que había hablado en persona con un alma del purgatorio, y con Sergy, quien no había cambiado de amor desde que se había enamorado de un fantasma. Sergy estaba a mi lado en la batalla de Lützen, cuando recibíamos el primer fuego del enemigo. Se derrumbó al instante, y dejó descansar su cabeza, alcanzada por el plomo mortal, sobre el cuello de mi caballo.

—Inés —murmuró—, voy a tu encuentro —y entregó su último suspiro.

Algunos meses más tarde, el ejército regresó a Francia, en donde algunos inútiles prodigios de valor retrasaron, aunque sin impedirla, la caída del Imperio. Entonces se firmó la paz y gran número de oficiales depuso para siempre sus armas. Boutraix se encerró en un convento, donde, así lo creo, todavía debe encontrarse; yo me retiré a la hacienda de mi familia, que por el momento no pienso abandonar. Eso es todo.

—Ésa no es —dijo Anastase, con cierto aire de enfado— toda la historia de Inés. Sin duda llegaste a saber más cosas.

—Esta historia es de las más completas dentro de su estilo —respondí—. Me habéis pedido una historia de aparecidos, y si lo que os he contado no es una historia de aparecidos no sé lo que podrá ser. Cualquier otro desenlace sería perjudicial a lo expuesto, pues haría cambiar su naturaleza.

—Mal pretexto —dijo el sustituto—. Está usted intentando ahorrarse una explicación mediante una sutileza. Razonemos un poco, se lo ruego, pues la lógica es, en todas partes, de recibo, incluso en los cuentos de aparecidos. Ha tomado, junto con sus camaradas, el compromiso solemne de guardar absoluto silencio sobre lo ocurrido la noche de Navidad, en tanto que la causa de la aparición no fuera explicada claramente; usted mismo se ha impuesto esta obligación mediante juramento, y lo recuerdo perfectamente; pues sólo me he quedado dormido al comienzo de la narración, que, entre paréntesis, era un poco larga. Luego usted solamente ha podido ser liberado de esa especie de contrato sinalagmático (así es como se le llama en derecho) gracias a la aclaración condicional en que estaba fundamentado; a menos que le agrade suponer que haya podido ser eximido mediante la muerte de uno de los contrayentes y por la entrada en profesión del otro, que, ciertamente, puede ser considerada como una especie de muerte; pero le aviso que este declinatorio no puede ser admitido en el caso, lo que probaré en su debido momento si usted persiste en sus conclusiones. Por consiguiente, se encuentra en el caso flagrante de infracción al acuerdo pactado, siempre que la condición que lo rescinda no haya sido cumplida.

—Le ruego, señor sustituto —repliqué— que me ahorre este proceso, justamente a mí que nunca tuve uno en mi vida. Estoy perfectamente en regla con los términos de mi contrato, que habría podido dispensarme de haber mencionado, si hubiera querido dejar algo sin contar. Pero la historia que reclama es otra historia; el reloj marca más de la medianoche. ¿Me permitirá usted que deje la palabra del logogrifo

un mes en suspenso, siguiendo la costumbre del veterano *Mercure de France*?

—Yo estimo —añadió el sustituto— que se puede conceder un aplazamiento, si tal cuadra a las señoras.

—Hasta entonces —continué—, su imaginación puede afanarse en buscar la explicación que he prometido. Le advierto, no obstante, que se trata de una historia verídica, desde el principio hasta el final, y que en todo lo que les he contado no hay ni superchería, ni engaño, ni ladrones...

—¿Ni aparecida? —dijo Eudoxie.

—Ni aparecida —concluí, mientras me levantaba y cogía el sombrero.

—¡Tanto peor, a fe mía! —dijo Anastase.

## II

—Pues si no era una verdadera aparición —dijo Anastase en cuanto me hube sentado—, dínos lo que era. Hace un mes que pienso en ello, sin encontrar una explicación satisfactoria a tu historia.

—Lo mismo que yo —dijo Eudoxie.

—No he tenido tiempo de pensar en ello —dijo el sustituto—; pero me parece recordar que el asunto lindaba sobremanera con lo sobrenatural.

—Y sin embargo, no hay nada que sea tan natural —respondí—, todos hemos oído contar, o incluso hemos visto con nuestros propios ojos, cosas mucho más extraordinarias que las que aún me quedan por contarles si están dispuestos a escucharme una vez más.

El círculo se estrechó un poco, pues en las largas veladas de una ciudad pequeña no hay nada mejor para conciliar el sueño que escuchar cuentos fantásticos. Así pues, entré en materia.

Ya les había dicho que se había hecho la paz, que Sergy estaba muerto, que Boutraix era monje y que yo no era otra cosa que un pequeño propietario sin problemas. Los atrasos de mis rentas casi me habían otorgado la opulencia, y una herencia, que vino a sumarse a lo anterior, me enriqueció en demasía, por lo que decidí gastar lo que me era superfluo en placeres y en viajes de instrucción, dudando un momento acerca de la elección del país que iría a visitar; pero esto sólo era una finta de mi razón, que luchaba contra mi corazón. Mi corazón me recordaba Barcelona, y el romance podría proporcionar, encontrándose en el lugar apropiado, un accesorio mucho más importante que la idea principal. Lo cierto es que una carta de

Pablo de Clauza, el amigo más querido de los que había dejado en Barcelona, acabó de decidirme. Pablo se casaba con Leonora, Leonora era la hermana de Estela, y esta Estela de la que os hablaré dentro de poco era la heroína de aquel romance del que no volveré a hablar.

Llegué demasiado tarde a la boda; se había efectuado hacía tres días, pero se proseguía, según la costumbre, en fiestas que, en ocasiones, se prolongan más allá de las dulzuras de la luna de miel. Pero tal cosa no debía ocurrir en la familia de Pablo, que era digno de ser amado por una mujer totalmente amable, y que hoy ha alcanzado la felicidad que entonces deseaba. Esto es algo que se ve, de vez en cuando; pero no hay que pensar que siempre se cumpla. Estela me recibió como a un amigo al que se echa de menos y que se desea ver de nuevo, y mis relaciones con ella no me dieron lugar a pensar nada más, sobre todo después de dos años de ausencia, pues esto ocurría en 1814, en el intervalo de la corta paz europea que separó la primera restauración, del 20 de marzo.

—Hemos cenado antes de lo usual —dijo Pablo entrando en el salón hasta el cual había conducido a su mujer—, un breve refrigerio nos sentará bien; pero había que dedicar una hora al arreglo personal, por lo que no he encontrado a nadie que quiera ocupar los palcos que he reservado para la representación, quizá única, de la Pedrina. ¡Es tan extraordinaria esa virtuosa! ¡Sólo Dios sabe si podremos verla mañana!

—¿La Pedrina? —dije mientras recordaba—. Oí ese nombre en una ocasión y en circunstancias demasiado memorables como para que no me acuerde de él. ¿No se trata de esa cantante extraordinaria, que desapareció de Madrid después de un día de triunfos, de cuyo paradero no se supo nunca más? Sin ninguna duda justifica la curiosidad de que es objeto a causa de su talento, que no se puede comparar con lo que se suele ver en los teatros; pero te confieso que un singular suceso de mi vida me ha curado por completo de ese género de emociones, por lo que no tengo ninguna curiosidad de escuchar o ver a la mismísima Pedrina. Permíteme que os espere en las Ramblas hasta que llegue la hora de reunirme con vosotros.

—Como desees —replicó Pablo—. ¡Aunque había pensado que Estela daba por descontado que tú la acompañarías! Estela regresó, en efecto, y cuando se iba a ir se acercó a mí. Olvidé que me había prometido a mí mismo no volver jamás a ver a una bailarina, ni escuchar a una cantante, después del asunto de Inés de Las Sierras, pues aquel día creía estar seguro de que sólo vería y escucharía a Estela. Mantuve lo dicho durante largo rato, y me sería bastante difícil poder decir qué fue lo primero que se tocó. Ni siquiera el murmullo que había anunciado la aparición de la Pedrina había conseguido conmoverme; me mantenía en calma y con los ojos medio tapados por una de mis manos, cuando el silencio profundo que había reemplazado a esta emoción pasajera fue roto, sin previo aviso, por una voz que me resultaba imposible no reconocer. La voz de Inés no había dejado nunca de resonar en mis oídos; me perseguía en mis meditaciones, me acunaba en mis sueños, y la voz que oía, ¡era la voz de Inés! Me estremecí, di un grito, me abalancé hacia la balaustrada del palco, la

mirada suspendida en el escenario. ¡Pues era Inés, la mismísima Inés! Mi primera intención fue buscar, recopilar todas las circunstancias, todos los hechos que podían darme la seguridad de que me encontraba en Barcelona, que asistía a la comedia, que no era como todos los días, desde hacía dos años, víctima de mi propia imaginación; que no había sido sorprendido por uno de mis habituales sueños. Me esforcé por agarrarme a cualquier cosa que pudiera convencerme de la realidad de mi sensación. Encontré la mano de Estela y la estreché con fuerza.

—¡Vaya! —me dijo sonriendo—. ¡Tan seguro que estaba de hallarse prevenido contra las seducciones de una voz femenina! ¡Apenas comienza la Pedrina, y ya está fuera de sí...!

—¿Está segura, Estela —le repliqué—, de que la Pedrina está aquí? ¿Sabe usted, con certeza, si es una mujer, una cómica o si se trata de una aparición?

—En verdad —prosiguió ella— que es una mujer, una cómica extraordinaria, una cantante como no hay otra igual, pero no creo que haya nada más. Su entusiasmo, tenga cuidado con él —añadió con indiferencia—, tiene algo de inquietante a los ojos de los que la aman. No es el primero, según se dice, a quien su contemplación habría vuelto loco, y esta debilidad de corazón, probablemente, no halagaría ni a su mujer ni a su amante.

Al acabar estas palabras, retiró su mano, y yo no la intenté retener; la Pedrina seguía cantando. A continuación, bailó, y mi pensamiento, que había ido a su encuentro, se entregó sin resistencia a todas las impresiones que ella pudo sugerirle. La embriaguez universal ocultaba la mía, pero ella hacía que fuese en aumento; todo el tiempo que había transcurrido entre nuestros dos encuentros, para mí se había disipado, porque ninguna sensación del mismo género y de la misma fuerza que la primera había podido llegar a recordármela; me parecía que me encontraba aún en el castillo de Ghismondo; pero en un castillo de Ghismondo ampliado, decorado, poblado por una inmensa muchedumbre, y las aclamaciones, que surgían por todas partes, zumbaban en mis oídos como carcajadas demoníacas. Y la Pedrina, poseída por un frenesí sublime que sólo el infierno puede inspirar y mantener, continuaba devorando con sus pasos el entarimado, huyendo, regresando, volando, expulsada o atraída por irresistibles pulsiones, hasta que, jadeante, agotada, aniquilada, cayó en los brazos de sus comparsas, profiriendo, con una expresión desagarradora, un nombre que me pareció escuchar, y que resonó dolorosamente en mi corazón.

—¡Sergy está muerto! —exclamé, llorando a lágrima viva, con los brazos extendidos hacia el escenario...

—Decididamente, está loco —dijo Estela, sujetándome en mi asiento—. ¡Pero cálmese de una vez! Ella ya se ha ido.

«¡Loco!», proseguí para mis adentros... «¿Será verdad? ¿Me habrá parecido ver lo que no veía? ¿No estaba oyendo lo que creía oír? ¡Loco, gran Dios! ¡Apartado del género humano y de Estela por una dolencia que me convertirá en la comidilla de todos! ¿Es éste el castigo que tú, castillo fatal de Ghismondo, deparas a los

temerarios que se atreven a violar tus secretos? ¡Oh, mil veces dichoso Sergy, por haber muerto en los campos de Lützen!»

Me sumía en esas ideas cuando sentí el brazo de Estela enlazarse al mío para abandonar el espectáculo.

—¡Ay! —le dije, temblando, pues ya comenzaba a volver en mí—, debo darle lástima, pero más lástima le daría si conociera una historia que no me está permitido contarle. Lo que acaba de ocurrir no es otra cosa para mí que la prolongación de una ilusión terrible, de la que mi razón nunca llegó a liberarse por completo. Permítame quedarme a solas con mis pensamientos, y poner en ellos, en la medida que me sea posible, un poco de orden y coherencia. Los placeres de una tranquila conversación me están hoy prohibidos; mañana me encontraré más calmado.

—Mañana podrás encontrarte como te plazca —dijo Pablo, que acababa de escuchar mis últimas palabras, al pasar a nuestro lado—, pero da por sentado que esta noche no podrás desembarazarte de nosotros. Además —añadió—, a efectos de convencerte, cuento más con las instancias de Estela que con las mías.

—¿Será cierto —prosiguió Estela— que accederá usted a concedernos el tiempo que, sin duda, destina a pensar en la Pedrina?

—En nombre de Dios —exclamé—, no pronuncie más ese nombre, querida Estela, pues el sentimiento que sufro al oírlo no se parece a ninguno de los sentimientos que podría imaginar, como no fuera el del terror. ¿No comprende que no puedo explicarme más ampliamente?

Había sido necesario claudicar. Me encontraba sentado sin tomar parte en la colación, y como yo esperaba, sólo se había estado hablando de la Pedrina.

—El interés que les inspira esa mujer extraordinaria —dijo inopinadamente Pablo—, tiene algo que parece tan exaltado que resulta difícil pensar que exista la posibilidad de que pueda ir a más. ¿Que pasaría si conocieran sus aventuras, de las que buena parte han transcurrido, ciertamente, en Barcelona, pero en una época en que la mayoría de nosotros no nos habíamos asentado todavía en ella? Se verían obligados a convenir que las desgracias de la Pedrina no eran menos sorprendentes que sus talentos.

Ninguno le respondió, pues estábamos pendientes de escucharle; y Pablo, que se dio cuenta, continuó:

—La Pedrina no pertenece a la clase de la que suelen salir, por lo general, sus colegas, y en la que se reclutan esas compañías nómadas, cuyo destino será satisfacer los placeres de la multitud. Su apellido auténtico fue llevado, en tiempos remotos, por una de las familias más ilustres de la antigua España. Su nombre es Inés de Las Sierras.

—¡Inés de Las Sierras! —exclamé levantándome del asiento en un estado de exaltación difícil de describir—. ¡Inés de Las Sierras! ¿Es cierto? ¿Pero tú sabes, Pablo, quién es Inés de Las Sierras? ¿Tú sabes de dónde viene, y a cambio de qué espantoso privilegio se hace oír en un teatro?

—Yo sé —dijo Pablo, sonriendo—, que es una extraña e infortunada criatura, cuya vida merece, al menos, tanta piedad como admiración. En cuanto a la emoción que te causa su nombre, no podría extrañarme, pues es probable que más de una vez te haya llamado la atención en alguna triste endecha de nuestros *Romanceros*<sup>[22]</sup>. La historia que trae a la memoria de nuestro amigo —prosiguió, dirigiéndose al resto de los asistentes— es una de esas tradiciones populares de la Edad Media, que, probablemente, estuvieron basadas en algunos hechos reales o en algunas especiosas apariencias, y que, de generación en generación, se han mantenido en el recuerdo de los hombres, hasta el punto de adquirir una especie de autoridad histórica. Ésta, sea lo que fuere, ya gozaba de gran crédito en el siglo dieciséis, puesto que obligó a la poderosa familia De Las Sierras a expatriarse con todos sus bienes, aprovechando los nuevos descubrimientos de la navegación, llevando su nuevo domicilio a Méjico. Lo único cierto es que la fatalidad trágica que la perseguía no aflojó su rigor en otros climas. Con frecuencia he escuchado aseverar que desde hace trescientos años todos sus cabezas de familia han muerto por la espada.

»A comienzos de siglo, cuyo decimocuarto año nos hallamos recorriendo, todavía vivía en Méjico el último de los nobles señores De Las Sierras. La muerte acababa de llevarse a su mujer, y sólo le quedaba una hija de seis o siete años de edad, a la que había puesto el nombre de Inés. Nunca antes se había llegado a vislumbrar en una edad tan temprana tantas y brillantes facultades, y el marqués De Las Sierras no escatimó nada para el cultivo de esos dones preciosos que prometían tanta gloria y felicidad a su vejez. En efecto, hubiera sido muy feliz si la educación de su hija única hubiese sido capaz de acaparar todos sus cuidados, así como sus afectos; pero, al poco tiempo, sintió la funesta necesidad de llenar con otro sentimiento el profundo vacío de su corazón. Amó, creyó ser amado, y se enorgulleció de su elección; hizo aún más: se felicitó por dar otra madre a su bella Inés, y lo único que hizo fue darle una implacable enemiga. La aguda inteligencia de Inés no tardó en darse cuenta de todas las dificultades que presentaba su nueva posición. Pronto comprendió que el arte, que hasta entonces no había sido para ella más que objeto de distracción y placer, podía llegar a ser, algún día, su único recurso. Y desde entonces, se entregó a él con un ardor que fue coronado por éxitos sin parangón, y, al cabo de muy pocos años, ya no llegó a necesitar ningún maestro. El más hábil y presuntuoso de los suyos se habría sentido honrado al recibir sus lecciones; pero ella pagó caro aquel glorioso privilegio, si es cierto que, por aquella época, su razón, tan pura y brillante, vencida por las continuas fatigas, pareció alterarse gradualmente, y que momentáneos extravíos comenzaron a declarar el desorden de su inteligencia, en el momento en que parecía que ya no tenía nada más que aprender.

»Un día, el cuerpo inanimado del marqués De Las Sierras fue llevado a su palacete. Había sido encontrado, lleno de puñaladas, en un lugar apartado, pero no se conocía ningún hecho que pudiese arrojar alguna luz acerca del móvil y del autor del cruel asesinato. Sin embargo, la opinión pública no tardó en señalar un culpable. El

padre de Inés no tenía enemigos conocidos, pero antes de su segundo casamiento había tenido en Méjico un rival, notorio por el ardor de sus pasiones y lo violento de su carácter. Su nombre se hallaba en la mente de todos; pero esa sospecha generalizada no pudo convertirse en acusación porque no estaba justificada siquiera mediante una débil prueba. No obstante, las conjeturas de la gente cobraron nueva fuerza, cuando, al cabo de algunos meses, se vio cómo la viuda de la víctima caía en los brazos del asesino, y si desde entonces no ha habido nada capaz de disiparlas, hay que decir que tampoco ha disminuido su convicción. Así pues, Inés se quedó sola en la casa de sus mayores, entre dos personas que le eran extrañas por igual, y a las que un secreto instinto convertía en igual de odiosas, y que habían recibido de la ley la autoridad que supliría a la familiar. Los ataques que, en ocasiones, habían amenazado su salud se multiplicaron a partir de entonces de manera espantosa, lo que no sorprendió a nadie, aunque, por lo general, se desconociesen la mitad de sus males.

»Vivía en Méjico un joven siciliano, que se hacía llamar Gaetano Filippi, cuya vida pasada parecía ocultar algún sospechoso misterio. Una ligera idea del arte, un parloteo seductor, aunque frívolo, maneras elegantes que revelaban falsedad y afectación, ese barniz de cortesía que las personas honestas deben a su educación y los intrigantes al comercio mundano, le habían proporcionado el acceso a la alta sociedad, que, a causa de la depravación de sus costumbres, le habría estado prohibido. Inés, que apenas tenía dieciséis años, era demasiado ingenua, y, al mismo tiempo, demasiado exaltada, para penetrar lo que se encontraba bajo aquella engañosa apariencia. Y confundió la turbación de sus sentidos con la revelación del primer amor. A Gaetano no le preocupaba la dificultad de darse a conocer amparado por ventajosos títulos: conocía el arte de procurarse los que necesitaba, dándoles toda la apariencia de autenticidad necesaria para fascinar la vista de los más hábiles y experimentados. Y solicitó la mano de Inés, pero fue en vano. La madrastra de la infortunada había decidido apropiarse de su fortuna; y es probable que no habría escatimado medio alguno para conseguir sus fines. Su marido la secundó, a su vez, con un celo que, sin duda, ocultaba ante ella su secreto móvil. Pues el miserable estaba enamorado de su pupila, se había atrevido a declarársele algunas semanas antes, y se había prometido a sí mismo seducirla. Ésa, y no otra, era la profunda pena que agravaba con tanta crueldad, desde hacía algún tiempo, las mortales penas de Inés.

»Lo que le ocurría a Inés era consecuencia de su constitución, que era la de todas aquellas personas que habían sido favorecidas en grado superior por la genialidad. A la grandeza de un talento sublime unía la debilidad de un carácter que sólo quería que le llevaran de la mano. En la vida de la inteligencia y del arte era un ángel. En la vida diaria y práctica era una niña. La simple aparición de un benévolo sentimiento cautivaba su corazón, y cuando su corazón se hallaba sumiso la razón ya había agotado todas sus objeciones. Esta disposición de espíritu no tiene nada de funesto, si se da en felices circunstancias y bajo una sabia dirección; pero el único ser en quien

Inés pudo reconocer un ascendiente, rodeada de la triste soledad en que la muerte de su padre la había dejado, sólo buscaba su perdición. ¡Ése es uno de esos horribles secretos que la inocencia nunca puede llegar a imaginar!

»Gaetano la decidió, casi sin esforzarse, por el rapto, ya que de él hacía depender la salud de su amante. Apenas tuvo que convencer a Inés de que toda la herencia de sus ancestros le pertenecía, a consecuencia de un legítimo y sagrado derecho; un día desaparecieron; y al cabo de algunos meses, abundantemente provistos de oro, joyas y diamantes, los dos estaban en Cádiz.

»Allí, finalmente, era levantado el velo; pero los ojos de Inés, deslumbrados todavía por los falsos resplandores del amor y el placer, aún rehusaron por algún tiempo ver la verdad en su plenitud. Sin embargo, el mundo al que la había arrojado Gaetano, en ocasiones la espantaba, a causa de la licencia de sus principios; se extrañaba de que el paso de uno a otro hemisferio pudiera dar lugar a tan extrañas diferencias en el lenguaje y las costumbres; y buscaba, temblando, una mente capaz de armonizar con la suya, entre toda esa muchedumbre de farsantes, libertinos y cortesanas que conformaban su sociedad acostumbrada, pero no la encontraba. Los pasajeros recursos que había obtenido de una acción, acerca de la que nunca había sentido la seguridad de su conciencia, comenzaban, por lo demás, a escasear, y la hipócrita ternura de Gaetano parecía disminuir al igual que ellos. Un día, cuando se despertó, le llamó inútilmente, e inútilmente le estuvo esperando la siguiente noche; al día siguiente, ya había pasado de la inquietud al temor, y del temor a la desesperación; la espantosa realidad vino, finalmente, a colmar todas sus miserias. Se había ido, después de haberla despojado de todo, se había ido con otra mujer; la había abandonado, pobre, deshonrada, y, para colmo de las desgracias, la había entregado a su propio desprecio. Ese resorte formado de noble orgullo, que en toda alma irreprochable reacciona contra el infortunio, acabó por romperse en la de Inés. Llegó a adoptar el nombre de Pedrina para sustraerse a la búsqueda de sus indignos parientes. «¡De acuerdo, Pedrina!», se dijo con amarga resolución; «¡Que la vergüenza y la ignominia caigan sobre mí, puesto que así lo ha dispuesto mi destino!» Y en adelante, ella solamente sería la Pedrina.

»Les será fácil comprender que deje de seguirla a través de todos los particulares de su vida, que, por lo demás, ella no ha dado a conocer. No la volvemos a ver hasta aquel memorable debut de Madrid, que tan rápidamente la situó en la primera fila de las más célebres virtuosas. El entusiasmo fue tan vehemente y apasionado, que toda la ciudad retumbó con los aplausos del teatro, y la muchedumbre que la había acompañado hasta su casa con sus aclamaciones y sus laureles no consintió en disolverse hasta que ella no se mostró, una vez más, desde una de las ventanas de su apartamento. Pero aquél no era el único sentimiento que había conseguido despertar. Su belleza, que, en efecto, no era menos notable que su talento, había producido una profunda impresión en un personaje ilustre, que entonces tenía entre sus manos una parte de los destinos de España, y que me permitirán no mencionar de otra manera, ya

sea porque esta anécdota de su vida privada no esté todo lo clara que exige mi conciencia de historiador, o porque me repugne añadir una debilidad, por lo demás bastante excusable, a los errores ciertos o falsos con los que la mudable opinión del pueblo acusa siempre a los reyes en desgracia. Lo único cierto es que ella no volvió a aparecer en escena, y que todos los favores de la fortuna se acumularon, en pocos días, en la persona de esta oscura aventurera, cuya vergüenza y miseria pudo haberse visto un año antes en las provincias limítrofes. Ya no se habló más que de la variedad de sus vestidos, la riqueza de sus joyas, el lujo de sus carruajes; y en contra de lo acostumbrado, se le perdonó, con bastante facilidad, aquella súbita opulencia, porque entre sus jueces había muy pocos hombres que no se hubieran sentido dichosos al entregarle cien veces más. Hay que añadir, en honor a Pedrina, que no dilapidaba los tesoros que se debían al amor en fantasías estériles. Compasiva y generosa por naturaleza, buscaba la desgracia para intentar aliviarla; fue a llevar ayuda y consuelo al triste reducto del pobre y a la cabecera del enfermo; alivió todos los infortunios, con una gracia que debía añadirse a sus beneficencias; y, aunque favorita, se hizo querer por el pueblo. ¡Es eso tan fácil cuando se es rico!

»El nombre de Pedrina hacía demasiado ruido como para no llegar a oídos de Gaetano, hasta el oscuro lugar en donde escondía su vergonzosa vida. El producto del robo y la traición, que hasta entonces le había mantenido, ya no podía satisfacer sus necesidades. Se lamentó de no haber llegado a conocer todos los recursos que podía obtener del envilecimiento de su amante. Llegó a hacer proyectos para reparar su falta al precio que fuese, aunque fuese al precio de un nuevo crimen. Eso era lo que menos le costaba. Contaba con su habilidad, que había ejercitado con tanta frecuencia que podía confiar plenamente en ella. Conocía el corazón de Inés, y el desgraciado no dudó en presentarse ante ella. La justificación de Gaetano parecía imposible desde un principio, pero no hay imposibles para un espíritu artificioso, sobre todo cuando se halla secundado por la ciega credulidad del amor; y Gaetano no solamente era el primer hombre que hubiera hecho palpar el corazón de Inés; era el único a quien había amado. Todos los extravíos a los que, después, se habían abandonado sus sentidos, habían dejado su alma fría e indiferente; y, por un privilegio, sin duda, muy poco frecuente, ella se había perdido, pero sin corromperse. La historia de Gaetano, por absurda que fuera, no tuvo mucha dificultad en obtener el crédito de la verdad. Inés tenía necesidad de creer en ella para recuperar algún destello de su desaparecida felicidad, y esa disposición de espíritu suele contentarse con la más imprescindible verosimilitud. Es probable que no se atreviera a plantearse las objeciones que a su pensamiento se le presentaban en tromba, por temor a encontrar una que pudiera quedar sin respuesta. ¡Es tan dulce engañarse con lo que uno ama, cuando no puede dejar de amarlo!

»Por lo demás, el pérfido no había descuidado ninguna de sus mentiras. Llegaba de Sicilia, adonde había ido a preparar a su familia para que permitiera su casamiento. Lo había conseguido. Su propia madre se había dignado acompañarle a

España, para hacer menos largo el momento en que vería a una querida hija de la que se había hecho la más lisonjera de las ideas. Pero ¡qué horrible nueva le aguardaba en Barcelona! El rumor del éxito de Pedrina le había llegado acompañado del de su crimen y su ignominia. ¿Era ése el precio que ella había reservado a tanto amor y tantos sacrificios? La primera idea, el primer sentimiento del que se sintió capaz, fue la resolución a morir, pero su ternura hacia ella había prevalecido sobre su desesperación. Había ocultado a su madre su triste secreto; y había ido volando hasta Madrid para hablar con Inés, para hacerla escuchar, si es que aún había tiempo, la llamada del honor y la virtud; ¡Había venido para perdonar, y perdonaba! ¿Cómo lo diría? Inés, inundada en lágrimas; Inés, extraviada, palpitante, loca de remordimiento, de agradecimiento y de alegría, cayó a los pies del impostor; y la hipocresía venció, casi sin esfuerzo, a un corazón demasiado sensible y confiado para sospechar de ella. Este súbito cambio de papel y de posición, que daba al culpable todos los derechos propios del inocente, quizás puede extrañarnos. ¡Pero preguntad, más bien, a las mujeres! Es de lo más corriente.

»Sin embargo, las sospechas de Inés debieron despertarse cuando vio a Gaetano más preocupado de cargar en el coche preparado para su partida los tesoros, cuya procedencia ella no podía recordar sin enrojecer, que de sustraerla a ella misma de sus criminales amores. Ella insistió, inútilmente, en abandonarlo todo. No fue escuchada. Cuatro días más tarde, un coche de viajeros se detenía en Barcelona, delante del hotel Italia. Y de él salieron un joven elegantemente vestido, y una dama que parecía preocupada por sustraerse a las miradas de los viajeros y de los transeúntes. No eran otros que Gaetano y la Pedrina. Un cuarto de hora después, el joven salió y se dirigió hacia el puerto. La ausencia de la madre de Gaetano no hacía más que confirmar los temores que Inés había comenzado a concebir. Parecía que ella había conseguido dominar lo suficiente su timidez como para poder expresarse sin rodeos, cuando él regresó a su apartamento. Es, al menos, seguro que una violenta discusión entre ambos comenzó por la tarde y se reprodujo en varias ocasiones por la noche. Al despuntar el día, Gaetano, pálido, vencido, agitado, hizo que los criados transportaran varias cajas a bordo de un navío que debía zarpar esa mañana, y él mismo los acompañó, transportando una caja más pequeña que había tapado con los pliegues de su manto. Una vez que llegó al edificio, despidió a los que le habían seguido, con el pretexto de algunas diligencias que aún le retenían, no sin antes pagarles, con largueza, por sus molestias y recomendarles, de la manera más explícita, que no turbaran el sueño de la señora antes de su regreso. Sin embargo, transcurrió gran parte del día sin que el extranjero hubiera vuelto a aparecer. Al conocer que el navío había zarpado, uno de los hombres que habían acompañado a Gaetano, agitado por un sombrío presentimiento, intentó asegurarse. Y vio cómo desaparecían unas velas en el horizonte.

»El silencio que continuaba reinando en el interior de la habitación de Inés, rodeado de los ruidos de la casa, se hizo inquietante. Se comprobó que la puerta no

había sido cerrada por dentro, pero por fuera la cerradura no albergaba llave alguna. El hotelero no dudó ni un momento en abrirla con la ayuda de la llave maestra, y un espectáculo horrible se ofreció a sus ojos. La dama desconocida estaba acostada en su lecho en la postura de una persona que duerme, y hubiera podido dar lugar a confusión si no hubiera sido porque estaba bañada en sangre. Su seno había sido apuñalado durante el sueño, y en su herida aún se encontraba el arma del asesino.

»Creo que podrán comprender que no me haya extendido en esos espantosos detalles, que, por aquel tiempo, fueron conocidos en toda la ciudad. Pero lo que todavía permanece ignorado, incluso por las personas que fueron afectadas más de cerca por la suerte de la infortunada, pues aún no lleva muchos días intentando poner en orden los recuerdos confusos de su historia, es que la desgraciada víctima de aquella fechoría es la sublime Pedrina, cuya memoria Madrid nunca olvidará, y que la Pedrina es Inés de Las Sierras.

»Y ya vuelvo a mi narración —continuó Pablo—. Los testigos que acudieron al lugar del crimen, y los médicos que habían sido llamados urgentemente, no tardaron en darse cuenta de que la dama no estaba muerta. Le fueron aplicados tardíos, aunque diligentes, cuidados, con tan buenos resultados que consiguieron que recobrara el conocimiento y la vida. Sin embargo, transcurrieron algunos días con la alternativa del temor y la esperanza, que suscitaron enormemente la simpatía pública. Un mes después, parecía haberse conseguido el restablecimiento de Inés; pero el delirio de que había dado pruebas desde el momento en que había recobrado el uso de la palabra, y que entonces se achacaba al efecto de una fiebre abrasadora, no cedió ante diversos remedios, ni siquiera ante el paso del tiempo. La pobre criatura acababa de ser resucitada a la vida física, pero permanecía muerta a la vida inteligente. Estaba loca.

Una comunidad de santas mujeres la recogió y siguió prodigándole las atentas solicitudes que convenían a su estado. Objeto de todos los miramientos de una caridad casi providencial, se dijo que los justificaba mediante una dulzura a toda prueba, pues su alienación no tenía nada de la fogosidad y violencia que caracterizan, usualmente, esta terrible enfermedad, que, además, era interrumpida, con cierta frecuencia, por intervalos de lucidez, que se prolongaban de manera incierta, y que daban, según pasaban los días, fundadas esperanzas de curación; llegaron a ser tan frecuentes que fue imposible conceder a Inés la misma atención que antes se concedía a sus menores deseos o a cualquiera de sus pasos; se fue tomando, poco a poco, la costumbre de dejarla sola durante las largas horas de los oficios, y ella supo aprovechar aquella negligencia para evadirse; la inquietud fue grande, y las investigaciones, activas; su resultado, desde un principio, pareció lo suficientemente halagüeño como para prometer un éxito cercano. Inés había sido localizada desde los primeros días de su vagabundear, a causa de la incomparable belleza de sus rasgos, la natural nobleza de sus maneras y también por el desorden intermitente de sus ideas y de su conversación. Pero, por encima de todo, lo había sido por la singular apariencia

de su atavío, que había sido compuesto tras tomar al azar algunas prendas elegantes, pero ajadas, de su vestuario teatral y harapos muy aparentes, pero de poco valor, que el siciliano no se había dignado recoger, y cuya chocante combinación con prendas más lujosas hacía un contraste singular con el saco de tela basta que Inés llevaba a la espalda, y en el que recogía las caridades del pueblo. De tal manera, se pudo seguir su rastro hasta cerca de Mataró; pero en un determinado lugar de la carretera se borró totalmente y fue imposible volver a encontrarlo en ningún punto de los alrededores. Inés había desaparecido, a ojos de todo el mundo, dos días antes de Navidad, y cuando se recordaba la profunda melancolía en que su espíritu parecía hallarse sumido todas las veces que había conseguido separarse de sus tinieblas habituales, no resultaba difícil pensar que había puesto fin a sus días, precipitándose al mar. Esta explicación se presentaba de manera tan natural a la imaginación de todos, que nadie intentó buscar otra. La desconocida había muerto, y la impresión de la noticia duró dos días. Al tercer día se debilitó, como todas las impresiones, y al día siguiente ya no se volvió a hablar de ella.

«Sucedió por aquel tiempo algo extraordinario que contribuyó en mucho a distraer la atención acerca de la desaparición de Inés y del trágico desenlace de sus aventuras. Existe en las proximidades de una villa, de la que se han perdido hasta sus últimos vestigios, una vieja casa solariega en ruinas conocida por el nombre de castillo de Ghismondo, de la que, según se dice, el demonio ha tomado posesión desde hace algunos siglos, y en donde, todos los años, durante la Nochebuena, la tradición le hace dirigir un cenáculo. La generación actual no había visto nada que pudiera conceder alguna nueva credibilidad a aquella superstición ridícula, que ya no producía miedo alguno; pero ciertas circunstancias que jamás han llegado a ser conocidas, y que sucedieron en 1812, le devolvieron su fama. Esta vez no había ninguna duda de que el castillo maldito estuviera habitado por huéspedes de excepción, que se entregaban en él a la alegría del banquete. Una iluminación espléndida resplandeció desde la medianoche en sus habitaciones, desiertas durante largo tiempo, que llevó a los caseríos vecinos la inquietud y el espanto. Algunos viajeros tardíos, a los que el azar condujo hasta sus murallas, escucharon los sonidos de voces extrañas y confusas, con las que se mezclaban, por momentos, cánticos de una dulzura infinita. Los fenómenos de una noche tormentosa, como Cataluña no recordaba otra igual en una estación tan avanzada, se añadían, por si fuera poco, a la solemnidad de aquel insólito escenario, cuyos particulares se verían exagerados por el miedo y la credulidad. Al día siguiente, y durante los demás días, no hubo otro rumor en varias leguas a la redonda que el del regreso de los espíritus a la mansión de Ghismondo, y la reunión de tantos testimonios que concordaban acerca de las principales circunstancias del suceso acabó por inspirar a la policía alarmas suficientemente fundadas. En efecto, las tropas francesas acababan de ser reclamadas desde sus guarniciones para marcharse lejos, con la intención de reforzar los restos del ejército de Alemania, por lo que el instante podía parecer apropiado para que se

renovasen los intentos del antiguo partido español, que por entonces comenzaba a agitarse sensiblemente en nuestras provincias insumisas. La administración, poco dispuesta a compartir las creencias del populacho, no vio entonces, en aquel pretendido conciliábulo de demonios fieles a su reunión de aniversario, más que una asamblea de conspiradores dispuestos a desplegar de nuevo la bandera de la guerra civil. Por lo que ordenó una meticulosa inspección de la misteriosa mansión, que confirmó, mediante pruebas evidentes, la verdad de los rumores que la habían dado lugar. Se encontraron los vestigios de la iluminación y el festín, y pudo conjeturarse, por el número de botellas vacías que aún se encontraban sobre la mesa, que los asistentes debían de haber sido bastante numerosos.

Ante aquel pasaje de la narración de Pablo, que me traía a la memoria la inagotable sed y las inmoderadas libaciones de Boutraix, no pude contener una carcajada convulsiva que le interrumpió durante algún tiempo, y que contrastaba, de manera demasiado insólita, con la disposición que podía haberse observado en mí al comienzo de la historia como para no ocasionar una profunda sorpresa. Así pues, me miró fijamente, aguardando a que yo hubiera conseguido reprimir el vuelo de mi indiscreta alegría, y al verme ya más tranquilo, continuó:

»—Que la asamblea había tenido lugar entre un cierto número de hombres, probablemente armados, y ciertamente montados, pues habían quedado restos de forraje, era algo cierto para todo el mundo; pero ninguno de los conjurados fue encontrado en el castillo, y su búsqueda resultó inútil. Jamás llegó a oídos de la autoridad el menor esclarecimiento acerca de este singular hecho, ni siquiera desde el momento en que dejó de ser reprensible, pues ahora habría tantas ventajas en confesarlo como entonces necesidad de mantenerlo en secreto. La tropa que había sido encargada de efectuar aquella pequeña expedición se disponía a partir, cuando un soldado descubrió en uno de los subterráneos a una joven extrañamente vestida, que parecía privada de razón, y que, lejos de evitarlo, se apresuró a correr hacia él, pronunciando un nombre que aquél no consiguió recordar: «¿Eres tú? —le preguntó—. ¡Cuánto te has hecho esperar...!» Al llevarla a un lugar iluminado, tras reconocer su error, ella se deshizo en lágrimas.

»Ya habrán supuesto que aquella joven era la Pedrina. Su descripción enviada pocos días antes a todas las autoridades del litoral, les era perfectamente conocida. Rápidamente se la envió a Barcelona, después de haberla hecho sufrir, en uno de sus momentos de lucidez, un interrogatorio particular con referencia al inexplicable suceso de la noche de Navidad; pero éste no había dejado en su memoria más que huellas extremadamente confusas, y su testimonio, de cuya sinceridad no podía sospecharse, sólo consiguió aumentar las dificultades, de por sí ya bastante complicadas, de la investigación. Aparentemente, sólo quedó demostrado que una extraña preocupación de su imaginación enferma la había impelido a buscar en la solariega casa De Las Sierras un asilo que le estaba garantizado por su derecho de nacimiento; que se había introducido en ella con dificultad, aprovechando la angosta

entrada que sus deterioradas puertas formaban entre sí, que en principio se había mantenido de sus propias provisiones, aunque después aprovechara las que abandonaran los intrusos. En cuanto a éstos, ella parecía no conocerlos en absoluto; y la descripción que hacía de sus vestidos, que no eran los de ningún pueblo actual, se alejaba tanto de cualquier verosimilitud que se pensó, sin dudarlo, que era debida a la reminiscencia de algún sueño cuyos detalles eran confundidos en su imaginación con los de la realidad. Lo que parecía más evidente, era que uno de los aventureros, o conjurados, había hecho una gran impresión en su corazón, y que sólo la esperanza de volver a encontrarle le inspiraba el coraje de seguir viviendo. Pero ella había comprendido que él estaba perseguido, que su libertad se hallaba amenazada, y, posiblemente, también su existencia, y los intentos más asiduos y obstinados que se hicieron a tal efecto, no consiguieron arrancarle el secreto de su nombre.

Aquella última parte de la narración de Pablo acababa de traerme a la memoria, aunque desde una perspectiva totalmente nueva, el recuerdo de un amigo, cuyo último suspiro había recibido. Mi seno se expandió, los ojos se me llenaron de lágrimas, y, bruscamente, intenté cubrirlos con una de mis manos, para ocultar mi emoción a las personas que me rodeaban. Pablo se detuvo, como la primera vez, y fijó en mí su mirada, con una atención aún más marcada. Comprendí, fácilmente, el sentimiento que le embargaba, y traté de tranquilizarle con una sonrisa.

—Tranquiliza tu corazón de amigo —le dije efusivamente— respecto a estas alternancias de ternura y alegría en las que me hace caer tu singular historia. Son totalmente lógicas dada la posición en que me encuentro, como tú mismo convendrás en cuanto pueda explicártelas. Continúa, no obstante, y perdóname por haberte interrumpido, pues todavía no se han acabado las aventuras de la Pedrina.

—No les falta mucho para ello —siguió Pablo—. Fue devuelta a su convento, y colocada bajo una vigilancia más estrecha. Un viejo médico, muy versado en el estudio de las enfermedades del espíritu, que una feliz circunstancia había conducido, algunos años antes, a Barcelona, se encargó de su curación. Se dio cuenta, desde un principio, que aquélla ofrecía grandes dificultades, pues los desórdenes de una imaginación herida nunca son más graves, y, por decir de alguna manera, más incurables, que cuando resultan de una profunda pena en el alma. No obstante no cejó, puesto que contaba con un auxiliar que se muestra siempre hábil para aliviar el dolor: el tiempo, que lo borra todo, y que es lo único que es eterno, entre nuestros placeres y penas pasajeros. Y quiso que se juntaran con él la distracción y el estudio; invocó a las artes en ayuda de su enferma, las artes que ella había olvidado, pero cuyo recuerdo no tardó en despertarse, más potente que nunca en aquella admirable constitución. Aprender, dijo un filósofo, quizás es recordar<sup>[23]</sup>. Para ella, era inventar. Su primera lección hizo que su auditorio pasara del asombro a la admiración, al entusiasmo, al fanatismo. Sus éxitos se extendieron con rapidez; la embriaguez que hacía surgir llegó a embargarla a ella misma. Hay naturalezas privilegiadas a las que la gloria compensa de la felicidad, y esta compensación les ha sido maravillosamente

facilitada por la Providencia; pues la felicidad y la gloria raramente se dan juntas. Ella acabó por curarse y se encontró en disposición de darse a conocer a su benefactor, de quien he obtenido la historia. Pero la recuperación de su salud sólo habría sido para ella una nueva desgracia, si no hubiera estado acompañada de los recursos de su talento. Ya podrán imaginar que no le faltaron ofrecimientos, una vez que se llegó a conocer que había decidido consagrarse al teatro. Y cuando diez ciudades diferentes nos amenazaban con llevársela, Bascara consiguió, ayer mismo, contratarla para su compañía.

—¿La compañía de Bascara? —exclamé, riendo—. Estáte seguro de que ella sabe ahora a qué atenerse respecto a los temibles conspiradores del castillo de Ghismondo.

—Eso es lo que tú nos vas a aclarar —respondió Pablo—, pues parece estar muy enterado de sus misterios. Habla pues, te lo ruego.

—No puede —dijo Estela, un tanto amostazada—. Es un secreto que no puede revelar a nadie.

—Eso era cierto hasta hace sólo un momento —añadí—, pero ese momento ha operado un gran cambio en mis ideas y en mis decisiones. Acabo de ser liberado de mi juramento.

No creo que tenga que decirles que entonces les conté lo que hace un mes les contara a ustedes, y que estimo no les importará que ahora omita, aunque no tengan un nítido recuerdo de mi primera historia. No creo que resulte lo suficientemente interesante como para tener que escucharla dos veces.

—Al menos, usted es bastante bueno como lógico —dijo el sustituto—, por lo que podrá sacar de ella alguna inducción moral, y declaro que no daría un ochavo por el relato más atractivo, si de él no resultase ninguna enseñanza para el espíritu. El buen Perrault, su maestro, sabía cómo conseguir de sus cuentos más ridículos las más sanas y graves moralejas.

—¡Ay! —le dije, elevando las manos al cielo—. ¿De quién me habla? ¡De uno de los genios más trascendentes que hayan alumbrado a la humanidad desde Homero! ¡Oh! Los novelistas de mi tiempo e, incluso, los que se dedican a escribir cuentos no tienen la pretensión de asemejársele. Entre nosotros, le podría decir que se sentirían muy humillados por la comparación. Lo que necesitan, mi querido sustituto, es el renombre cotidiano que se obtiene con el dinero, y el dinero que siempre se consigue ganar, mejor o peor, cuando se tiene renombre. La moral, según usted tan necesaria, es la menor de sus preocupaciones. Sin embargo, puesto que así lo desea, voy a acabar con un adagio que creo vaya con mi estilo, y en el que si se buscara a fondo se podrían encontrar bastantes cosas, puesto que nada hay que no haya sido ya dicho:

*Creer en todo es de imbéciles,  
y negar todo, de necios*<sup>[24]</sup>.

»Y si éste no le conviene, no me costaría mucho pedir uno prestado a los

españoles, al menos mientras me encuentre en su terreno:

*De las cosas más seguras,  
la más segura es dudar*<sup>[25]</sup>.

»Esto quiere decir, querida Eudoxie, que de todas las cosas seguras la más segura es dudar.

—¡Dudar, dudar! —dijo tristemente Anastase—. ¡Valiente placer el dudar! ¿Entonces no hay más apariciones...?

—Tú vas demasiado lejos —le respondí—, pues mi adagio te enseña que quizá las haya. Yo no he tenido la suerte de verlas, pero ¿por qué no iba a estar eso reservado a una constitución más completa y más favorecida que la mía?

—¡A una constitución más completa y más favorecida! —exclamó el sustituto—. ¡A un idiota! ¡A un loco!

—¿Por qué no, señor sustituto? ¿Quién me ha dado la dimensión de la naturaleza humana? Me gustaría encontrar al hábil Popilius capaz de decirle: «¡No saldrás de este círculo!» Si las apariciones son una mentira, hay que aceptar que no hay mentira más acreditada que este error. Todos los siglos, todas las naciones, todas las historias dan testimonio de ella. ¿Y sobre qué funda usted la noción de lo que se llama la verdad, si no es sobre el testimonio de las historias, de las naciones, de los siglos? Por lo demás, tengo una manera de pensar al respecto, que me es totalmente propia, y que, posiblemente, le parecerá muy extraña, pero de la que no puedo desistir: que el hombre es incapaz de inventar cualquier cosa; o, para expresarme de otro modo, que la invención no es otra cosa que la percepción innata, en él, de los hechos reales. ¿Qué hace hoy la ciencia? A cada nuevo descubrimiento, justifica, da autenticidad, si es posible expresarse así, a una de las pretendidas mentiras de Herodoto y Plinio. La fabulosa jirafa se pasea por el Jardín del Rey. Yo soy de los que esperan ver cualquier día al unicornio. Los dragones, las serpientes fabulosas, los endriagos, las tarascas ya no forman parte del mundo viviente; pero Cuvier los ha vuelto a encontrar en el mundo fósil. Todo el mundo sabe que la arpía era un enorme murciélago, y los poetas la han descrito con tal exactitud que daría envidia a Linneus. En cuanto a ese fenómeno de las apariciones, del que hablábamos hace un momento, y al que vuelvo gustoso...

En efecto, iba a volver a él de nuevo, y con un largo despliegue, pues es una materia sobre la que hay mucho que hablar, cuando me di cuenta de que el sustituto se había dormido.

## EL HOMBRE Y LA HORMIGA<sup>[26]</sup>

(Apólogo primitivo)

CUANDO el hombre surgió sobre la tierra, los animales ya llevaban viviendo en ella desde hacía incontables siglos, cada uno de ellos según sus costumbres, y sin reconocer dueño alguno.

Por aquel entonces, el año sólo constaba de una única estación, que excedía en tibieza a la más agradable de las primaveras. Toda la tierra se hallaba sembrada de árboles que, cuatro veces al año, prodigaban sus flores a las mariposas, sus frutos a los pájaros del cielo, y bajo los que se extendía un vasto y rico pasto, infinito en su extensión, perpetuamente vivaz en su rico verdor, cuya lujuriosa abundancia era escamondada, a duras penas, por los cuadrúpedos, ya fueran grandes o pequeños.

El suelo era perfectamente plano y continuo, como si hubiera sido pulimentado por la rueda de un torno, porque todavía no había sido agitado por los temblores de tierra, ni trastornado por los volcanes, ni devastado por los diluvios. No había en él ninguno de esos sitios agrestes que hacen nacer tristes pensamientos, del mismo modo que tampoco existían esas necesidades devoradoras que dan lugar a pasiones indómitas. Tampoco había bestias feroces ni dañinas de ninguna especie. Para todo aquel que hubiera tenido alma, vivir habría resultado un placer. ¡El mundo era tan hermoso antes de que hubiera aparecido el hombre!

Cuando el hombre surgió sobre la tierra, desnudo, inquieto, asustado, pero ya desde aquel momento ambicioso, codicioso, impaciente en su agitación y su poderío, los animales le miraron con sorpresa, se hicieron a un lado, y le dejaron pasar. Al hacerse de noche, buscó un lugar solitario; las antiguas historias cuentan que una hembra le fue otorgada durante el sueño; una raza entera brotó de él, y esta raza, que era tan envidiosa y temerosa como débil, se confinó en sus dominios y desapareció durante largo tiempo.

Pero llegó finalmente un día en que el espacio que ocupaba no bastó para surtirla de alimentos. Hizo salidas furtivas cerca de sus recintos para sorprender al pájaro en el nido, a la liebre en la cama de la noche anterior, al cabrito debajo de sus zarzales, al corzo bajo sus grandes umbrías. Y los llevó, palpitantes, al fondo de su madriguera, los degolló sin piedad, y comió de su carne y de su sangre.

Las hembras fueron las primeras en darse cuenta. Por primera vez, se escuchó en el bosque un inmenso ruido provocado por los gemidos, que no podía ser comparado con nada, pues las tempestades todavía eran desconocidas.

El hombre se hallaba dotado de una facultad particular o, para expresarse de manera más precisa, habría que decir que Dios le había castigado, entre todas las demás criaturas, con una dolencia propia de su desgraciada especie. La de la inteligencia. Y no tardó mucho en imaginar que los animales irritados se convertirían

en un peligro para él. Así pues, inventó trampas para cazar a los imprudentes y torpes. Y como, sobre todo, se mantenía a la defensiva, se rodeó de empalizadas y de murallas.

Ya que el número de sus hijos crecía de día en día, decidió elevar sus moradas por encima del nivel de las tierras bajas. Edificó plantas encima de otras plantas, construyendo, de tal suerte, las primeras casas, y fundó la primera ciudad, que fue llamada *Biblos* por los griegos, como alusión al nombre de *Biblion*, que daban al libro, pues es probable que hicieran tal cosa para representar con una sola palabra el origen de todas las calamidades del mundo. Aquella ciudad fue la reina de los pueblos.

Por lo demás, nada se sabe acerca de su historia, excepto que fue ella quien vio bailar a los primeros titiriteros, despachar en la primera carnicería, y erigir el primer patíbulo.

En efecto, los animales se espantaron del acrecentamiento de aquella especie enemiga que había inventado la muerte; pues antes de su llegada, el cese de la existencia no había sido considerado otra cosa que lo que realmente es, un sueño más largo y más sosegado que el otro, que llegaba a su término, y que cada especie iría, a su vez, a disfrutar en un lugar retirado, cuando llegara el día marcado por la naturaleza.

Pero desde la aparición del hombre, todo cambió. El cordero no acudía al balido con el que le llamaba su madre, y cuando ésta intentaba encontrar su pista, siguiendo los indicios de sus vellones, olfateaba a sangre en la hierba del lugar en que aquél había cesado de pacer.

Y se decía a sí misma: el hombre ha pasado por aquí.

Se reunieron todos para remediar las desgracias que traía consigo aquel nuevo huésped de la creación, destinado, por un instinto fatal, a turbar la armonía. Y como las ideas más indulgentes fueron las que prevalecieron todas las veces en el sabio consejo de aquellos pueblos inocentes, se decidió enviar al hombre embajadores elegidos entre todos aquellos que más destacaban por su gravedad e inteligencia: el elefante, el caballo, el buey, el halcón y el perro. Se encargó a estos notables personajes ofrecer al recién llegado la dominación sobre la mitad del mundo, a condición de que se encerrara en ella con su familia, y dejara de asustar al resto de los seres vivos con su amenazador aspecto y sus sangrientas incursiones.

—Que viva —dijo el león—, pero que respete nuestros derechos y nuestra libertad, si no quiere que ensaye en él, como él mismo ha hecho con nosotros, mis uñas y dientes. Es la mejor solución que puede adoptar, teniendo en cuenta mi fuerza; pues los cobardes beneficios de que ha gozado hasta hoy descansan sobre artificios indignos del verdadero coraje.

Y, al mismo tiempo, el león aprendió a rugir, y se golpeó los flancos con su propio rabo.

—No hay nada de lo que él tenga en lo que no le aventajemos —dijo la cierva—.

Se ha fatigado, en vano, persiguiendo al más pequeño de mis cervatillos, aquel cuya cabeza apenas sobrepasa los brezales más chiquitos, y le he visto caer, jadeante y exasperado, después de algunos intentos desafortunados.

—Yo construiré como él, cuando me plazca —dijo el castor—, casas y ciudadelas.

—Yo me enfrentaré a él con una coraza que resista sus golpes —dijo el rinoceronte.

—Yo me llevaría, si me diese la gana, a sus hijos recién nacidos de los brazos de su madre —dijo el buitre.

—No me seguirá por las aguas —dijo el hipopótamo.

—Ni a mí por los aires —dijo el reyezuelo—. Aunque sea débil y pequeño, puedo volar.

Los embajadores, bien enterados de su cometido, se dirigieron a la morada del hombre, quien los aguardaba preparado para recibirlos.

Los recibió con esa perfidia cariñosa y acicalada que después se ha llamado buena educación.

Al día siguiente, colocó una caperuza al halcón, un freno y una brida al caballo, al buey un yugo, cepos al elefante, y se entretuvo en construir sobre su lomo una torre para hacer la guerra. Data de aquel día el invento de esa execrable palabra.

El perro, que por su temperamento era perezoso, glotón y cobarde, se echó a los pies del hombre, y lamió, indignamente, la mano que iba a encadenarle. El hombre consideró al perro lo suficientemente despreciable como para poder hacer de él un buen cómplice. Pero como, a pesar de todo lo malvado que era el último de los animales creados, al menos había traído consigo alguna vaga noción sobre el bien y el mal, imprimió al nombre de su vil esclavo un eterno sello de infamia, que en ninguna lengua ha conseguido borrarse.

Una vez que hubo acabado aquellas conquistas, se aficionó al crimen, a causa de lo fácil que le resultaba cometerlo. Hizo su profesión de la caza y de la guerra, inundó con la sangre de los animales el gracioso atavío de la pradera, sin perdonar, siquiera, en su rabia a sus hermanos y a sus hijos. Había trabajado un criminal metal que traspasaba y cortaba la carne; y le había dado alas proveyéndolo de las plumas del pájaro. Pero durante aquel tiempo no se olvidaba de crear nuevas fortalezas, y los nuevos hijos del monstruo iban más lejos, a construir otras ciudades y a llevar la devastación.

Y en todos los lugares adonde llegaba el hombre, la creación, desconsolada, lanzaba alaridos de dolor.

Hasta la propia materia inorganizada pareció ser sensible a la horrible angustia de las criaturas. Los elementos se desencadenaron contra el hombre, con tanto furor como si le hubieran conocido. La tierra, que él todavía había llegado a ver tranquila y magnífica, fue incendiada por fuegos subterráneos, fulminada por los meteoros del aire y anegada por las aguas del cielo.

Y cuando el fenómeno desapareció, el hombre seguía en pie.

El pequeño número de animales que se habían librado de aquellos desastres, y que no formaban parte de los que habían sido sometidos por el enemigo común, no dudaron en sustraerse a su peligrosa proximidad mediante todos los medios de los que les proveían su instinto y su imaginación. El águila, afortunada al haber visto surgir peñas inaccesibles, se apresuró en colocar su nido en las cumbres; la pantera se refugió en las selvas impenetrables; la gacela, en las móviles arenas que habrían apresado, con facilidad, cualquier otra extremidad menos rápida y ligera que las suyas; la gamuza, en las franjas azules de los glaciares; la hiena, en las sepulturas. El unicornio, el hipogrifo y el dragón caminaron tanto que, desde entonces, no se les ha vuelto a ver. Es un rumor generalizado en el Oriente que, para ocultarse, el grifo llegó volando de un tirón a hasta la famosa montaña de Caf, que rodea al mundo, y que aún sigue siendo buscada por los navegantes.

El hombre creyó haber sojuzgado a los restantes. Y se sintió complacido.

Un día que marchaba con gran pompa, en su orgullo insolente (era un dios de aquellos tiempos), un día, pues, fatigado de matanzas y glorias, se sentó encima de un cono —por lo demás, bastante grosero—, que parecía haber sido levantado adrede en el campo por sus obreros. La construcción era regular, sólida, suficientemente compacta para resistir al martillo, y nada le faltaba para que en ella se sentase cómodamente el dueño del mundo.

—¡Y bien! —dijo—. ¿Qué ha sido de los animales que encontraron mis padres? Algunos huyeron de mi cólera, pero no me preocupan. Los encontraré fácilmente, con mis perros y mis halcones, con mis soldados y mis bajeles, cuando tenga necesidad de su plumón para mis colchones o de sus pieles para mi abrigo. Los demás han acatado voluntariamente el poder de su dueño legítimo. Abren mis surcos, arrastran mis carros o sacian mis placeres. Proporcionan sus muelles vellones a mis atavíos, sus plumas tornasoladas a mi aderezo, su sangre a mi sed y su carne a mi apetito. No tengo muchos motivos para quejarme. Soy el hombre y reino. ¿Existe acaso un solo ser vivo, en todo el espacio en donde me he dignado extender mi imperio, que me haya rehusado homenaje y fe...?

—Sí —dijo una voz tenue, pero agria y silbante, que se elevaba enfrente de él, desde lo alto de un grano de arena—; sí, tirano, todavía no has conseguido dominar a la hormiga Termes que se ríe de tu poder, y que, quizá mañana, te obligará a huir de tus ciudades, y a entregarte desnudo, como viniste, a la mosca de Nubia. ¡Ten cuidado, rey de los animales, pues no has pensado ni en la mosca ni en la hormiga...!

En efecto, era una hormiga; y cuando el hombre se disponía a matarla, desapareció en un agujero. Durante largo tiempo la estuvo esperando con la punta de su acero; pero tuvo la ocurrencia de levantar el suelo hasta alcanzar una gran profundidad: la galería subterránea proseguía, ensanchándose, y tuvo que detenerse, lleno de espanto y horror, al sentir el suelo vacilar bajo sus pies, a punto de arrastrarle a un abismo, cuyo solo pensamiento era terrible, para servir de pasto a la familia de la

hormiga Termes.

Llamó a sus guardias y a sus esclavos. El hombre ya los tenía; pues la esclavitud y la desigualdad fueron lo primero que inventó para utilizarlas. Hizo excavar, labrar, ahuecar la tierra. Hizo derribar a duras penas todos los montículos artificiales encima de uno de los cuales había descansado. La pala y la zapa le descubrieron en todas partes huecos parecidos a aquél en que la hormiga Termes se había precipitado ante su mirada. Calculó, temblando de terror, que el número de sus súbditos rebeldes excedía, en una proporción infinita, al de los granos de arena del desierto, puesto que no había un grano de arena que no tuviera su agujero, ni ningún agujero que no tuviera su hormiga, ni ninguna hormiga que no tuviera a su gente. ¡Y se preguntó, posiblemente con un amargo resentimiento, por qué el vencedor de los elefantes no tenía poder sobre el más vil de los insectos de la naturaleza! Pero ya se encontraba demasiado sumido en la civilización como para ser capaz de asociar una solución natural a una idea sencilla.

«¿Qué será lo que quiere de mí», se dijo, «esta hormiga Termes, que abusa de su bajeza y de su oscuridad para insultar a mi justa dominación de todo lo que respira? ¿Qué me importa que murmure en los escondrijos donde se oculta de mi cólera, y en los que no nuestro gran celo en seguirla? La aplastaré con mi pie todas las veces que se cruce en mi camino. El mundo me pertenece».

El hombre volvió a su palacio. Y se durmió entre el vapor de los perfumes y los cánticos de las mujeres.

Muy distinta era la mujer. Era la hembra del hombre; una criatura ingenua, despierta y delicada, irritable y flexible; otro animal lleno de encantos en el cual el espíritu creador había suplido la fuerza con la fineza y la gracia, y que acariciaba al hombre sin amarlo, porque ella creía amarlo; una especie crédula y tierna que Dios había apartado, adrede, de su destino natural para poner a prueba, hasta el final, su abnegación y su pureza; un ángel caído por exceso de amor, que finalizaba su expiación en su alianza con el hombre, para sufrir toda la desgracia de su falta. ¡Ni siquiera el propio Dios podía comprender el amor de una mujer hacia un hombre! Pero él se divertía, en las ironías de su excelsa sabiduría, con las decepciones de un corazón al que había dado forma para que se dejara sorprender por las apariencias de alguna belleza, por la fe de algunos juramentos, por la esperanza de una falsa felicidad.

La mujer no era de aquel mundo material; fue la primera ficción que el cielo diera a la tierra.

El hombre consiguió, pues, distraerse de esa manera, entre las muelles voluptuosidades y los juegos crueles en los que repartía su vida, del pesar de no haber sometido una hormiga a su imperio, e incluso se reprochó el pasajero transporte de dolor que había sentido, pues tal cosa era indigna de la majestad soberana.

Durante aquel tiempo, la hormiga Termes, siguiendo sus caminos cubiertos, había convocado a todo su pueblo; y proseguía, con una infatigable perseverancia, abriendo

desde lejos mil caminos que convergían hacia la principal ciudad del hombre. Y llegó, seguida de un mundo de hormigas, hasta los cimientos de sus edificios, y cien mil negras legiones, más prietas que rebaños de ovejas, se introdujeron, por todas partes, en las piezas del maderaje o fueron a excavar la tierra alrededor de la base de las columnas. Cuando las piedras angulares de todos los edificios sólo se apoyaron sobre los planos inclinados de un terreno movedizo y pérfido, cuando toda la viguería, roída internamente hasta su epidermis y vacía como el canutillo marchito de una paja seca, no ofreció más que una vana apariencia de estructura, la hormiga Termes se retiró, súbitamente y en buen orden, con su ejército de mineros.

Y, al día siguiente, todo Biblos se desplomó encima de sus habitantes.

Ella prosiguió, no obstante, sus planes, dirigiendo sus tropas de implacables obreros hacia todos los puntos en que el hombre había edificado sus ciudades; y mientras éste huía, alocadamente, ante su invisible vencedor, no hubo una sola de sus ciudades que no se desplomara como Biblos. Después de aquello, el imperio del hombre no fue más que una soledad, en donde solamente se elevaban, aquí y allá, construcciones poco vistosas que anunciaban la morada del conquistador definitivo de la tierra. Este gran devastador de ciudades, este invasor formidable a quien pertenecían, por el derecho real de la última posesión, en propiedad, los últimos países que había recorrido, no era Belo ni Sesostris: sino la hormiga Termes.

Los exiguos restos de la familia humana que escaparon a la ruina de las ciudades, a las obsesiones pertinaces de la mosca homicida y a los ardores del simún, fueron demasiado afortunados al refugiarse en las desgraciadas comarcas que no reciben del sol más que sus rayos oblicuos, pálidos a causa de los incesantes vapores, y al rescatar de las ciudades empobrecidas, fétidas, cuajadas de fango o de huesos calcinados diluidos en sangre, lo que constituiría su única gloria, algunos innobles monumentos que no dejaban de revelar a cualquiera el orgullo, la avaricia y la miseria.

Dios sólo se irrita en los discursos de los oradores y los profetas, a los que, en ocasiones, permite interpretar su palabra; sonríe ante los errores que desprecia, incluso ante furores que sabe cómo remediar, pues nada de todo lo que ha sido ha dejado de ser, más que en apariencia; y él nunca pensó que la creación necesitara otro vengador además de una pobre hormiga colérica. «Paciente, puesto que es eterno», aguardó a que la hormiga Termes hubiera acabado de excavar sus caminos por debajo del mar, entregando al abismo las ciudades de una especie que no se molestaría en odiar, y eso en el caso de que él pudiera llegar a sentir odio; fue entonces cuando pensó que ya había sido suficientemente castigada a causa de su demencia y de sus pasiones.

El hombre sigue construyendo edificios, y la hormiga Termes no ha dejado de moverse.

## LOS NOVIOS<sup>[27]</sup>

*(Relato veneciano)*

COMO mucho, faltaba una hora para que el sol se pusiera en aquel primero de enero de 1685, y ya habían finalizado todos los oficios, cuando las puertas de San Marcos volvían a abrirse con ocasión de un acto, doblemente solemne, que congregó en la iglesia a gran número de ciudadanos. Dos cortejos poco numerosos, pero iguales en magnificencia, habían salido al mismo tiempo de los palacios de los Morosini y los Trevisano, para acompañar hasta las pilas bautismales a dos niños nacidos la noche precedente y pedir en su lugar las aguas de la redención. Entraron, al mismo tiempo, por las dos puertas laterales, y llegaron, al mismo tiempo, al santo baptisterio, en donde las mujeres depositaron dos cunas.

El primero de los grupos estaba conducido por Onofrio Morosini, hijo del ilustre dux Francesco Morosini, tan conocido por los apreciables servicios prestados a la república, tanto en la paz como en la guerra; el segundo, por el senador Bernardo Trevisano, juez del Tribunal de los Cuarenta, que realzaba el esplendor de su linaje con el renombre de su saber, y para quien, en aquel siglo de decadencia, no habría podido encontrarse en toda Italia, ni mejor filósofo, ni anticuario más hábil, capaz de rivalizar con él.

Cuando las nodrizas pusieron al descubierto ambas cunas, se pudo escuchar por doquier un sentimiento de admiración, cuyo estrépito no consiguió ser totalmente reprimido por la imponente santidad del lugar.

Nunca antes, y durante el primer día de vida, se había podido apreciar tanta belleza en la imperfecta criatura que acababa de nacer; nunca había dado la impresión, hasta aquel momento, de que un alma inteligente animase su mirada, y no había ninguna duda de que aquellos niños gozaban de la facultad de ver y sentir, pues sonreían al mirarse. Se observó, especialmente, que ambos se parecían, por lo que aquella gente, de imaginación ingeniosa y poética, imaginó fácilmente que habían sido engendrados el uno para el otro, cuando dio en conocer que la divina providencia había concebido a Morosini un hijo, y a Trevisano una niña.

El hijo de Morosini fue llamado Giovanni, y la hija de Trevisano, Elisabetta-Maria, por el nombre de su venerable abuela, Elisabetta-Maria Tagliapietra, madre de Bernardo.

Una circunstancia que en Venecia no era ignorada por nadie daba un interés singular a esta imprevista reconciliación. Desde hacía muchas generaciones, las familias Morosini y Trevisano se encontraban separadas por un odio que, frecuentemente, había degenerado en disputas sangrientas. Esos altercados habían remitido, a decir verdad, con Onofrio y Bernardo, nobles y generosos señores, cuyas costumbres habían sido apaciguadas por el estudio de las ciencias; pero se creía que

aquellas se encontraban aletargadas, y en todo momento se podía temer que renacieran con mayor violencia que antes. Los testigos de aquel acontecimiento no dejaron de pensar que la Providencia misma deseaba ponerles feliz término, por lo que había dispuesto, adrede, el extraño encuentro, para reconciliar, mediante un vínculo conmovedor y sagrado, a dos de esas grandes estirpes de patricios cuyas disensiones nunca dejan de afectar peligrosamente a la república. Aquel sentimiento era tan natural que Morosini y Trevisano lo compartieron, sin que mediaran las palabras, cayendo cada uno de ellos en los brazos del otro, como dos hermanos que se vuelven a encontrar tras una larga separación. Después de haber intercambiado los abrazos más calurosos, se comprometieron, entre las aclamaciones de la multitud, a casar a sus hijos al cabo de dieciséis años, si se daba el caso de que la simpatía que parecía haberse despertado en ellos desde el día de su nacimiento seguía fortaleciéndose con la edad, y aquel recíproco compromiso fue tan espontáneo que fue imposible saber cuál de los dos había sido el primero en proponerlo.

Cada uno de los meses, cada uno de los años de las vidas de Giovanni y Elisabetta confirmó después las esperanzas de los dos nobles senadores. Su amor crecía, al mismo tiempo que su belleza, y era incomprensible que pudiese ser de otra manera, pues no había nadie en el mundo que pudiera hacerles olvidar la insuperable atracción que tendía a fusionarles en una única alma. En efecto, eran dos criaturas ideales, dos seres de excepción, a los que una consumada perfección de cuerpo y espíritu habría condenado a una soledad eterna, si no hubiera sido por la naturaleza, que se había preocupado de hacerles nacer al mismo tiempo en el mismo punto del globo, como dos flores excepcionales sobre el mismo tallo, o dos pájaros del paraíso, de plumaje de oro y de azur, bajo la misma umbría y, casi, en el mismo nido. Y ni siquiera su recíproca ternura llegaba a inspirar celos, cuyo principal móvil reside en la vanidad humana. Pues para poder aspirar a concentrar en uno mismo el amor de uno cualquiera de los dos, hubiera sido necesario hacerse ilusiones acerca del propio valor, y sólo con verlos se comprendía que Elisabetta había sido hecha solamente para Giovanni y que Giovanni sólo había sido hecho para Elisabetta. Cualquier pretensión desleal a la felicidad de aquellos dos niños celestes habría puesto al descubierto la demencia que el orgullo trae consigo; pero los corazones de los jóvenes y de las vírgenes no se atrevían a latir por ellos; se contentaban con admirarlos, y los poetas los alababan.

Creo que ya dije antes (¿y quién necesita que se lo digan?) que Bernardo Trevisano había dado un gran impulso a las ciencias filosóficas de su tiempo; todavía hoy se hace caso de su *Curso*, de sus *Meditaciones*, de sus *Proelecciones fundamentales* y, sobre todo, de su tratado sobre *La Inmortalidad del Alma*. Después de haber profundizado en las doctrinas de Demócrito y Aristóteles, se había entregado, con más empeño, y bajo los auspicios de Juan Caramuel, obispo de Vigerano, que era el espíritu con más imaginación de aquel siglo, a las divinas teorías de Platón. Desgraciadamente, se sabe que es poco frecuente que una mente activae

inquieta, que se sumerge en los misterios del esplritualismo, se arredre ante las útiles y edificantes nociones del filósofo. Bernardo se hallaba tan alterado por la sed de conocimiento que no pudo por menos que detenerse a sondear todas las fuentes que la inteligencia había puesto a su alcance. Sus admiradores confiesan que en alguna ocasión llegó a perderse entre las combinaciones numéricas de Pitágoras, y que las ensoñaciones de su maestro Caramuel acerca de la cábala literal, que llegara a despreciar en su juventud, influyeron, de manera funesta para su renombre, en sus obras de madurez. No es superfluo que contemos aquello que determinó este nuevo enfoque en sus trabajos.

Bernardo Trevisano, tan favorecido por el cielo en lo que se refiere a los afortunados progresos de Elisabetta, fue agobiado por tremendos pesares que afectaron al resto de su familia. Su esposa, aún joven y que era su deleite, le fue arrebatada en pocos días a causa de una enfermedad desconocida. Un hijo, en el que depositaba una gran esperanza, el único heredero de su apellido y su renombre, cuyos orígenes se remontaban a los más antiguos tiempos de la república, se consumió, sonriendo entre sus brazos como un ángel reclamado por Dios. La propia Elisabetta no participaba apenas en la vida material. En alguna de sus obras, él la llega a comparar con los fuegos brillantes y puros que, en ocasiones, son vistos errando sobre la tierra y que desaparecen al momento; la vista se extasía ante ellos, pero no existe ninguna fuerza que pueda inmovilizarlos, por lo que, al menor soplo de aire, se desvanecen sin dejar huella alguna de su paso.

—¡Ay! —exclamó un día—. ¿Para qué sirven las profundas especulaciones de la ciencia? ¿Adónde conducen los descubrimientos de la filosofía, si no le es dado al hombre prever los males que le amenazan, ni el poder para conjurarlos? ¿Acaso la vida no será más que un abismo tenebroso, cuyo fondo es imposible predecir a menos de haberlo tocado, como lo fue el Euripo para Aristóteles, o el volcán para Empédocles? No, no —prosiguió exaltado—, el ser infinitamente poderoso que me ha dado el instinto de la verdad, y que me ha permitido alumbrar su sagrada antorcha con el fuego de las luces de la antigüedad, no podrá negarme el premio a tantos esfuerzos y vigiliass. Si ya es demasiado tarde para salvar esas dos partes de mi alma que acabo de perder, protegeré a Elisabetta, durante largo tiempo, de la muerte, o de lo contrario, entregaré a las llamas todos mis inútiles libros, pues es mil veces preferible la ignorancia del animal a un saber que no produce frutos.

Y, en consecuencia, prohibió a todo el mundo el acceso a su palacio, encerrándose en la soledad, rodeado de sus cabalistas y pitagóricos, con sus cifras fatídicas y sus alfabetos misteriosos.

Morosini respetó durante algunos años la tristeza de Bernardo, pues no podía atribuir la decisión de aquel gran hombre a otra cosa que no fuera la necesidad de alimentar, en secreto, los recuerdos de su duelo. Sin embargo, cuando se iba acercando el primero de enero de 1701, Morosini, que había dispuesto todo lo necesario para el casamiento de su hijo con Elisabetta, no dudó en franquear el retiro

de su amigo, y los sirvientes, que conocían el acuerdo entre las dos familias, no se atrevieron a prohibirle el paso; entró en la cámara de Bernardo y tomó asiento.

—Sois vos, Onofrio —dijo el filósofo, volviéndose hacia él—, ¿qué deseáis de mí?

—¿Y tú me lo preguntas? Vengo a recoger la palabra que me dieras en San Marcos, hace dieciséis años, y cuyo cumplimiento afecta hoy a la felicidad de nuestros hijos. ¿Serás capaz de haberlo olvidado? ¿No me habrán engañado, asegurándome que no sólo no te ocupabas de los preparativos de su enlace, sino que habías tenido la deslealtad de haber alejado de aquí, hace ya varios días, a Elisabetta? Te lo ruego, dime que es mentira.

—Es cierto —dijo Bernardo—. Elisabetta no se encuentra en Venecia, pero yo no soy, en absoluto, desleal.

—¡Qué! —exclamó Morosini—, ¡los miserables odios de familia, sin excusas ni motivos, han prevalecido sobre otros sentimientos más sanos!

—No crees que yo soy lo suficientemente malvado como para hacerme la injuria de pensar tal cosa —prosiguió Bernardo tendiéndole la mano.

—¿Cuál es, entonces, la clave fatal de este enigma en donde se extravía mi razón? ¿Acaso el desorden que tu asiduidad en el estudio así como tu abandono sistemático de los negocios han podido aportar a tu fortuna ha hecho que tuvieras miedo de no poder dotar de una manera suficientemente digna a tu Elisabetta? Desengáñate, hermano, que Elisabetta está ya suficientemente dotada por su belleza y su virtud. Giovanni no necesita tus bienes para que ella posea la condición de una reina; pues es mi único hijo, y desde que mi padre fue a encontrarse con nuestros antepasados, hace ya siete años, los días y noches transcurridos no habrían bastado para contar los tesoros que el viejo dux arrancó al Peloponeso y a las flotas turcas del Archipiélago. Pero nada dices.

—Me extraña tu propensión a suponer de mí cobardes debilidades. Elisabetta es aún una de las más opulentas herederas de todos los estados venecianos, y estimo lo suficiente a Giovanni para entregarle a mi hija, aún cuando fuese tan pobre como rica es ahora. Da, pues, tregua a tus conjeturas, pues no adivinarás mis motivos. Pon atención, ¿has reflexionado alguna vez sobre el desconocido móvil de las fatalidades humanas? ¿Conoces aquello de lo que depende nuestro destino?

—Sí que lo sé; en primer lugar, nuestro destino depende de la divina Providencia; en segundo lugar, depende del buen o mal empleo que hacemos de nuestras facultades, y, sobre todo, de nuestra razón.

—Lo que dices, en principio, es cierto, pero la Providencia dispone de unas leyes generales de las que nunca se aparta, porque se las ha impuesto a sí misma; y la sabiduría consiste en no contrariar la acción inevitable de estas leyes universales mediante el ejercicio del imprudente ardor del gozo. La más infalible de todas fue reconocida por Pitágoras, que quizás era superior al hombre. Los cabalistas han avanzado a traspiés a lo largo de su camino, y mi maestro, Caramuel, ha dado

algunos pasos en pos de ellos. Pero yo encontré lo que buscaban. La suerte de toda la vida se halla oculta en las sílabas de nuestro nombre. Y su disposición es la que determina el resultado feliz o desastroso de nuestras empresas, pues es de sus armonías combinadas de donde resulta, según algunos ciclos de años o de días que se coordinan con ellas, el suceso, en apariencia fortuito, de nuestros afectos.

—¡Ay! —prosiguió Morosini, consternado—, ¿te he escuchado bien? ¿No fuiste tú quien desde su juventud combatió con tanto empeño la superstición del sortilegio y las elucubraciones de la astrología judicial, y ahora, a los cincuenta años, has llegado a caer en las delirantes hipótesis de Caramuel? Bernardo, veo que sonríes, y comprendo tu desdén. Perdona mi sinceridad. La vastedad y la certeza de los conocimientos que te han colocado tan alto, por encima de los muy sabios y eruditos, me impiden replicarte; pero ¿qué consecuencia pretendes sacar de tu sistema?

—Sólo ésta: el siglo que comenzará dentro de ocho días será dañino para el género humano. Con él surgirá una era de desolación que sólo terminará, sin duda, con la aniquilación de la especie. Sin embargo, será benévolo y pacífico para nuestros hijos, a condición de que tengan el coraje de querer ser dichosos a cambio de un insignificante sacrificio. El único año de este siglo desastroso que les amenaza hasta el final de una larga y brillante carrera, es el que va a comenzar; sólo tienen dieciséis años, Onofrio, y el poco tiempo que invierta el sol en visitar sus doce mansiones no les hará ser demasiado maduros para el matrimonio. Me sería fácil vencer tu incredulidad, pero ni siquiera lo intentaré. Lo que podría obtener fácilmente de tus convicciones, tengo el derecho de esperarlo de tu ternura, y, si te parece, de tu piedad. Ciencia o instinto, error o visión, mis creencias son ya algo irrevocable; y si tu inteligencia, más despejada que la mía, repudia una doctrina disparatada que, durante tanto tiempo, me ha inspirado el mismo disparate, no hieras al menos, concediéndole la gracia a mi ilusión, lo que hay de más vulnerable en el corazón de un padre. No serás tú quien tilde de exageradas las precauciones que inspira el amor paternal. Pues, lo mismo que yo, no ignoras que si bien los peligros que uno intenta alejar de sus hijos son imaginarios, el dolor que causan no lo es. Y harás aún más, exigirás a Giovanni que evite como a la misma muerte toda ocasión de ver a Elisabetta, aunque sólo fuera durante un momento, en el caso en que, para desgracia nuestra, llegara a descubrir el lugar de su retiro. Y, si accede a lo prometido, el primero de enero de 1702 llevaré hasta el altar a su mujer; si se muestra rebelde a nuestras súplicas, puedes anunciarle de mi parte que sólo se encontrará con ella en la tumba.

Morosini no contestó; abrazó fuertemente a Trevisano, y comunicó sus palabras a Giovanni.

Giovanni era lo que antes habíamos dicho, un alma perfecta en un cuerpo perfecto. La teoría de Bernardo le pareció ser el típico error del genio, pero se sometió, llorando, a la voluntad de un padre que pronto debería compartir los derechos del suyo. Se resignó, sin mucho esfuerzo, a la decisión de Morosini, que antes que nada, había decidido hacerle pasar aquel año entre viajes, ya fuera para

añadir un complemento necesario a su educación o para aliviar su corazón de una preocupación peligrosa con el aliciente y la variedad de nuevas sensaciones. Emprendió viaje, visitó a toda prisa Italia, Francia, Alemania, y llevó a todos esos lugares sus pesares e impaciencias. Apenas había recorrido el año las tres cuartas partes de su recorrido, cuando apresurado por gustar del aire que había respirado junto a Elisabetta, llegaba a Padua, de regreso hacia Venecia.

Era el 26 de septiembre, un día solemne en los fastos de la ciudad cristiana que florece sobre las ruinas de la antigua ciudad de Antenor, pues era el aniversario de la fiesta de santa Justina, joven predestinada, cuyo recuerdo ha sido consagrado gracias al monumento erigido por sus fieles en aquellas piadosas paredes, que nunca podrán igualar en magnificencia ni el templo de Venus en Gnido, ni el de las Gracias en Orcómeno, ni la maravilla de Delfos. Giovanni, henchido de religiosa admiración, llegó, a través de ricas colgaduras y arcadas de flores, hasta el recinto sagrado; penetró en él, en medio de una nube de perfumes e incienso que flotaba adoptando los colores de todos los matices del arco iris, como consecuencia del reflejo de los vitrales, y se arrodilló sobre el empedrado de mosaico, en una capilla revestida de mármoles suntuosos e insólitos, de diferente color, en donde un relicario de oro, tachonado de piedras preciosas, reposaba sobre un altar, rodeado de un coro de vírgenes vestidas de blanco que lo honraban con sus cánticos. ¡Oh, prestigio más encantador que todos los que hasta aquel momento habían asaltado los sentidos de Giovanni!, una de las voces que resonó hasta el fondo de su corazón le recordó la de Elisabetta. Se levantó como perdido y, sin reflexionar, se unió al grupo, cuyos cantos habían cesado y que se dirigía al atrio.

—¡Hasta pronto, querido Giovanni! —le dijo en voz baja una de las jóvenes, levantando a medias su velo para hacerse reconocer, dejándolo caer nuevamente—. ¡No olvidéis a Elisabetta, ya que Elisabetta no os olvida!

Después de decir estas palabras, desapareció, perdiéndose al momento entre sus compañeras.

Pero él la había visto. Se trataba de Elisabetta.

Los tres últimos meses del año le parecían a su amor demasiado largos y daban la impresión de que nunca se acabarían. Pero, sin embargo, acabaron.

Onofrio Morosini no esperó al último día para ir a recordar a Bernardo que el plazo por él fijado estaba a punto de expirar, y se felicitó por haberse adelantado, pues el filósofo, distraído de sus austeros estudios por necesidades más dulces de la vida, se hallaba inmerso en todos los preparativos de una brillante boda.

—¡Qué el cielo te colme de bendiciones, querido Bernardo! —le dijo—, no podíamos perder tiempo para satisfacer los deseos de nuestros hijos. Mi Giovanni, a punto de sucumbir al ardor que le consume, parece tener ya un pie en la tumba... ¡Pálido, ajado, lánguido como la flor cuya raíz ha sido alcanzada por el arado, lleva tres meses marchitándose bajo la mirada de mi corazón y el peso de mis lágrimas; he llegado a temer, más de cien veces, que su alma, apenas suspendida de sus labios, le

abandonase con un suspiro!

—Es extraño —dijo Trevisano—, también yo recibo tristes nuevas sobre la salud de mi Elisabetta. Aunque mis cálculos no pueden engañarme; y si mis instrucciones fueron seguidas al pie de la letra, como así creo, no les amenaza ningún peligro. No nos alarmemos, pues, por estos muelles decaimientos de dos corazones apasionados que se echan de menos el uno al otro. No son más que una nube que se disipará ante el primer rayo del amor. Regresa, pues, al lado de Giovanni, y dile que todo se halla dispuesto en mi palacio para recibir en él a los dos esposos. ¡Sólo cien horas, Onofrio, dentro de cien horas la novia de tu Giovanni estará a su lado, y para siempre!

El sabio Bernardo partió, efectivamente, la mañana siguiente hacia Padua, mientras se acababan los preparativos de la fiesta nupcial.

Como mucho, faltaba una hora para que el sol se pusiera en aquel primero de enero de 1702, y ya habían finalizado todos los oficios, cuando las puertas de San Marcos volvían a abrirse con ocasión de un acto, doblemente solemne, que congregó en la iglesia a gran número de ciudadanos. Dos cortejos poco numerosos, y similares en su lúgubre aparato, habían salido al mismo tiempo de los palacios de los Morosini y de los Trevisano, y llegaban para encomendar a las oraciones de la iglesia a dos jóvenes que habían muerto la noche precedente. Entraron, al mismo tiempo, por las dos puertas laterales, y se situaron, al mismo tiempo, debajo de la clave de la bóveda, en la fúnebre cita con los muertos, en donde los portadores depositaron dos ataúdes.

Aquellos infortunados eran Giovanni Morosini, hijo de Onofrio, y Elisabetta Trevisano, hija de Bernardo.

En una colección de poesías italianas, difícil de conseguir, encontré, a modo de alabanza hacia sus protagonistas, esta historia, cuya fecha no tengo muy clara, lo que me hace pensar que he podido confundirme en un año con respecto a la del acontecimiento, por lo demás, cosa de poca importancia en una narración cuando el argumento es verdadero.

# LOS CUATRO TALISMANES<sup>[28]</sup>

## PREFACIO INÚTIL<sup>[29]</sup>

¡Vaya! —se comentará—. ¡Más *relatos* todavía, y siempre lo mismo, *relatos*!

Mucho me temo —¡ay!— que ésta no será la última vez que se me haga este reproche.

Y, no obstante, tengo mis razones para desear que se me siga haciendo durante mucho tiempo, pues nunca haré otra cosa que *relatos*.

Cuando un *relato* firmado por mí haya faltado a su periódica cita, habrá acaecido una modificación imprevista, aunque cierta, en el cómputo total de la estadística literaria. Los mil setecientos cincuenta autores que se disputan, en París, la atención del público, ya serán, solamente, mil setecientos cuarenta y nueve.

El honor de haber formado parte de esta vana legión de ociosos, más o menos ingeniosos, más o menos superficiales, es lo que los jóvenes provincianos toman por reputación o gloria.

¡Pobres muchachos, que no saben que una condición vulgar, que un discreto oficio, que una industria tosca, aunque honesta, son mil veces más apropiados al destino natural del hombre, y valen mil veces más, a causa de su felicidad, que ese rumor pasajero en librerías y diarios, que llega a perderse, sin ecos ni recuerdos, entre todos los ruidos de la multitud!

Si hacemos un cálculo desde el día fatal en que a alguien se le ocurrió poner unas letras detrás de otras para formar una palabra, unas palabras detrás de otras para formar una frase, unas frases detrás de otras para formar una página, unas páginas detrás de otras para hacer un libro, resulta que debieron de vivir un millón de autores; y, de éstos, sólo vivirán unos cien.

He ahí, indudablemente, la más tonta de las loterías, pero yo he jugado a ella, he perdido y, todavía, seguiré perdiendo: ¡Ya no soy dueño de apostar en ella mi futuro, aunque ya no lo tenga! ¡Ay de quien intente imitarme!

Los relatos que me cuento a mí mismo, antes de contárselos a los demás, tienen para mí cierto encanto que conforta mi espíritu. Hacen que mi pensamiento deje atrás la realidad para dedicarse a sus quimeras preferidas: que le entretienen con ideas de ensueño y soledad, que me enternecen, o con fantasías risueñas que me divierten; y me hacen vivir una vida que no tiene nada en común con la vida positiva de los

hombres, y que me separa de ella un poco menos de lo que quisiera, pero tanto como a mi imaginación le ha sido posible, al ampliar sus márgenes y franquear su entrada, dentro de lo que le está permitido.

Ésta es la razón de que escriba cuentos.

Se me ha dicho, frecuentemente, pues no existe ningún hombre que carezca de aduladores, que podría haberme dedicado con alguna garantía de éxito a trabajos más serios; y, como no hay adulador más asiduo que nuestra propia vanidad, me he sorprendido diciéndomelo a mí mismo. Y aún he hecho más. Sin abandonar el hilo de mis charlas frívolas, he reunido, penosamente, treinta años de estudio para la composición de una de esas obras en las que se puede presentir una suerte de motivación y que, en el último día de su vida, uno lega, con cierto orgullo, a la posteridad. Acostumbrado a alimentarme de ilusiones, he llegado fácilmente a familiarizarme con aquella. Durante treinta años he creído firmemente que una inspiración ajena a mi débil inteligencia me había revelado el más importante de los secretos de la naturaleza humana; que mis miradas, iluminadas por ese instinto superior al que Sócrates llamaba su DEMON, penetraban con confianza el futuro de nuestra especie, y que apercibía, tan viva y tan pura como si ya hubiera sido sellada por el maravilloso ciclo de la creación, la desconocida soldadura que deberá cerrarlo, haciendo regresar a todos los seres, una vez alcanzada la más alta expresión de su posible perfeccionamiento, al seno de Dios que los ha producido. Esta idea, al ser expuesta a Cuvier, cuya genialidad no carecía de buen sentido, le llenó de ese ingenuo entusiasmo que los grandes hombres profesan por la verdad, cualquiera que sea la fuente humilde y oculta desde la que brota ante ellos.

Este párrafo, que si tuviera tiempo habría intentado que fuera menos largo y menos ambicioso, contiene, por lo demás, toda la historia de mi predestinación literaria. Ahora, el que quiera podrá reprocharme el no haberla empleado de otro modo. Yo he vivido de mis novelas y de mis *relatos*, porque no podía hacer otra cosa, y mi filosofía bajará de una pieza conmigo hasta la fosa, que se encuentra ahí mismo, (¡Dios mío, no sabía que estuviese tan cerca!) porque a la hora de componerla no he dispuesto del tiempo libre que concede la independencia, ni de la independencia que proporciona la fortuna, ni de la fortuna que procede del azar o de tener mano izquierda, ni del sufragio protector de uno de esos libreros benévolos que toman en comandita la pluma de un escritor renombrado. No tenía más remedio que contar todo esto en alguna parte para mayor tranquilidad de mi vanagloria académica; y se me ocurrió decirlo en un prefacio, porque no se suelen leer los prefacios.

Pero volvamos un momento a los cuentos porque ya no hablaré más de ellos<sup>[30]</sup>.

*Los Cuatro Talismanes* ha sido dedicado a la clase social que mejor ha comprendido, según mi parecer, las obligaciones de la vida, y de la que sacaría el partido más razonable, si conociera todas sus ventajas. Me refiero a los obreros. He querido mostrarles, en un marco demasiado estrecho para un cuadro de esta importancia, pero cuyo borde puede ser agrandado por todo el que lo desee, según su

fantasía, que las condiciones de superioridad social más universalmente reconocidas, no añaden nada, o muy poca cosa, a la felicidad, y que, incluso, suele ocurrir con frecuencia que la hagan imposible, mientras que hay pocos ejemplos de trabajo activo, pertinaz, concienzudo, impulsados por el deseo de obrar bien, que, antes o después, no hayan llegado a encontrar en sí mismos su legítima recompensa.

Esta lección es grande, consoladora, saludable, apta para desengañar a los buenos espíritus de esas ambiciones ansiosas y fuera de lugar que precipitan a los pueblos ya viejos hacia su ruina, y que son el único secreto de nuestras revoluciones.

Tampoco habría dudado en someterla a los respetables distribuidores del premio que fundara M. de Montyon, si no hubiera sido porque esta noble recompensa parecía casi únicamente reservada, en lo sucesivo, a las intenciones filosóficas y a las aplicaciones experimentales que tienen como finalidad el perfeccionamiento intelectual y moral de los holgazanes, de los vagabundos y de los forzados. Reconocería, gustosamente, además, con toda la sinceridad de mi alma, que la directiva dada en este sentido para el cumplimiento de las intenciones remuneradoras del benefactor no podría estar prescrita, de manera más imperiosa, por las exigencias de nuestra civilización, y no creo que esté muy lejos el día en que se podrá pensar en él como en un homenaje rendido a los intereses de la mayoría soberana, que son el principio y el fin de la nueva política.

En una época en que todos los sentimientos morales y religiosos parecen haberse exiliado de la tierra, es necesario, por lo menos, estar agradecido a la filantropía moderna por haberles abierto un refugio en las casas de reposo y en los baños.

Eso siempre.

## PRIMERA JORNADA

Trabajad, preocupaos del trabajo,  
lo que menos importa es el dinero.

**H**ABÍA una vez, en Damasco, un anciano muy rico, muy rico, al que llamaban *el Bienhechor*, porque sólo empleaba sus tesoros para aliviar los males del pueblo, confortar a los enfermos y a los prisioneros o albergar a los viajeros; y todos los días reunía en su mesa a algunos de aquellos, pues, aunque fuera nuevo rico, no era altanero. La gente de más edad de Damasco se acordaba de cuando había llegado,

muy pobre, y de que durante largo tiempo se había estado ganando la vida transportando fardos para los comerciantes; después de lo cual, como sus pequeños ahorros le permitían emprender el negocio por cuenta propia, había conseguido alcanzar el más alto grado de prosperidad sin dar lugar al menor reproche, de suerte que nadie se sentía celoso de su fortuna, de la que él sólo parecía disfrutar haciendo partícipes a los demás.

Un día, tres viajeros, en mal estado y cansados por la edad, la fatiga y la miseria, se encontraron al mismo tiempo en su puerta, cuando iban a pedir su hospitalidad. Las esclavas del anciano les bañaron, según la costumbre, sustituyendo sus pobres harapos y sus destrozados turbantes por vestidos limpios y decentes, y distribuyeron entre ellos tres bolsas llenas de oro. A continuación les hicieron entrar en la sala del festín, en donde su dueño les aguardaba, como todos los días, rodeado de sus doce hijos, que eran jóvenes y hermosos e irradiaban esperanza, fuerza y salud, pues Dios había bendecido al *Bienhechor* en las personas de su familia.

Cuando hubieron terminado su comida, que era sencilla, aunque copiosa y saludable, *el Bienhechor* les pidió que le hablaran sobre sus vidas, no para satisfacer una vana curiosidad, como suele ocurrir a la mayor parte de los hombres, sino para informarse de la manera de ayudarles en sus empresas y de socorrerles en sus tribulaciones. El de más edad de los tres, al cual se había dirigido, tomó, entonces, la palabra y se expresó de la siguiente manera:

## HISTORIA DE DUBÁN EL RICO

«Señor, yo nací en Fardán, que es una pequeña ciudad del Fitzistán, en el reino de Persia, y me llamo Dubán. Soy el mayor de cuatro hijos varones, de los cuales, el segundo se llamaba Mahúd, el tercero Piruz, y el cuarto, Ebid, y mi padre nos había tenido a los cuatro de una sola mujer, que murió muy joven, lo que, sin duda, le hizo decidirse a casarse de nuevo, para que otra mujer cuidara de nosotros. La que nos dio, con esa intención, apenas era apta para secundar sus miras, pues era avara y malvada. Como nuestra fortuna pasaba por ser considerable, ella concibió el proyecto de apropiársela, y ya que mi padre se había visto obligado a ausentarse durante varios meses, decidió aprovechar ese tiempo para poner en práctica sus planes. Fingió ablandarse un poco en su trato con nosotros para inspirarnos más confianza, y los primeros días que pasamos de tal manera, con más agrado del que estábamos acostumbrados a encontrar a su lado, aquella mala persona nos mareó tanto con las

maravillas del Fitzistán y con el placer que supondría para nosotros viajar por la región en su compañía, que nos pusimos a llorar de alegría. En efecto, poco tiempo después partíamos en una litera totalmente cerrada, y ella nunca levantaba sus cortinas, por respeto, según decía, a la ley que prohíbe a las mujeres dejarse ver, con lo que, de tal suerte, viajamos durante sesenta días, sin observar cielo ni tierra, a pesar de que habría sido conveniente hacernos una idea del camino que habíamos recorrido y de la dirección hacia la que se nos conducía. Nos detuvimos al fin, en un bosque espeso y oscuro, pues ella juzgó conveniente hacernos reposar, debajo de sombras impenetrables a los rayos del sol, y no me extrañaría que se tratara del bosque mágico que ciñe la montaña de Caf, la que, como sabéis, a su vez, rodea al mundo. En aquel lugar nos divertimos bastante, bebiendo vinos que ella había llevado y cuyo consumo desconocíamos. Aquellos brebajes prohibidos nos sumieron en un sueño tan profundo, que me resultaría difícil calcular su duración. ¡Pero, cuál no sería el dolor de Mahúd, y de Piruz y de mí mismo, pues nuestro joven hermano Ebid aún dormía, cuando al despertarnos no hallamos ni a la mujer de nuestro padre, ni la litera en la que habíamos viajado! Nuestra primera intención fue la de correr, buscarles, llamarles a grandes gritos; pero todo fue en vano. Entonces pudimos comprender fácilmente la trampa en que habíamos caído, pues yo ya tenía veinte años, y mis dos hermanos menores sólo un año menos, pues ambos eran gemelos. Desde aquel momento, nos entregamos a la más horrible de las desesperaciones y llenamos el aire con nuestros lamentos, sin conseguir, no obstante, despertar a nuestro hermano Ebid, que parecía entretenido con un agradable sueño, puesto que el desgraciado niño reía dormido. Sin embargo, nuestro clamor se hizo tan grande que atrajo hasta donde nos encontrábamos al único habitante de aquella espantosa desolación. Se trataba de un genio de más de veinte codos de altura, cuyo único ojo lanzaba chispas, como una estrella de fuego, y cuyos pasos retumbaban sobre el suelo como rocas desprendidas de la montaña. Pero hay que reconocer que, no obstante, tenía una voz suave y maneras agradables que nos tranquilizaron al punto.

—Habéis gritado muy bien —nos dijo al abordarnos—, pero ya no hay por qué, y gustosamente os dispenso de que sigáis desgañitándoos, ya que no me agradan los ruidos. El grifo ha salido dando aletazos, y sin hacerse rogar, en cuanto os ha oído; y, ciertamente, no ignoráis, puesto que demostráis tanto celo por mis intereses, que mi señor, el rey Salomón, engañado por las falsas informaciones de aquel avieso animal, le había concedido la autoridad soberana en mis estados hasta el día en que una voz humana viniese a alterar el silencio de estas soledades. Era, más o menos, como si hubiera dicho por toda la eternidad, pues no era, apenas, probable, que tuvierais un día la ocurrencia de venir a berrear por aquí, en lugar de hacer rabiar a vuestros señores padres en su casa. Gracias al cielo, todo ha sido para bien, y ya sólo me queda recompensaros de acuerdo con vuestros merecimientos. Ahora veréis, pequeños, lo que es sentirse agradecido, pues voy a gratificaros a los tres con todo lo que puede colmar los deseos del hombre en este mundo, a saber, la fortuna, el placer

y la ciencia.

»—Tú serás el primero —añadió, pasándome por el cuello una cinta y mostrándome un pequeño cofrecillo que colgaba de ella—; este amuleto tendrá la facultad de hacerte poseer todos los tesoros ocultos que pisamos sin enterarnos, y de enriquecerte con todo lo que llega a extraviarse.

»—Tú, que no eres un muchacho muy atractivo, que digamos —dijo a Mahúd, con la misma ceremonia—, me deberás el que todas las mujeres que encuentres en tu camino se enamoren de ti al primer vistazo. Yo no tendré culpa alguna si no consigues buenos resultados.

»—Tú —dijo a Piruz—, deberás a este talismán el ascendiente más universal que te sea posible ejercer sobre el género humano, puesto que te procurará medios infalibles para calmar todos los dolores del cuerpo y curar todas sus enfermedades. Guardad bien esas preciadas joyas —añadió finalmente—, pues es únicamente en ellas donde residen los maravillosos talentos de los que os halláis provistos, y perderán todo su poder desde el momento en que os separéis de ellas.

»Al acabar estas palabras, el genio dio media vuelta, dejándonos sumidos en la más profunda perplejidad.

»Poco a poco, fuimos recuperándonos, aunque no nos comunicamos nuestras primeras impresiones, que, probablemente, debían de estar rondando la misma idea. El genio no había dispuesto, para favorecernos, más que de tres amuletos, y era probable que no poseyera más; Ebid, que no había sido tenido en cuenta en el reparto, quizás nos exigiría un nuevo reparto que a todos nos sería igual de funesto, puesto que las virtudes de nuestros amuletos, exclusivas en cada uno de sus poseedores, no se mantendrían en otros. Un sentimiento de justicia natural vendría a alterar el capricho de este destino desigual, creando un enemigo siempre dispuesto a contrariar nuestros deseos y a turbar nuestras alegrías. ¿Qué podría decirnos, señor? Tuvimos la crueldad de abandonar a ese inocente niño que sólo nos tenía a nosotros, intentando persuadirnos recíprocamente de que el genio cuidaría de él, pero sin otro motivo real que el vergonzoso temor de tenerlo a nuestro cargo. Esta abominable acción, que debía ser el eterno tormento de mi corazón, todavía no ha sido expiada por todos los males que he sufrido.

«Caminamos durante algunos días, sirviéndonos de lo que quedaba de nuestras provisiones, y apoyándonos en las brillantes esperanzas que albergábamos acerca de nuestros talismanes. Mahúd, que era el más feo de los tres, y que ya veía a todas las bellas sometidas a su ascendiente vencedor, se hacía, a cada paso, más insoportable en impertinencia y fatuidad. Y en vano el arroyo del que obteníamos nuestra bebida le anunciaba insolentemente, dos veces al día, que su rostro no había cambiado. El insensato comenzaba a sentir placer al exhibir su imagen, y se pavoneaba ante nosotros, con sus gracias ridículas, de tal manera que nos inspiraba más lástima que envidia. Piruz, que era de tan cortos alcances que nunca había sido capaz de aprender nada, no estaba menos orgulloso de su ciencia que Mahúd de su belleza. Hablaba con

seguridad de todas las cosas que pueden ser presentadas ante la inteligencia del hombre, e imponía, atrevidamente, nombres barrocos a todos los objetos desconocidos que se presentaban a lo largo de nuestro viaje. En cuanto a mí, que creía ser el que había sido mejor tratado, pues ya había visto demasiado mundo para saber que todas las voluptuosidades del amor y toda la celebridad del saber se compran, fácilmente, en él mediante el oro, temblaba pensando que mis hermanos pudieran hacer, a su vez, esa misma reflexión, y apenas me atrevía a abandonarme al sueño, sin antes recordarles que nuestros amuletos perderían todo su valor en las manos de los que se apoderaran de ellos. Pero ni siquiera esa precaución llegaba a tranquilizarme por completo, y pocas veces sucumbía a las fatigas del día, sin haber dejado la mía aparte, en la arena del desierto, o bajo un lecho de hierba seca. Durante la noche, el menor ruido me despertaba sobresaltado; sentía inquietudes que parecían angustias; me acercaba furtivamente hasta mi talismán, lo desenterraba, con horribles latidos de corazón y ya no conseguía dormirme.

»Aquellas preocupaciones, que sin duda nos eran comunes, habían hecho nacer entre nosotros la desconfianza y el odio, hasta haber llegado al punto de no poder seguir viviendo juntos. Decidimos separarnos y marchar siguiendo tres direcciones diferentes, prometiéndonos, con la boca más que con el corazón, volver a encontrarnos. Allí mismo, nos abrazamos fríamente, y nos dimos un adiós que debía ser eterno.

»Al día siguiente, me quedé sólo con mis sueños, sin otro alimento que los frutos salvajes de los bosques; se me habían acabado por la mañana, y el hambre me urgía de manera cruel, cuando, al rodear un profundo barranco, caí en medio de una caravana de mercaderes o de una emboscada de ladrones nómadas, nunca lo he sabido. Sin embargo, fui a situarme, con aplomo, en la fila más poblada de la banda, porque mi amuleto acababa de descubrirme un misterio del que esperaba sacar partido con su ayuda: “Amigos, les dije con tono decidido, veis entre vosotros a un pobre joven que no posee en el mundo más que estas simples vestimentas, pero que puede convertirlos a todos en los más felices y opulentos de los mortales. Como supongo que vuestra única finalidad, a lo largo de vuestros peligrosos viajes, es enriqueceros mediante lícitas ganancias, yo voy a ofreceros una fortuna inmensa y fácil, sin otra condición que la de compartirla con vosotros. Ved si os conviene concederme la mitad de un tesoro, que mis gloriosos ancestros han ocultado en estas soledades, y los camellos que me hagan falta para transportarlo hasta la ciudad más próxima. Tomo al divino profeta por testigo de que os cedo la otra parte, y que es lo suficientemente considerable como para colmar la ambición de veinte reyes.”

»Con el apresurado asentimiento de toda la tropa:

—Excavad el suelo de este campo —les dije al momento—, y dividid las cargas en porciones iguales entre vuestros camellos y los míos. Os repito que la mitad es mi parte, y que no quiero nada más, pues Mahoma me dió la inspiración de que enriqueciera a los primeros creyentes que encontrase en el desierto.

»El resultado estuvo a la medida de mi promesa. El oro se encontraba casi a flor de tierra, y todos los camellos estuvieron cargados antes de la noche. Aunque la región parecía completamente deshabitada, encargamos a los más diligentes la guardia de la caravana, y, como ninguno de nosotros podía confiar ciegamente en los demás, estoy bastante inclinado a creer que no durmió nadie. Ya comenzábamos a recoger el primer fruto de las riquezas.

»Los días siguientes transcurrieron con bastante tranquilidad, disfrutando todos nosotros con el pensamiento de nuestra felicidad, y confiándonos nuestros proyectos. Sólo que, a medida que iban tomando forma en nuestra imaginación, íbamos concibiendo la posibilidad de ampliar su efectividad hasta una proporción casi infinita, con lo que, al cabo de una semana, hasta el más moderado de la banda estaba descontento de su parte; pues la insaciable codicia de los ricos hace que, en medio de su prosperidad aparente, surja una pobreza relativa más difícil de soportar que la pobreza absoluta de los desheredados de la tierra. Ya había observado esta disposición en mis compañeros, cuando nos detuvimos para acampar en el emplazamiento de una antigua ciudad, cuyo vasto contorno, además de sus soberbias ruinas, delataban la antigua metrópolis de un gran pueblo. Allí, mi talismán me revelaba, casi a cada paso, tesoros mil veces más preciosos que el nuestro; pero nuestras bestias de carga se doblegaban ya bajo un peso que aminoraba considerablemente su avance, y la avaricia que me poseía, me hacía temer, además, nuevos repartos. Con el pretexto de visitar aquellos monumentos, cuya magnificencia sólo me había llamado a mí la atención, me alejé del resto de la caravana para marcar a mi gusto los lugares que encubrían tantas pruebas de mi futura opulencia, por lo que regresé al campamento, colmado de fatiga y de hambre. Me sorprendió sobremanera la agitación que surgía a mi paso, aunque no tardé en llegar a conocer su origen:

»—Joven —me dijo uno de aquellos viajeros, que me había parecido ser uno de los más decididos de la banda—, no sabemos quién sois, ni de dónde venís; y desde hace diez días que estamos juntos, habéis sido incapaz de hacernos conocer, de la manera que fuere, los derechos particulares que pretendéis hacer valer sobre el tesoro del cual nos hemos apropiado. Sin embargo, nosotros somos veinte, tenemos veinte camellos, y el tratado que vos, maliciosamente, nos habéis impuesto, os ha convertido en poseedor de la mitad de nuestros camellos y de la mitad de nuestro tesoro, mientras que la mitad de la carga de un único camello nos ha sido arrojada a cada uno de nosotros, como si algún privilegio impreso por la mano de Alá en vuestra frente hubiera hecho de nosotros vuestros servidores y esclavos. Las reglas de la equidad natural exigían que estas riquezas fuesen repartidas por igual entre nosotros, y todos estamos por el momento de acuerdo con ello, aunque vuestro orgullo y vuestra perfidia merezcan un peor trato, si aceptáis el ofrecimiento que os hacemos de la vigésima parte de nuestra carga. De otro modo, examinaremos la validez de vuestros derechos con la severidad de nuestra justicia, y ya veremos si nos conviene llevaros prisionero hasta Bagdad, para dar allí cuenta del origen de este precioso hallazgo,

cuyo secreto se halla, posiblemente, oculto en la conciencia de algún asesino.

«Mientras hablaba, yo estaba reflexionando. Mi amuleto, que me proporcionaba el conocimiento de los tesoros ocultos, no me revelaba nada acerca de sus legítimos dueños, y, además, yo había profundizado lo suficiente en el estudio de la política como para no esperar que ni aún los títulos más sagrados prevalecieran frente al fisco. La inmensa fortuna que acababa de descubrir, y jalonar, me consolaba, por lo demás, holgadamente, de la pérdida de algunos miserables millones, pues la evaluaba como el equivalente de todo el oro que había en circulación sobre la tierra; así pues, me contenté con sonreír con toda la gracia de que me sentía capaz, meditando mi respuesta:

»—¡Vaya! ¡Mis queridos camaradas! —exclamé—. ¿Una dificultad tan poco importante ha estado a punto de alterar nuestra asociación? Yo mismo venía a comunicaros la proposición que me hacéis, y el único pesar que tengo es el de no haber podido tomaros la delantera. Lo mismo que cada uno de vosotros había pensado, éste es el deseo en el que mi corazón se ha detenido: tomad nueve de mis camellos; y cargad en el que me queda la parte que me corresponde. Es todo lo que exijo de vosotros. Dichas estas palabras, me sumé, alegremente, a la refección comunitaria, y, tranquilamente, me dormí en seguida, soñando con los tesoros inagotables, de cuya conquista acababa de asegurarme.

»El día siguiente, y bastantes más, continuamos viajando sin que ocurriese nada importante. Sólo que, de sol a sol, la caravana estaba más pensativa y triste, y era posible discernir en cada uno de nuestros camelleros actitudes alternantes de envidia e inquietud. Incluso llegaron a cometerse algunos robos que dieron lugar, entre aquellos aventureros, a sangrientas riñas, pues con el producto del más pequeño de aquellos se habría podido comprar una provincia. Por otro lado, las provisiones comenzaban a escasear, y de todas las raciones, la mía había llegado a ser la más parsimoniosa. Lo menos diez veces, había llegado a lamentar que el genio no me hubiese concedido, en lugar del talismán que anuncia los yacimientos de tesoros, otro que me hubiera hecho adivinar algún silo desconocido o, incluso, alguna raíz alimenticia. Y, sin embargo, nos dábamos mutuamente ánimos para tener paciencia, porque nuestra ruta seguía hacia adelante. Indicios conocidos por todos los que recorren el desierto nos hacían esperar, en cualquier momento, la llegada a una población, o a un pueblo, y convertirnos en sus soberanos. Pues en todas partes, la soberanía es patrimonio del oro.

»Por fin, un día, en que entregado a mis habituales alarmas, apenas había conseguido cerrar los párpados, en el momento en que el alba comenzaba a teñir de blanco el horizonte del desierto, fui despertado por el golpe que me habían asestado con un yatagán, al que poco faltó para conseguir sumirme en el sueño eterno. Sólo tuve fuerzas para entreabrir un ojo moribundo y asegurarme de que mi camello ya no estaba, y llevar hasta mi talismán una desfallecida mano, que consiguió dar con él. Un grito, que me habría perdido, me fue impedido, felizmente, a causa del dolor, y

volví a caer, al momento, en un profundo desvanecimiento que mis asesinos confundieron con la muerte. Un gran número de horas transcurrió desde entonces, pues el sol se hallaba en mitad de su curso, cuando volví a ver la luz.

»Estaba tumbado en la orilla de un arroyo a donde había sido transportado para lavar mi herida. Un anciano venerable, cuya barba le llegaba a la cintura, y que estaba inclinado sobre mí, acabando de dar los últimos toques a mi vendaje, parecía escrutar en mi mirada, con una solicitud paternal, algún débil rayo de vida. “¡Divino profeta!”, exclamé. ¿Acaso habéis bajado de lo alto de los cielos, en donde habitáis, para devolver la existencia al infortunado Dubán, o, más bien, es que el ángel de la muerte me ha transportado ya con sus rápidas alas a vuestra celestial morada?

»—Yo no soy Mahoma —respondió sonriendo—, sino el jeque Abú-Bedil a quien la previsión inefable del Todopoderoso ha conducido hasta este lugar para salvarte, lo que ha conseguido mediante la asistencia de su voluntad, y el concurso de algunos simples remedios de los que la naturaleza es pródiga. Tranquilízate, hijo mío, pues tu herida ya no presenta ningún peligro, y podrás reponerte de ella en mi casa, en donde serás tratado con toda la solemnidad que merecen tu edad y tu desgracia. Como no se encuentra muy lejos de aquí, esta litera, que he hecho preparar para ti con hojas frescas, te hará el camino más llevadero.

»Y, en efecto, a las pocas horas llegábamos a ella, de manera que antes de la puesta de sol, yo reposaba sobre las esteras de Abú-Bedil.

»Aquel sabio anciano había sido la lumbrera del Oriente. Durante largo tiempo, consejero de los reyes, había unido el recuerdo de su nombre con el de una época de paz y prosperidad que vivirá eternamente en la memoria de los pueblos. Los poetas habían compuesto cantos a su gloria, y las ciudades le habían dedicado monumentos que reflejaban su reconocimiento. Desgraciadamente para él, la prudencia de su administración disminuyó tanto el número de los procesos, que la infatigable actividad de las gentes de ley, que nunca puede estar ociosa, al trocarse en odio implacable hacia el apaciguador de todos los debates, suscitó, poco a poco, en contra de su benéfica autoridad, las ciegas cóleras de la multitud. Y dejó el poder, sin haberlo esperado, de la misma manera en que había accedido a él, y, despojado de todos sus bienes, había obtenido la gracia de poder refugiarse, oscuramente, en la más pobre de todas las casas solariegas de sus antepasados. Y desde entonces habitaba en ella, liberado, por igual, de pesares y ambiciones, alimentado con la leche de sus rebaños, vestido con sus vellones, alternando las complacencias de la meditación con los trabajos de la agricultura, más feliz, quizás, que nunca, porque, en su retiro, había aprendido en seguida, que no existe condición, por desafortunada que haya sido a causa de la fortuna, en que una vida laboriosa y un alma benevolente no puedan ser útiles a los hombres. Así era Abú-Bedil, quien me salvó de la muerte, y cuya buena acción he maldecido con frecuencia, puesto que no he sabido aprovecharla.

»Cuando llegué a encontrarme totalmente restablecido, me presenté ante él para besar sus manos venerables, lo que, sin embargo, hice con una humildad menos

tímida que lo que hubiera podido esperarse a causa de mi fortuna y mi condición, ya que, durante mi convalecencia, el amuleto me había procurado el medio infalible de probarle que yo no era un ingrato.

»—Generoso jeque —le dije mientras me liberaba de sus brazos que me estrechaban con ternura—, ve en la feliz circunstancia que me ha hecho merecedor de tus buenos servicios una notoria señal de la protección del Dios absolutamente justo al que ambos adoramos, quien quería que yo sirviese de instrumento suyo para el restablecimiento de tu prosperidad y tu grandeza. Un secreto heredado de mis padres me confirma que tus mayores han ocultado en los cimientos de este palacio, hace ya una larga sucesión de siglos, tesoros que sobrepasan en riqueza al mismísimo tesoro de los califas. Podrás asegurarte de ello moviendo las piedras de tus subterráneos y cavando la tierra de tus jardines, sólo algunos palmos por debajo de la profundidad que la laya puede alcanzar. Vuelve, pues, opulento y famoso entre los hombres, virtuoso Abú-Bedil: Alaba a Alá, que nunca será suficientemente alabado, y no rehúses tu bendición a tu esclavo fiel.

»Abú-Bedil pareció pensativo, se mordió los labios, e hizo que me sentara.

»—Hijo mío —me respondió—, Dios es grande y su potencia es infinita. Conozco lo suficiente el efecto de los remedios cuyo uso te he prescrito para no atribuir la alucinación de la que pareces afectado a los vértigos que, a veces, son consecuencia de alguna herida mal curada. Ya había oído hablar, por boca de mi padre, de la existencia de esos tesoros, y quizás pueda extrañarte que no haya intentado, en absoluto, asegurarme de su posesión. Pero es que el estudio y la experiencia me han enseñado que no hay más tesoros reales que la moderación, que es la sabiduría. Los inocentes dones de la naturaleza han bastado hasta ahora para mi felicidad, y no me expondré a alterar la pureza de una vida simple y fácil, vertiendo en la copa que Dios me ha dado el peligroso veneno de las riquezas; pero tu descubrimiento, si se confirma como verdadero, me libera del derecho de persistir en un desdén que sería perjudicial a tu propia fortuna. En todos los países civilizados, el hombre que descubre un tesoro oculto puede, legítimamente, reclamar la mitad de él, y yo faltaría a los deberes de la más imprescindible equidad, si te privara de las ventajas que tanto oro, adquirido sin riesgo ni trabajo, promete a la poca reflexión de tu juventud. Así pues, tú mismo tomarás posesión de esos bienes, suponiendo que realmente existan, en los vastos subterráneos sobre los que se halla edificada mi mansión. Solamente te suplico, en nombre del reconocimiento que hace un instante me profesabas, y que más particularmente debieras reservar para el soberano autor de todas las cosas, que me dejes los tesoros enterrados debajo del jardín, no porque yo piense que puedan ser más cuantiosos que los anteriores, sino porque no podrían extraerse a menos de destruir las plantas de las que obtengo mi alimento y las flores que cultivo para deleite de mi vida. ¡Dios me preserve de sacrificar jamás, a la loca ansia de amontonar en mis cofres el metal corruptor, que engendra todos nuestros males, el perfume de una sola rosa!

»Tras haber pronunciado estas palabras, Abú-Bedil se retiró a sus baños, pues era la hora de las abluciones.

»En cuanto a mí, hice llamar a los obreros, los conduje a los subterráneos, y les ordené levantar todo el empedrado de los mismos. Allí se hallaba amontonada tan gran cantidad de lingotes del oro más puro, que después de haberlos cargado en todas las acémilas que pudimos encontrar en la región, tuve el pesar de tener que dejar casi tantos como los que podía llevarme; pero no dejé de hacer honor a mi obligada moderación, exagerando ante el jeque el número y el valor de los tesoros que le dejaba, como si de mí hubiera dependido arrebatárselos. “Así pues, sabrás dónde encontrarlos, dijo, sonriendo, el anciano, cuando hayas agotado los que te pertenecen, pues hago voto, por el santo libro del Corán, de no tocarlos en mi vida. Entrega, ahora, a los que han trabajado bajo tus órdenes, todo lo que sus fuerzas les permitan llevarse de ese metal, y ordénales que recubran el resto con toda la consistencia que sean capaces de obtener en sus trabajos. Que ese oro se hunda más profundamente todavía en las entrañas de la tierra, y que allí permanezca hasta que mis manos puedan sacarlo. Allí, al menos, no hace ningún mal.”

»Yo estaba tan impaciente por gozar de mi opulencia, que estuve dispuesto a partir al día siguiente, antes del nacimiento del día. El jeque estaba levantado, lo mismo que yo, pero era para contemplar la salida del sol y para visitar sus flores. Cuando me vio dispuesto a marcharme: “¡Hijo mío, me dijo, quiera el cielo serte en adelante más favorable que lo que ha sido hasta ahora! Tú eres rico entre todos los hombres, y la riqueza arrastra, a su vez, más desgracias de las que puedas imaginar. Socorre a los que sufren y alimenta a los que tienen hambre; es éste el único privilegio de la fortuna que merece ser envidiado. Evita el poder, que es una trampa tendida por los malos espíritus a las almas más inocentes. Evita, incluso, el favor de los que son poderosos, pues casi siempre es obtenido a cambio de la libertad y de la felicidad. Busca, sin embargo, conciliarte su benevolencia y asegurarte su apoyo, usando los medios de los que te servirías para ganarte clientes en la clase media, es decir, mediante presentes proporcionales a sus necesidades o a su codicia. Todas las clases se hallan sometidas por igual a la seducción del oro; sólo varía la tasa. No desdeñes comprar por el mismo precio la protección de los cortesanos, sin la cual sería insensato contar con la protección del señor. Ya sólo me quedan tres palabras que añadir a mis consejos: sé indulgente y misericordioso con todo el mundo, no te mezcles con los asuntos políticos, e intenta aprender un oficio.”

»Y, tras eso, Abú-Bedil me bendijo y regresó, tranquilamente, a sus rosas.

»Mientras me encaminaba hacia Bagdad, meditaba en mi interior aquellos sabios consejos, y presentía de manera apremiante la necesidad de hacer notar mi entrada en la ciudad mediante un magnífico presente al califa; pero no podía pensar en ello sin asustarme por el sacrificio que me sentiría obligado a realizar con esa medida de prudencia, y paseaba sobre mis tesoros una mirada inquieta y celosa, buscando el medio de no separarme de ellos. Llegamos, finalmente, hasta las puertas de la ciudad

soberana, en una llanura apta para que acampáramos, que se extendía a uno de los lados de la ruta. El lado opuesto se hallaba ocupado por otra caravana, en la que no tuve dificultad alguna en reconocer a los bandidos que me habían asaltado en el desierto, con sus camellos cargados con mi oro. Las vestimentas que había recibido de la liberalidad de Abú-Bedil me encubrieron, felizmente, ante sus ojos, y pasé lo suficientemente cerca de ellos para asegurarme de mi descubrimiento sin excitar su desconfianza. Como ya me había acostumbrado a la pérdida de aquellas riquezas, y en aquel momento no habrían hecho sino aumentar mis dificultades, aquel imprevisto encuentro me sugirió una decisión que satisfacía, al tiempo, mi avaricia y mi venganza, y que me apresuré en llevar a la práctica, después de haber puesto a mi escolta en guardia contra vecinos tan peligrosos. Así pues, entré solo en Bagdad, y me dirigí, al momento, al palacio del califa, pues era la hora en que mantenía su audiencia, que estaba abierta a todo el mundo.

»Debo deciros, señor, que el imperio de los califas acababa de sufrir uno de aquellos duros reveses que terminaron por causar su ruina, y que el único remedio al mismo que el soberano reinante había encontrado no consistía sino en recaudar de sus pueblos un impuesto exorbitante, que amenazaba con convertirse en fuente de sedición y revuelta. Ésas eran las circunstancias en que me presentaba delante de él, no sin antes haber teñido mi historia con una de aquellas mentiras que el misterioso origen de mi fortuna hacía necesarias en todo momento, pues tal es el inevitable inconveniente de toda fortuna que no ha sido adquirida mediante un derecho legítimo o mediante un trabajo asiduo.

»—Soberano comendador de los creyentes —le dije, tras haberme prosternado tres veces y haber golpeado con mi cabeza tres veces el enlosado de su palacio—, ves a tus pies al desgraciado Dubán, príncipe del Fitzistán, expulsado de sus estados por la cruel ambición de un hermano, y que viene a buscar en los tuyos una morada hospitalaria y un reposo tranquilo. ¡El Altísimo evita, no obstante, que agrave las cargas de tu imperio con los gastos de una hospitalidad inoportuna! He sustraído mis tesoros a la rapacidad de mis enemigos, y la parte que mis espantosas desgracias me han dejado basta, con largueza, para las exigencias de una existencia digna del rango que he disfrutado en Persia. Por un fatal azar, había dirigido su parte menos cuantiosa por los medios usuales, que es la que hoy me acompaña. La otra, que escoltaba en persona por las rutas del desierto, me ha sido robada por mis esclavos, que me han asesinado<sup>4</sup> y dejado por muerto en una región alejada. Milagrosamente salvado de la muerte, esta mañana he conseguido alcanzar en las puertas de Bagdad la primera parte de mi convoy, y el Todopoderoso ha permitido que distinguiera la otra parte entre una caravana cercana, en el momento en que iba a depositar a tus pies la prueba de mi devoción filial. Ésta, que puede dispensar a tus pueblos del pago de un impuesto riguroso y difícil de recaudar, y que te procurará por añadidura todo el oro que te haga falta para satisfacer el mantenimiento de tu magnificencia real, te pertenecerá sin reservas, si te dignas recibirla en homenaje. Sólo bastará, para que

entre a formar parte de tu tesoro, que me concedas una fuerza de soldados dispuestos a apoderarse de ella, según mis órdenes, y que me autorices a hacer justicia en las personas de mis asesinos.

»—Nos recibimos lo que nos ofreces, y os concedemos lo que nos pides —contestó el califa—, pero nuestras gracias no se quedarán sólo en esto. Hace tres meses que nuestro gran visir intenta poner remedio a los problemas del imperio, sin conseguirlo, mientras que la viveza de tu inteligencia acaba, en un momento, de desembarazarnos de ellos. Apresúrate a cumplir lo que nos propones y a ocupar su lugar a nuestro lado, pues tal es nuestra voluntad.

»Aquellas palabras me llenaron de confusión y terror, porque comprendía, por primera vez, que la fortuna no le servía a uno para todo. Yo había sido, apenas, iniciado en el conocimiento del saber vulgar, y, por consiguiente, era incapaz de ejercer las funciones de gran visir, pues el alejamiento de los negocios en que siempre había vivido me hacía pensar en ellas de una manera extravagante. Sólo creía tener verdaderas aptitudes para ser rico, estado para el que pensaba que siempre se tiene la suficiente disposición, y no me faltaban ejemplos. Además, si he de ser sincero, estimaba mi condición mucho más que la del gran visir e incluso que la del propio califa y, más de una vez, me había propuesto, en mis proyectos de futura grandeza, comprar un día el imperio del mundo. Así pues, decliné, con los pretextos más especiosos que pudo sugerirme mi imaginación, el alto favor con el que me honraba el comendador de los creyentes, y fui lo suficientemente afortunado como para colorear mi orgullo con las apariencias de la modestia y la virtud. No hay nada más fácil que otorgarse los honores de la moderación cuando no se desea nada.

»Al atardecer, los que me habían robado el oro fueron colgados, sin que éste les hubiese servido de provecho, y el tesoro del que se habían apropiado, después de perpetrar su crimen, pasó a las arcas del califa, a quien tampoco serviría de mucho más provecho.

»Al día siguiente, compré palacios, casas de campo, muebles suntuosos, esclavos innumerables, mujeres de todos los colores y todos los países. Y los demás días, puse en marcha caravanas perfectamente escoltadas para ir a recoger, en la ciudad del desierto, las inmensas riquezas que pretendía haber enterrado en ella, regulando sus viajes de tal manera que a cada sol debían aportarme, a lo largo de una larga sucesión de años, tantos bienes como los que hasta entonces había podido atesorar. Hice construir subterráneos de prodigiosa extensión para encerrar en su interior los nuevos tesoros que la tierra debía otorgar a mis investigaciones, y, después de ello, me abandoné a la molicie y a la voluptuosidad, en medio de amantes y aduladores, sin desconfianza alguna por el futuro, pues el servicio que había rendido al califa me daba completa seguridad frente a los intentos que podrían hacer mis enemigos para arrebatarle su protección.

»Sin embargo, me faltaba mucho para que pudiera estar al abrigo de todo tipo de peligros, como no tardé mucho tiempo en comprobar. Al hacer que el impuesto fuera

innecesario, había irritado a los encargados del fisco, que siempre se quedan con la mejor parte de todos los posibles impuestos. Incluso había amargado el tonto orgullo del populacho que no tiene paciencia para aguantar que nadie se mezcle en sus asuntos, y que no quiere que nadie pueda jactarse de haberle impuesto la independencia y la felicidad. Había humillado la ambición de los grandes, que enrojecían al ver sus méritos repudiados por un aventurero, y la vanidad de los ricos, pues mis escandalosas profusiones habían convertido su fasto en impotente y ridículo. Lejos de estarme agradecido por mi negativa, el visir pensaba en ella como un medio más seguro de apoderarme de su poder, envileciéndole en su propia cara, y haciéndome, mediante mis larguezas, paniaguados entre el pueblo. El califa, indignado al no poder competir conmigo en magnificencia, había agotado vanamente sus recursos y su crédito, mediante empréstitos ruinosos, y se mantenía recluido, desde hacía algún tiempo, con el pretexto de estar enfermo, en la miseria de su palacio. Tal era la situación de las cosas, cuando me fue anunciado que el gran visir solicitaba hablar conmigo.

»Acudí a recibirle con gran pompa, y le introduje, afectando una humildad insolente, en el más rico de mis apartamentos. Era ya un hombre de cierta edad, al que siempre había desdeñado ver, a pesar de los sabios consejos de Abú-Bedil, y cuya fisonomía anunciaba, en toda su totalidad, la avaricia más vergonzosa. Sus ojos eran vanos, amarillentos, inyectados en sangre; su rostro, macilento y oscurecido por constantes preocupaciones; su espalda estaba combada como un sextante, como la de los desgraciados obreros que trabajan en las minas; su cuerpo, delgado, consumido por las privaciones, titubeaba sobre sus endebles apoyos, como una pajilla hueca que la hoz del segador ha olvidado al pasar. Apretaba sobre su pecho un manto de un tejido de buena calidad, probablemente robado de lo que había dejado su predecesor, pero cuyo gastado entramado se había convertido en un tejido calado que daba la impresión de ir a romperse de un momento a otro. Antes de sentarse, levantó cuidadosamente sus pliegues, para no exponerlos a los peligrosos azares del roce, y me habló así:

«Viajero del Fitzistán —me dijo—, me asistiría el derecho de abordaros con palabras de cólera, pues habéis olvidado el respeto que es debido a nuestro ilustre maestro, entregándole como libre homenaje lo que, en efecto, no es sino una pequeña parte del legal tributo al que con respecto a él, estáis obligado; pero su todopoderosa mansedumbre impone silencio a nuestra justicia. Así pues, vengo a significaros en su nombre, y en consideración a vuestra condición de extranjero, que puede excusar vuestra ignorancia, que la mitad de los tesoros de los que os habéis notoriamente apoderado en varias y diversas partes de sus estados, los cuales se extienden hasta los confines del mundo, pertenecen a su propiedad soberana, y que no podréis retenerla traidoramente sin incurrir en la pena justamente infligida a los crímenes de lesa majestad, es decir, la muerte y la confiscación.

»Al pronunciar aquella última palabra, que, en la boca del gran visir se revestía de

un valor particular, sus labios largos y estrechos, se entreabrieron por sus comisuras; sus hundidos ojillos brillaron con una luz ardiente, y su ávida mirada calculó en un abrir y cerrar de ojos, más rápida que el rayo, el valor de mis muebles y joyas.

»Sus intenciones y quejas eran demasiado manifiestas para que escaparan a ese sentido de prudencia que ya se había hecho sentir en mi interior, y que constituye la sabiduría, y el tormento, de los ricos; pero yo ya había tomado una resolución, aplicable tanto a los ladrones de la corte como a los del desierto, y, de antemano, me encontraba dispuesto a todos los sacrificios, porque no había ningún sacrificio que pudiera comprometer una fortuna inagotable. Yo preveía, además, que tanto el califa como el visir se verían obligados a esconder una parte de sus riquezas; y como eran mucho más viejos que yo, bien sabría dónde encontrar, algún día, el oro que me habían robado. Sólo se trataba de una especie de depósito que esperaba recuperar pronto, incrementado con sus respectivos intereses.

»—Señor —le respondí con una sonrisa un poco forzada—, aunque mis tesoros nada deben a la sucesión de Abú-Giafar-Almanzor, primer califa de Irak, y aunque hubiera dudado el recoger otros que no me vinieran de mis padres, me someteré sin reservas a las órdenes de nuestro señor, que no podrá nunca equivocarse; le rogaré, incluso, que acepte todo lo que poseo, en lugar de la mitad que reclama, contento de que su bondad soberana me deje una estera en la que descansar mi cabeza, y un albornoz para cubrirme. Sólo pretendo distraer, si vuestra gracia lo permite, estas dos copas, tallada cada una de ellas en una única esmeralda por Alí-Taffís, y que contienen los diamantes reales de mi familia desde el reino de Taher el Grande.

»—¡Dos copas talladas cada una en una única esmeralda, y llenas de piedras preciosas! —exclamó el gran visir brincando sobre mi diván.

»—Desde hace largo tiempo, había destinado estas dos joyas inestimables —continué sin conmovirme— al enriquecimiento del tesoro particular del más grande ministro que haya impuesto a este imperio la suave sabiduría de sus leyes. Es a vos, señor, a quien pertenecen, y las he conservado con el único propósito de ofrecéros las. ¡Ojalá puedan pareceros dignas de ocupar un modesto lugar al lado de las magnificencias de vuestro palacio!

»—Príncipe Dubán —respondió el gran visir, irguiéndose, con un aire de benevolencia, sobre sus manos secas y de afiladas uñas—, nos deleitamos en reconocer en este presente, que nos es singularmente agradable, la suntuosa liberalidad de vuestros ilustres antepasados, y os rogamos que creáis en nuestra benigna e infalible protección.

»Un instante después, hizo cargar trescientos camellos con mis perdidos bienes, y se despidió de mí, felicitándome, con palabras afables y lisonjeras, por mi desprecio de las riquezas.

»Pero aún me encontraba muy lejos de haber alcanzado aquel alto grado de la sabiduría humana. No me fue difícil consolarme por haber tenido un día malo, mientras aguardaba mis convoyes, de los que no faltó ninguno. Mis casas se llenaron,

mis subterráneos se colmaron, el oro me invadía por todos lados; y como no podía dar abasto para gastarlo e invertirlo, en algún momento, llegué a temer que llegara a disputarme el estrecho espacio que me había reservado para vivir, simple y cómodamente, a la manera de los demás hombres. Así pasaron dos meses, entre solicitudes y problemas, de los que, al menos, los pobres tienen la suerte de no hacerse ni idea, y creo que habría muerto trabajando si el gran visir no hubiese juzgado conveniente poner término final a mis preocupaciones, mediante una nueva visita.

»Esta vez se presentó con muy diferente boato, esto es, acompañado por cien eunucos negros precedidos por sus jefes, que blandían sobre sus cabezas deslumbrantes sables, cuyo aspecto me llenó de terror, pues nunca he sido muy valiente, y no hay nada que vuelva al corazón tan cobarde como la riqueza. El abominable anciano entró sin ser anunciado, se sentó sin haber sido invitado, y fijando en mí sus ojos, rojos de cólera: “¡Infame *giaour*!<sup>[31]</sup>, me dijo, ¡pues no has tenido temor de colmar mediante tus crímenes la misericordia del califa y la del cielo! No contento con habernos robado la mitad de nuestros derechos en los tesoros que acumulas sin cesar, has contraído un pacto sacrílego con los malos espíritus para convertir en oro la más pura substancia de nuestros pueblos bienamados, e incluso los elementos nutricios que germinan en las mieses y que maduran en los frutos de la tierra. Tales fechorías habrían merecido un castigo que dejase atónito al mundo entero, pero el califa, cuya bondad es infinita, suavizando en tu favor el rigor de la justicia, en consideración de algún servicio que, antaño, rindieras al país, y reduciendo tu condena a los términos más favorables, ha decidido darse por servido haciendo que seas estrangulado en las próximas celebraciones de su glorioso aniversario. Al darnos esta sentencia la investidura de todos tus bienes pasados y futuros, ya sean heredados o gananciales, nos dignamos tomar en el momento presente, y en tu presencia, posesión de los mismos, para que no tengas que pretextar ignorancia: y tras esto, ¡guardias!, conducidle lejos de nuestra presencia, y tan pronto como sea posible, pues la presencia de los perversos es un suplicio para la virtud.”

»Nada había que responder a aquella alocución, puesto que el veredicto había sido pronunciado. Así pues, bajé humildemente la cabeza, ante los sables de los eunucos, y me dispuse a ir a la prisión en la que aguardaría el día, bastante cercano, de mi solemne ejecución. Cuando aún en mi propia casa, apenas había franqueado la puerta de la sala de ceremonias, la voz agria y chillona del gran visir vibró en mis oídos.

»—¡Hola! —dijo—, que traigan de nuevo a ese miserable, y que se le despoje ante mi vista de la magnífica vestimenta que tiene la audacia de exhibir en medio de las calamidades públicas que sus sortilegios han desatado sobre el país. El sayón más grosero y vil es demasiado bueno para cubrirle. Cuidaos de llevar estas suntuosas prendas a nuestro vestuario, para el caritativo uso al que las hemos reservado, pues nos sabemos de un hombre de bien, cuyo nombre es siempre bendito entre el pueblo,

que, a causa de su gran modestia, se ha vestido siempre con una sencillez extrema, y que, incluso, realzará la magnificencia de estos ricos atavíos, mediante su gracia y buena apariencia.

»—¡Aguardad, aguardad! —exclamó, como si hablase consigo mismo—. ¿Qué es este cofrecillo que descansa sobre el pecho de este infiel, colgando de esta cadena de brillante metal? ¡He de examinarlo al instante! ¡En verdad, que es tan notable por su trabajo como por su materia! A juzgar por su peso, debe estar hecho del oro más puro; las piedras que en él han sido incrustadas son tan finas que podrían haber sido robadas de la corona de Salomón, y la cinceladura es tan delicada, que sólo puede ser obra de las *peris*<sup>[32]</sup>. Había pensado, tras la primera impresión, regalárselo a Fátima, la más joven de mis esclavas, a la que nunca he dado nada, pero me parece que mejor será añadirlo a mi tesoro, y estoy seguro de que no será su pieza menos valiosa.

»Al acabar aquellas execrables palabras, el viejo sinvergüenza pasó la cadena de mi amuleto alrededor de su cuello.

»—No te has engañado en absoluto acerca del valor de esa joya, maldito ladrón, a quien Dios castigue mediante eternos tormentos —exclamé rugiendo de furor—. El cofrecillo que me arrebatas es el talismán maravilloso que me daba el conocimiento de todos los tesoros de la tierra. Si la impaciencia de tu insaciable avaricia hubiera podido satisfacerse con los bienes que yo le hubiera dado, en seis meses habría convertido todos tus palacios en oro, y habría hecho que caminaras en tus jardines sobre una arena de diamantes. Te habría costado menos repartir reinos a tus esclavos que lo que hoy te cuesta engalanarles con un miserable collar de plata falsa. Muere, pues, de desesperación y rabia, hombre estúpido y detestable, pues este talismán, del que tan indignamente te has apoderado, acaba de perder toda su virtud cayendo en tus manos profanas. Incluso no te revela, en este instante en que hablo, el lugar misterioso en que he ocultado mis más preciadas riquezas.

»En efecto, el talismán se había vuelto mudo, y el gran visir ya lo sabía. Aquel conocimiento le había asestado un golpe mortal; se lo llevaron, desvanecido, mientras que a mí me arrastraban hasta la cárcel.

»Poco tiempo después, el visir murió en medio de sus sacos de oro, por el pesar de no poder aumentar su número. El califa se apoderó de su herencia y de mis tesoros más ocultos, y devoró en voluptuosidades pasajeras aquellos vanos restos de mi fortuna, que sólo sirvieron para el enmollecimiento y la corrupción de su corte. Incluso el valor del pueblo llegó a enervarse entre las delicias de sus fiestas. El enemigo aprovechó aquellos días de embriaguez y delirio para plantar sus tiendas en medio del viejo reino de Abú-Giafar; y antes del alegre aniversario de su coronación, cuando yo debía ser ahorcado, todo el imperio había perecido, porque en él se había encontrado un hombre demasiado rico. Tales fueron los efectos reales del talismán que el genio de la montaña de Caf me había dado, para ruina de una nación, y quizás para desgracia del mundo.

»Los gobiernos que sucedieron al de aquel ladrón coronado se apoderaron por

turno de la dirección de los asuntos en nombre de la justicia y de la humanidad, pues, decididamente, parece que se trata de uno de los mejores medios posibles para engañar a los hombres. La insigne persecución de la que yo era víctima fue la única en no ser olvidada, porque el esplendor de mi antigua condición me había hecho tantos rivales como ricos había, y tantos enemigos como asimismo, pobres, y, además, porque no había nadie en Bagdad que, por las buenas o por las malas, no hubiera conseguido aprovecharse de buena parte de mis despojos. Los calabozos no me fueron abiertos hasta el cabo de treinta años, a causa de una insurrección popular, y me consideré afortunado al poder escaparme de la ciudad, en la que tanto fasto mostrase, al amparo de un incendio.

»Mi primera intención fue la de dirigirme a la modesta mansión de Abú-Bedil, no porque esperase encontrarlo aún vivo, sino porque me jactaba de que no habría revelado a sus herederos el tesoro oculto en sus jardines. ¡Ay!, pero sólo tras larga búsqueda conseguí dar con el lugar. Los obreros que yo había contratado se habían acordado del secreto; poco tiempo después de mi partida, habían degollado al viejo jeque y a su familia; la tierra, que, de lejos, se veía levantada, les había entregado su funesto depósito; ni siquiera quedaba una sola de las plantas alimenticias que habían sido cultivadas por sus manos, y que hubieran podido aliviar mi hambre. De tal modo, había llevado hasta aquella casa, como pago de tan afable hospitalidad, las más espantosas desgracias; y esas horribles calamidades, cuya imagen me acompañaba a cualquier lugar al que encaminara mis pasos, ¡habían sido causadas por el talismán del oro!

»No tuve más remedio que resignarme a mi destino, y tender la mano, de ciudad en ciudad, ante la piadosa caridad de los transeúntes, aunque, con frecuencia, fuera más socorrido por los pobres que por los afortunados de este mundo, cuya prosperidad reseca su corazón, igual que lo había hecho con el mío; pues, en su corta duración, mi ciega opulencia no ha dejado, lo confieso, enrojeciendo de vergüenza e indignación, ninguna buena acción, aunque de poco valor, cuyo reconocimiento pudiera hoy día servirme de consuelo. Desde entonces han transcurrido veinte años, y en este estado de oprobio en que me veis, he llegado a Bagdad<sup>[33]</sup> esta mañana, atraído, señor, por el renombre de vuestra inagotable compasión hacia los miserables, a fin de mendigar una pequeña ayuda ante vuestra puerta, en donde he encontrado a estos dos ancianos.

»Esta historia es la de Dubán, EL RICO, quien había tenido a su disposición todos los tesoros desconocidos, quien se había propuesto, a los veinte años, comprar todos los reinos y todas las islas del mundo, y quien vivía, desde hace cincuenta años, de los groseros alimentos de la prisión y de los inciertos recursos de la limosna.»

Aunque a mí no me parezca muy divertida, el anciano benefactor de Damasco la había escuchado con más atención que la que yo mismo sería capaz de prestarle, si me hallase obligado a leerla de nuevo. Pero como la hora iba siendo avanzada, se levantó, bendiciendo a sus huéspedes y emplazándolos al día siguiente para escuchar

la continuación de sus narraciones.

## SEGUNDA JORNADA

Al día siguiente, los tres ancianos viajeros acudieron a la casa del anciano de Damasco, a la hora en que habían sido convidados. Cada uno de ellos, como la víspera, recibió una bolsa de oro, y se sentó al banquete en el más perfecto de los contentos, pues hacía mucho tiempo que no eran tan bien recibidos ni se sentían tan felices. Dubán, el rico, parecía, sobre todo, que no se acababa de creer que sus asuntos pudieran marchar tan bien, y que pudiera vivir con tanta abundancia.

Cuando acabaron de comer, el buen anciano de Damasco se volvió hacia el segundo de los tres ancianos que tenía a su derecha, y le dio a entender, mediante una tenue inclinación de cabeza que también le placería escuchar su historia. Aquél no se hizo rogar y contó lo que se leerá:

## HISTORIA DE MAHÚD EL SEDUCTOR

»Señor —dijo él—, no os entretendré más tiempo con los particulares de mi infancia, pues os han sido narrados con mucha exactitud por aquel de mis dos compañeros que ha tenido el honor de hablar ante vos. Yo soy, en efecto, su hermano Mahúd el bello, apodado “el amor y las delicias de las mujeres” y cuyo nombre resonaba, hace algo menos de medio siglo, en todos los harenes del Oriente. Ya conocéis cómo nos separamos, y confieso que el desdén de mis hermanos respecto a ciertos atractivos de los que estaba dotado me hacía desear aquel momento con una viva impaciencia, aunque no tardé mucho en pensar que el talismán del genio, que debía conseguirme la adoración de las bellas, producía sobre los hombres un efecto totalmente opuesto. Así pues, me quedé solo, tan satisfecho de mi persona como descontento de mi situación.

»El desierto, señor, es un triste lugar para un hombre atractivo. Durante varias

semanas viví en él, muy mal y con grandes dificultades, pero encontré con qué resarcirme en las primeras poblaciones que visité. No tengo necesidad de deciros a consecuencia de qué tipo de dotes personales fui deudor en todas partes de la más graciosa hospitalidad. Sin embargo, no puedo dispensarme de añadir que, frecuentemente, traía emparejadas algunas compensaciones fastidiosas. Los hombres son, generalmente, celosos, y los celosos son, generalmente, brutales, sobre todo cuando no han recibido ninguna educación. Todos los países que atravesaba eran países de conquista; pero, al contrario que los demás conquistadores, casi siempre que los atravesaba era derrotado.

»Un día que escapaba de la persecución de cien bellezas rivales, persecución que también tiene sus inconvenientes, sustrayéndome al mismo tiempo de los groseros procederes de sus amantes y esposos, caí en medio de la caravana de un mercader de esclavos que se dirigía a Iméret, para comprar mujeres de Georgia. Como yo había oído decir que en esa ciudad se encontraban las criaturas más bellas del mundo, y me sentía urgido a ejercer en ella el imperio, ya reconocido, de mi mérito, o de mi talismán, no dudé en enrolarme entre los servidores para cualquier oficio, aún el más vil, con la segura esperanza de librarme de él en el primer lugar en que encontrásemos mujeres. Aquellos valles, excavados, como vos sabéis, en los flancos del Cáucaso, están, para nuestra desgracia, totalmente deshabitados, y llegamos a Iméret sin haber encontrado una sola tribu.

»El jefe de la caravana era un hombre avisado, jovial y chistoso, que, desde el primer momento, había captado el motivo de mi viaje, y que decidió divertirse al presentar mis esperanzas y pretensiones desde una perspectiva ridícula:

»—Camaradas —dijo un día—, nos acércanos al final de nuestra ruta, y vamos a tomar de nuevo posesión de aquellos dulces disfrutes de la vida de los que el desierto nos ha privado durante tanto tiempo: sin embargo, podemos darnos por contentos si el amable Mahúd, el atractivo príncipe de Fardán, se digna dejarnos tocar algunas bellezas, pues vosotros sabéis que sabe conmovérlas, desde el primer día, después de haber visto su carro victorioso. ¡Oh, bello Mahúd, a quien la naturaleza ha colmado de tantas gracias! ¿Os negaríais a ser propicio a los buenos y fieles compañeros que han compartido vuestros pesares? ¿No tendrán ellos siquiera una sola mimosa que espigar entre vuestras ricas mieses? ¡Ya florecen suficientes muchachas en las deliciosas campiñas de Iméret, que serán suficientes a vuestros planes de conquista, sin que tengáis que llevar a vuestros amigos a la desgracia de amar sin ser amados! Pocas hay entre ellas que merezcan ser asociadas a un destino como el vuestro, y éstas no os serán disputadas por nadie. ¡Qué lástima!, ¡ay!, que no hubierais llegado antes a esta región... Cuando la caída del soberano más poderoso del Cáucaso puso a mi disposición a la princesa de Georgia, la adorable Zenaib, una perla incomparable, que, el año pasado, vendí al rey de China...

»—¡Zenaib, princesa de Georgia! —exclamé con entusiasmo, pues aquel nombre era para mí algo así como una maravillosa revelación.

»—La misma —prosiguió el mercader, con una implacable sangre fría—. Y ésta es la manera en que ella hablaba de vos: “Cruel, me decía, frecuentemente, mirándome con esos ojos de gacela que habrían enternecido a un tigre, si vendes mi persona al rey de China, tal y como te has propuesto, no te jactes de que le vendes mi corazón. Mi corazón ha sido dado al más bello príncipe de la tierra, al encantador Mahúd, el presunto heredero del Fitzistán: no sé si has oído hablar de él, continuaba, y yo no le he visto jamás, pero él se aparece todas las noches en mis sueños. Es a él a quien pertenece para siempre, a pesar de lo que pueda ocurrir, la infortunada Zenaib...”

»Al oír estas palabras toda la caravana se puso en marcha con una convulsiva risotada, pero aquello no me importaba. La idea que me hacía de Zíenaib absorbía todo mi pensamiento, y ya me prometía a mí mismo tener pocos miramientos con respecto a las vulgares atenciones de las hijas de Iméret. Al día siguiente entramos en la ciudad, sin que hubiera cambiado de parecer.

«Después de haber recibido del mercader de esclavos lo que tenía derecho a percibir, en razón de mis servicios, me retiré hasta un caravanserrallo lo suficientemente aislado, para poder pensar libremente en Zenaib y para intentar hallar los medios de encontrar a mi princesa a través del espacio inmenso que nos separaba. Mi imaginación, bastante perezosa por naturaleza, al no haberme proporcionado ninguno, hizo que comenzara a abandonarme a la más negra melancolía, pero una fiesta pública que se celebraba en Iméret me dio las ganas que necesitaba para salir de mi postración y distraerme, por un momento, de los pesares que me agobiaban. Es inútil hablaros del efecto que produjo el que fuera visto; cuando yo pasaba, sólo hubo un grito, pero la modestia me impide repetirlo. Únicamente la emoción de las más jóvenes, o de las más reservadas, llegaba a traicionarse mediante algunos suspiros que se reprimían a medias, intentando que fueran escuchados. Sólo regresé a mi morada muy tarde, a causa de la gran concurrencia de mujeres que se apretujaban ante mí, y que me cerraban el paso. Empleé toda la noche en recibir presentes y en rechazar cartas de amor.

»—¡Ay! —exclamaba con amargo desdén, rechazando aquellos testimonios insensatos de una pasión que no podía compartir—. ¡Ay! ¡Si fuera Zenaib! —y añadía, con un gemido que venía de lo más profundo de mi corazón—: ¡Bárbaro soberano de China, devuélveme a Zenaib, único objeto de mis deseos, Zenaib, que me has arrebatado, mi bella y tierna Zenaib!... ¡A ese precio, puedes quedarte con el gobierno del mundo!

»Es cierto que, entonces, no tenía muchas pretensiones.

»Como yo había llegado a aquel lugar, los días siguientes no hicieron sino aumentar mis complicaciones. No seríais capaz de imaginar, señor, cuán penoso es ser adorado por todas las mujeres. Uno podría arreglarse con tres o cuatro, o alguna más; pero cuando se pasa de la docena, no hay medio de resistirlo. Y existen pasiones dulces y sencillas, con las que uno dispone siempre de libertad para acomodarse; pero

aquellas que yo tenía la desgracia de inspirar eran tan antojadizas y violentas, que no puedo recordarlas sin estremecerme. Al poco tiempo sólo se trataba de jóvenes bellezas enloquecidas de amor, que renunciaban a la modestia propia de su sexo para disputarse el corazón de un aventurero desconocido. Algunas fueron súbitamente privadas del uso de la razón; otras se entregaron a los últimos excesos de la desesperación. Mi llegada, así como mi estancia, en la capital de Iméret fueron señaladas, finalmente, por una revolución única en los anales del mundo, y que no podía por menos de atraer la atención del gobierno. Fui conducido a la presencia del rey.

»Aquel príncipe, que era joven y bello, me aguardaba con impaciente curiosidad, rodeado de los altos oficiales de su corte.

»—¿Eres tú —me dijo, posando sobre mí su atónita mirada— quien se hace llamar Mahúd, príncipe de Fardan?

»—Yo soy, señor —le respondí con cierto aplomo, desplegando toda la dignidad y gracia que creía poseer.

»Debo hacer justicia a aquel monarca, diciendo que quedó durante unos instantes anulado y como estupefacto, pero como el secreto poder ligado a mi talismán recobraba todo su vigor, se abandonó tan alocadamente al delirio de su alegría, que, por un momento, llegué a pensar que iba a perder el conocimiento; y, como los sentimientos de los reyes siempre tienen algo de contagioso, los cortesanos que le rodeaban, obligando la respetuosa moderación que su presencia les imponía, cayeron amontonados sobre los peldaños del trono, retorciéndose con los espasmos de la risa más extravagante que os podáis imaginar. Incluso los guardias que me escoltaban abandonaron sus armas para agarrarse los costados con ambas manos, en el paroxismo casi espantoso de la alegría que comienza a rozar los confines del dolor. Aquella crisis fue larga, y quizás me pareció más larga de lo que, efectivamente, fue.

»—¡Pero bueno! —exclamó el rey, cuando hubo recuperado la suficiente calma como para hacerse oír—. ¡Tú eres el que ha venido a turbar con tu funesta presencia la tranquilidad de mis estados, sembrando en el corazón de las mujeres la seducción del amor! Y este prodigioso triunfo estaba reservado a estos ojillos redondos y estúpidos, que dejan caer, a derecha e izquierda, dos miradas bizcas y hurañas; o bien a esta nariz ancha y aplastada que domina desde tan alto una boca torcida y de fea dentadura. Date la vuelta un poco, te lo ruego, para que pueda confirmar si estoy o no en lo cierto, al divisar detrás de tus desiguales hombros una pesada protuberancia. Que, por cierto, sí que está; sois todos testigos; y para colmo de deformidades, hay que añadir esto —continuó, mostrando con su mano extendida—, que la pierna sobre la que se apoya en este momento, con una estudiada indolencia, iguala a la otra en longitud. ¡Por el sol que nos alumbra, que nunca antes se había visto nada tan sorprendente, desde que los caprichos de un sexo imbécil disponen del honor del otro!

»—Odioso desecho de la naturaleza —prosiguió tras un momento de reflexión

(era a mí a quien dedicaba aquellas expresiones desagradables)—, te ordeno evacuar al instante nuestro reino de Iméret, y, si antes de que te hayas ido se te ocurre hacerte amar por la última de mis esclavas, date por enterado de que mañana mismo serás izado en el árbol más elevado de la región, para servir en él de espantajo a las aves de rapiña.

«Aquel severo fallo había sido enunciado de tal manera que no me permitía la menor réplica. Me deslicé con modestia entre mis guardias, y salí de la ciudad en medio de aquella insolente escolta, velando mi rostro con ayuda de las manos, ante el temor de suscitar, de nuevo, alguna de aquellas simpatías, que a causa de la última amenaza, me costaría muy cara. Ya fuera de los suburbios, y despedido de la manera más grosera, eché a andar con paso decidido hacia la frontera, sin atreverme a mirar hacia atrás. Ya llevaba caminando así desde hacía dos horas, presa de meditaciones poco alegres, pues no había tenido tiempo de ir hasta mi caravanserrallo, a recoger los regalos y las joyas con los que las bellezas de Iméret me habían hecho rico, cuando los pasos de varios jinetes que me seguían de cerca me hicieron temer una nueva desgracia.

»—Príncipe Mahúd, deteneos, por favor —decían a gritos unas confusas voces—. ¿Sois vos, bello príncipe Mahúd?

»Casi del todo asegurado de que aquellos gritos graves y enérgicos no eran articulados por ninguna garganta femenina, valientemente, di la cara a aquel peligro, y vi cuatro pajes o icoglanes, soberbiamente ataviados, montados en magníficos caballos blancos, revestidos como de una armadura hecha de seda y oro, que acompañaban a los costosos coches del bagaje.

»—Yo soy el príncipe Mahúd, a quien buscáis —respondí altanero—, y si no hay mujeres entre vosotros, como supongo, puedo confesar tal cosa sin inconveniente para la tranquilidad pública. Y ahora, ¿qué es lo que queréis de mí?

»No os ocultaré, señor, que mi presencia produjo sobre aquellos atolondrados el efecto acostumbrado. Sin embargo, se recogieron, tras un momento de tontas risotadas, y el que parecía ejercer cierta autoridad sobre los otros, descabalgando con un respetuoso embarazo, dobló la rodilla, postrándose a mis pies.

»—Señor —dijo, golpeando en la tierra con su frente—, servios aceptar el tímido homenaje de vuestros esclavos. La divina Aicha, nuestra reina, que, esta mañana, se había ocultado detrás de uno de los postigos de la sala del consejo, durante vuestra entrevista con su augusto esposo, y que conoce los funestos resultados de la misma, no ha podido resistirse al impulso del amor hacia vuestra gloriosa y arrebatadora persona. Y en espera de días más propicios para reclamaros a su corte, en la que estáis predestinado a figurar, nos ha ordenado venir para ofreceros estos presentes y estos carruajes, y para acompañaros a todos los sitios a donde tengáis a bien conducirnos. Dile, Chelebi, ha añadido, dejando caer sobre mí su mirada, llena de la más conmovedora languidez, que los minutos de su ausencia se contarán como siglos en la vida de la desgraciada Aicha, y que sólo la esperanza de volver a verle bien

pronto puede someter mi corazón al cruel tormento de su espera.

»Al acabar de decir estas palabras, ha perdido el color y la voz, y, al irnos, la hemos dejado, casi desvanecida, en los brazos de sus doncellas.

»—Levantaos, Chelebi —le respondí—, y disponeos a seguirme. ¡Tendremos, ¡ay!, que atravesar vastas comarcas antes de regresar a los estados de vuestra soberana, si es que vuelvo a ellos algún día! Sometámoslo a la voluntad del que todo lo puede, pues sólo él decidirá los destinos de Aicha y de mí mismo.

»A continuación, monté en un soberbio caballo de mano que era conducido por uno de mis esclavos, y me di prisa en llegar a los últimos límites del reino, con toda la urgencia que podía inspirarme el deseo de escapar a mi nueva conquista, pues hasta entonces no había hecho ninguna tan peligrosa. Mi alma no estuvo totalmente liberada del temor que la oprimía hasta que no hube franqueado las fronteras de Iméret, en donde dejaba tan hondos recuerdos.

»—¡Tierna Aicha —me dije en un aparte—, que el tiempo, que triunfa sobre todo, haga el dolor de nuestra separación más llevadero! Y, posiblemente, será eterno, pues vos ignoráis, dulce princesa, qué irresistible sentimiento me arrastra hacia la adorable Zenaib, cuyos tormentos sólo podrán ser apaciguados mediante mi posesión. Consolaos, si os es posible, y no atribuyáis más que a la prudencia un abandono que me es impuesto por el amor. La culpa es del hecho que me condena a ser amado.

»Sumido de tal suerte en melancólicos pensamientos acerca de los pesares de los que era objeto, abandoné, indolentemente, la brida que flotaba sobre el cuello de mi caballo, abandonándome al instinto natural de su especie, que lo condujo hasta el primer caravanserrallo de la ruta.

»Abusaría de la atención que tenéis a bien concederme, señor, si entrase en los mismos detalles con respecto a todas las vicisitudes de mi viaje, que fue de una duración infinita; pues, a pesar de mi impaciencia, me veía obligado a marchar por etapas cortas, y sólo me detuve en la gran capital del reino de la China, cuyo nombre es Xuntién, como todo el mundo sabe. Ya hacía algunas horas que se había hecho de noche, cuando conseguí alojarme en un albergue bastante cerca del palacio, en el que, inútilmente, intenté encontrar algún reposo. El pensamiento de que, al fin, habitaba en los mismos lugares en los que respiraba Zenaib y la natural incertidumbre que experimentaba acerca del éxito de mi empresa, me impidieron cerrar los ojos. Me levanté con más diligencia de la que había tenido en toda mi vida; me vestí, a la carrera, con algunas ropas sencillas, pero elegantes, y me dirigí hacia la morada del soberano de todos los reyes, con la cara medio tapada por el manto para sustraerme a las miradas de las mujeres. Es cierto que no llega uno a encontrarse en las calles con ninguna que no pertenezca a la clase del pueblo, puesto que las demás se encuentran retenidas en sus casas a causa de la extrema delicadeza de sus pies, que son los más menudos, graciosos y adorables del mundo, pero de los que no pueden servirse para desplazarse. Ya el sol había recorrido más de la mitad de su curso, antes de que yo hubiera acabado de recorrer la magnífica alameda que bordea, en toda su longitud, la

fachada principal del palacio.

»Tranquilizado por la soledad que reina en las proximidades de aquella bonita estancia, dejé que mi manto flotase al viento, pero un grito que salió de los balcones me advirtió de que había sido visto, y de que ya era demasiado tarde para disfrazar aquellos rasgos, cuyos funestos estragos me habían causado tantas dificultades y contratiempos. Levanté los ojos, quizás imprudentemente, y pude escuchar un nuevo grito. Una joven princesa, cuya belleza apenas tuve tiempo de comprobar a causa de la turbación y palidez de su rostro, caía, privada de conocimiento, en los brazos de sus doncellas, y las celosías vueltas a cerrar, me separaban de ella para siempre.

»—¡Infortunada! —exclamé, cuando regresé a mi hospedaje, mientras apoyaba la cabeza en los cojines de mi diván.

»—¡Oh, Mahúd!, tan seductor y tan desgraciado. ¿De qué os sirve que sepáis agradar a todas las mujeres, si la única mujer cuyo corazón tiene ante vuestros ojos algún valor, Zenaib, la divina Zenaib, ha de seguir estando presa de su bárbaro vencedor? ¿Pero en qué parte del palacio se encuentra mi Zenaib? ¿Dónde encontrarla? ¿Cómo verla? Y, sobre todo, ¿cómo ser visto por ella? ¡Insensatas esperanzas! ¡Fatal amor! ¡Ilusiones engañosas que han nutrido tantos éxitos!<sup>[34]</sup> ¿La naturaleza me ha dado tantos privilegios sobre el resto de los hombres para hacerme sentir, de manera más amarga, el rigor de mi destino?

»Al acabar estas palabras, oculté totalmente la cabeza debajo de los cojines, inundándolos de lágrimas.

»Chelebi entraba en ese mismo instante para anunciarme la presencia de una vieja esclava mora que deseaba hablar conmigo.

»—Que hable —respondí, sin dignarme volver hacia ella mis ojos, oscurecidos por el llanto—. ¿Qué quiere del triste Mahúd? ¿Qué puede esperar del deplorable príncipe de Fardán?

»—Es ciertamente a vos, señor, a quien va dirigido mi mensaje —dijo la vieja mora, con un aire de misterio—, y no conocería nada de estos menesteres si dijera que es incapaz de colmar vuestros deseos. Quizás no ha sido desprovisto de intención el hecho de que os hayáis detenido hace cosa de media hora, debajo del balcón de la favorita; pero, ya sea adrede, o debido al azar, el amor os llama allí de nuevo, esta noche, al dar las doce. Esta llave os abrirá la puerta de la reja que se cierra tras la puesta de sol, y una escala de cuerdas, echada desde la ventana, os conducirá a los pies de la más amable de las princesas. Tomad, pues, la llave, señor; ¡pero acudid, os conjuro a ello, y no olvidéis que Zenaib os aguarda!

»Al oír el nombre de Zenaib, me apoderé de la llave que la vieja se había estado esforzando por dejar en mi languideciente mano, y me abalancé sobre ella para abrazarla, en acción de gracias por tan buena nueva; pero, ante su aspecto, retrocedí, presa de irresistible horror, tan execrable de ver era aquella negra, y volví a caer en mi sitio de antes.

»Por un concurso de circunstancias demasiado fáciles de explicar, la esclava mora

quedó clavada en el suelo, echándome unas miradas espantosamente apasionadas, cuya expresión no tiene comparación posible con ninguno de los terrores presentes en los sueños.

»—¡Oh, el más seductor de los hombres —exclamó ella, endulzando todo lo que podía su voz agria y cascada—, los extravíos del amor no conocen exceso alguno que no pueda explicarse ante vuestra vista! Pero, afortunadamente para vos, la naturaleza no os obliga a compartir los imprudentes sentimientos que inspiráis. Dignaos reflexionar un momento, hermoso príncipe, antes de aceptar los peligros de la entrevista que os ha sido propuesta. Es cierto que Zenaib no carece de belleza, pero cuenta entre sus esclavas con una mujer que, intrépidamente, puede disputarle ese don, y que os prodigaría, según vuestro deseo, placeres menos peligrosos. El emperador es altivo, celoso y cruel, y su venganza sería, quizás, más terrible de lo que os podáis imaginar. Tantas perfecciones, ¡ay!, no conseguirían quitarle hierro. La tierna Budrubugul, que se encuentra ante vos, no aspiraría, al contrario, más que a adornar vuestra existencia con los más dulces disfrutes; pues su ya probada virtud os es garante, al igual que los incomparables atractivos de los que estáis provisto, de que jamás tendréis rivales. ¡Transigid, transigid, señor, ante los consejos de la prudencia, y no rechazéis los deseos de Budrubugul, que os implora, de la morena Budrubugul, vuestra sierva y esposa!...

»—¡Monstruo abominable! —exclamé, levantándome violentamente para evitar los odiosos abrazos con los que me amenazaba—, da las gracias al mensaje del que has sido encargada, de que no te hiera al instante con mi cangiar, para castigar tu insolencia y tu traición. Regresa al lado de tu señora, y dile que pagaré con mi vida, si es necesario, la felicidad con la que ha adornado mis esperanzas.

»Budrubugul se fue, lanzando sobre mí una mirada enfurecida, que me dejó pensando si su odio sería tan espantoso como su amor.

»Me dirigí a los baños, me perfumé cuidadosamente, me cubrí con los vestidos más elegantes que pude encontrar entre los magníficos presentes de la deplorable Aicha, y fui puntual a la entrevista con Zenaib. La escala de cuerda estaba preparada; no me hacía falta para llegar hasta ella, más que el tiempo utilizado en desear tal cosa. ¡La vi, señor, y el recuerdo de aquel momento, imposible de describir, aún sigue siendo la felicidad y la desesperación de mi vida! Disculpad, por consiguiente, la involuntaria emoción que traba y anula mis palabras.

»Zenaib, acostada sobre lujosos cojines salpicados de flores, se levantó lentamente, lanzando un débil grito, pues el exceso de su pasión le había arrebatado casi todas sus fuerzas. Yo doblé una rodilla ante ella, y me apoderé, temblando, de su mano palpitante.

»—¿Sois vos, príncipe Mahúd? —dijo, entreabriendo sus grandes ojos negros, que resplandecían con más fuego que la estrella de la mañana—. ¿Sois vos? —prosiguió, con una languidez imposible de expresar, dejando caer su desfallecida cabeza sobre su cuello de cisne, porque su corazón no podía superar la turbación que

sentía. En cuanto a mí, buscaba, en vano, palabras con las que responderle, fascinado por tantos encantos que se ofrecían ante mi vista, y de los cuales, las huríes de Mahoma nunca podrán ofrecer otra cosa que una imagen imperfecta.

»Sin embargo, nuestros ojos se encontraron, y una admiración recíproca ocupó el lugar de cualquier otro sentimiento, por lo que nos quedamos como extasiados uno al lado del otro, más parecidos a estatuas insensibles que a amantes impacientes por ser felices.

»En aquel mismo instante, uno de los postigos del apartamento se entreabrió, y el emperador de China, seguido de cortesanos y soldados, se interpuso entre nosotros blandiendo un sable desenvainado sobre nuestras cabezas, al tiempo que Zenaib volvía a caer desvanecida encima de los cojines, y yo me arrebujaba, escondiendo la cabeza, presa de terror, como si tratase de ocultar a los asesinos que me rodeaban los funestos encantos que habían causado mi infortunio. Yo no sabía aún cuánto llegaría a maldecirlos.

»—Que esta indigna esclava sea entregada al más vil de mis servidores —dijo entonces el tirano—, y que jamás vuelva a aparecer ante mí. En cuanto al impío que ha osado franquear el umbral de este palacio, guardias, apoderaos del traidor, y disputaos la gloria de hacerle perecer ante mis ojos entre los más horribles tormentos. Daré una provincia del celeste imperio a aquel de entre vosotros cuya hábil crueldad mejor se avenga a los deseos de mi venganza...

«Todavía no había acabado de pronunciar esta sentencia, cuando diez brazos vigorosos me agarraron, y me encontré de pie, en medio de mis furiosos verdugos. Dejo que juzguéis, señor, las angustias en las que me encontraba sumido, cuando el postigo que se había abierto para que pasara el emperador se levantó de nuevo, y dejó aparecer a la vieja Budrubugul. La infame esclava, a la que ya consideraba el secreto artífice de mi perdición, avanzó hasta los pies del emperador, se prosternó, y habló así:

»—¡Augusto soberano de la China y de todas las islas del mundo —dijo—, dignate moderar, en nombre de tu propia gloria, los justos transportes de una cólera demasiado cierta, pero a la que tú mismo acabas de imponer unos límites que no puedes franquear! Cuando te he revelado la traición de Zenaib y de su pérfido cómplice, sin duda recordarás que me había reservado como premio de un secreto tan importante para el honor de tu corona, la garantía de obtener la primera gracia que me atreviera a implorar de ti.

»—Es cierto —respondió el emperador—, y he puesto como testigos de ello a los dioses del cielo y de la tierra.

»—Te imploro entonces con confianza —continuó ella—. Entérate, potente rey de todos los reyes, de que sólo fueron los celos quienes me impulsaron a traicionar el misterio que encubría esos criminales amores. El encantador príncipe de Fardán se había adueñado de mi corazón, hasta entonces inflexible, y estaba dispuesta a sacrificarle mi inocencia, cuando él se ha atrevido a forjar el audaz proyecto de raptar

a tu favorita. Incluso había dado a entender que se sentía atraído por mis escasos encantos, y la felicidad de tu esclava iba a pasar por alto todos sus votos, si las seducciones de Zenaib no hubieran roto tan hermosas ataduras. ¡Entrégame, entrégame el esposo que me abandona, y me comprometo a asentar para siempre al inquieto para no perderle! Ésta es la gracia que te pido.

»—En efecto —continuó el emperador, apartando de Budrubugul sus espantados ojos—, este tipo de suplicio no tiene nada que envidiar al que inventaría la imaginación de los hombres. Que el príncipe de Fardán sea tu esposo, pues tal es nuestra voluntad soberana. Pero haré más, fiel Budrubugul; como favor a tan digna alianza te concedo en dote la mejor fortaleza de Petcheli, así como una guardia de quinientos guerreros, que velarán por los extravíos de tu seductor, pues no quiero que vuelva a aparecer nunca más ante las miradas de ese sexo fácil cuyas buenas gracias sorprende con tanta insolencia. Que sea traído a mi presencia para que escuche su veredicto.

»Los guardias me llevaron a empujones ante el emperador, y allí me quedé inmóvil, y como fulminado por el latigazo que acababa de rematarme.

»Hubo entonces un momento de silencio que intentaba, inútilmente, comprender, y que terminó con unas risotadas tan portentosas que no pude resistirme a levantar la cabeza para conocer su causa. Mi contemplación había producido en la corte de Xuntién el mismo efecto que en la de Iméret; pero como los chinos son mucho más alegres que los georgianos, sus transportes tenían algo espantoso que me consternó casi tanto como mi propia desgracia. El emperador, sobre todo, era presa de convulsiones producidas por una risa tan delirante que hacía temer por su vida, cuando consiguió sentarse, todo jadeos, encima de uno de sus cojines, cubriéndose los ojos con un pliegue de su traje real, para evitar tener que verme.

»—¡Que se le aleje de aquí —dijo—, en nombre de todos los dioses que protegen a China, y que se observe atentamente, hasta en sus menores accidentes, este casamiento tan bien emparejado, para inscribirlo con letras de oro en los anales de mi reino!...

»Los guardias se dispusieron entonces en dos hileras, entre las que fui colocado, al lado de mi fatal prometida; de tal suerte, descendimos hasta las calles de la ciudad que comenzaban a iluminarse con los primeros rayos del día, y atravesamos lentamente, durante todo lo que duró el recorrido del sol, la muchedumbre que aumentaba sin cesar ante los abucheos unánimes del populacho, pues conocía demasiado bien los intereses de mi gloria para permitir que mi cara quedase expuesta a la vista de las mujeres. Era ya tarde cuando llegamos a la fortaleza de Budrubugul, quien no había perdido la alegría, sin cansarse de propinarme sus formidables caricias; pero los correos, que se nos habían adelantado, ya habían dispuesto todo lo necesario para que fuéramos recibidos en ella. El casamiento se celebró a la manera usual, y la soldadesca feroz, de la que estábamos acompañados, tuvo la crueldad de no separarse de nosotros hasta llegar al lecho nupcial.

»Me permitiréis, señor, que corra un velo acerca de los horrores de la suerte que la bárbara venganza del emperador me había reservado. Se comprenden mejor, ¡ay!, de lo que pueden ser descritos. Básteme con deciros que mi cautividad en aquella morada infernal no duró menos de treinta años, cuyos minutos no pueden compararse con ninguna especie de tiempo conocido, pues la vejez de Budrubugul parecía desafiar el paso de los años. Cuanto más llegaba a pesar la edad en ella, más desabrida y violenta resultaba, pues temía, en sus implacables celos, que consiguiese escapar del funesto amor que había tenido la espantosa desgracia de inspirarle. Incluso la precaución que ella había tomado de alejar a todas las mujeres no llegaba a asegurarla del todo. Y descendía implacablemente hasta los misterios de mi corazón, para sorprender en él un pensamiento que no hubiera sido para ella, y el más mínimo descubrimiento de este género me exponía a los tratamientos más odiosos. Os dejo que penséis si la ocasión no se presentaría con frecuencia; pero no podríais ni imaginároslo, ¡gran Dios!, si hubierais visto a Budrubugul.

»Sin embargo, yo había conservado con gran aprecio mi amuleto. Me iba acercando a la cincuentena, y aunque ya no sea la edad de agradar, sí es, al menos, la edad en que la gente sensata ha conseguido adquirir la madurez necesaria para sacar un provecho razonable del amor. Todavía estaba vivo, y triste, pero resignado, a causa de esta presuntuosa esperanza propia del otoño de la vida, cuando, una mañana, comprobé que el talismán del genio me había sido robado durante el sueño. Budrubugul, quien compartía todas las noches el lecho de maldición sobre el cual el cielo había amontonado para mí tanto oprobio y dolor, era la única persona que podría haberlo hecho, con la falsa y ridícula ideade que aquella joya era la prenda de algún sentimiento de juventud, del que mi alma conservaba, con ternura, su recuerdo. Salté bruscamente del lecho, corrí hacia la cámara de mi mujer, y vi a la abominable vieja ocupada en avivar, con la punta de un largo espetón de hierro, las ardientes brasas que acababan de devorar el amuleto. Ya sólo quedaban de él algunas cenizas impalpables que se ennegrecían sobre la superficie de los llameantes carbones, pero que todavía revelaban el contorno de su forma. Al darme cuenta, un grito lamentable se escapó de mi desgarrado corazón, mis ojos se velaron, y sentí que mis piernas eran incapaces de aguantarme.

»—¡Pérfido! —exclamó Budrubugul, volviéndose hacia mí—. ¿Es así cómo traicionáis los deberes de un vínculo tan armonioso, y que lleva tanto tiempo haciendo vuestra felicidad? Esta vez, miserable, mi venganza será implacable, y no me dejaré ablandar por vuestras lágrimas ni por vuestros juramentos.

»Ella se levantaba, en efecto, para golpearme, según su constante costumbre, cuando una impresión totalmente nueva, que fue incapaz de controlar, la obligó a cambiar de conversación.

»—¡Oh!... ¡Oh!... —dijo, al tiempo que retrocedía dos pasos—. ¿En virtud de qué misterio este rústico ha podido traspasar estos impenetrables muros? ¿Quién eres tú, insolente extranjero, para atreverte a presentarte sin ser anunciado en las estancias

de las mujeres?

»—¡Ay! —respondí, con la mirada baja—. ¿No reconocéis en mí a vuestro desgraciado esposo, Mahúd, el bello príncipe de Fardán?

»—¡Es verdad! —dijo Budrubugul, después de haberme estado contemplando largo rato, entre asombrada y espantada—. ¡Es verdad! —repitió, con el tono de una amarga convicción—. ¡Ha sido a ti, innoble y deforme criatura, a ti, mago maldito, a quien la vivaracha y graciosa Budrubugul ha prodigado, durante treinta años de ilusiones, los tesoros de su juventud y su belleza! ¡Ha sido a ti, a quien ha sacrificado la flor de sus encantos inocentes que eran la alegría de la mirada y las delicias del mundo!... ¡Retírate! —continuó, en un acceso de cólera imposible de describir, mientras me perseguía ultrajantemente con el espetón de hierro que su mano no había abandonado—. ¡Desaparece para siempre de mi presencia, y ve a buscar nuevas conquistas entre los monstruos que se te asemejen!

»De aquella guisa, Budrubugul me llevó hasta las murallas de la fortaleza; pues todas las puertas se abrían ante ella. La última se cerró tras de mí, y así llegué al centro de la plaza pública, lamentando profundamente no haberme dado cuenta antes de que existía un medio tan sencillo de recuperar mi libertad. Aunque había perdido el talismán, no había perdido la confianza, un tanto tardía, que abrigaba acerca de la buena disposición de las mujeres. Busqué en sus miradas; espíe sus emociones, esperé su entusiasmo y sus insinuaciones, pero no obtuve más que rechazos. Los días de mis triunfos habían pasado para siempre. Después de esto, id a fiaros de los dones de la naturaleza y de los talismanes de los genios.

»El comienzo de mi narración se asemeja al comienzo de la narración de mi hermano Dubán, el rico, y ambas narraciones también se asemejan en su final. Impelido, como él, durante veinte años, a subsistir a expensas de la caridad pública, llegué a Damasco, donde todo el mundo me indicó esta hospitalaria mansión, colmada por las bendiciones del cielo y las de la multitud. Y a ella me dirigía para solicitar comida para un día y alojamiento para una noche, cuando me encontré ante su puerta con estos dos ancianos, uno de los cuales es mi hermano. ¡Que el soberano dueño de todas las cosas se sirva reconocer el generoso recibimiento que vos nos habéis dado!

»Esta historia es la de Mahúd, EL SEDUCTOR, quien tenía el don de ser amado por todas las mujeres, que había desdeñado a los veinte años los corazones de princesas y reinas, que había gemido durante treinta años bajo el yugo de la más abominable y de la más perversa de las criaturas, y que vivía, desde que se había librado de ella, de las míseras limosnas del pueblo, al igual que su hermano Dubán, EL RICO.»

Aunque a mí no me parezca apenas más divertida que la primera, el anciano benefactor de Damasco la había escuchado con más atención que la que en ella habrá puesto el lector, y desearía que no se tomase esta observación como un reproche. Pero iba siendo ya una hora avanzada, por lo que el anciano se levantó, bendiciendo a sus huéspedes y emplazándoles al día siguiente para escuchar el resto de sus aventuras.

## TERCERA Y ÚLTIMA JORNADA

Al día siguiente, los tres ancianos se reunieron, como la víspera, en la casa del anciano benefactor de Damasco, a la hora de la cena, a la que habían sido invitados. Cada uno recibió una bolsa de oro, como los dos días precedentes, y cuando el banquete hubo terminado, su huésped, dirigiéndose al que no había hablado todavía, le recordó que también deseaba escuchar su historia. El viajero desconocido, que era un hombre serio y circunspecto, pasó gravemente una mano por su barba, saludó, con un aire digno y comedido al padre de familia y a sus hijos, y comenzó en los siguientes términos:

### HISTORIA DE PIRUZ EL SABIO

«Ilustres señores, quizá no os extrañará saber que yo soy el tercer hermano de estos dos ancianos, y que a mí se referían cuando os hablaban de Piruz. Aunque hoy sea más conocido en el Oriente por el título de SABIO que se me ha otorgado por excelencia, para distinguirme de la muchedumbre de las gentes que hacen profesión de ciencia, por cuenta y riesgo de la humanidad, sin haberse señalado nunca por algún descubrimiento útil. Fui yo quien recibió del genio de la montaña el talismán mediante el cual se conocía el secreto de las enfermedades, y los electuarios especiales que la naturaleza ha producido para ponerles remedio. Posiblemente, él no había estado descaminado al elegirme, pues mi inclinación natural me había llevado siempre en busca de esos arcanos preciosos, que serían la riqueza más importante del hombre si éste llegara a conocerla. Recibí aquel favor con alegría, porque me abría la esperanza de un largo futuro de fortuna y gloria, y dejé a mis hermanos, sin pesar ni envidia. Prendados, respectivamente, de su opulencia y de sus dotes personales, gozaban de una salud que no me daba pie para pensar que algún día pudieran necesitar de mí. Así pues, llevé conmigo mi parte de las provisiones, y me adentré en el desierto, recogiendo los remedios más simples para las principales enfermedades de la especie.

»Transcurridas algunas semanas, mi saco estaba lleno de específicos y vacío de provisiones. Disponía de todo lo que puede curar o aliviar los sufrimientos de la humanidad, con excepción del hambre; el hambre, ese mal positivo que, hasta ahora, los sabios han sido incapaces de remediar, aun comiendo de él. Lo que me consolaba, señor, de los tormentos que me hacía sentir, era que no ignoraba que otros muchos

sabios la habían sentido mucho antes que yo, y, si nos remitimos al testimonio de los hechos, no es absolutamente necesario ir hasta el desierto para citar ejemplos.

»Me encontraba apremiado por aquella necesidad importuna y humillante, cuando llegó hasta mis oídos el ruido de unas voces humanas. El ruidoso delirio que animaba a aquellos viajeros me hizo esperar, en un primer momento, que tendría que tratar con enfermos; pero comprobé, con cierta satisfacción, debo confesarlo, que sólo era el anuncio de la explosión bonachona y extrovertida de un banquete que toca a su fin. Y, sin temor, me metí en él: ¡la gente que tiene hambre es tan insinuante y tan persuasiva! Y fui admitido sin dificultad: ¡la gente que suele comer, es tan cortés! Tomé parte, con una expansión muy natural, en el banquete y en la alegría de los comensales, y allí me habría quedado más tiempo, si una atención especial no les hubiera llamado a otro sitio.

»Pues aquél era un festín fúnebre.

»Por aquel tiempo, el rey de Egipto tenía un favorito a quien la pasión de la caza de bestias salvajes impelía, frecuentemente, a perseguirlas hasta las regiones más salvajes. El día anterior se había detenido, sin escolta, en el lugar en que nos habíamos congregado, y acababa de ser, en él, víctima de la venganza de un tigre herido de muerte, que le había dejado sin vida, tirado a su lado, en la arena del desierto. Ya había sido cavada la fosa, allí se encontraba el cadáver, y ésa era la razón del regocijo, el aguardar el comienzo de los funerales.

»No tuve necesidad de tocar al muerto para darme cuenta de que se hallaba con vida. Mi saco me proveía de bálsamos y dítamos desconocidos, de heroica eficacia; y cuando todo estaba dispuesto para el entierro, mi muerto montó a caballo.

»La suerte menos corriente que puede ocurrirle a un joven médico es que comience su práctica consiguiendo la curación de un gran señor. La salvación de un pueblo entero no le habría sacado del anonimato; la de un hombre bien situado suponía su fortuna; pero la mía debía de hallarse expuesta a extrañas vicisitudes, de las que sólo os contaré una parte. Llegué a El Cairo bajo los auspicios de un cortesano que gozaba de tantos favores de su soberano que le convertían, casi, en su igual, por lo que, consecuentemente, mis casi infalibles perspectivas eran de beneficio y de gloria. Desgraciadamente para mi patrón y para mí, el príncipe, que tenía necesidad de un amigo más asiduo, acababa de designar un sucesor a mi señor. Cuando llegó su favorito, le mandó cortar la cabeza; y para ese género de accidentes, mi amuleto no podía encontrar ningún remedio. La ciencia no puede curarlo todo.

»Por una compensación que sólo podía ocasionar contento a los médicos, el contagio que desola anualmente Egipto hacía, en aquellos momentos, horribles estragos. La circunstancia era propicia, y me aproveché de ella, con gran diligencia, para curar a todos los enfermos, con excepción de los que preferían morir según las reglas, ateniéndose a las ordenanzas que habían matado a sus padres. Su número fue considerable; pero mi reputación prevaleció, aunque no saqué de ella gran provecho. No hay nada tan ingrato como un enfermo ya curado. Los hombres sólo aprecian su

salud en lo que vale cuando la acaban de perder. Es lo contrario de lo que ocurre con la herencia de una persona que acaba de fallecer: que sólo se conoce su valor en el momento de recibirla. El heredero, naturalmente, le está generosamente reconocido, y aquí se encuentra la explicación de que los ricos no llegan a curarse casi nunca.

»Sin embargo, yo no tenía que justificarme, en mi práctica, de un solo acontecimiento siniestro o incluso dudoso, y la medicina tuvo envidia de mí. El colegio de doctores me emplazó ante el tribunal soberano, para dar cuenta en él del derecho que tenía a curar, pues no está permitido, en aquel país, salvar a un hombre de la muerte, si no se está autorizado a ello mediante un título que proporciona al fisco grandes dineros. Para ser confirmado en el ejercicio de la profesión, cuyos privilegios había usurpado temerariamente, debía, al menos, probar que me había preparado para ella mediante unos estudios preliminares de índole muy singular, entre los que, en primer lugar, estaba el profundo conocimiento de la lengua copta. El tribunal soberano ante el que había sido llevado por el colegio de doctores, y que no conocía la lengua copta, me devolvió al colegio de doctores, que tampoco la conocía.

»El primero de los doctores que tenía que interrogarme me preguntó si Sesostris se había quedado ciego de los dos ojos a la vez, y, en el caso de que yo compartiera la opinión contraria, que parecía a los eruditos la más verosímil, si el ojo que había perdido primero era el derecho o el izquierdo.

»Le respondí que aquella pregunta me parecía ajena al arte de curar, pero que si Sesostris no se había quedado ciego, a la vez, de los dos ojos, y si el ojo izquierdo no era el que había perdido primero, me parecía probable que lo fuera el derecho.

»Puedo decir en este momento, sin hacer demasiada violencia a mi modestia, que aquella solución fue acogida con un murmullo bastante halagüeño.

»El segundo de los doctores quiso saber mi parecer acerca de los colores del escarabajo sagrado, que siempre ha pasado por ser negro, hasta la llegada de un viajero venido de Nubia, de donde trajo un escarabajo verde. Como esta pregunta tampoco representaba ningún gran interés en lo concerniente a la humanidad sufriente, me limité a declarar, con toda la sinceridad de mi corazón, que Dios había hecho, según lo que todo inducía a pensar, escarabajos de todos los colores, y que la más pequeña de sus obras era digna de admiración por el hombre.

»El tercer doctor tocó más de cerca las cuestiones sobre las que mi talismán me daba soluciones infalibles. Me exigía que explicase a la docta asamblea las virtudes secretas por las que el *abracadabra* curaba la fiebre terciana, y aquella vez, le repliqué, sin dudarle, que el *abracadabra* no curaba en absoluto la fiebre terciana. Como los médicos de Egipto no curan la fiebre terciana más que mediante el uso del *abracadabra*, cuando tienen la suerte de curarla, esta última respuesta suscitó la indignación general. El colegio me rechazó como un impostor temerario e ignaro, que ni siquiera sabía la lengua copta, y el tribunal soberano me devolvió a la prisión, para que acabara mis días en ella, con prohibición expresa de curar a quienquiera que fuera, bajo pena del último suplicio. Y en ella pasé treinta años, deseando la muerte;

pero nunca antes me había sentido mejor, por lo que no recibí ni una sola visita de los médicos. Fue la única señal de venganza de la que me libraron.

»Al cabo de treinta años, el joven rey de Egipto se había hecho viejo. Atormentado por un mal desconocido que desafiaba a todas las prescripciones de la ciencia y dotado de una vitalidad que resistía todos los remedios, se acordó, confusamente, de las milagrosas curas del médico persa que había hecho tanto ruido al comienzo de su reinado. Ordenó que fuese llevado ante él, con la condición formal de que pagaría con mi cabeza el fracaso de una prescripción inútil. Acepté con premura aquella terrible alternativa, aunque no estaba muy seguro de que mi amuleto hubiera conservado su virtud durante tanto tiempo. ¡Hay tan pocas de las facultades dadas al hombre que no pierdan, en treinta años, una parte de sus propiedades y de su energía, y hay tan pocas reputaciones científicas que sobrevivan a un cuarto de siglo!

»A lo largo del camino no me faltaron ocasiones de tranquilizarme. Apenas hube franqueado el umbral de mi calabozo, encontré la calle atestada de enfermos, unos errando como espectros escapados de la tumba, y aún medio tapados con sus sudarios; otros, apoyados en el brazo de sus amigos y parientes; éstos yaciendo encima de la paja y tendiendo hacia mí sus brazos suplicantes; aquéllos, llevados en literas magníficas y haciendo recubrir el camino que yo recorría de bolsas de monedas, de oro y joyas que echaban sus esclavos. Con un vistazo, distinguía todos los males; los curaba con una palabra, y así llegué hasta el palacio, escoltado por un séquito de moribundos resucitados que llenaban el aire con las carcajadas de su alegría y de su reconocimiento. Y me acerqué, con la seguridad calma y altiva de un triunfador modesto, al lecho real en el que se hallaba sentado el príncipe. ¡Ay! ¡Cuán engañada se había visto mi confianza!

»El rey de Egipto no tenía, entonces, más de cincuenta años, pero su frente presentaba la impronta de una caducidad secular. Su cara, macilenta y plomiza, como la mano lívida del ángel fúnebre que se había desplegado ante él, había perdido hasta el deseo de vivir. Sus labios, sin color, apenas conservaban la fuerza suficiente para entreabrirse en el último aliento que se escaparía de ellos; solamente sus ojos dejaban adivinar algunos restos de una existencia fugitiva, y seguían brillando en las profundas cavidades de sus órbitas, como dos chispas a punto de extinguirse sobre carbones extinguidos. Quiso hacer un movimiento para llamarme, pero su mano le traicionó y quedó inmovilizada sobre el dosel en que se apoyaba. Un balbuceo confuso erró por su lengua paralizada, pero no conseguí entenderlo.

»Mi estado no era apenas más envidiable que el del agonizante. Había descubierto mi destino antes de lo que pensaba, gracias al horrible silencio de mi talismán. No me sugirió ninguna idea, ni siquiera un subterfugio que me permitiera hacerme una idea. Un médico corriente habría improvisado el nombre de una enfermedad desconocida, el de un remedio imaginario o difícil de encontrar. Habría ganado el tiempo necesario para dejar morir a su enfermo. ¡Y le faltaba tan poco! Médico por el instinto de la naturaleza y por las buenas artes del genio de la montaña de Caf, yo no conocía

aquellos hábiles artificios. Eché a mi alrededor una mirada de humillación y desesperanza, y me encontré con los ojos del médico del rey, que se alegraba de mi confusión con una insolente sonrisa. Mi primera idea fue que la presencia de uno de aquellos doctores con título bastaba para neutralizar los efectos del amuleto salutífero, aunque el genio no lo hubiese mencionado; pero los genios no pueden pensar en todo. Convencido de que nada ganaría reflexionando por más tiempo, me postré, rozando con mi cara la tierra.

»—Señor —exclamé al fin, quedándome de rodillas en la humilde actitud de la resignación—, o Vuestra Majestad no está enfermo, o el mal del que está aquejado escapa a mi inútil saber. Soy incapaz de curaros.

»Ante estas palabras, el rey hizo acopio del resto de sus fuerzas para fulminarme con su cólera, pero sólo pudo hacer un gesto y lanzar un grito:

»¡Que se le dé muerte! —dijo.

»—Señor —dijo el médico, aproximándose al augusto enfermo—, vuestra indignación es legítima, y vuestra venganza demasiado leve. Permitidme, sin embargo, indicaros un medio de conseguir que sea útil para la conservación de esos días preciosos sobre los que descansa la prosperidad de Egipto y la felicidad del mundo. Vuestra Majestad, que sabe todo lo que saben los reyes, esos dioses visibles de la tierra, no ignora que nuestra ley nos prohíbe atentar contra los cadáveres y turbar por un estudio sacrílego el santo reposo de la muerte. Esta ciencia impía de cafres<sup>[35]</sup> y *giaours* nos está sabiamente prohibida, pero el divino Corán no nos ha prohibido en ningún lugar indagar los misteriosos secretos en las entrañas de un criminal vivo. Si vuestra mansedumbre paternal, que vela incesantemente por la conservación de vuestros súbditos, se dignase entregarme a ese miserable, cubierto de fechorías y de ignominia, creo ser lo suficiente experto en mi arte para abrirle y disecarle, sin tocar sus partes nobles, y para descubrir en sus visceras palpitantes el misterio y el remedio de los dolores que os atormentan, pues sólo el amor a vuestra sagrada persona me ha inspirado esta súplica.

»Durante aquella alocución espantosa, la médula se me había congelado en los huesos, y aguardaba la respuesta del tirano en una horrible perplejidad. Una sonrisa de esperanza recorrió su pálida boca, e inclinó débilmente la cabeza, en signo de aprobación. Yo perdí el conocimiento.

«Entonces, fui atado de pies y manos; y de tal suerte, fui llevado en una litera cerrada, y se me condujo a la casa de recreo del médico del rey, una deliciosa quinta cuya parte alta era bañada por el Nilo. Llegados al término de aquel viaje fatal, los esclavos me depositaron sobre una mesa de madera de cedro que parecía dispuesta de antemano para la espantosa operación que iba a sufrir, mientras que otros servidores preparaban sobre una mesa cercana los instrumentos de mi suplicio, sierras, cuchillos, escarpelos, bisturíes acerados, cuya vista horrorizaría a cualquiera de los héroes invulnerables que cantan los antiguos poemas de Arabia. Aparté los ojos de ella, con un espanto que me rompía el corazón, cuando un paso grave y lento, que se marcaba

solemnemente en los peldaños, me anunció la presencia de mi bárbaro asesino. ¡Oh! ¡Cuánto lamenté entonces que el genio torpe que me había otorgado, sin mi consentimiento, el privilegio estéril de curar todas las enfermedades de los hombres, no me hubiese concedido, en cambio, el poder de darlas! ¡Con qué fulminante apoplejía habría recibido al médico del rey! Pero me debatí, inútilmente, bajo las convulsiones del terror, y volví a inmovilizarme en mis ligaduras.

»—¡Qué veo! —exclamó al verme—. ¿Así se recibe a los huéspedes respetables que me hacen el honor de visitarme? Apresuraos a romper esas cuerdas infames y a traernos cojines sobre los que podamos entregarnos, a nuestro gusto, a los placeres de una sabia entrevista. Y tú —continuó, dirigiéndose a una especie de mayordomo que hasta entonces yo no había visto—, intenta mejorarte en los preparativos de un festín que testimonie a este noble extranjero, por su magnificencia, lo sensible que soy al honor que su presencia me otorga. Cuando os necesite para otros servicios, ya tendré cuidado de llamaros y de haceros conocer mi voluntad.

»Aún no había acabado de hablar cuando sus órdenes se habían cumplido. Una mesa tapizada de flores se cubrió de sorbetes, de confituras, de platos delicados, de vinos exquisitos; pues los médicos de Egipto llevan hasta un grado increíble de refinamiento el gusto por la buena comida, y no tienen escrúpulos al quebrantar los preceptos de la ley; ignoro si aquí sucede lo mismo. Sin embargo, yo estaba muy lejos de sentirme seguro, pues más bien comenzaba a pensar que el doctor se proponía aturdirme con algún brebaje narcótico al que no estaba acostumbrado, para, a continuación, proceder a su operación con menos dificultad. Además, los escalpelos y bisturíes no habían desaparecido, y la visión de aquellos amenazantes utensilios reprimía grandemente mi apetito. El médico, finalmente, pareció notar mi consternación, cuya causa no ignoraba.

»—¡Pero bueno! —me dijo—. ¿Acaso cree mi ilustre colega encontrarse, por una casualidad, en el tiempo santo del Ramadán para rechazar los manjares que despertarían la sensualidad de un santón? Dignaos, al menos, servirme de justificación a esta copa de viejo vino de Shiraz, que voy a beber al honor de vuestro glorioso éxito.

»La revolución que produjo en mí aquel singular apostrofe me devolvió, súbitamente, el uso de la palabra:

»—¡Ya basta! —le respondí, llorando de cólera—; ¡no esperaba ver a un hombre que ejerce una profesión liberal y humana añadir una ironía tan amarga a tan negra crueldad!

»—Vamos, hombre —prosiguió—, no seríais capaz de creer que el más celoso de vuestros admiradores y de vuestros discípulos iba a seguir intencionadamente esta execrable broma. Confieso que la gloria de abrir a un hombre tan grande como vos cautivaría mi orgullo; pero no hasta el punto de cerrar mis ojos ante el resplandor de vuestro saber y de vuestro talento. Esta mañana, cuando os dirigíais desde vuestra prisión hacia el palacio del rey de Egipto, os seguía muy de cerca, y he sido testigo de

vuestros milagros, que son tan sorprendentes que más bien parecen obra de genio que de hombre. ¡Oh, señor, sois tan hábil médico que la menos importante de vuestras fórmulas sería pagada por nuestra academia a precio de oro!

»Aunque, aparentemente, mi situación no hubiera cambiado mucho, debo confesar que aquellas palabras me embargaron con una emoción bastante profunda, y que, por un momento, mi amor propio fue capaz de disipar mi miedo. Bebí del vino de Shiraz, y recuperé algo de coraje.

»—Es cierto —dije, expresando un modesto contento— que mi práctica de la medicina nunca fue desafortunada, excepto en una triste ocasión, y desafío al mundo entero a que nombre un solo enfermo que yo no haya sido capaz de curar a la primera, que no sea el rey de Egipto, a quien Dios perdone el mal que me ha hecho o que quiere hacerme.

»—En lo que a eso respecta —replicó el doctor riendo—, me habríais causado admiración, de muy diversa índole, si hubierais adivinado su enfermedad, pues os puedo decir, con toda seguridad, que no está enfermo. Su constitución es de hierro, gastada antes de tiempo por todos los excesos que precipitan el curso de la vida, la saciedad de las voluptuosidades, la saciedad del poder, la saciedad del crimen. Ya no hay nada nuevo para sus órganos hastiados, sobre esta tierra de la que él es el espanto, y ésta es la razón de que se esté muriendo. Pero de todos mis clientes, él es quien menos me inquieta, pues le he reservado, para el primer momento de malhumor en que tenga la desgracia de llegar a inquietarme, una poción soberana que le procurará la radical curación de todos sus males, y que curará a Egipto, más infaliblemente si cabe, del oprobio y de las calamidades de su reinado. Así pues, no sigáis preocupado por no haber encontrado remedio a los dolores que le devoran. La Providencia es demasiado sabia para haber reservado tales ventajas al hombre más malvado de todos.

»—Si acierto a comprender el valor de ese específico —le interrumpí escalofriado—, debería lamentar que aún no lo hayáis aplicado.

»—Trataremos de eso más tarde —prosiguió el médico del rey, lanzando una mirada oblicua a sus temibles herramientas—. Antes tenemos que tratar de otra cosa, y dado el punto en que nos encontramos, vos y yo, podemos dejarnos de rodeos. Vos penetráis, de un vistazo, la causa de todas las enfermedades, y sabéis aplicarles, al instante, el remedio que les conviene; es éste un punto sobre el que ambos estamos de acuerdo, y del cual las observaciones que he hecho, hace poco tiempo, no me permiten dudar; lo que no puedo creer es que haya habido una escuela de medicina, en Egipto o en otra parte, que enseñara esta ciencia, por lo que me permitiréis que piense que más bien la debéis al azar que al estudio.

»Un sentimiento involuntario, de confusión o temor, debió en aquel momento de hacerse visible en mi rostro, y, a causa de mi emoción, bajé la mirada sin responderle.

»—Yo he frecuentado, al igual que vos —continuó—, los cursos de los sabios más célebres, y en ellos aprendí que los médicos sabían muy pocas cosas o más bien

nada. Trabajamos con las enfermedades sólo por aproximación; y les aplicamos, por costumbre, los remedios que nos han sido más o menos útiles en circunstancias análogas, y algunas veces las curamos por casualidad. A todo eso se reduce nuestro saber; pero nos resulta suficiente para ganar la confianza de la gente, y para vivir desahogadamente a expensas de las personas crédulas. Si vos conocéis otra medicina que no sea ésta, seréis aún más sabio de lo que me había imaginado, pero tengo alguna razón para creer que no habéis adquirido sus secretos en los asientos de la clase. Una confidencia leal y sin reservas podría facilitar entre nosotros un buen arreglo, cuya urgencia no considero necesario haceros sentir. Ya habéis tenido tiempo de pensar en ello.

»Al mismo tiempo, llevó una mano indolente hacia sus bisturíes, y los depositó encima de sus rodillas, como en un afectado descuido.

»—Semejante secreto —le dije— sería tenido en más estima que todos los tesoros de los hombres.

»—Aunque no en más estima que la propia vida —añadió, repasando descuidadamente el más horrible de sus bisturíes con una piedra de afilar—. Creo que una bonita *djerme*<sup>[36]</sup> lujosamente equipada, que os transportaría esta noche lejos de la tierra de Egipto, y un puñado de buenas rupias de Persia con las que podríais vivir, en espera de clientela, tienen más valor para vos que el honor de figurar, algún día, en un gabinete de anatomía. Es un precio demasiado alto, según me parece, dada la posición en que os halláis, por comunicar las alocadas palabras que debéis a la benevolencia de alguna peri.

»—Traedme las rupias —le dije— y vamos a ver si la *djerme* se halla dispuesta, pues me han entrado prisas de viajar. Vos tendréis el talismán.

»Y, en efecto, se lo pasé por el cuello en el momento en que el patrón daba la señal de partida. Hice resaltar, con cuidado, las virtudes de mi amuleto, pero omití, aún con más cuidado, y con razón, prevenir al doctor de que, en el instante en que caía en otras manos, perdía su eficacia, porque aquella circunstancia poco afortunada habría anulado un trato en el que tenía el mayor interés. Desde entonces los médicos de Egipto se jactan, entre los de las restantes naciones, de curar todas las enfermedades, pero yo puedo aseguraros, señor, que no hay nada de eso, y que los médicos de aquel país matan enfermos lo mismo que los otros.

»Mis recursos no tardaron mucho en agotarse; pero pensaba que mis costumbres de médico me permitirían disponer de algunos. Había visto y nombrado muchas enfermedades; había nombrado y aconsejado muchos remedios, y mi memoria no se había ido con el talismán del genio. Así pues, fui recorriendo mundo, buscando por todas partes enfermos, imponiendo, por lo general al azar, las definiciones de mi patología y las recetas de mi farmacopea, dejando en los lugares por los que pasaba el usual rastro que deja un médico. Al principio tuve algunos remordimientos, porque tengo el alma sensible por naturaleza; pero acabé por acostumbrarme fácilmente, como los demás médicos, cuando pude comprobar, en cien ocasiones diferentes, que

ni los más encopetados de aquella sabia profesión sabían más que yo. A fin de cuentas, siempre ocurría que el enfermo vencía a la enfermedad, o que la enfermedad vencía al enfermo, según el designio del destino o el capricho de la naturaleza.

»No obstante, sufrí algunos fracasos que comprometieron mi reputación y pusieron en peligro mi seguridad. Creo que no le habría pasado lo mismo a un doctor ya conocido, cuya consideración descansa sobre una vieja tradición de práctica, al tiempo que en la confianza de una clientela honorable. Aquéllos hacen todo lo que quieren con los infortunados que caen en sus manos, y la opinión pública nunca les pide cuentas; pero otro es el caso del pobre médico sin diploma, que carece, como se dice, de *ligadura* con el cuerpo de enseñantes, y del privilegio legal de ejercer el arte de curar, sin haber curado nunca a nadie. En todas las ciudades en las que, sucesivamente, me establecía era sacrificado a la bajeza y envidia de mis colegas que, al día siguiente de mi marcha, se repartían alegremente mis enfermos, y que no dejaban de enterrarlos a los tres días, para reservarse el placer de atribuir aquel fracaso al radical defecto del primer tratamiento. Aquella fatalidad, que en todas partes parecía ligarse a mis remedios, acabó por producir tal escándalo, que la justicia se creyó en el deber de prohibirme la práctica de la medicina, so pena de perder la nariz y ambas orejas. Me encontraba tan cansado de la ciencia, y tan celoso de conservar los principales adornos de un rostro humano en buen estado, que me resigné a vivir de limosnas, siguiendo a las comitivas fúnebres, que tantas veces había visto entregar sus muertos bajo mis auspicios. Había llegado a aquel punto de miseria y envilecimiento, cuando el azar me hizo encontrar, anteayer, a las puertas de Damasco, a estos dos ancianos mendigos, en los que he reconocido, después, a mis hermanos Dubán el rico y Mahúd el seductor, a quienes los dones de la fortuna y la belleza no hicieron más felices que a mí.»

Tras estas últimas palabras de la narración de Piruz, los tres hermanos se levantaron y pidieron al anciano benefactor de Damasco permiso para abrazarse, como si fueran viajeros que regresan de largos trayectos, que se encuentran, inopinadamente, en la meta común de todos los hombres, sobre la pendiente de la caducidad que conduce a la muerte. El anciano les autorizó a ello, mediante un movimiento de cabeza, lleno de dulzura y gracia; y se levantó, a su vez, enjugándose algunas lágrimas; tras lo cual, volvió a su lugar, haciendo que tomaran asiento.

—Me toca ahora a mí —dijo—. ¡Oh, mis queridos amigos!, referiros cómo he conseguido la esplendente prosperidad que corona mi dichosa vejez, y que compartiréis conmigo; pues estáis viendo a vuestro hermano Ebid, al que dejasteis en la montaña de Caf. Consolaos, hermanos bienamados, y tened por seguro que el día en que el Todopoderoso os dirigió hacia mi morada, había olvidado todo, al igual que yo.

## HISTORIA DE EBID EL BENEFACTOR

«Mi historia —continuó— no será larga de contar. Pocas vicisitudes hay en la vida de los hombres sim-pies, quienes, ingenuamente, obedecen a su naturaleza, y que sufren las leyes inevitables de la necesidad, sin más recursos y misterios que la paciencia y el trabajo. Lo que he hecho ha sido consecuencia de lo que el instinto universal de la conservación enseña a todos nuestros semejantes. Aquello en lo que me he convertido no ha sido hecho sino por Dios.

»Mis gritos turbaron, al igual que los vuestros, el silencio casi inviolable en donde reposaba, desde hacía siglos, el genio de la montaña. Se me apareció como a vosotros, pero, posiblemente, más impaciente y fatigado, pues no había contado con aquella nueva inoportunidad. Tampoco os ocultaré que su aspecto me llenó de terror, y que caí, temblando, ante él, sin tener fuerzas para oponer a su cólera ni una palabra. Conmovido, sin embargo, por mi juventud y mi desmayo, se apresuró a tranquilizarme mediante benevolentes discursos, que me devolvieron un poco el ánimo, porque, entre las expresiones groseras de su mala educación, se escondía un gran fondo de buena fe y de honestidad naturales.

»—Levántate, pobre pequeño —me dijo—, y vete tranquilo, sin preocuparte por tu suerte, pues no quiero hacerte ningún mal. Además, no tengo la culpa de que duermas con un sueño tan profundo, y lamento que no te despertaras cuando tus compañeros. Como me habían rendido un servicio, y toda molestia reclama un salario, he distribuido entre ellos algunas chucherías que me habían tocado en herencia, pero que no necesitaba para mi uso particular, ya que el patrimonio que me dejaron mis antepasados me permite vivir aquí a mi aire, despreocupado y solitario, sin otra ambición que dormir hasta las tantas y comer a mis horas. Les he otorgado la ciencia, la fortuna y el don de agradar. Sólo tenía aquellas joyas: un genio pobre no puede dar más que lo que tiene. En cuanto a ti, me pillas con las manos vacías, y estoy casi tan enfadado como tú. Sin embargo, mira —prosiguió, dando una patada a un viejo saco de cuero que, según todas las apariencias, había dejado algún hombre, perdido como nosotros en aquellas tristes soledades—, mira a ver si puedes sacar algún partido de esa chatarra; no me queda otra cosa.

»Y tras esas palabras, desapareció.

»Mi primera preocupación fue examinar mi tesoro, que se componía de utensilios extraños, que creía haber visto en alguna ocasión en las manos de los trabajadores, pero de cuyo uso no me hacía idea. La segunda fue recurrir a las provisiones que vosotros me habíais dejado, y recoger lo que me quedaba de ellas en otro saco que las había contenido, repartiendo las dos cargas de una manera casi igual, para disminuir la fatiga del transporte. Sin embargo, marchaba lentamente, porque era débil, y me detenía frecuentemente, porque era perezoso como lo son todos los niños; pero descubrí con placer, al cabo de algunos días, que la costumbre había llegado a hacerme llevadero aquel trabajo y ligero el fardo.

»Al poco tiempo llegué a lugares más favorecidos por el cielo, en los que la naturaleza me surtió de suficientes raíces y frutas con las que pude suplir mis agotadas provisiones. Y, gustosamente, habría permanecido más tiempo allí, si el grito de las bestias feroces no me hubiera inquietado durante largas noches, que para mí no eran sino preocupadas vigiliass. Fue entonces cuando aprendí el valor de los objetos contenidos en mi saco de cuero. Tras pensar un poco, sacaba algunas fuertes ramas con la ayuda de uno de mis instrumentos que se llama sierra, las hundía en la tierra con un mazo, las unía mediante retoños robustos que tomaba de los cañaverales, las fortificaba con grandes piedras que cimentaba con tierra gredosa mediante una llana, consiguiendo así un recinto impenetrable en donde cada noche encontraba reposo. No obstante, todavía no había llegado a ningún asentamiento humano, y mi indumentaria hecha jirones ya comenzaba a abandonarme. Me decidí a fabricarme otra con algunas cortezas flexibles que se soltaban fácilmente con la mano, que recortaba con tijeras y que juntaba con agujas, mediante ciertos filamentos flexibles y sólidos que me daban con abundancia hasta las plantas más corrientes. Yo me había iniciado así, mediante un aprendizaje de tres años, en la práctica de todos los oficios; y cuando la fortuna aventurera de los viajes me condujo hasta Damasco no era ni rico, ni bello, ni sabio, mis pobres hermanos; era ignorante, indigente y rechazado, pero era un trabajador. La sobriedad me había hecho sano y robusto; el ejercicio me había hecho ágil y ligero; la misma necesidad, que es una buena maestra, me había hecho inventivo y diestro. A todo eso unía la tranquilidad de alma que le hace a uno sociable y alegre. El aspecto de la ciudad no me asustó en absoluto, porque yo sabía que los hombres, reunidos en sociedad, tienen necesidad, en cualquier parte, de pagar con algunos alimentos la inteligencia, la industria y la fuerza. Al cabo de un día, me había ganado el jornal; al cabo de una semana, había economizado para las necesidades de un día; al cabo de algunos meses, ya me había asegurado el poder vivir un mes, pues hay que tener muy en cuenta las enfermedades, e incluso, la pereza. Un año después, vivía desahogadamente: diez años después, era rico en la acepción honorable de la palabra. La riqueza consiste en vivir honorablemente, sin serlo a expensas de otros, y en una condición de comodidad honesta y temperada que permite, a veces, ser útil a los pobres. Todo lo demás no es más que lujo y vanidad.

»A los treinta años, el cuidado que yo ponía en mi trabajo había atraído la atención de los manufactureros de Damasco. El más opulento de todos me dio, por iniciativa propia, a su hija única, a la que yo amaba, sin atreverme a decírselo. Agradecí su bondad mediante mi celo, y Dios favoreció mis empresas. Había centuplicado su fortuna cuando él la dejó en mis manos. Al encontrarme ya en la edad en que se desea el reposo, pues mi benefactor había muerto cargado de años, limité mi última ambición a santificar su memoria mediante un buen uso de los bienes que me había dejado, y así me acerco, tranquilamente, al término de mi dulce vida, sin tener nada más que lamentar que la esposa querida y los amigos que he

perdido.

«Vosotros estabais comprendidos entre los últimos, pues no había llegado a olvidaros. El feliz suceso que ha atendido mis deseos es otra más de las gracias que adeudo a la divina Providencia. Después de las rudas pruebas de la vida que han sido tan penosas para nosotros, al menos os queda gustar, en el seno de la familia, los ratos libres, sin interrupción alguna, de una vejez tranquila. Esta edad ya no es la de los deleites vivaces, pero tiene los suyos, que también poseen su encanto y sus delicias, y ya veréis que nunca es demasiado tarde para ser feliz. Recordaremos juntos vuestras esperanzas y vuestros desengaños, para regocijarnos juntos de las circunstancias prósperas, aunque tardías, que os han hecho franquear aquel océano de borrascosas ilusiones y llegar a un puerto de salud y prosperidad; y todos nos pondremos fácilmente de acuerdo en que, de todos los talismanes que prometen a las vanas ambiciones del hombre la felicidad, no hay ninguno más seguro que el trabajo.»

Aquí acabó el discurso del anciano, y a nadie le parecerá mal que yo concluya junto a él. Os aseguro que lo estaba deseando desde hace mucho rato, y que lamento haberos arrastrado en las parsimonias de una lánguida narración, de la que apenas podía liberar mi imaginación y mi pluma; pero el amable genio que, durante el sueño, me cuenta estas historias, había prestado a ésta ciertas gracias que no he llegado a encontrar mientras la estaba escribiendo. Vosotros juzgaréis si ya es tiempo de renunciar a sus promesas, y sabré por vosotros si, también yo, he perdido el modesto talismán que, en algunas ocasiones, ha sabido obtener de vuestra indulgencia algún flaco derecho. Buena falta hace que llegue ese día, y quizá ya haya llegado.

## LYDIE O LA RESURRECCIÓN<sup>[37]</sup>

CHAMFORT escribió en algún sitio que cuando se llega a los veinticinco años de edad, el corazón, si no se rompe, queda endurecido para siempre.

A los veinticinco años, mi corazón estaba roto.

Si en un principio había experimentado cierto disgusto hacia la vida positiva, más tarde llegaría a cogerle horror. Todas mis ideas, todas mis esperanzas, estaban relacionadas con la vida que ha de venir, que no será (tal y como dicen los materialistas), aunque a nosotros nos lo parezca ahora, dado como somos, un incomprensible misterio. Ante mis ojos, todas sus tinieblas se habían disipado. Y podía penetrarlo como si fuese algo tangible. Sentía y comprendía hondamente que Dios, a quien le resulta imposible, según las reglas inmutables que ha impuesto a su creación, destruir siquiera el átomo más pequeño de materia, en su omnipotencia, no podía haber tomado en consideración el apagar el fuego celeste de la inteligencia y el amor, que constituye la más perfecta de sus obras; así pues, creía firmemente en la necesidad de las compensaciones eternas, hecha abstracción de la revelación que nos las da bajo promesa, pues yo había nacido en un siglo de poca fe; y esta convicción me amparaba contra todos los dolores. Una vez alcanzado este extremo filosófico, o este grado de ilusión, las llagas de mi corazón se fueron cicatrizando poco a poco; mas no escatimé esfuerzo alguno a mi prudencia para evitarle otras nuevas, aislándome todo lo que podía de mis compañeros en la desgracia. Y no hay nada que conduzca más fácilmente al egoísmo que la lasitud de una sensibilidad agriada; había sufrido tantos desengaños en los afectos que me eran más queridos, que mi sabiduría fue la que se basaba en no amar nada nuevo, por miedo a perder, además, lo que aún amaba; y me parecía que se podía vivir así, como si amar y vivir no fueran lo mismo.

Mi fortuna me permitía, por entonces, hacer viajes, esa manera móvil y noble de existir que sólo se compone de sensaciones fugaces y que nos conduce a través de todos los apegos terrenales, sin darnos tiempo a encontrarnos en ningún sitio. La vida, en sí misma, es un viaje, me decía, y solamente cuando uno se ve imposibilitado para cambiarla mediante las transiciones de todos los días, llega a tomarle afecto, creando un lazo difícil de suprimir. ¿Existe algún pesar que pueda turbar el último momento del indiferente peregrino, que ha cambiado todos los días de familia y patria, que no ha dejado a nadie el recuerdo de sus rasgos y de su nombre, que sólo debe algunas lágrimas a los recuerdos de su infancia, y que no costará muchas lágrimas a los testigos de su muerte? Morir así, es pasar de un albergue a otro, o todo lo más, cambiar un poco de región, algo a lo que yo estaba acostumbrado.

Lo que yo tendría que haberme dicho es que morir así era morir sin haber vivido; pues venimos a la tierra para amarnos, para servirnos recíprocamente, ayudándonos unos a otros a llevar el peso de la vida; por eso la resurrección sería inútil para aquel que no haya cumplido antes con este deber, y el hombre que no ha amado apenas

resucita, si se me permite expresarme de esa manera, pues sólo somos llamados a gozar del beneficio de la resurrección mediante la benevolencia y la virtud. Estas ideas nuevas germinaron en mi corazón con ocasión de un suceso que quiero narrarles.

Para ser consecuente con mis teorías, carecía de doméstico fijo. Pues un doméstico es algo que, en ocasiones, puede amar y ser amado; era algo de lo que cambiaba como de domicilio, o, para ser más exacto, como de estación, y mis estaciones eran muy cortas. Aunque así perdiera las ventajas de un servicio asiduo, afectuoso quizás, ganaba, en cambio, los guías más inteligentes, más familiarizados con las comarcas que recorría, más instruidos de esas peculiaridades que animan la imagen de los lugares; así viajaba mejor y más provechosamente. El que tomé en Ginebra para acompañarme al cantón de Vaud, y que debía dejarme en Martigny, su acostumbrado lugar de residencia, era conocido por el apelativo de «El pequeño Lugon», a causa de su extremada exigüidad de estatura, aunque por lo demás era robusto y bien proporcionado, como si la naturaleza hubiese querido compararle, uno de esos días en los que parece divertirse, como si él fuese una caprichosa miniatura, con las gigantescas dimensiones del mundo alpino. Por lo demás, el pequeño Lugon reunía todas las cualidades que han hecho del guía de los Alpes un grupo aparte, un particular espécimen. Era algo así como una historia en vivo, una biografía, una estadística helvética, y estoy de acuerdo en que no se le podía pedir nada más; pero no acababan aquí las cualidades del pequeño Lugon, pues, afortunadamente, tampoco era sabio ni escéptico. Todo el atractivo de su conversación consistía en una fe ingenua que no contemplaba la esperanza de aprender, ni tampoco la pretensión de enseñar; conocía el nombre de las cosas y la fecha de los acontecimientos; pero su modesta inteligencia jamás se había esforzado en remontarse hasta la causa de todos los efectos o en presentir los efectos de todas las causas; decía lo que sabía y creía en lo que decía; así es como a mí me gusta la erudición. Cuando una pregunta insospechada le llegaba a sorprender en medio de sus narraciones, transportándole de las realidades de la vida positiva y cotidiana hasta el dominio conjetural de la imaginación y la metafísica, era su costumbre salir del atolladero mediante aquella exclamación que las ventajas de una organización favorecida ha enseñado a los pueblos del Oriente, pero que, felizmente, también puede ser pronunciada por los hombres sensatos del resto del mundo: «¡DIOS ES GRANDE!», decía Lugon, y desafío a todos los filósofos de la tierra a que encuentren una solución más razonable a la mayor parte de las dificultades que presentan las ciencias; y no dudo que algún día, con esta inspiración, se repita la *Encyclopédie*, con lo que se podrá hacer un buen libro; pero Lugon no pensaba, ni mucho menos, en repetir la *Encyclopédie*. Pues ni siquiera había oído hablar de ella.

Habíamos salido de Vevey la tarde de un hermoso día de primavera, para ir a visitar, a falta de los bosquecillos de Clarens que nunca han existido, y que apenas me importaban, el castillo de Chillón, que todavía me importaba menos. Los viajeros

piensan, de manera desacertada, que es bueno ver lo que otros viajeros han ido a ver antes que ellos, pues, casi siempre, es justo lo que no merece ser visto.

Los dos avanzábamos juntos, aprovechando las umbrías de la carretera, sin que nuestros caballos apresurasen el paso, cuando Lugon rompió el silencio, para hablarse a sí mismo en voz alta:

—Aquí está la casa de George —dijo—, pero Lydie no está. La pobre criatura habrá aprovechado el buen tiempo para hacer un ramillete de flores silvestres en honor de George, en ese destartalado trozo de terreno que llama jardín.

En efecto, pasábamos en aquel instante delante de una casa encalada de blanco, muy bonita, que se abría al exterior por una puerta y varias ventanas pintadas de verde, y que, en general, hacía nacer en uno una idea agradable de calma, desahogo y limpieza.

—La casa de George —comenté, al instante—. ¿Y quién es George?

—¡Oh! ¡George! —respondió el pequeño Lugon— es el marido de Lydie.

—Muy bien, ¿y no podría saber quién es Lydie?

—Lydie —respondió sosegadamente Lugon, ya fuera porque no se puso en guardia contra la monotonía de aquel círculo vicioso, o porque albergase algún secreto deseo de excitar mi curiosidad—, Lydie, señor, es la mujer de George.

—¡Acabáramos! —exclamé, apremiado por la impaciencia—: pero, de una vez por todas, ¿puedo saber quiénes son Lydie y George, y en virtud de qué tienen el gusto de que usted se interese por ellos?

—Lydie y George —añadió, acercando su cabalgadura hacia la mía, mientras apoyaba familiarmente su mano en el arzón de mi silla—... se trata de una historia.

—Venga la historia, pues no tengo nada mejor que hacer que oírse la contar.

Y aminoramos aún más el paso de nuestros caballos.

Entonces, el pequeño Lugon se recogió un instante; pasó lentamente los dedos por sus cabellos, como si con ello pusiera orden en sus recuerdos, levantó de inmediato la cabeza, con seguridad, y comenzó así:

—George y Lydie eran marido y mujer, como ya sabe, y nunca se había visto otra pareja que estuviese tan bien compenetrada en tantas cosas, pues nada había más hermoso que George, a no ser que fuera Lydie, y nada había mejor que Lydie, a no ser que fuera George. Es de suponer que no disponían de mucho dinero cuando hace cuatro o cinco años llegaron a la región, puesto que se albergaron en la casa de la tía Zurich, que entonces ocupaba una pobre choza que estaba en una pendiente, por encima de aquellos viñedos, y si no fuera porque el pequeño huerto que la rodea está ahora muy tupido, todavía se la podría enseñar; pero sería inútil, puesto que acabó regalándosela a uno de sus vecinos que aún era más pobre que ella. ¡Ésa sí que es una buena mujer! Pocos días después, George bajó hasta la orilla y se puso al servicio de bateleros y pescadores. Y como era vigoroso, diestro, sobrio, cordial y afable, al poco tiempo tenía él solo más ofertas que todos los remeros del lago juntos; pero nunca se aprovechó de ellas, y siempre que alguno de sus compañeros tuvo un mal día, George

no dejó de entregarle parte de sus propios beneficios, de suerte que todo el mundo le amaba a causa de su generosidad; y lo que es menos frecuente, cuanto más aumentaba su fortuna, menos se preocupaba de ella. Así es fácil comprender que al poco tiempo dispusiera de barco y redes propios; fue por aquel entonces cuando compró la hermosa casita que le mostré antes, pues así estaba más cerca del lago. Hay que decir que no era gran cosa, pero a fuerza de detalles y de ahorrar para ella, la fue adornando año tras año. Lo que le decidió, sobre todo, a abandonar su mísera vivienda fue la muerte de una hija que había perdido en ella, ya que su mujer no podía seguir viviendo en un lugar que continuamente le recordaba su dolor; y llevaron consigo a la tía Zurich, pues había cuidado de la niña y la había amado; con frecuencia Lydie la miraba entre lágrimas, con lo que acababan llorando ambas. En cuanto a Lydie, no se la veía más que los domingos, cuando iba a oír misa a la capilla católica, y los días festivos, cuando atravesaba el lago para ir a rezar a Saint-Gengoux. Y esto es lo que puedo decirle acerca de George y Lydie.

—Se lo agradezco, Lugon —le dije, al tiempo que daba una indicación a mi caballo para que se pusiera al trote—; la bendición de Dios no podría haber encontrado una casa más honesta en la que descender. Pero creo que lo que usted me acaba de contar no es una historia.

—Dios es grande —prosiguió Lugon—. No era la historia completa.

Tiré de las riendas y aguardé a que llegara a mi altura.

—Como George no era de la región, fue cuestión de informarse del lugar de donde podía proceder, y cada uno contaba a los demás lo que se sabía acerca de los extranjeros; pues el señor no ignora que no hay en el mundo ninguna otra región que esté tan trillada por los viajeros como el cantón de Vaud. George había nacido en el seno de una familia honesta y, sin embargo, muy rica, en uno de los puertos de mar de Francia. No recuerdo si Estrasburgo o Perpignan, pero estoy seguro de que estaba frente a Inglaterra. Su padre era armador de barcos para el comercio, estando asociado, por sus negocios, con el padre de Lydie, por lo que ambos habían acordado, hace ya tiempo, casar a ambos jóvenes cuando tuviesen edad para ello. Los pobres niños se amaban tiernamente, y sus fortunas eran tan exactamente iguales, que no había nada que objetar en cuanto a su conveniencia. Pero el hombre propone y Dios dispone. Una tempestad, una bancarrota, un pirata acabaron con todo. Los dos amigos murieron de pena, con pocos días de distancia uno del otro, y los enamorados quedaron tan tristes, tan pobres y tan abandonados, que ya no fue cuestión de sus esponsales. George, a quien se había educado para un oficio inútil, como el de diputado, escritor o abogado, fue todo alma y coraje. Fue a trabajar al puerto y se ganó valientemente la vida, transportando cargas como un hombre de la calle, porque era fuerte, tal y como le he dicho, y porque no era orgulloso. Sus antiguos compañeros de estudios llegaron a desdeñarle, pero a él nunca llegaron a preocuparle.

»Un día que atendía la descarga de un navío, al preguntar acerca de la dirección a la que debían ser enviados los bultos se le dio la antigua dirección de su padre. Era el

único de los edificios del armador que había escapado al accidente en el que habían perecido los demás.

«—Esto está bien —dijo George—. Mi padre gozaba de la confianza de un gran número de negociantes. Su desgracia quebrantó la fortuna de todos ellos, y ahora este edificio podrá resarcirles.

»Así pues, pagó honorablemente las deudas de su padre, conservando sólo para sí lo poco que los acreedores quisieron dejarle; después de lo cual, reanudó su trabajo, al igual que antes. Su conducta atrajo la atención, porque los hombres tienen en gran estima la honestidad, aunque no la practiquen.

»Debo decirle, señor, que George tenía un tío de edad avanzada, que no se había casado y que vivía en la opulencia, pues había tomado parte en los asuntos comerciales del padre de George, siempre que habían sido seguros, retirándose, con pleno conocimiento, cuando comenzaron a parecerle inciertos. El tío de George le llamó a su presencia, y las personas que nos han informado del asunto afirman que le habló en los siguientes términos:

«—¡Por todos los diablos! ¡Señor, de buenas cosas me entero, con respecto a usted! A pesar de que su madre, que era mi hermana, no comprometió su fortuna en los negocios de su marido, gracias a que yo pude disuadirla, y de que usted podía haber reclamado lo que el azar le devolvía, ha tenido el orgullo de pagar a todos los acreedores, como si sus asuntos le concernieran, para dar satisfacción a no sé qué ridiculez de deber de escrupulosidad y probidad que nadie le tendrá en cuenta. No es con semejantes miramientos como uno vela por sus intereses. Por lo demás, esta falta sólo le concierne, y no me preocuparía por ella, si no fuera porque he llegado a oír que está obligado a vivir del trabajo de sus propias manos para remediar sus prodigalidades insensatas. Y ni siquiera ha llegado a pensar que su pobreza podría ocasionarme problemas en una ciudad en la que no lo paso bien por ser bastante rico. ¿Sabe acaso, señor, que nunca antes de usted ninguno de los hombres de sangre azul de los que desciende decidió trabajar para otros, y que el útil de un artesano o el gancho del descargador serán una vergüenza eterna para su familia?

»—¡Ay!, señor —respondió George—, no había pensado que mi conducta pudiera tener tales consecuencias. Yo veía en el trabajo la única salida honesta de los que nada tienen, y usted me permitirá mantener esta opinión con respecto al uso práctico de mi vida, puesto que hasta el momento no ha conseguido probar que no sea digna de un hombre de corazón y de un cristiano. Más fácilmente puedo comprender que mi indigencia, no merecida, humille, no obstante, el merecido orgullo de una honorable familia, por lo que le ahorraré, sin ningún pesar, la vergüenza que de ella recibe, llevando lejos de aquí la práctica de mi oscura industria. Hace ya tiempo que había pensado en ello; y si no he ejecutado antes este proyecto, ha sido porque me era necesario disponer del tiempo suficiente para poder hacer algunos ahorros que me permitan prosperar, aunque lentamente, en el oficio al que me he consagrado. A partir de hoy, y puesto que así usted lo quiere, puede estar seguro de que no le afligiré más

con mi presencia, ni con el espectáculo de mi miseria. Estoy a punto de marcharme.

»—Muy bien —dijo el anciano, frunciendo el ceño—. ¿Se decidiría a abandonar la ciudad si le entregase algo de dinero para los gastos de viaje? Ya le anuncio que será poco. ¡El dinero es tan escaso...!

»—¡No, no, señor! —exclamó George con indignación que intentaba contener—. Puedo abandonar la ciudad, y la abandonaré: los ahorros que me proponía hacer, ya los he hecho. Uno casi no gasta cuando no es lo suficientemente rico como para dar. No quiero dinero. Desde que estoy trabajando no he llegado a necesitarlo.

»Ante estas palabras, la frente del viejo millonario se distendió un poco.

»—Escúchame —dijo a George, con un tono ya más suave—: eres mi sobrino, sangre de mi sangre, el hijo de mi querida hermana... sí, querida. ¡Puedo decirlo! En nuestra infancia nos queríamos mucho. Cuando se es joven se tiene el corazón sensible. La experiencia nos enseña la realidad de las cosas, y eleva nuestro espíritu al conocimiento de las ideas positivas; pero a fin de cuentas soy tu tío, tu buen tío, y no pediría otra cosa que hacerte el bien, si pudiera. Es cierto que paso por ser rico, pero sólo porque no son conocidos mis asuntos. Por lo demás, los impuestos se lo llevan todo. ¿Qué dirías ahora, si yo quisiera asegurar tu felicidad, es decir tu fortuna? No es que piense en desprenderme de mis pequeñas propiedades. ¡Dios me guarde!, la prudencia me lo prohíbe, y a causa de las vicisitudes de los tiempos que corren, las personas sabias guardan lo que tienen; pero tú eres mi único heredero natural, y puedo, sin quedarme en la indigencia, garantizarte una parte honorable de mi sucesión, si te casas según mi parecer; pues soy tu tío, querido George, y sólo estoy mirando por tu futuro bienestar. Es necesario decidirse a hacer algún sacrificio por los parientes. La mujer que te destino, es precisamente la viuda de uno de los acreedores de tu padre, una mujer de orden y buena disposición, aún muy bella para su edad, y que ha colocado todo el dinero que le has devuelto al doce por ciento de interés, en soberbias garantías que valen el triple, y que no serán retiradas, porque ella sólo presta a largo plazo. Así, pues, serás rico después de mi muerte, y podrás mantener dignamente el nombre de nuestra familia, viviendo de las rentas; pero ya te explicaré esto más tarde. Ve pues a preparar todo para ponerte en estado de justificar mis favores, y mañana cenaremos con tu mujer... en su casa.

»—Le agradezco, querido tío —dijo George—, los proyectos que ha estado haciendo para hacerme dichoso, y le ruego que acepte el reconocimiento que me inspiran todas sus bondades; pero me es imposible recoger su fruto. No ignora que antes de la muerte de mi padre iba a casarme con Lydie, la hija de su amigo, y el infortunio que nos ha alcanzado a los dos al mismo tiempo ha hecho aún más inviolable nuestra promesa. Dos voluntades, para nosotros sagradas, se pusieron de acuerdo para nuestra unión, y la pobreza no nos ha separado.

»—¡Se casará con Lydie, una don nadie que nada tiene! —exclamó el tío furioso.

»—Se lo acabo de decir —replicó George.

»Y se retiró respetuosamente, pues la cólera del anciano sólo se manifestaba

mediante imprecaciones, y George temía que le maldijera.

»Ocho días después, se casaron, en efecto, y partieron en seguida, ya que George había prometido abandonar la ciudad para que las personas honestas que llevaban su apellido no enrojecieran de vergüenza ante su bajeza.

»El tío de George, cuya edad no era muy avanzada, pero a quien el amor por el oro roía con la avaricia y la preocupación, murió al cabo de algunas semanas, y como se había hecho filántropo (una nueva profesión muy rentable) dejó toda su fortuna a la enseñanza mutua, que es el mejor invento del que nunca se haya oído hablar: se trata de la manera de saber todo sin aprender, y de estudiar sin maestros. ¡Dios es grande! En cuanto al pobre George, rezó por su tío, como si le hubiese heredado, pero no se afligió por hallarse abandonado, y trabajó con coraje hasta su muerte.»

—Luego, ¿George está muerto? —interrumpió a Lugon cogiéndole con fuerza del brazo.

—Creía que ya se lo había dicho —prosiguió—. Fue el 6 de octubre del otoño pasado. Para el día del Corpus Christi hará exactamente ocho meses. George regresaba contento, a bordo de su barco, cuando le asaltó el espectáculo de una nube de fuego y humo que impulsada por el viento se dirigía hacia el lago. Como eso le hiciera pensar en un terrible accidente, remó con fuerza para alcanzar el pequeño cabo del arenal, que ahora es llamado el Jardín de Lydie. Y en efecto, un incendio devoraba la casa que se encuentra al otro lado de la carretera y cuyas ruinas le enseñaré dentro de poco. Sólo se entretuvo apenas en amarrar su barca, cogió una escalera que unos ancianos arrastraban dificultosamente, pues los trabajadores no habían regresado todavía, y la apoyó debajo de una ventana desde la que se escuchaban gritos. Momentos después, se había lanzado entre las llamas y volvía a salir con una mujer desvanecida que tomé entre mis brazos, pues yo había llegado casi en el mismo momento y hacía esfuerzos por seguirle.

»—¡La ha salvado! ¡La ha salvado! —gritaba la gente.

»Pero la pobre criatura, que había recuperado el conocimiento al aire libre, empezó a dar tremendos gemidos, llamando a sus hijos. No obstante, yo me había acercado a la ventana todo lo que podía, intentando en vano, asirme a algo, pues todo estaba en llamas, cuando me di cuenta de que George me pasaba un segundo bulto, y más tarde un tercero; se trataba de los niños, y tuve un gran placer al oírlos gritar, que pasaron, de mano en mano, hasta su madre; pero la desgraciada mujer seguía lamentándose, aunque yo no conseguía entender sus súplicas, pues las llamas zumbaban en mis oídos al igual que una tempestad.

»—¡La cuna! ¡La cuna! —repetieron en aquel momento algunas voces que cada vez estaban más cerca de mí, porque se había formado una cadena que iba desde las márgenes del lago hasta la escalera a la que me había subido.

»—¡La cuna! ¡La cuna! —grité a mi vez, con una voz casi apagada, a causa del humo que me sofocaba. George entró nuevamente, y estuve casi seguro de que no volvería. En aquel instante, el fuego había alcanzado ya los extremos de los largueros

y los peldaños superiores de la escalera, de manera que cedieron todos a la vez, sin exceptuar el que me sostenía. La muchedumbre que se apretaba debajo de mí me sujetó contra el peldaño siguiente, y la escalera se apoyó, a causa de su propio peso, en la ardiente muralla, que comenzaba a presentar ya varias fisuras que eran demasiado profundas como para que pudiese aguantarme; pero la distancia que me separaba de la ventana había aumentado en seis pies. George la calculó con la mirada, se despojó lentamente de su cinturón de marinero y lo pasó en un santiamén alrededor del cuerpo del pobre inocente que había sacado de su cuna.

»—¡Es tuyo, Lugon! —exclamó—. ¡Y ten cuidado! ¡El niño está vivo! ¡También se ha salvado...!

»El niño estaba vivo, en efecto, se había salvado, pero George estaba perdido, ya estaba muerto. Cuando apenas la pequeña criatura había dejado mis brazos, el tejado se venció encima del techo, y el techo se venció encima de George, y todo se convirtió en una terrible hoguera, en la que no pudieron encontrarse los restos de George. Allí debió de consumirse por entero, a no ser que los ángeles se lo llevaran hasta el cielo. ¡Dios es grande!»

—¡Bien! —le dije a Lugon, tomándole amistosamente de la mano—. ¡Bien, noble amigo!... pero, ¿y después?

—¿Después? —continuó—. ¡Oh!, los niños están maravillosamente, y si no estuvieran jugando en la salceda ya les habría visto.

—¡Pero no me has dicho nada de Lydie! ¿También está muerta?

—Si he de ser sincero, señor, le diré que hay personas que piensan que lo mismo le daría haber muerto. Pocos días después, ella se volvió loca. ¡Una extraña locura, en verdad! ¿Pues no se imagina que ha resucitado a medias y que pasa todas las noches con el propio George, en Dios sabe qué rincón del cielo? Y nadie le pueda quitar esa idea de la cabeza...

Mientras así hablaba, Lugon se calló de repente.

—Mire, señor —me dijo, señalando un amasijo de escombros ennegrecidos que se hallaba a su izquierda—, ésa es la casa. Mire —añadió, acercándose al seto que se encontraba a la derecha del camino—, ése es el jardín de Lydie; y esa joven que se pasea por él, con la mirada en el suelo, buscando flores, es Lydie, la mujer del pobre George.

Apartó bruscamente su caballo, pasó el dorso de la mano sobre sus ojos, y pareció que se disponía a proseguir la ruta convenida.

Yo había echado pie a tierra.

—Tú me esperarás aquí, buen amigo —le dije— y dejarás que tus caballos descansen a la sombra de aquel tilo. ¡Es necesario que vea a Lydie y que hable con ella!

—Guárdese de ello, señor —replicó Lugon, intentando retenerme al cogerme el brazo—. El médico dice que hay ocasiones en que la locura es contagiosa y que la de Lydie puede serlo. Y debe ser cierto, porque la tía Zurich cree firmemente en todo lo

que le cuenta Lydie.

—¡Pero cómo es posible que un hombre tan sensato como tú —repliqué riendo— pueda abandonarse a esas miserables quimeras! Los médicos sólo pueden conseguir que creáis en ellos porfiando acerca de proposiciones extraordinarias y falsos descubrimientos. Quédate tranquilo en lo que a mí respecta: estoy completamente al amparo del contagio de las ideas de un loco, y si esta infortunada no puede recibir de mí un punto de consuelo, yo tampoco tendré nada que temer de ella.

Y mientras hablaba, había llegado al otro lado del seto, al tiempo que Lugon, más tranquilizado y silbando, se había puesto en la sombra. Lydie no se había dado cuenta de mi llegada. Su canasta estaba llena, y ella se había sentado para preparar sus ramilletes.

Llegué hasta el borde del lago, recogiendo, aquí y allá, algunas florecillas de la orilla, para atraer la atención de Lydie.

—No se moleste —le dije, mientras se las presentaba—, por haberme permitido rebuscar en su mies. Aunque estas flores sean más frescas y bonitas que las que he visto en mis viajes, no es mi intención llevármelas, y si las he cogido sólo ha sido para que usted las añada a su ramillete.

—¡Ah! ¡Ah! —dijo, mirándome con una sonrisa, mientras iba depositándolas, una a una, en la canasta en donde había dejado las otras...—, es para George. El tiene otras mucho más bellas, de cuyos perfumes no pueden dar idea alguna las flores de la tierra; pero todavía le gusta volver a ver las flores que crecen al borde del lago, y que, en otro tiempo, ambos recogimos.

—¿Así pues, él no tardará en regresar? —proseguí, mientras me sentaba a algunos pasos de ella.

—No aquí —respondió—; ya no viene por aquí. No puede venir más por aquí porque está muerto. ¿No sabía que él está muerto...?

Se me encogió el corazón.

—Perdón —le contesté—, pobre Lydie, creía que usted le aguardaba.

—¡Oh, no! —exclamó—, es él quien me espera a mí; pero en seguida acudiré, en cuanto se haya puesto el sol. ¡Oh! ¡Si fuera posible estar durmiendo siempre!

—Su sueño es dulce, Lydie, puesto que anhela la hora que lo trae. Al menos durante ese tiempo, usted no sufre.

—¡Sufrir! —dijo, acercándose a mí—. ¿Quién sufre? Yo no sufro nunca, nunca; durante el día, espero y aguardo. Hay veces que los días se me hacen largos, pero consigo acortarlos rezando, cogiendo flores para George, acordándome de él, o haciendo proyectos acerca de nuestra larga felicidad, que nadie podrá turbar cuando estemos juntos del todo.

—¿Y la noche, Lydie, la noche que prefiere al día?

—¡Oh! ¡Por la noche estamos juntos! ¿Es que no se lo había dicho ya? Ya me parecía que llevaba mucho tiempo sin verle; pues ahora se lo contaré, si usted quiere.

—Esa narración me interesaría mucho, si no la fatigase; pero...

Ella tomó mi mano en una de las suyas, mientras pasaba la otra sobre su frente, como para buscar en ella un recuerdo. Después, quedó un instante en silencio, mientras sus ideas se sucedían y se encadenaban las unas a las otras; su fisonomía tomaba, al mismo tiempo, una expresión más animada, y sus ojos se inflamaban con una inspiración sobrenatural.

—Sin duda no habrá olvidado el día del incendio —dijo—, nadie lo ha olvidado. Fue bastante espantoso, ¿no es verdad? Sin embargo el incendio se calmó, los niños estaban salvados, su madre se encontraba dichosa. Todo el mundo estaba reunido, y George fue el único que no volvió. No sé si me contaron el motivo o yo lo adiviné. George estaba muerto, y en aquel tiempo, yo miraba la muerte como una cosa seria, como una separación eterna. Pensé que entre George y yo todo había acabado para la eternidad, y lamenté que mi dolor no pudiera aniquilarme al instante. Me pareció que no le había amado lo suficiente, puesto que le había sobrevivido; pero me tranquilizaba diciendo que quizás la desesperación era una enfermedad parecida a las demás, que precisaba de períodos y crisis como la fiebre, que no mataba como un puñal. Sería demasiado dulce, pensaba para mí, morir al primer asalto, morir casi sin sufrir, mientras que George ha sufrido tanto; pero, sin embargo, esperaba a causa de las convulsiones de mi corazón, presto a romperse, que no sufriría por mucho tiempo. De tal suerte viví no sé cuánto tiempo, sin movimiento, sin palabra, sin alimentos, sin sueño, aunque mi imaginación se hallaba agitada, a causa de ilusiones singulares. La obsesión del incendio me perseguía. De vez en cuando sentía su vapor ardiente pasar sobre mí como un torrente; ahogaba mi respiración y me quemaba cabellos y párpados, y cuando movía a mi alrededor los reseco ojos, sólo veía llamas que cubrían todas las salidas, que se alargaban, se replegaban, se enroscaban, se retiraban para volver de nuevo, como las lenguas de fuego que lamen una hoguera antes de haberla consumido, y me decía: Esto está bien, muero al lado de George. ¿Por qué quisieron hacerme creer que él había muerto sin mí? A veces escuchaba potentes voces que gritaban muy cerca de mis oídos: ¡Valor! ¡Valor! ¡Se ha salvado! ¡Fijaos en la manera en que las viguetas se han cruzado milagrosamente sobre su cabeza y le han protegido formando una bóveda...!

»—¡Se ha salvado! —repetían las niñas de los pueblos vecinos que volvían de la vendimia, y daban saltos.

»Y yo intentaba extraer del fondo de mi pecho un sonido inarticulado, para preguntar quién había sido salvado.

»—¡Soy yo! ¡Soy yo! —respondía George—. ¿No me oyes?

»Claro que le oía, y no daba cabida a mi gozo, pues su aliento me había rozado la mejilla; pero en el momento en que creía tocarle, me daba cuenta de que mi mano había caído sobre la de un hombre pálido y triste, que me miraba de una forma hosca y severa.

»—Quizá no muera —decía—, pero su razón se halla alienada; está loca.»

En este punto, Lydie se detuvo un momento para recogerse de nuevo, y después

siguió su discurso en la palabra en donde lo había dejado, desbordada, aparentemente, por un imprevisto orden de ideas, pero sin perder el hilo.

«¿Loca? —prosiguió—. ¿Qué es estar loca? La locura es el estado en que se encuentra una mente que se abandona sin orden ni descanso a todas las quimeras que la aquejan... Un estado dichoso, en verdad, el más dichoso de todos, después de la muerte, y el único que se permite envidiar a los miserables, puesto que es un crimen desear la muerte. ¡Yo no estaba loca! ¡No me olvidaba de nada! ¡Y tampoco imaginaba nada que no fuese realidad! Sabía que George había muerto, que me encontraba sola y que él no volvería más. ¡Bien me habría gustado estar loca, pero no podía estarlo! Tenía más raciocinio del que necesitaba para comprender mi infortunio, y lo comprendía demasiado bien para apartarme de él. Yo me decía: debo prolongar esta terrible congoja que siento hasta que consiga que me parta el corazón. Es necesario que sufra esta angustia, en la que muero, hasta que llegue a morir. Pero, es tan fácil morir, añadía después (¡Perdone mi desesperación al igual que Dios me ha perdonado!); aquella joven que George sacara no hace mucho tiempo del lago y que tanto trabajo le dio para volverla a la vida, ya no vivía, ni sentía, y ya no sentía amor, ni pesares, ni dolores. Sólo un minuto más y la pobre criatura estaría reposando para toda la eternidad. ¿Qué me impide a mí obtener y gustar la calma que ella supo encontrar tan rápidamente? ¡Está tan cerca de aquí el lago, y en él las aguas son profundas...! Se dará buena cuenta, amigo mío, de que esta resolución me había venido porque no pensaba en Dios... ¡Ay! ¡Sólo pensaba en George!, y, sin embargo, consiguió calmarme. Estuve tranquila, mediante la esperanza de estarlo muy pronto. Abrí los ojos para saber si era de noche, pues mi plan sólo podía ejecutarse en la oscuridad. El sol no se había puesto aún del todo, pero enfrente de mí, sus últimos reflejos se alejaban ya sobre las montañas. Agucé el oído y escuché la corneta de los vaqueros que llamaban a los animales al establo. Las pequeñas moscas del crepúsculo estaban acabando ya de zumbear en las ventanas. Mi tórtola escondía la cabeza bajo el ala.

»Y dije: —Ahora— y casi llegué a sentirme bien.»

Al llegar a ese momento de su narración, Lydie se quedó en silencio una vez más; suspiró profundamente, como el viajero que recupera el aliento después de un trayecto penoso, y que calcula con confianza, ya en un terreno practicable, lo que le queda de camino. A continuación, prosiguió:

«Llevaba más de cien horas —dijo—, sin dormir, y a pesar de todos los esfuerzos que hice para permanecer despierta, no pude impedir que se me cerrasen los párpados a la caída de las tinieblas, a las que confiaba mi liberación. Todos los objetos desaparecieron al mismo tiempo, todas mis ideas se desvanecieron en un indecible y confuso estado de existencia que en nada difiere de la muerte, pues es tranquilo y casi tan insensible como ella. Lo único que había a mi alrededor era un ruido vago, aunque melodioso y suave, como el de una pequeña brisa vespertina que expira entre los cañaverales, o como el de la última ola que toca la orilla. La noche, cuyo

comienzo había estado aguardando con tanta impaciencia, parecía ya teñirse con la claridad de la mañana; o, más bien, digamos que una luz que no era la del día penetraba, poco a poco, la oscuridad transparente. Ya que iba creciendo gradualmente, instintivamente, me fijé en aquel fenómeno, habiéndome desprendido de las demás preocupaciones que aquejaban a mi alma. Ya no tenía recuerdos, ni sentimientos, ni alma. Sólo tenía ojos. La claridad seguía haciéndose cada vez más viva, y sin embargo, inundaba mis ojos, sin que se fatigasen. Me preguntaba, de manera confusa, cómo unos órganos mortales podían llegar a soportarla sin ser deslumbrados. De repente, y como si todos mis sentidos hubieran ido despertando uno tras otro, me pareció escuchar un batir de alas que se agitaban en esta atmósfera maravillosa y me pareció que aquel ruido provenía de un punto más luminoso que todo lo que lo rodeaba, que se precipitaba sobre mí desde lo alto del cielo, creciendo, desarrollándose durante la caída, revistiendo, a medida que se aproximaba, formas y colores. ¡En efecto, eran alas, alas de doradas plumas, cuya vibración sonaba más arrebatadora que todas las armonías de la tierra, y ya os habéis dado cuenta de que el ángel, o dios, que traían a mi corazón era George! Pero, a causa del éxtasis en que me había sumido tanta felicidad, me fue más fácil adivinar su presencia que verle.

»Ya sus alas se cerraban sobre mí, sus brazos me estrechaban en un dulce abrazo, sus labios vagaban desde mi boca a mi frente y a mis ojos, mientras los bucles de sus cabellos flotaban al lado de los míos.

»—Ven conmigo —decía—, confíate sin miedo a tu hermano y a tu amigo bienamado. Esta tierra ya no es más nuestra tierra; esta permanencia ya no es nuestra permanencia.

»Y ambos nos elevamos al mismo instante con una rapidez tan maravillosa, que ya había sido franqueado el límite de las tinieblas nocturnas, cuando no había acabado todavía de preguntarme a dónde íbamos a ir. Nos sumergíamos como en un océano sin fondo y sin orillas, en este eterno éter que nunca tiene noche, y al que todos los astros del espacio inundan con sus claridades. Nuestro mundo, que buscaba con la vista, sin echarlo de menos, no era más que un planeta pálido que apenas se distinguía, como una mancha blanca que se iba borrando, bajo los velos negros del firmamento. A su vez, el sol no tardó en extinguirse, mientras que un sol nuevo acababa de despuntar por el horizonte, y parecía precipitarse sobre nosotros, aumentando sin cesar su tamaño y su resplandor, para después desaparecer en las profundidades de este infinito en donde se hallan ocultos tantos soles. Un momento después, tanto se apresuraba nuestro vuelo a medida que nos aproximábamos a su final, los astros innumerables pasaron ante mis ojos con la presteza del relámpago, semejantes a esas estrellas de fuego que pueden verse corriendo, y cruzándose en el cielo, durante las noches tranquilas de un hermoso otoño. Mis asombrados sentidos no daban abasto ante el espectáculo de aquellos torbellinos que surgían ante mí, y de los que, en ocasiones, creía percibir, cuando pasaban, su misteriosa armonía. Al poco tiempo, el movimiento de las alas de George fue cesando; se desplegaron en toda su

extensión, como las de un águila que planea, pero, aparentemente, casi inmóviles, golpeando suavemente el aire con sus extremidades, en intervalos regulares. El último sol que me había iluminado ya no corría en pos de los demás, como un meteoro que va a desvanecerse. Estaba fijo en el cielo, aunque más grande, más radiante, y, sin embargo, más tibio que el nuestro, pues yo soportaba fácilmente su esplendor, y mi mirada firme extraía de él renovadas fuerzas. Un instante después, unas refrescantes brisas, acariciantes soplos de una atmósfera desconocida, comenzaron a jugar con mis cabellos, y creía escuchar un ruido lejano en donde se mezclaban los rumores más gentiles de la tierra, el murmullo de las ramas que se estremecen ante el sopro del viento, el gorjeo de los pájaros jóvenes, que, inclinándose al borde del nido, van a intentar volar, el suspiro eterno del lago, débilmente agitado, cuyas pequeñas olas van a morir entre los cañaverales. El horizonte, hacía un momento sin límites, se acercaba y se cerraba, poco a poco. Las montañas, cuyas cumbres me habían parecido en un principio semejantes a islas flotantes que se bañan en un mar inmenso, crecían a mi lado, revestidas de umbría, de verdor y de flores, pues nada tenían de la austeridad de nuestros Alpes de hielo y granito. Un poco más, y las copas de unos árboles gigantes bajaron hasta nosotros sus flexibles frondas; después las levantaron con soltura para coronarnos con una techumbre esmaltada de ramilletes y frutas, en la que brillaban colores y desde la que se exhalaban perfumes que nuestros órganos mortales no pueden sentir. George, finalmente, me dejó sobre un lecho de hierba perfumada con bálsamo, replegó sus alas y se dejó caer cerca de mí, como si fuera una mariposa de oro que se posaba. Después, pasó su brazo alrededor de mi cabeza, dejó un beso en mi frente y, fijando sus ojos sobre los míos, me miró sonriendo, porque estaba esperando a que yo hablase.

»—¡Oh!, soy dichosa —le dije— porque ya estoy cerca de ti; pero ¿no me vas a decir en dónde estamos?

»—En el mundo de los resucitados —respondió George—. En el lugar adonde van las almas bienaventuradas para tomar otras formas o sufrir nuevas pruebas, más largas, pero menos rigurosas que las anteriores, para hacerse dignos de aparecer un día ante Dios.

»—¡Qué! —exclamé—. ¿Entonces aún no es éste el jardín celeste del Señor que nos ha sido prometido por la fe de nuestros padres, y en el cual da comienzo, para nunca acabar, la inalterable felicidad del justo?

»Ante estas palabras, George adoptó una actitud más grave, una expresión de fisonomía más seria, como un hombre que tiene que revelar cosas solemnes, y sentí que su mirada me colmaba de un tierno respeto, pues, a través de la dulce complacencia del amor, se veía brillar en él la majestad de una naturaleza superior.

»—¿Acaso piensas —me respondió—, que ha podido existir, entre las criaturas más favorecidas por las gracias del Todopoderoso, un alma lo suficientemente casta y pura como para presentarse con aplomo ante su señor, en el momento en que

abandona nuestra vida de oprobio y pecado? ¡Tu corazón debe estar demasiado inspirado para haber concebido esa presuntuosa esperanza! Frecuentemente, tú misma has sentido, en tu conciencia ingenua y modesta, todo lo contrario, que el sentimiento de nuestra indignidad aumentaba a cada paso que se nos permitía que diésemos en el camino de la perfección, y no ignoras que esta idea es un continuo motivo de alarma para los que aman a Dios, puesto que, a causa de la incertidumbre de la salvación, puede llegar a espantarlos con la agonía de los santos. El orgullo de filósofos y sabios ha retrocedido ante este abismo; no se han atrevido a rebuscar en sus teorías los medios para colmarlo. Han preferido dejar, en el momento de la creación, un vacío sin límites a admitir la existencia de unos intermediarios desconocidos, entre su autor y el hombre; a esto se debe que hayan inventado la más imposible de las hipótesis, la muerte eterna y la nada. Nada muere, querida Lydie, y nada puede morir; pero todo cambia de forma, modificándose siempre, hasta que el espíritu regresa al espíritu y la materia a la materia. El mundo al que te acabo de traer, aunque sea incomparablemente mejor que el nuestro, no es más que uno de los peldaños de esta escalera inmensa que, incesantemente, nos hace estar cada vez más cerca de la permanencia eterna cuya posesión nos ha sido prometida por la divina palabra de Cristo. Aquí, y para las almas que han practicado sus preceptos de amor, debe cumplirse aquel *reino de mil años* cuyo misterio ocupa desde hace tanto tiempo, mas en vano, a los teólogos de la tierra, porque su explicación había sido escondida detrás del misterio de la muerte. Sé que tú no me pedirás esta explicación, porque tienes fe en mis palabras, mas de cualquier manera yo no podría dártela, puesto que los órganos encargados de transmitirla a tu inteligencia no son patrimonio de los vivos.

»—¡Gran Dios! —le dije, espantada—. ¿No he muerto, ni resucitado? ¿Deberé nuevamente abandonarte?

»—Cálmate, mi bienamada —respondió George, sonriendo—; en adelante no estaremos separados más tiempo del que estuviéramos en la tierra, y esta separación no tendrá ni las molestias ni las incertidumbres de la otra, cuando todas las mañanas, después del beso de despedida, confiaba mi barca a las dudas de la bruma, a las borrascas del lago, a los azares de una navegación que no carecía de peligros. Ahora, quien viaja eres tú, y yo estoy seguro de tu regreso. Soy yo quien se queda aguardando y a quien tú estás segura de encontrar de nuevo. Si éramos felices cuando llevábamos algunos años viviendo así, ¿cómo no lo seremos ahora que la bondad de Dios nos concede tantos siglos? ¡Y esto no es todo, acuérdate! ¡Era tanta la tristeza que se mezclaba con nuestra alegría! Sólo faltaba un accidente para turbarla, sólo faltaba la muerte para acabar con ella. No sabíamos entonces en qué consistía la muerte, y hoy sabemos que el único bien que pudo arrebatarnos es el que ella misma nos otorga.

»—¡Pues por eso —exclamé, estrechándole contra mi corazón—, aspiraba a ella con tanta impaciencia! ¡Oh! ¡Si tú no hubieses llegado tan súbitamente, pues tu alma

es más decidida que la mía, habría sido yo quien se hubiese ido, así que sólo te has adelantado a mi decisión!

»—Deténte —me interrumpió George, mirándome tiernamente—; si hubieras llegado a cumplir esa resolución final, ya no habría habido remedio. ¡Los siglos, en su eterna sucesión, quizás nunca habrían podido reunirnos! El alma iluminada por las luces de la fe que desespera de Dios para abrazar la nada se hace indigna de todas las gracias del Creador; y si fuera posible la nada, ello se debería a que había sido concebida para el suicida. El suicida ha quebrantado su destierro; ha violado la ley de miseria y resignación que le ha sido impuesta; vegetará, sin duda, solitario y triste, en los limbos oscuros de un mundo desconocido, hasta el día en que las expiaciones de su arrepentimiento hayan satisfecho a la justicia divina. Afortunadamente para nosotros, el proyecto criminal que habías concebido no era otra cosa que una ilusión producida por el delirio. Gracias a un maravilloso sentido, que nos es concedido y que nos asocia con todas las impresiones de los seres queridos que hemos dejado en la tierra, podía seguir, con terror, el concatenamiento de tus pensamientos, hasta que una súbita revelación me permitió conocer que te habías salvado, porque la inteligencia se había apartado de ti. Y me eras devuelta, en ese mismo momento, pues tal cosa es privilegio de las almas puras que Dios se reserva para sí, y a las que algún dolor, digno de piedad, ha turbado, repentinamente, la razón. Y te parece que tus días pertenecen a sueños que te extravían; el sueño te eleva a la posesión de la verdad, que escapa a los impotentes esfuerzos de los sabios. Los recuerdos que vas a llevar a la tierra, cuando el momento del despertar te arranque de mis brazos, harán de ti un objeto de irrisión o lástima entre los hombres; pero tú serás la única que conozca el destino futuro de la humanidad, que ningún hombre conocerá durante su vida. Tu cuerpo está encadenado, no sé por cuánto tiempo todavía, a las groseras ataduras de la vida, pero tu alma ha sido llamada, de antemano, a gustar de la inmortalidad. Soporta, pues, con resignación, las molestias de esta prisión de un momento, cuya puerta se abrirá cada anochecer ante los espacios inmensos de la libertad eterna.

»—Lo he comprendido todo —respondí—, y mi alma, humillada ante la grandeza de Dios, se somete, en reconocimiento, a todas sus voluntades; pero ya que me está permitido volver a verte en estos momentos de muerte aparente, en que los dolores de la vida dan lugar a tan dulces consuelos, ¿no podré ver también a mi hija, a mi dulce y hermosa niña? No puede habitar en otro mundo que no sea éste en que estamos nosotros, pues, ¿qué sentido tendría que resucitaran las madres, si no pudieran encontrar a sus hijos? El corazón inocente de aquel pobre ángel no se había abierto aún al pecado, por lo que Dios no ha podido rehusar a la más amable de sus criaturas un gozo al que la propia virtud tiene menos derecho que la inocencia... Pero, ¿por qué no me respondes, y por qué viene a mojar tus ojos una lágrima, en el mismo instante en que intentas consolarme con una sonrisa? ¿Acaso Dios ha querido quedarse con mi pequeña?

»—¡Todos los seres le pertenecen —exclamó—, en cualquier lugar en que se

encuentren! Pero Dios es incapaz de defraudar la ternura que él mismo ha depositado en tu corazón. Solamente que, más sabio que tú ante la impaciencia de tu amor, retrasa la resurrección de los niños hasta que llega el momento en que éstos pueden despertarse, como sucede después de un dulce sueño, suspendidos del seno que les ha nutrido. Nuestra pequeña hija no te ha sido aún entregada, porque aún no has resucitado: pero el día en que renazcas, joven, entre mis brazos, cualquiera que sea el número de años que hayas tardado, pues para esta vida, la vejez no es más que el corto crepúsculo de un amanecer que desemboca en un día sin fin, en ese momento de gloria y gozo que ya no defraudará nuestra esperanza, verás a la hija querida surgir del primero de nuestros abrazos, y hacernos partícipes de sus inocentes caricias, como si nunca nos hubiese abandonado. Hasta que llegue ese momento, ella sigue durmiendo tranquilamente en su pequeño sudario, como si se tratase de las mantillas de su cuna, a no ser que Dios le conceda, como en ocasiones a las almas ingenuas, visiones celestes, cuyo secreto ni siquiera conocen los propios resucitados. La paciencia es uno de los más grandes empeños de nuestra naturaleza, puesto que sólo se apoya en la resignación; pero se hace más llevadera cuando se apoya en la fe. El día en que tu hija se despertará está tan cerca de nosotros, en la sucesión de los días, que tú misma dudarás en despertarla, y arrancarla de sus sueños, si no fuera porque se ha quedado dormida encima de tus rodillas. Pero ¿qué importancia tiene el tiempo que lleve durmiendo, puesto que no envejece? Intenta vencer, Lydie, esas vanas inquietudes de los vivos que no podré disipar en su totalidad, porque sólo la muerte puede darte los sentidos inteligentes y puros que te hacen falta para comprenderme. Conténtate con gozar de la apariencia de los bienes que Dios nos prodiga y con la esperanza cierta de los bienes que nos ha prometido. Piensa que las horas transcurren, y que nos quedan tantas horas de estar separados como de estar juntos. No te vayas a ir hoy sin haber visitado antes tus haciendas y jardines.

«Mientras así hablaba, George me levantaba suavemente de la alfombra de verdor en la que estábamos sentados, y me llevaba de sorpresa en sorpresa a través de esos boscajes deliciosos que renuevan a cada paso sus maravillas, pues esto tienen de extraño y sublime, que la creación, entregada a la fastuosidad de sus divinas fantasías, no se había visto constreñida en ninguna parte a la uniforme repetición de las especies. Cada árbol, cada tallo, cada brizna de hierba, tiene su aspecto, su semblante y su matiz, cada flor se distingue de las demás por su color y su perfume; y, sin embargo, esto no excluye el privilegio que un alma sensible puede otorgar a una flor amada, pues basta una atención mínima para conseguir que se perpetúe mediante cultivo: incluso allí he visto ancolias, hierba doncella, violetas y rosas, en tan gran profusión que se diría que todo lo que ha inspirado un sentimiento, o aportado un consuelo, al corazón del hombre ha sido capaz de resucitar con él. Esta magnificencia fecunda y variada que Dios manifiesta aquí en sus obras predilectas, se manifiesta allí en las más oscuras y descuidadas de sus obras, si se puede pensar y decir que él ha descuidado algo. El grano de arena que se desplaza bajo el pie

avergonzaría a los rubíes y zafiros de la corona de los reyes. El polvo que en un rayo de sol se vislumbra como en átomos tiene todo el esplendor de los destellos del diamante. Los arroyos discurren sobre una arena de nácar, más brillante, más transparente, más rica de reflejos que el ópalo, y no hay una sola de sus pequeñas olas que no acune en su superficie a todos los colores de la luz, como un prisma o un arco iris; pero, amigo mío, ¿qué podrían enseñarnos estas vanas comparaciones? ¿Qué son el rubí y el zafiro? ¿Qué son el ópalo y el diamante? ¿Qué es el mismísimo arco iris, comparado con el tesoro inagotable de las creaciones del Señor? Presa de sorpresa y admiración, me habría sido imposible desviar mis ojos de las maravillas que los acechaban por doquier, si todas las impresiones que experimentaba no hubieran llegado a concretarse en el propio George, quien me parecía el rey de aquellas soledades celestes y en el que distinguía, cosa extraña, un solemne carácter de belleza que, casi, me había pasado desapercibido en la tierra.

»—¡Oh, mi bienamado —exclamé, derramando lágrimas de felicidad—, no era a ti a quien quería engañar tu Lydie! ¡Has atenuado mi éxtasis, en consideración a los órganos mortales de los que aún me hallo revestida, y también para prevenirme contra las emociones que podrían quebrarlos antes de tiempo...! No, no es éste un mundo de transición entre el tiempo y la eternidad, la estancia pasajera de una criatura que, una vez más, debe acabar de ser antes de renacer a la vida eterna. Es éste el lugar en que el Señor prodiga a los justos sus eternas recompensas en medio de eternas alegrías. Este sol, mil veces más radiante que el nuestro, y que, sin embargo, llega hasta mis ojos sin herirlos, esta naturaleza espléndida y en calma, cuyo reposo parece no haber sido turbado nunca por ninguna tormenta, estos pájaros ataviados con resplandecientes plumas, nunca vistos, ni siquiera en sueños, que rozan mi cabello cuando vuelo, y que encantan mis oídos con cánticos inteligibles al pensamiento, más armoniosos que la música, y más expresivos que la palabra; toda esta creación que vive, que siente, que ama, de la que todos los movimientos, todas las emanaciones, todas las voces, se confunden en un adorable concierto, es la más elevada y más perfecta de las creaciones de Dios. ¡Tú mismo George, tienes alas! y tus alas son el atributo de los ángeles que rodean el trono del soberano dueño de todas las cosas. Si el mundo en que estamos no es el paraíso, ¿cuál es, entonces, el paraíso de los elegidos?

»—Comprendo tu error —respondió George—, y lo seguiría comprendiendo aunque la muerte te hubiera dotado ya de los órganos que te hacen falta para distinguir, en este mundo pasajero, mil sensaciones que se te escapan y que sobrepasan en dulzura a las que ahora experimentas. Podrás hacerte una ligera idea intentando comprender las emociones que habría sentido la materia, si hubiese gozado de inteligencia y pensamiento, ante cada una de las transformaciones que la acercaban al estado de perfección. Imagina, si es que puedes llevar tu imaginación a esta hipótesis imposible, la plenitud de alegría que habría embargado a esta materia inerte, cuando adquirió, con los metales, la facultad de crecer; y cuando éstos

obtuvieron, mediante las plantas, la facultad de vivir y de perpetuarse para siempre; cuando las plantas pasaron del estado sedentario al de movimiento, al organizarse como animales, y cuando cambiaron su vegetación cautiva y solitaria por los instintos y los sentimientos; y cuando el más privilegiado de los animales recibió del soplo divino una inspiración y un alma. A cada uno de estos progresos se halla ligada la conquista de una creación, y la voluptuosidad con la que habría impregnado toda la materia sensible, si ésta hubiera sido capaz de darse cuenta de sus metamorfosis, no es en absoluto comparable con la que penetra el corazón del hombre en el instante en que toma posesión de una nueva vida que le prepara a la posesión asegurada de la eternidad. Todo esto lo llegarás a saber un día, cuando hayas recibido de la muerte el privilegio de saber, y entonces me perdonarás por no haber satisfecho de manera más clara tus dudas y preguntas, porque comprenderás que me veía obligado a servirte, para explicarlo, de un lenguaje apropiado a la imperfección de tus sentidos débiles e incompletos. El conocimiento de los misterios de otra vida sólo pertenece a esa otra vida que se me ha permitido hacerte presentir, pero que sólo Dios te puede dar. En cuanto a estas alas que has observado, prosiguió, bajando su mirada, con gran modestia, debo confesarte que no se dan en todos los resucitados, como podrías suponer. Dios, que ha establecido entre todas sus criaturas diferencias necesarias, cuya desigualdad aparente sólo se disipará el supremo día de su justicia, ha mantenido cierta jerarquía en el propio mundo intermedio, adonde él llama a los primeros de entre sus elegidos. Y como allí todos los tratamientos no son iguales, él ha querido que las virtudes que le son más caras pudieran ser reconocidas mediante representaciones externas, además de concretarse en ventajas sensibles, que pudieran inspirar respeto y sumisión. Esta manifestación patente de su favor es para nosotros la garantía de un orden inmutable y el secreto de una política de inalterables principios; pero nadie se atrevería a enorgullecerse de ello, porque los designios de la voluntad de Dios son impenetrables. Es posible hacer conjeturas, como que Dios ha reconocido mediante esta distinción extraordinaria la devoción de los hombres que han dado su vida por la salvación de sus semejantes, dando así cumplimiento al más sagrado de los deberes de la humanidad, anteponiéndolo al interés de la propia conservación. Habría, sin duda, escaso mérito en seguir un instinto tan natural, sin reflexionar en sus consecuencias y en sus peligros; habría quizás algún orgullo en obedecerlo en las ocasiones que lo despiertan, que lo hacen crecer, que lo crean en el fondo de nuestra alma, como una voz de la Providencia, por lo que mi muerte habría sido más digna de envidia que de lástima, si al abandonarte sólo hubiera tenido que inmolar una vida. ¡Pero tú vivías, Lydie, no era a ti a quien iba a salvar; era a ti a quien iba a perder, y no lo dudes! —añadió George llevando mi mano de su corazón a mis labios—, ¡Dios me ha recompensado menos por mi acción que por mi sacrificio!

»—¡Y eso está bien —le dije—, pues a cada palabra que pronuncias, mis ideas se aclaran cada vez más! Déjame decirte el resto. Así, George, eres dichoso entre los dichosos porque has sido bueno entre los buenos, y el privilegio que compartes con

algunos no tiene nada de humillante para la mayoría restante, porque se encuentra en la naturaleza de las almas bellas reconocer el ascendiente de las almas superiores, y porque Dios, además, ha impreso en tus iguales el sello manifiesto de su predilección. Eres dichoso en la vida gloriosa que la divina bondad te ha dado, al lado de mi padre y el tuyo, que tan tiernamente nos amaron, y a cuyos brazos no puedes conducirme, en tanto que las ataduras de la vida que aún me encadenan a la tierra no sean rotas. Si hay algo que le falta a la felicidad tan pura que disfrutas, no es otra cosa que tu pobre Lydie y tu pequeña Marceline, a las que sin embargo aguardas con certeza, como si regresaran de un corto viaje que no ofrece peligros; y aunque mi prueba deba parecerme más larga, yo también soy feliz, pues no pongo en duda que acabará. ¡Oh! ¡Que el sentimiento de nuestro futuro gozo no se vea empañado en tu alma por la menor duda, pues tu Lydie lo comparte contigo, y los penosos días que aún me quedan por pasar en el mundo en el que ya no estás, harán que te sientas orgulloso de mi calma y mi coraje! Los únicos desgraciados son los malvados, que deberán lamentar entre eternos sufrimientos haber contado, en vano, con la nada; y no puedo ocultarte que en mí este sentimiento añade algo de tristeza a las alegrías inefables de la resurrección. El Creador hizo de ellos nuestros hermanos, y nos había prescrito compadecerlos y amarlos, aunque fuésemos odiados y perseguidos por ellos. ¿Jamás encontrarán esos infortunados perdón ante la piedad del Altísimo? ¿Serán alguna vez liberados del infierno?

»—Esperaba esta pregunta —replicó George con una nueva sonrisa—, pues me son conocidos todos los secretos de tu corazón; mas llegará un día en que sabrás que me es tan imposible como a ti el contestarla, pues la muerte sólo ha levantado el primero de los velos que nos separan de Dios; y así debía ser para que nuestra alma no se dañase a causa de la estupefacción y el misterio de la contemplación de sus misterios. Lo que yo puedo decirte, y que los sabios nos enseñan en nuestra vida nueva, es que quizás no hay malvados absolutos, y que, por consiguiente, quizás no hay pena sin remisión. Sin duda, otras luces consiguen alumbrar un nuevo día en las inteligencias rebeldes. Otros mundos más rigurosos someten a los insensatos y perversos a pruebas más largas y penosas, pero que también tendrán sus méritos y recompensas. Solamente la obstinación en el odio a Dios y a sus obras será repudiada en el instante supremo del juicio supremo, pero hará falta para ello que el soplo divino que anima la naturaleza se extinga absolutamente en ella, y que ya no quede allí nada humano. Todavía hay que temer alguna caída en este mundo elegido adonde te he traído, puesto que no es el de la vida eterna, y los buenos están tan expuestos como los malos a los ataques de las pasiones; pero estas caídas son muy raras. Aún hay que esperar reparaciones en este mundo de exilio en el que gimen los condenados; y como la cruel esperanza de la nada ya no les da seguridad, estas rehabilitaciones serán numerosas. Nada está acabado ante la soberana bondad, porque sólo ella es completa y universal. Yo te he hablado de nuestras teorías y no de nuestros misterios. Entre los resucitados como entre los vivos, la sabiduría consiste

en humillarse.

»—Que se haga la voluntad del Señor sobre todas las cosas —proseguí entonces—. Pero acaba de vencer mi incertidumbre acerca de una duda que, en algunas ocasiones, tus discursos han hecho nacer en mi alma. La revelación es verdadera, y no es lícito dudar de ella, y el mensaje de las santas Escrituras es la divina expresión de las verdades que debemos creer. ¿Por qué esas verdades se hallan envueltas en tinieblas impenetrables? ¿Por qué ha quedado imperfecta esta revelación emanada de Dios, quien sabe todo y todo puede decir? Haciendo que todos los destinos del porvenir, que llegan a ser tan evidentes a la desengañada mirada de los muertos, pudieran ser comprendidos por todos, la tierna misericordia del Señor habría abreviado nuestras pruebas; pues ya desde el primero de los peregrinajes que cumplimos sobre la tierra, todas las almas, de común acuerdo, habrían volado hacia él. ¿Por qué nos ha dejado sumidos en la ignorancia y en la duda, tan cerca de la desesperación, cuando incluso él se anunciaba mediante los profetas, y cuando se entregaba a nosotros por mediación de su hijo? ¿La ciencia de la fe tendrá que intentar elevarse por encima de las enseñanzas de la fe?

»—¡Jamás! —exclamó George—, pues la fe no es una ciencia, la fe es una virtud, en la que todo su mérito se halla en su abandono y en su simplicidad. Los que creen porque saben, no creen lo suficiente y no creen bien. La convicción es efecto del examen, y el examen es una operación de la razón que indica ingratitud y desconfianza. Para penetrar en el abismo de las voluntades de Dios, le son necesarios al hombre órganos que Dios no se ha dignado darle. ¿Qué dirías del ciego de nacimiento que emite un juicio sobre los colores, o del sordomudo que analiza los efectos de la música? ¿Es necesario recordarte que estos misterios ya han sido desvelados a los cristianos en la primera página de las Escrituras? Quienquiera que haya llegado a discernir el bien y el mal ha perdido ya su inocencia, puesto que lo propio de la inocencia es no conocer el mal. Todos los seres que el Señor ha producido le son igual de queridos, pero él ha querido contenerlos entre unos límites justos, que no pueden franquear sin perderse. No le es más lícito al hombre concebir los misterios de la creación que a la planta cambiar voluntariamente de suelo y horizonte, o que al animal reflexionar sobre su existencia y comunicar su pensamiento. Los primeros habitantes de la tierra estaban destinados a la dicha más pura que pudiera disfrutar su especie, cuando una idea<sup>[38]</sup> de orgullo y demencia les abrió la fatal vía del saber; así adquirieron la facultad de saber y, con ella, todas las dudas que van tras ella, desde la incertidumbre que extravía el alma, hasta el pensamiento de la nada que llega a matarla. Esto es el resultado de una impaciencia que es propia de todos los seres creados, y que les conduce incesantemente hacia el grado de perfección que un día deberán alcanzar, instinto natural e irresistible al cual la piedra obedece, creciendo o aspirando a vivir, la planta, viviendo y aspirando a sentir, el animal, sintiendo y aspirando a pensar, el propio hombre, pensando y aspirando a comprender; pero el hombre había recibido la inteligencia, conocía las

consecuencias de su organización, presintiendo con certeza los fines prometidos, y en absoluto se contuvo dentro de los límites que le fueron impuestos por la palabra divina. Decidió hacerse igual a Dios, y Dios le castigó por su vanidad, dejándole el fruto de la ciencia, que sólo supo enseñarle la muerte. Ésta es, querida Lydie, la historia de la humanidad. Estos males serían insoportables si Dios no nos hubiera dejado, como compensación, la fe que se tiene en sus promesas, la esperanza que aguarda, y la caridad que ama, tres virtudes que la sabiduría de los santos llama, en la lengua de los griegos, *teologales*, porque encierran dentro de ellas toda la *ciencia de Dios*. Creer, esperar, amar, no son otra cosa que la verdadera fe del cristiano, y cuando en su primera vida a prueba ha satisfecho estas tres condiciones, ya se ha hecho digno de la otra. Y si todavía me sigues preguntando por qué la revelación, que es la propia expresión de la eterna verdad, no ha llevado la luz a esas tinieblas, fácilmente podré contestarte. La revelación no ha sido dada ni a los seres de naturaleza superior a la del hombre, ni a los hombres obstinados en el pecado de la ciencia, que persisten en buscar la razón de las cosas, a pesar de la prohibición expresa de Dios, y que renuevan así en ellos la tacha original de su raza. Sino que ha sido dada a los pobres de espíritu y corazón que creen porque sienten, y no porque saben. La vida sería una prueba cómoda, si el ejercicio de los sentidos nos demostrase que la vida no era otra cosa que una prueba, y el futuro nos resarciría lo suficiente del presente, si el presente no fuese limitado; pero la revelación nos ha llegado mediante una forma humana, y no ha podido serle comunicada al hombre más que en las mismas condiciones de su naturaleza. La verdad que nos da es una verdad general que captan nuestros órganos y que comprenden nuestras facultades; pero que basta a las necesidades de nuestra naturaleza y a las esperanzas legítimas de las que es fuente. La verdad de los eruditos, al contrario, es un abismo sin fondo cuyos formidables ecos repiten para siempre esta profética amenaza del Señor: *¡Polvo eres y en polvo te convertirás!* ¡El pecado del paraíso terrestre, Lydie, es la ciencia, hija deplorable de la curiosidad! Cree, pues, sin esforzarte en ello, lo que te ha sido enseñado por Dios y su Iglesia, incluso cuando esas enseñanzas te parezcan imperfectas, pues sabes que la totalidad de la especie a la que perteneces es imperfecta, y que no puede recibir otras en tanto que no haya sido iluminada por la muerte. Pues la muerte es la luz. Atiéndeme una vez más con atención, mi dulce amiga, para que mis palabras no sean arrastradas por el viento, sino para que queden fuertemente impresas en tu corazón. Quizás el equivocarse da el saber; la sabiduría y la felicidad están en creer; el remedio y el consuelo de todos los males es esperar; y toda la virtud está en amar. Ya no sé si el soberano juez algún día tendrá en cuenta que hace un momento sentiste ambición por la ciencia, pero te puedo asegurar que los tesoros más preciosos de su gracia pertenecen al candor, a la piedad y a la caridad.

»Me incliné sobre el pecho de George, derramando en él algunas lágrimas de alegría, y nuestro paseo se prosiguió en silencio, pues ya no sentía curiosidad. Gozaba de delicias más puras que las que habían colmado el corazón de los primeros

seres vivos en el paraíso terrestre, y en el paraíso de los muertos no quería renovar el pecado de Eva. Además, sabía que las dudas que aún me atormentaban eran el resultado de mi ignorancia y de mi imperfección, y que lo único que conseguirían sería afligir a mi amigo, llevándole, durante largo tiempo, desde el sereno sentimiento de su condición hasta la tierna lástima que le inspiraba la mía. Y además, todo conseguía entretenerme mediante sensaciones que los hombres no son capaces de nombrar, porque en nuestros sentidos no hay nada que pueda parecéseles. Mis ojos inundados por luces lisonjeras que, sin llegar a deslumbrarlos, los desconcertarían, mis oídos regados por un río de armonía que nunca se secaba, todos mis sentimientos colmados de una felicidad para la que no fueron concebidos, comenzaban a adormecerse presa de una deliciosa languidez de la que ninguna de nuestras voluptuosidades terrestres podría dar idea, si antes no hubiera sido posible imaginarse el inenarrable éxtasis de un alma que acaba de arrojarse en Dios. Me sentí desfallecer, pero el brazo de George me sostuvo.

»—Ya es el momento —dijo—. Te duermes en el mundo de los resucitados para volver al mundo de los que han de morir, para arrastrarte penosamente en él durante las pocas horas que apenas nos separan, pues mi pensamiento no dejará de seguirte y de velar por ti. Acuérdate de creer, de esperar y de amar, y no tengas miedo de sufrir, pues los sufrimientos de la vida son pasajeros, y las alegrías de la resurrección son eternas.

»En el mismo instante —continuó Lydie—, me desperté, en efecto, sobre el lecho de dolor en donde había sufrido la noche anterior tan mortales angustias, y sentí mi mano estrechada por una de las del médico, que nuevamente atendía al movimiento de mi sangre.

»—¿Dónde está? —exclamé—. ¿Qué les ha pasado a esos brillantes pájaros, de plumaje de oro, que nos saludaban con sus acordes? ¿Qué se ha hecho de esas flores que con porfía inclinaban hacia nosotros sus olorosos cálices para inundarnos con el aroma de sus perfumes? ¿Ha apagado el Señor su sol? —pero al momento recordé las palabras de George, pues apenas habían acabado de sonar en mis oídos y de vibrar en mi alma; comprendí, con resignación, que mi cautividad no había acabado, y sonreí.

»—Justo lo que pensaba —observó el doctor, satisfecho en su amor propio—. Ha sucedido lo que ya había previsto. Esta joven acaba de caer en la demencia: no hay un momento que perder para transportarla al hospicio de alienados de Lausana, en donde podré observar más de cerca el desarrollo y las crisis de su dolencia.

»—¿Para hacer qué? —dijo la tía Zurich, una anciana de gran corazón y vecina mía que me había asistido los días precedentes, y que desde entonces no se había apartado de mí—, por favor, ¿para hacer qué?

»—Para curarla —respondió el médico sacando un poco de tabaco de su tabaquera de oro.

»—¡Ay! —continuó la tía Zurich, suspirando—, Dios nos guarde de que ella se cure, ya que así se encuentra contenta, pues su frente ha vuelto a adquirir la serenidad

de ángel que la hacía tan bella en aquellos tiempos en que era feliz. ¿Puede usted resucitar a George, y traerlo aquí ante ella, una vez que la haya curado? Si su saber no llega tan lejos, entonces déjenos a Lydie tal y como es. ¡La pobre niña será la hija de todos nosotros, y le aseguro que nunca la abandonaremos!

«Mientras así hablaba, me rodeó con sus brazos como para retenerme, y yo respondí a su ternura mediante lágrimas de agradecimiento, pues habría sentido mucho tener que abandonar la casa de George y las personas que le habían amado. Sin embargo, el médico estaba muy afligido, según todas las apariencias, por perder un tema de estudio que comenzaba a honrarle, y desde entonces no le he vuelto a ver. Ahí acaba mi historia, y ahora espero y aguardo.»

Lydie llevaba un rato sin hablar, aunque yo la seguía escuchando. Había vuelto con sus flores, sin preocuparse de mí, y pienso que cuando volví a pasar a su lado ya me había olvidado.

—Sólo una palabra más, Lydie, una palabra y nada más —le dije, tomando su mano con respetuosa ternura—. Desde aquella solemne noche en que George la transportó al paraíso de los resucitados, ¿ha vuelto usted a tener otra vez, aunque haya sido una sola vez, el mismo sueño?

—¿El mismo sueño? —contestó con aire inquieto—. ¿A eso le llama un sueño, como hacen los demás? ¡Oh! ¡No se alarme! No podría hacerle ningún mal. Los vivos sólo pueden juzgar de acuerdo con sus sentidos, y sus sentidos están velados por espesas tinieblas. Desde aquella noche en que el paraíso de los resucitados me fuera abierto, paso en él todas las horas de mi sueño, y en él me he penetrado de misterios aún más agradables que los que le he referido. ¿Cree usted que si no fuera de esa manera podría seguir viviendo?

Una mujer que no había visto hasta entonces, y que había llegado en los últimos momentos de nuestra entrevista, fue a colocarse delante de Lydie, quien la tomó del brazo. En ella reconocí a la tía Zurich y, en efecto, el sol, que ya estaba a punto de ponerse, llevaba indicando hace un buen rato que ya era hora de abandonar la esplanada. «Pobre inocente», me dije a mí mismo siguiendo a Lydie con la vista a lo largo de los recodos del camino, viéndola desaparecer, por última vez, detrás de un macizo de vegetación que no me la devolvería nunca más; «¡Pobre Lydie!», repetí, tras un instante de reflexión, «o mejor, ¡mujer feliz y privilegiada entre todas las mujeres! ¡Vas a dormirte a las tristes realidades de la vida y soñar, sobre el seno de tu amigo, con la felicidad que te ha sido prometida! ¡Duerme por mucho tiempo, Lydie, y, ojalá que el cielo apresure la llegada del afortunado día en que ya no te despertarás! ¡Gracias te sean ahora dadas por los dulces y preciosos consuelos que he sacado de la conversación contigo! ¡La vida no era para mí otra cosa que un enigma que pensaba que era posible resolver sin búsquedas ni sacrificios, tú me has enseñado que la solución de este importante misterio sólo pertenece a los que saben amar y sufrir; el temor a sufrir me hacía tener miedo de amar, y no sabía que sustrayéndome a las rigurosas pruebas del corazón, a causa de una pusilánime desconfianza de mis

fuerzas, alienaba en mí el principio más vivaz de mi inmortalidad. El único que debe hacernos adquirir el derecho a una recompensa eterna, y hacernos participar en las alegrías eternas! Tus palabras han reanimado esa antorcha de caridad activa que intentaba ahogar en mi seno. Regreso entre los hombres para ayudarles en sus penas, y para llorar al menos con ellos cuando no me sea posible socorrerlos. Voy a recoger mi parte de las calamidades que están ligadas a nuestra existencia pasajera, y voy a cargar encima de mi resignada cabeza todo lo que me sea posible evitar a los demás, y si siento algún pesar es porque este deber, desdeñado durante tan largo tiempo por una falsa filosofía, resulta demasiado sencillo para las almas de convicciones profundas que quieren hacerse dignas de su destino. En efecto, no hay, en absoluto, desgracia real para el amor, cuando se apoya en la esperanza y en la fe, y si esta presciencia de la infalible verdad hubiera sido dada a todos como a Lydie y a mí, ¿quién osaría decir que nuestro paraíso terrestre sigue estando prohibido?»

—¡Dios es grande! —dijo Lugon, pues yo había pronunciado mis últimas palabras en voz alta, mientras me encaminaba hacia el lugar en que él me aguardaba, con una mano en la brida de mi caballo—. ¿Ha observado, sin duda, el señor —añadió, mientras me subía a la silla—, que ya se estaba haciendo muy tarde para ir a ver el castillo de Chillón?

—¡Bah! ¡Qué me importan, amigo mío, el castillo de Chillón, y todos los restos de la Edad Media, y todos los recuerdos de la poesía, y hasta aquellas maravillas de la naturaleza que solía admirar en los Alpes! Mis amigos se entristecen por mi ausencia, mi madre es mayor y está enferma, he dejado un doméstico enfermo, el más pobre de nuestros vecinos ha perdido su vaca, el dinero que disipo en distracciones solitarias hace falta en veinte casas del pueblo, y mañana proseguiré camino hacia el Jura.

Esta respuesta, que para la mente de Lugon no representaba otra cosa que un insólito concatenamiento de frases sin orden, le inspiró, sin duda, alguna inquietud con respecto al estado de mi razón, pero sólo me contestó mediante un movimiento de cabeza acompañado de un suspiro. No había olvidado el pobre muchacho que la locura de Lydie pasaba por ser contagiosa: «¡Dios es grande!», murmuró por lo bajo, montando a su vez en su mula, y alcanzamos Vevey en el tiempo que duró nuestro galope.

Desde entonces he permanecido fiel a todas mis decisiones. He aceptado con sumisión y reconocimiento la parte que el Señor me ha dado en los dolores y las tribulaciones de la humanidad; nunca me he quejado de que la copa estuviese demasiado llena, aunque con frecuencia haya estado a rebosar, y no dejaré de repetir que en mi coraje hay poco mérito, ya que poco cuesta el coraje si nace de la fe. No había nadie que obtuviese tanto como yo de la esperanza, y que no se guardara cuidadosamente de someter su instintiva creencia a las miserables argucias del examen filosófico, una vez que hubiera comprendido que todas nuestras virtudes consisten en amar y que toda felicidad consiste en creer. Estas palabras de George me devuelven a una historia cuyo fin había prometido contar.

En el transcurso de la primavera que siguió a mi encuentro con Lydie, una profunda intranquilidad, de la que no era dueño, me urgía a volverla a ver e informarme de su suerte. La ciencia de los médicos me espantaba, cuando pensaba que podían haberla curado, y que ella había sido devuelta al sentimiento horrible de su infortunio y que ya era incapaz de soñar. Mi propia constancia, aún titubeante, tenía necesidad de asegurarse, mediante su fuerza, contra la sorna de los hombres cultivados y el soberbio desdén de los sabios. Para poner fin a estas incertidumbres, regresé a Vevey, pero sin detenerme. Pasé delante de la casa de George, que estaba cerrada como la primera vez, y pensé que Lydie debía estar en la explanada, pues aún no era una hora avanzada, y el día era tibio y puro. Al momento de llegar, encontré a un jinete que traía cogido de la mano un caballo de repuesto. Como yo conocía a aquel hombre y, a su vez, él me conocía a mí, ambos pusimos pie a tierra al mismo tiempo. Pues no era otro que Lugon.

—¿Adónde va el señor, sin guía ni doméstico? —dijo Lugon, respondiendo cordialmente a mi apretón de manos.

—Al jardín de Lydie —le respondí—. ¿Te has fijado en si estaba en él?

—Allí está, señor —contestó Lugon en un tono grave y concentrado, bajando su mirada hacia el suelo—. Mi señora Lydie está en su jardín y ya no saldrá de él hasta que la trompeta del ángel no la llame al juicio final. Está muerta.

—¡Muerta! —exclamé.

El corazón del hombre es un abismo de contradicciones inexplicables. No sé lo que en ese momento prevalecía en mí, si el dolor de su muerte, o la alegría de su liberación.

—Ella murió —prosiguió Lugon— apenas un mes después del día en que conversara tanto tiempo con el señor. Se encontraba en su jardín, como solía llamar a ese coto de arena, cercado por las flores que había cogido y con las cuales la pobre mujer tenía la costumbre de hacer el ramillete para George. La tía Zurich ya había venido dos veces en su busca, y, por dos veces, se había marchado pensando que Lydie dormía. La tercera vez, ya que la noche comenzaba a hacerse sombría y todo el mundo volvía de su trabajo, decidió despertarla, cosa que no pudo conseguir, pues sucedió que Lydie había muerto. Entonces, la tía Zurich dio un grito que congregó a todos los que pasaban. «¡Mirad! ¡Mirad! —decía la tía Zurich—, ¡ha muerto!, ¡y yo que creía que estaba durmiendo...!» Lo que esto tiene de extraño, señor, es que, cuando vinieron a llevarse el cuerpo de Lydie, que la tía Zurich había rodeado con sus brazos sin añadir nada más, se dieron cuenta de que la tía Zurich también había muerto. Allí les cavaron las dos fosas que está viendo, porque ambas eran católicas y no podían participar de los rezos de los hugonotes.

—¿Eres católico, Lugon? —le pregunté, sin darme cuenta, pues mi pensamiento se hallaba ocupado en otras ideas.

—Ciertamente, señor —replicó impasible Lugon—, puesto que soy del Valais.

—¿Y qué se dice en la comarca de estas dos muertes tan súbitas, que nadie podía

haber previsto?

—El doctor no pareció extrañarse. Dijo que la joven había muerto de una congestión cerebral, creo que lo dijo así, y la vieja de apoplejía. ¡Oh! Es un hombre muy sabio.

—La joven había muerto porque el tiempo de sus pruebas había concluido, y la vieja porque en la tierra ya no tenía a nadie más a quien consolar. El cielo no debía una recompensa menor a su piedad.

En aquel momento, Lugon me miró fijamente con una mezcla de desconcierto y de tristeza, pues de hecho no se había olvidado de sus antiguas prevenciones, y acababa de hacerlas presentes.

—La vieja —continuó—, había acabado su tiempo, ¡pero Lydie, tan joven aún, y tan bella...!

—¡No llores por ella, amigo mío! ¡Lydie ahora ha dejado atrás todos sus dolores! Lydie posee para siempre, sin que nadie la turbe ni la despierte, la felicidad que no hacía más que soñar.

Lugon me miró de nuevo.

—¡Dios es grande! —dijo.

## FRANCISCUS COLUMNA<sup>[39]</sup>

TAL vez recuerden ustedes a nuestro amigo el abate Lowrich, con quien nos encontramos en Ragusa, Spalato, Viena, Munich, Pisa, Bolonia, Lausana. Es un hombre excelente, lleno de erudición, que sabe un montón de cosas que nos haría felices olvidar si las supiésemos como él: el nombre del impresor de un mal libro, la fecha de nacimiento de un tonto, y otras mil particularidades por el estilo. Al abate Lowrich le cabe la gloria de haber descubierto el verdadero nombre de Knicknackius, que se llamaba Starkius, pero no —salvo que ustedes opinen lo contrario— el Polycarpus Starkius que escribió ocho hermosos endecasílabos acerca de la tesis de Kornmannus *de ritibus et doctrina scarabeorum*, sino Martinus Starkius, que escribió treinta y dos endecasílabos acerca de las pulgas. A pesar de eso, el abate Lowrich merece ser conocido y estimado; tiene ingenio, corazón, una cortesía activa, sincera, y añade a estas preciosas cualidades una imaginación viva y singular que confiere mucho atractivo a su conversación, siempre que no incurra en nonadas biográficas y bibliográficas. Yo ya me he resignado ante semejante posibilidad, y cuando me encuentro con el abate Lowrich en mis continuos viajes por Europa, corro a él nada más verlo. No hará tres meses que esto me sucedió por última vez.

Había llegado yo la noche anterior al hotel de las Dos Torres, en Treviso; era bastante tarde y no tuve tiempo de poner el pie en la ciudad. Por la mañana, al bajar la escalera, vi delante de mí una de esas figuras que tienen fisonomía de cualquier lado que se las mire: un sombrero como no hay dos, ajustado a la cabeza como nadie se lo ajusta; una corbata roja y verde, anudada al cuello de modo que por el lado izquierdo sobresalía sus cuatro pulgadas del traje y por el derecho no se veía; un pantalón mal cepillado en una pernera, mientras la otra caía coquetonamente como un anillo sobre la campana de la bota; una enorme cartera, en fin, la cartera vitalicia en que se dan cita tantos títulos de libros, papeletas, planos, bosquejos, inestimables tesoros para el sabio, pero que un vulgar trapero no recogería. Era Lowrich, no había margen de error posible.

—¡Lowrich! —grité, y en seguida nos abrazamos.

—Sé adónde vas —me dijo, tras el amistoso intercambio de saludos y después de informarme de que había llegado al mismo tiempo que yo—. Preguntaste las señas de un librero y te dieron las de Apostolo Capoduro, que vive en la calle de los Esclavones. Yo también voy a verlo, pero sin esperanza, porque he visitado dos veces su tienda en los últimos diez años y no he encontrado en ella volúmenes más antiguos que las novelas del abate Chiari. La vieja librería está perdida, muerta del todo, aniquilada; vinieron ya los tiempos bárbaros. ¿Tienes algo especial que pedirle?

—Te confesaré —respondí— que me iría disgustado del norte de Italia sin llevarme *El Sueño de Polifilo*, del que me dijeron que era algo muy serio y que lo encontraría en Treviso, si es que se encuentra en alguna parte.

—Si se encuentra en alguna parte —exclamó— es una profunda reticencia, pues *El Sueño de Polifilo* o, expresándonos de manera más adecuada, la *Hypnerotomachia*<sup>[40]</sup> de Fray Francisco Columna, es uno de esos libros que los viejos bibliógrafos designan con esta frase tan característica: *Albo corvo rarior*. Lo que sí puedo asegurarte es que si este cuervo blanco se encuentra en alguna pajarera, y es imposible dudar de ello, no es por cierto en la de Apostolo. Tan seguro estoy de ese hecho que podría jurar aquí, por los manes de Aldo el Viejo (a quien Dios tenga en su eterna gloria), que si ese bribón de Apostolo consigue proporcionarte un ejemplar de la *Hypnerotomachia* en la edición buena, que es la de 1499 (la segunda entra dentro de la categoría de los libros mediocres), me comprometo a regalártelo de mi propio bolsillo, al que tal acto de munificencia no dejaría de aliviar.

En ese punto entrábamos en la tienda de Apostolo, quien, con la pluma suspendida sobre una hoja de papel, parecía absorto en profundas meditaciones. Se apercibió al fin de nuestra presencia, y pareció reconocer con alegría la inconfundible figura del buen Lowrich.

—¿Es el Señor, querido abate —dijo abrazándolo—, quien lo envía para sacarme del más cruel apuro en que me he encontrado en mi vida? Imagino que sabrá usted que publico desde hace unos meses la *Gaceta literaria del Adriático*, que es, como todo el mundo coincide en afirmar, la más docta y espiritual de las gacetas de Europa. Pues bien, esta ingeniosa y erudita gaceta, destinada a ser la admiración del mundo y a restablecer mi fortuna, está amenazada con no publicarse mañana a falta de seis tristes columnas de folletín que en vano solicito de mi imaginación, agotada por los estudios y los negocios. Se diría que un espíritu maligno ha conjurado mi ruina y ha sembrado el desorden en mi mesa de redacción. La joven musa que escribía mis artículos de educación moral está de parto; el improvisador que debía enviarme esta mañana una cantata de un género completamente nuevo me ha escrito diciéndome que aún tardará ocho días en terminarla, y el profundo calculador que se ocupa de las cuestiones de finanzas y economía política ingresó ayer en prisión por deudas. En el nombre del cielo, querido abate, siéntese usted en esta mesa, donde he sudado sangre toda la noche sin sacar una línea de mi cerebro, e hilváneme cinco o seis páginas de cualquier cosa, aunque sea un relato que no haya servido más que dos o tres veces.

—Perfectamente —replicó el abate Lowrich—; nos ocuparemos de tus asuntos cuando hayamos terminado con los nuestros. Porque ni mi amigo ha venido de París ni yo de Noruega para reemplazar la cantata ausente de un improvisador perezoso ni para despacharnos un folletín, sino para ver algunos libros que valgan por lo menos las fatigas y gastos del viaje; una buena edición *princeps* bien atestiguada, un incunable de buena fecha y buena conservación, un volumen aldino de valor cuyos márgenes se hayan dignado conservar los encuadernadores ingleses y franceses. Empecemos por eso, si puede ser, y luego veremos. Un folletín se hace en un momento.

—Como usted quiera —respondió Apostolo—, y me avengo a ello de buena

gana, porque el examen no durará mucho. No tengo más que un volumen digno de ser examinado por expertos como ustedes, pero es un volumen —añadió, mientras despojaba de su triple envoltura un infolio de hermoso aspecto—..., un volumen —continuó en un tono solemne, cuando lo hubo liberado por completo de su prisión de papel vegetal—..., un volumen...

Y le tendió el volumen al abate Lowrich, fijando en él una mirada llena de seguridad y de orgullo.

—¡Maldición! —murmuró Lowrich, después de haber explorado con un simple vistazo, según su costumbre, el tesoro desconocido. Luego se volvió a mí, pero muy diferente de lo que era un momento antes, caídos los brazos, triste la mirada, pálida la frente—. ¡Maldición! —gruñó en francés, con voz apenas articulada y de manera que sólo yo pudiera oírle—, este condenado libro es el que me comprometí a regalarte si se encontraba aquí, el *Polifilo* en la edición original... ¡Qué hermoso es el traidor! Te respondo de que está como si acabara de salir de la prensa. ¡Estas cosas no le ocurren a nadie más que a mí!

—Tranquilízate —contesté riendo—; quizá lo obtengamos a mejor precio del que tú piensas.

—¿Y cuánto pide maese Apostolo por esta rareza?

—¡Ah! —dijo Apostolo—, corren malos tiempos y el dinero anda escaso. Hace tiempo hubiera pedido por él cincuenta cequíes al príncipe Eugenio, sesenta al duque de Abrantes y cien a un inglés; pero hoy tengo que venderlo por cuatrocientas tristes libras de Milán, que suman exactamente cuatrocientos francos. Y de ahí no rebajo ni dos *quarantani*.

—¡Que cuatrocientas ratas hambrientas devoren tus libros desde el primero hasta el último! —clamó Lowrich, furioso—. ¿Cómo diablos pueden pedirse cuatrocientas libras por este mal libraco...?

—¡Un mal libraco! —replicó Apostolo con viveza, casi tan agitado como Lowrich—. Una edición *princeps* de 1467, la primera de Treviso y quizá de Italia, una obra maestra de tipografía con unos grabados cuyos originales no pueden ser atribuidos sino a Rafael, una obra admirable de autor desconocido hasta la fecha, pese a las investigaciones de los eruditos, una pieza única o casi única cuya existencia incluso usted, señor abate, ignoraba... ¡A esto lo llama usted un mal libraco!

La furia de Lowrich había amainado a lo largo de perorata tan vehemente; se había sentado tranquilamente, dejando su sombrero sobre la mesa del librero, y se enjugaba el sudor de la frente como hombre agobiado por largas y penosas fatigas que acaba de encontrar un lugar idóneo para descansar a gusto.

—¿Has terminado, Apostolo? —dijo en tono tranquilo, pero en el que se traslucía un no sé qué de satisfacción maligna—. Es lo mejor que has podido hacer de cara a tu reputación y tus intereses, porque en las cuatro palabras que acabas de decirnos has soltado cuatro tremendos disparates, y a poco que hubieses seguido no me hubiera bastado con un día para recogerlos uno por uno, lo que no me habría dejado el tiempo

necesario para redactar tu indispensable folletín. Primer disparate: no es verdad que este libro se haya impreso en Treviso en 1467, pues se trata de una edición impresa en Venecia en 1499, a la que se sustrajo el último folio para engañarte acerca de la fecha, y no reparé antes en esta imperfección, que reduce en más de la mitad el valor de tu ejemplar. Pero eres afortunado, porque yo puedo remediar ese defecto, ya que el azar quiso que el otro día encontrara ese folio precioso entre unos papeles de embalaje, y lo guardé cuidadosamente para una ocasión que no creí tan próxima. Luego hablaremos del precio que voy a pedirte por él.

Dicho esto, el abate Lowrich sacó de su cartera la preciosa *plagula* y la colocó cuidadosamente en el volumen.

—Efectivamente —dijo Apostolo—, el folio casa a la perfección en el libro, y me veo obligado a admitir que disminuye algo su mérito. ¿De dónde diablos sacaría yo que ésta fuera la primera edición de Treviso?

—Dejemos eso —repuso Lowrich—; aún no hemos terminado. Segundo disparate: no es verdad que los dibujos de este libro puedan ser atribuidos a Rafael, tanto si la edición data de 1467 como si fue impresa en 1499, como acabo de demostrarte. Nadie duda que Rafael nació en Urbino en 1483, es decir, dieciséis años después de la confección del manuscrito, que se remonta a 1467, y ni siquiera los más fanáticos admiradores de este sublime pintor pueden defender que haya dibujado con tanta corrección y tanta elegancia dieciséis años antes de nacer. Por consiguiente es otro Rafael quien llevó a cabo tan hermosas ilustraciones, y a ése, insigne Apostolo, sólo yo lo conozco... Espera un poco, que aún no van más que dos.

»Tercer disparate: no es verdad que el autor de este libro haya permanecido hasta hoy ignorado de todos los eruditos, pues todos los eruditos saben, por el contrario, que es obra de Francisco Colonna o Columna, dominico del convento de Treviso, donde murió en 1467, digan lo que digan ciertos biógrafos atolondrados que lo han confundido con el sabio doctor Francesco di Colonia, casi homónimo suyo, que lo sobrevivió cerca de sesenta años. Los dos están enterrados a unos centenares de pasos de tu tienda. Y, después de lo que acabo de decirte, Apostolo, me excusarás la demostración de tu cuarta metedura de pata, aún mayor que las anteriores, pues suponías que yo ignoraba la existencia de tu magnífico libraco, y no sé qué me detiene a probarte ahora mismo que me lo sé de memoria.

—Le desafío a usted a que lo intente —replicó vivamente Apostolo—, pues está escrito en una lengua tan heteróclita que ninguno de mis amigos de Treviso, Venecia y Padua se atrevió a descifrar ni siquiera una página; y si, como usted dice, se lo sabe de memoria, me comprometo a regalárselo, sacrificio que llevaría a cabo con mucho gusto, debido a las excelentes enseñanzas que acabo de recibir de usted; estaba a punto de anunciar el libro en mi *Gaceta literaria del Adriático* con la descripción falsa que les dije, y ello me hubiera hecho perder para siempre la alta y buena reputación de que gozo como librero.

—Lo que tú mismo acabas de decir —respondió el abate Lowrich— acerca del

estilo ciertamente rarísimo de nuestro autor y de los vanos esfuerzos de tantos doctos que se han afanado en interpretarlo, demuestra que me pides una comprobación fastidiosa e insoportable que nos ocuparía el día entero. ¿Y qué sería de tu folletín mientras yo recitara la *Hypnerotomachia* desde la alfa hasta la omega? Acepto el desafío si te contentas con una prueba no menos decisiva, pero más fácil y expeditiva. Los capítulos de tu libro son demasiado numerosos para acabar con la paciencia, de modo que me comprometo a decirte sucesivamente todas las iniciales de cada uno, empezando por el primero, sobre el que veo que acabas de poner el dedo.

—Sea como usted dice —replicó Apostolo—. Así que la primera letra del primer capítulo...

—Es una P —dijo Lowrich—. Busca el segundo.

La letanía era larga, pero el abate la desgranó hasta el trigésimo octavo y último capítulo, sin vacilar un momento y sin equivocarse una sola vez.

—Adivinar una letra inicial entre veinticuatro puede ocurrir por un azar grande y sin que el diablo intervenga en el asunto —observó tristemente Apostolo—; pero para acertarlas treinta y ocho veces seguidas, habría que hacer trampas. Tome usted el volumen, señor abate, y no se hable más del tema.

—¡Libreme Dios —respondió Lowrich— de abusar hasta ese punto de tu inocente candor, oh fénix de los bibliófilos! Lo que acabas de ver no es más que un truco casi indigno de un escolar y que tú ahora podrás llevar a cabo como yo. Fías de saber que el autor del libro juzgó oportuno ocultar su nombre, su profesión y el secreto de su amor en las iniciales de los treinta y ocho capítulos, que forman entre ellas una frase cuyo secreto te aconsejo que no lo preguntes a la *Biografía universal* de París, pues te haría perder la apuesta que acabo de ganarte. Ésta es la frase, sencilla, conmovedora, y, además, fácil de retener: *Poliam frater Franciscas Columna peramavit*. Fray Francisco Colonna adoró a Polia. Ahora sabes acerca de este punto tanto como Bayle y Próspero Marchand.

—Es extraordinario —dijo Apostolo a media voz—. Un dominico enamorado. Ahí dentro hay un relato.

—¿Por qué no? —contestó Lowrich—. Coge la pluma y vamos con el folletín, ya que no puedes prescindir de él.

Apostolo se sentó cómodamente en su silla, mojó su pluma en el tintero y escribió lo que sigue, comenzando por el título, del que me alejó el largo paréntesis que antecede:

## FRANCISCUS COLUMNA RELATO BIBLIOGRÁFICO

La familia Colonna es sin duda una de las más considerables de Roma y de Italia, pero todas sus ramas no se han visto favorecidas por una prosperidad similar. Sciarra Colonna, apasionado gibelino, que hizo prisionero a Bonifacio VIII en Anagni y llegó, en la embriaguez de la victoria, a dar un bofetón al soberano pontífice, expió cruelmente sus violencias bajo el pontificado de Juan XXII. Fue desterrado de Roma a perpetuidad en 1328, degradado junto con sus hijos de toda nobleza y desposeído de todos sus bienes en beneficio de Esteban Colonna, su hermano, que nunca había abandonado el partido güelfo. Los descendientes del infortunado Sciarra se extinguieron, como él, en Venecia, rodeados de oscura miseria. En 1444 no quedaba más que un heredero de tantas calamidades, Francesco Colonna, nacido a comienzos de ese año y doblemente huérfano, pues su padre fue asesinado la víspera de su nacimiento y su madre murió al darle a luz. Francesco fue adoptado por Jacobo Bellini, célebre pintor de historia, y criado entre sus hijos con solicitud y ternura, mostrándose siempre digno de los cuidados generosos que había recibido de su padre y de sus ilustres hermanos de adopción, Juan y Gentile Bellini. A los dieciocho años, renovaba en la historia de la pintura el reciente prodigio de los triunfos precoces del joven Mantegna: Giotto tenía otro rival. Sin embargo, la fatalidad que presidió de inicio a fin la vida de Francesco no permitió que sus éxitos se convirtieran en gloria: las obras maestras surgidas de sus pinceles son hoy admiradas bajo el nombre de Mantegna o de los Bellini.

La pintura distaba mucho, por lo demás, de ser el objeto exclusivo de sus estudios y sus afanes; no le concedía más que una importancia secundaria entre las artes que embellecen la existencia de los humanos. La arquitectura, que eleva hasta los dioses sus monumentos, solemnes intermediarios entre la tierra y el cielo, absorbía por el contrario la mayor parte de sus pensamientos; pero no buscaba sus leyes y sus maravillas en las creaciones gigantescas del arte de su época, caprichos extravagantes y a menudo grotescos de la fantasía a los que faltaba, según él, el sello de la razón y del gusto. Subyugado por el movimiento del Renacimiento, que comenzaba a hacerse sentir en Italia, Francesco pertenecía tan sólo por la fe al mundo de los modernos que el cristianismo había renovado; la antigüedad despertaba en él la mayor admiración y un decidido culto, con lo que se operó en su espíritu una extraña alianza entre las creencias del hombre religioso y la estética del pagano. Tan lejos llevaba estas preocupaciones, que llegó a considerar las lenguas modernas como jergas rústicas más o menos groseramente corrompidas por los bárbaros e inservibles para otra cosa que no fuese actuar como intérpretes en las necesidades materiales de la vida, incapaces por completo de elevarse hasta la traducción elocuente o poética de las ideas y de los sentimientos. Vino a resultar de ello que inventó para su uso privado una especie de dialecto íntimo en el que el italiano participaba con algunas formas

sintácticas y algunas suaves desinencias, pero que recordaba de una forma inmediata a los homéridas, Tito Livio y Lucano mucho más que a Boccaccio y a Petrarca. Semejante rareza de espíritu, propia de un temperamento original y de un carácter destinado, según todas las apariencias, a ejercer una gran influencia sobre su siglo, había aislado a Francesco del resto del mundo. Lo tenían por un visionario melancólico, poseído por las ilusiones de su genio e insensible a las dulzuras de la vida social. No obstante, a veces se dejaba ver por el palacio de la ilustre Leonora Pisani, heredera, a los veintiocho años, de la mayor fortuna conocida en los Estados venecianos después de la de su prima Polia, hija única del último de los Poli de Treviso; pero es que la casa de Leonora era, en aquella época, el santuario de la poesía y de las artes, y la influencia de esta musa convocaba irresistiblemente en su torno a todos los talentos de su tiempo. Se advirtió pronto que Francesco aparecía por allí con frecuencia, aunque más ensoñador y más triste que de costumbre; pero sus visitas se hicieron más y más raras, hasta su interrupción total.

Polia de Poli, a quien acabo de referirme, vivía entonces en el palacio Pisani, pues Leonora la había invitado a pasar allí las locas semanas del carnaval. Ocho años más joven que su prima y aún más hermosa que ella, Polia, consagrada como tantas otras jóvenes de alto linaje a estudios serios, aprovechaba su estancia en la capital del mundo erudito para perfeccionar conocimientos que hoy día son completamente ajenos a su sexo, y el hábito de las meditaciones solemnes había dado a su fisonomía un no sé qué de frío y de austero que muchos tomaban por orgullo. A nadie le extrañaba este hecho, pues Polia era el último vástago de la antiquísima familia Lelia de Roma, de la que descendía por vía de Lelio Mauro, fundador de Treviso; había crecido bajo la severa mirada de un padre orgulloso y altanero, tan celoso del esplendor de su estirpe que hubiese considerado como un desdoro el matrimonio de su hija con el mayor príncipe de Italia; y se sabía, además, que los tesoros de los que algún día podría disponer bastaban para proveer la dote de una reina. Con todo, otorgó a Francesco algunos testimonios de benevolencia casi afectuosa en sus primeras conversaciones; luego pareció poco a poco prescribirse a sí misma una reserva que la condujo hasta la severidad, por no decir hasta el desdén, y cuando él se abstuvo de visitar el palacio Pisani, hacía tiempo que ella no reparaba en absoluto en él.

Todo esto ocurría en el mes de febrero de 1466. La primavera, con frecuencia precoz en este hermoso país, comenzaba a colmarlo con todos sus favores. Polia se disponía a volver a Treviso, y su prima multiplicaba en torno suyo los festejos para hacerle más grata su estancia en Venecia y retrasar así su partida. Se señaló un día para pasear en góndola por el gran canal y por el brazo ancho y profundo que separa la ciudad reina de las soledades de su Lido. Leonora Pisani no había olvidado invitar a Francesco, quien recibió una carta de ella que albergaba reproches tan amables y tan conmovedores en relación con su larga ausencia, que ni siquiera pudo concebir la posibilidad de una excusa. Polia estaba a punto, como hemos dicho, de volver a

Treviso, así que puede inferirse que Francesco deseaba volver a verla una vez más, pese a la acostumbrada frialdad con que lo acogía, pues, dándole vueltas al cambio extremado que tan bruscamente se había manifestado en sus relaciones, había terminado por creer que una metamorfosis tan caprichosa tenía que tener un motivo diferente del odio. Se encontró, pues, a la hora fijada en la escalinata del palacio Pisani, desde donde salían las góndolas. Las damas, enmascaradas todas y cubiertas cada una con su dominó muy parecido al de las demás, salieron en tropel del vestíbulo a la señal convenida, y cada una de ellas eligió, según la costumbre, con la decorosa familiaridad que autoriza el disfraz, el compañero que fuese de su agrado para el paseo. Este método, más gentil y mejor entendido que el de nuestros bailes y reuniones, ofrecía además menos inconvenientes, pues las mujeres nunca cuidan tanto de su reputación como en las rarísimas ocasiones en que depende únicamente de sí mismas. Francesco aguardaba, inmóvil y mirando al suelo, a que alguna dama se acordase de él, cuando una bonita mano enguantada lo tomó del brazo. Recibió a la desconocida con una solicitud modesta y respetuosa, y la condujo a la góndola a ellos destinada. Un instante después, la elegante flotilla surcaba con el ruido cadencioso de los remos la superficie tranquila y pulida del canal.

La dama, que se había sentado a la izquierda de Francesco, permaneció largo rato en silencio, como si necesitara reflexionar y dominar, antes de pronunciar palabra, alguna emoción involuntaria; luego desató las cintas de su máscara, dejando que ésta cayera sobre su hombro, y posó su mirada sobre Francesco con esa seguridad dulce y seria que da a las almas elevadas el dominio de sí mismas. Era Polia. Francesco se estremeció y sintió que un súbito temblor le recorría las venas, pues era el último rostro que esperaba ver; después inclinó la cabeza y se cubrió los ojos con la mano, temiendo cometer una especie de profanación si miraba a Polia tan de cerca.

—Esta máscara es inútil —dijo Polia—; no hay razón alguna para servirme de la costumbre que me autoriza a conservarla; la amistad es más fuerte que el uso, y mis sentimientos son demasiado puros como para que me ruborice expresarlos. No os extrañe, Francesco —continuó, tras un momento de silencio—, oírme hablar de mi amistad hacia vos, después de tantos días de riguroso desdén que bien han podido haceros dudar de ella. Mi sexo está sometido a leyes particulares de decoro que no le permiten entregar sus más legítimas simpatías a las interpretaciones de la multitud, y no hay nada tan difícil como fingir en la medida justa una indiferencia que el corazón no siente. Hoy mismo voy a abandonar Venecia, y, aunque estoy destinada a vivir muy cerca de vos, es bastante probable que no volvamos a vernos nunca. No habrá en lo sucesivo otra comunicación entre nosotros que no sea el recuerdo, y no quería que nos separásemos dejándoos una idea equivocada de mí y llevándome yo de vos una idea inquieta y penosa que perturbaría la tranquilidad de mi vida. He evitado lo primero con esta explicación que os debía; espero de vuestra sinceridad que solucionéis lo segundo mediante una confidencia que quizá me debáis también. No os alarméis, Francesco, pues habéis de ser vos el único juez acerca de la conveniencia de

mis preguntas.

Francesco acababa de alzar sus ojos, y se atrevió a posarlos en Polia; recogió sus palabras con una atención ávida.

—¡Ah, señora! —exclamó—. ¡Dios es testigo de que mi alma no tiene secretos que no os pertenezcan!

—Vuestra alma tiene un secreto —replicó Polia—, un secreto que aflige a vuestros amigos y que algunas de las personas que os quieren bien están interesados en conocer. Dotado de todas las ventajas que presagian un porvenir dichoso: juventud, genio, saber e incluso gloria, os abandonáis, sin embargo, a las languideces de una tristeza misteriosa, os consumís en un anhelo desconocido, descuidáis los trabajos que labraron vuestra reputación, huis de la gente que os busca para ocultar en soledades casi impenetrables los días que tantos éxitos deberían embellecer; y, finalmente, corre el rumor de que estáis a punto de romper por completo con la sociedad de los hombres y de recluirlos en un monasterio. ¿Es cierto lo que acabo de deciros?

Francesco parecía agitado por mil emociones diversas. Necesitó algún tiempo para recobrar fuerzas.

—Sí, señora —respondió—, es cierto, o al menos era cierto esta mañana. Un acontecimiento posterior cambió el curso de mis ideas, aunque no mi resolución. Ingresaré en un monasterio, y este designio es irrevocable, pero lo haré con el alma llena de consuelo y de gozo, porque ahora mi vida está completa y no concibo otra existencia tan feliz en el mundo a la que pueda envidiar. Nací pobre y oscuro, pero, más fuerte que mi fortuna, no supe lo que era la desdicha hasta que mi corazón se hundió en un vacío sin fin. Ahora ese vacío se ve colmado por la más deliciosa de las esperanzas: ¡vos os acordaréis de mí!

Polia lo miró dulcemente.

—No quiero —dijo— ver en vuestras palabras un simple juego de la imaginación o una de esas condescendencias adulatoras con que la cortesía cree pagar la amistad. Me parece que el lenguaje artificioso de las gentes frías está de más entre nosotros. Creo, pues, que comienzo a comprender parte de las cosas que me habéis dicho e incluso vuestra resolución; pero todo —añadió sonriente— no lo comprendo bien.

—Vais a comprenderlo mejor —repuso Francesco, visiblemente animado—, porque os lo voy a decir todo. Perdonadme la turbación y aun la irresolución de mis palabras, pues de todas las circunstancias de mi vida ésta es la más imprevista. La precaria situación en que nací, sin padres, sin protector, casi sin amigos, desposeído de un nombre ilustre y de una fortuna independiente, bastaría sin duda para explicar mi natural melancolía. ¡Cruel confidencia ésta de una desgracia que ya encontré en la cuna y me persigue toda la vida! Esa idea fue la primera de la que pude darme cuenta. Tenía que pagar la deuda material de la gratitud antes de pensar en mí, y no necesito deciros que lo hice. Desde entonces se fortaleció mi valor; poco añoré las grandezas y la opulencia desaparecidas. Y fui más lejos: llegué a congratularme algunas veces, en

mi orgullo infantil, de debérmelo todo a mí mismo y de poder obligar algún día a la familia que me rechazaba a envidiar la celebridad de mi apellido repudiado. Eran las ilusiones que forjan la inexperiencia y la vanidad. Un solo día lo destruyó todo, recordándome mi infortunio y mi ínfima condición.

—¡Ay! —prosiguió Francesco—. He llegado al misterio que vuestra benévola curiosidad desea conocer y que la razón me aconsejaba imperiosamente mantener oculto en mi pecho. Porque, ¿cómo voy a atreverme a revelaros estos secretos tristes y profundos, propios de los corazones enfermos, a los que la filosofía y el buen juicio consideran una enfermedad pueril del espíritu, y de los que tan por encima está situado vuestro carácter, para que os dignéis concederles otro sentimiento que no sea la compasión? ¡Amé, señora...!

Aquí Francesco se detuvo unos instantes, pero, tranquilizado por una mirada de Polia, continuó en estos términos:

—Amé sin darme cuenta, sin pararme a pensar en las consecuencias de mi extravagante pasión, sin temor a lo por venir, pues vivía por entero sumido en las impresiones del presente. Amé a una mujer a quien todo el mundo señalaba por las raras cualidades que la adornaban, que unía a la hermosura todas las perfecciones de la inteligencia y del espíritu, y a la que el cielo parecía haber enviado a la tierra para recordarnos la inefable felicidad de lo que habíamos perdido. La amé, señora, sin acordarme de que era noble entre los nobles y rica entre los ricos, ni de que yo era el pobre Francesco Colonna, el oscuro discípulo de Bellini, a quien todos los esfuerzos de un trabajo feliz no hubiesen dado nunca más que una fama estéril. Tal es el efecto de esta pasión, que ofusca, que ciega, que mata. Cuando torné a la reflexión, cuando sondeé, con la risa amarga de la desesperación, el abismo en el que iba a precipitarme, no había tiempo ya de retroceder; estaba perdido.

»El primer pensamiento de los desdichados es el de morir; parece lo más cómodo y natural, puesto que acaba con todos los problemas y remedia todos los males. Pero esta muerte desesperada, lejos de acercar el día feliz en que pudiera unirme con ella en un mundo mejor, ¿no nos separaría para siempre? Y fue esta idea la que detuvo mi brazo, dispuesto ya a quitarme la vida. Consideré el profundo porvenir del que iba a privarme la imposibilidad de hacer frente a una resignación que superase el sufrimiento de aquellos días, y me condené dolorosamente a vivir sin esperanza, pero sin temor, aguardando el momento en que las dos almas, liberadas de todos los lazos terrenales, se buscaran, se reconocieran y se unieran para siempre. Hice de mi amada un objeto de culto para mi vida toda; levanté en su honor un altar inviolable en mi corazón, y me consagré a mí mismo en inmortal sacrificio. ¿Querréis creer, señora, que, a pesar de mi invencible tristeza, experimenté cierto gozo en ese proyecto? Comprendí que un himeneo que comienza por la viudez para acabar en la posesión es preferible acaso a los matrimonios corrientes, que terminan en días malos. Desde entonces no vi en los años que aún me queden entre los hombres más que una larga víspera de esponsales que la muerte coronará con la felicidad eterna, y sentí la

necesidad de aislarme del mundo a fin de recogerme en un sentimiento austero y, sin embargo, delicioso, que no puede compartirse con nadie, razón por la cual me propongo abrazar los deberes de la profesión monástica. ¡Que Dios perdone la flaqueza de ésta su criatura! El juramento que me consagrará a Él dentro de tres días es el juramento que me concederá derechos sobre ella en el cielo. Permitid, señora, y acabo, que os repita que el cumplimiento de este propósito no es ningún sacrificio para mí, y sobre todo desde que una compasión generosa me ha dejado concebir la esperanza de no ser olvidado.

—¡Dentro de tres días! —exclamó Polia—. No tengo tiempo suficiente para reflexionar sobre el secreto que acabáis de confiarme y, por lo tanto, para atreverme a daros mi opinión o emitir un juicio al respecto; pero me parece que si la mujer que os inspiró semejantes resoluciones no las ignora, como yo las ignoraba hasta hace bien poco, es indigna de haberlas inspirado.

—Las ignora —respondió Francesco—, porque ignora que la amo. ¡Oh, sin duda mi corazón gozaría de inefables consuelos si ella conociese mi amor y no fuera tan insensible a él que no pudiese concederle al menos el recuerdo de la piedad! De todos los tormentos del amor, el más cruel acaso es que no sea conocido del ser al que se ama; de todos los sentimientos, esa terrible indiferencia que convierte al ser amado en un extraño es quizás el más doloroso que pueda experimentar el amor. Pero, ¿por qué llevar a un corazón apacible y feliz dolores que a duras penas puede uno soportar en soledad? O, como supongo, mi pasión sería rechazada, y entonces, ¿qué habría yo ganado saliendo de mi triste duda? O bien sería compartida, y yo tendría que sufrir por los dos. ¿Qué digo sufrir por los dos? Mi desesperación es mía, puesto que he encontrado las suficientes fuerzas para vivir desesperado; la de ella habría acabado conmigo.

—Lleváis demasiado lejos vuestras suposiciones, Francesco —replicó vivamente Polia—. ¿Quién sabe si ella no padece las mismas penas y las mismas angustias que vos? ¿Quién sabe si no está deseando podéroslo decir? ¿Qué pensaríais si esa joven noble y rica, cuyo brillo os deslumbra, pero cuya alma acaso no esté más sosegada que la vuestra; qué pensaríais, digo, Francesco, si, libre, viniese a ofreceros su mano, si, sumisa a un poder respetable e inflexible, llegara a prometéroslo?

—¿Qué pensaría, Polia? —contestó Francesco con una fría dignidad—. La rechazaría. Para atreverse a amar a la que yo amo hay que ser digno de ella, y mi más constante afán ha sido ennoblecer mi alma para acercarla a la suya. ¿Con qué derecho aceptaría yo los privilegios de una alta posición que la sociedad me niega? ¿Con qué derecho iría yo a sentarme a la mesa de la fortuna, yo, que no he tenido por herencia más que oscuridad y miseria? ¡Oh, antes mil veces la espantosa pena que me consume que la vergonzosa fama del aventurero rechazado por el mundo y enriquecido por el amor!

—No había terminado —interrumpió Polia—. Esos escrúpulos son exagerados, pero los comprendo y los comparto. El mundo, tal cual es, pide extraños sacrificios, y

ése os lo ordena vuestro carácter; pero un carácter del mismo temple que el vuestro podría responder con otro tipo de abnegación. La grandeza y la fortuna son accidentes caprichosos del azar, y podemos despojarnos de ellos cuando queramos. El artista y el poeta son siempre los mismos, dondequiera que vayan a cosechar éxitos y gloria; pero, al otro lado de un brazo de mar, la mujer rica y noble que ha sabido abdicar de los vanos privilegios del nacimiento no es más que una mujer. Si esa mujer llegase a vos y os dijera: renuncio a mi grandeza, abandono mi fortuna; heme aquí presta a ser más pobre y más humilde que tú, y a considerarte a ti como el único sostén de toda mi vida, ¿qué le responderíais, Francesco?

—Caería de hinojos ante ella —dijo Francesco— y le respondería así: ángel del cielo, conservad vuestro rango y los beneficios que el cielo os ha otorgado; debéis seguir siendo lo que sois, y el desgraciado que fuese capaz de dejarse arrastrar por ese tierno y sublime impulso de vuestro corazón no merecería ocupar un lugar en él. No puede elevarse hasta vos sino por una constante resignación, fácil para quien espera y, sobre todo, para quien ama. No seré yo quien os haga descender del puesto en que Dios os colocó no sin motivo, para someteros a las vicisitudes de una existencia inquieta, envenenada por necesidades sin cesar renovadas y quizá algún día por incurables arrepentimientos. Mi felicidad es ahora completa: sobrepasa todas mis esperanzas, puesto que me habéis concedido todo lo que podíais sustraer a las obligaciones que os impone vuestro nombre. Me amaréis, añadiría, y me amaréis siempre, ya que no habéis retrocedido ante la resolución de entregar vuestra vida a la mía. Vuestra vida, ¡oh, mi bien amada!, la acepto y la tomo en sagrado depósito del que pronto daré cuenta ante el Señor, nuestro juez; porque la vida es corta, incluso para aquellos que sufren, digan lo que digan los corazones débiles. Esta tierra no es sino un lugar de paso donde las almas vienen a padecer: y si vuestra alma, tan fiel como abnegada, permanece unida a la mía durante los años que el tiempo tenga a bien concedernos, ¡toda la eternidad sería nuestra!

Polia guardó silencio unos instantes.

—¡Sí, sí! —exclamó exaltada—. Dios no ha instituido sacramento más santo e inviolable. Así es como un amor como el vuestro ha sabido conciliar sus esperanzas y sus deberes en un himeneo del corazón que el resto de las mujeres no conoce, y vuestra esposa del cielo os hablaría como yo os hablo si os hubiera oído.

—Me ha oído, Polia —dijo Francesco, dejando caer su cabeza entre sus manos en medio de un torrente de lágrimas.

—¿De modo que —añadió Polia, como si no hubiese comprendido estas últimas palabras— tomaréis dentro de tres días los hábitos de una de las órdenes religiosas de Venecia...?

—De Treviso —repuso Francesco—. No he querido vedarme la dicha de verla aún algunas veces.

—¿De Treviso, Francesco? ¿Donde no conocéis a nadie más que a mí?

—A vos —dijo Francesco.

En ese momento, la mano de la joven princesa se enlazó con la del joven pintor.

—No nos habíamos fijado —dijo ella sonriendo— en que la góndola se ha detenido y estamos ya de vuelta en el palacio Pisani. Pero ya nada más tenemos que decirnos en este mundo. Sin embargo, nuestro último adiós es dulce, porque nos hemos comprendido, y nuestra próxima entrevista será más dulce todavía.

—¡Adiós, hasta siempre! —dijo Francesco.

—¡Adiós, hasta siempre! —dijo Polia; luego se colocó la máscara y bajó de la góndola.

Al día siguiente, Polia estaba en Treviso. Tres días después, sonaba en el convento de los dominicos la campanada emblemática que anuncia la profesión de un nuevo religioso y su muerte eterna para el mundo. Polia pasó todo el día en su oratorio.

Francesco se sometió fácilmente a su nuevo destino. A veces su entrevista con Polia se le antojaba un sueño, pero lo más frecuente era que recordase los menores detalles con un entusiasmo de niño, y llegaba hasta felicitarse por haber inspirado, en su desgracia, un amor que no temía lo más mínimo ni las vicisitudes de la fortuna ni las de la edad. Se acostumbró en pocos días a repartir su tiempo entre los deberes religiosos y los laboriosos ocios del artista, ora pintando aquellos frescos puros e ingenuos que aún se admiran hoy en el convento de los dominicos, por más que la orgullosa indiferencia del arte moderno haya dejado que se deterioren, ora reuniendo en un libro, objeto favorito de sus estudios, todas las impresiones de su genio y, sobre todo, de su amor. Para encuadrar esta obra vasta y extraña, en la que esperaba revivir por entero, se sirvió de la forma un poco vaga de un sueño; nada más adecuado, según él, para representar, en su confusión aparente, el encadenamiento fortuito de las ideas de un solitario abandonado a sus pensamientos. Se sabe que en uno de los raros momentos en que había podido intercambiar con Polia algunas palabras de ternura, recibió de ella la seguridad de que aceptaría la dedicatoria de este extraño poema, y él mismo nos dice que la dama lo ayudó con sus consejos. Así es cómo renunció por completo a la lengua vulgar con que lo había concebido y comenzado (*lasciando il principiato stilo*), para entregarse a esa lengua sabia en la que no tuvo ni modelos ni imitadores, y que proporcionaban a su pluma sus doctas preocupaciones de erudito. Un año llevaba en tan dulces e ilusionados trabajos, y Francesco acababa de dar la última mano a su obra, cuando una terrible noticia, la que más podía desgarrar su corazón, franqueó los muros de los dominicos. El joven Antonio Grimani, más tarde almirante y dogo de la república, pero ya el más brillante de sus nobles y la más alta de sus esperanzas, acababa de pedir la mano de Polia, y se decía que la mano de Polia le había sido concedida.

Era el día en que Francesco debía entregar su libro a Polia. Se rehízo como pudo del golpe que acababa de recibir, marchó al palacio y se detuvo ante el umbral de la habitación.

—Venid, hermano mío —dijo Polia, nada más verlo—; venid a comunicarnos las

secretas maravillas de vuestro arte, tesoro que la humildad cristiana rehúsa al mundo y del cual nos hacéis confidente.

Al mismo tiempo, alejó con el gesto a sus damas y demás gentes, y Francesco quedó solo con ella.

Sus piernas no lo sostenían, un sudor frío inundó su frente, sus arterias latían con violencia, su pecho se hinchó como si fuera a estallar.

Polia levantó sus ojos del manuscrito para mirar al fraile. La palidez de Francesco, la aureola rojiza que cercaba sus ojos anegados en lágrimas, el temblor convulsivo de sus manos lívidas y colgantes, le revelaron lo que pasaba en el corazón de su amado. Sonrió con orgullo.

—¿Habéis oído hablar —le dijo— de mi próximo matrimonio con el príncipe Antonio Grimani?

—Sí, señora —respondió Francesco.

—¿Y qué habéis pensado, Francesco, de este enlace?

—Que ningún hombre es digno de contraer nupcias con vos, pero que el príncipe Antonio tiene para ello más derecho que nadie y que ello parece colmar los anhelos de Venecia y... los vuestros.

—Me he negado a casarme esta mañana —repuso Polia.

Francesco la miró, buscando en los ojos de Polia la confirmación de que su boca no había traicionado su pensamiento.

—Sabéis mejor que nadie —continuó Polia— que mi fe está comprometida y que lo está irrevocablemente; pero debo disculpar vuestras sospechas, ya que vuestra fe me está asegurada por el juramento que os liga al altar, y yo no os he dado nunca una garantía semejante. Escuchad, Francesco. Mañana es el aniversario del día en que pronunciasteis vuestros primeros votos, y será en el último oficio de la mañana cuando los hagáis aún más indisolubles y sagrados renovándolos delante del Señor. ¿Habéis cambiado durante este año vuestra manera de pensar acerca de la naturaleza y necesidad de este sacrificio?

—¡No, no, Polia! —exclamó Francesco, cayendo de rodillas.

—Basta —prosiguió Polia—. Yo tampoco he cambiado. Mañana asistiré al último oficio matinal y measociaré con todas las potencias de mi alma a los votos que vais a reiterar, para que sepáis de ahora en adelante, Francesco, que entre el corazón de Polia y la inconstancia estarán siempre el perjurio y el sacrilegio.

Francesco quiso responder, pero cuando las palabras acudieron a sus labios Polia había desaparecido.

Al joven fraile le costó tanto trabajo sobrellevar el gozo presente como el infortunio pasado. Sintió que le faltaban las fuerzas para ser feliz, pues el resorte de su vida, agitado por tantas emociones contrarias, estaba próximo a romperse.

Al día siguiente, en el último oficio de la mañana, cuando los religiosos entraron en el coro, Polia estaba sentada en su lugar de costumbre, en la primera fila de los bancos de la nobleza. Se levantó y fue a arrodillarse sobre el enlosado de la nave

principal.

Francesco la había visto. Renovó sus votos con voz firme, volvió a bajar las gradas del altar y se prosternó sobre las losas. En el momento de la elevación se tendió por completo, colocando sus manos cruzadas por encima de su cabeza.

Terminado el oficio, Polia salió de la iglesia; los frailes pasaron uno tras otro, haciendo una profunda genuflexión delante del santuario; pero Francesco no abandonó su posición, lo que no extrañó a nadie, pues ya le habían visto otras veces prolongar sus oraciones en una especie de éxtasis inmóvil.

En el oficio vespertino Francesco seguía en la misma postura. Un fraile joven descendió del coro, se acercó, se inclinó hacia él y tomó una de sus manos con la suya para atraerle hacia sí y recordarle los deberes acostumbrados; luego se levantó, se santiguó, miró al cielo y, volviéndose a los frailes reunidos en el coro, dijo:

—¡Está muerto!

Este suceso, uno de los que se borran pronto de la memoria de una generación nueva, había tenido lugar hacía treinta y un años cuando, una tarde de invierno de 1498, se detuvo una góndola ante la oficina de Aldo Pió Manucci, al que llamamos *el Viejo*. Instantes después, se anunció en el estudio del sabio impresor la visita de la princesa Hippolita Polia, de Treviso. Aldo salió a su encuentro, la saludó, la hizo sentar y se quedó abrumado de admiración y de respeto ante aquella célebre hermosura, a la que medio siglo de existencia y de penas había hecho más solemne, sin quitarle nada de su esplendor.

—Discreto Aldo —dijo, después de haber hecho depositar sobre la mesa un saco con dos mil cequíes y un rico manuscrito—, como seréis, a los ojos de la más remota posteridad, el impresor más docto y más hábil de todos los tiempos, el autor del libro que os confío es digno de vos, pues dejará tras sí la fama de haber sido el pintor y poeta más grande de este siglo que acaba. Unica depositaría de este tesoro, que reclamaré cuando vuestro arte lo haya reproducido, no he querido privar de su posesión a los espíritus favorecidos del cielo que saben gustar las concepciones del genio; pero he esperado, para multiplicar las copias de él, el momento en que podría encomendarlo a prensas inmortales. Ahora ya sabéis, discreto Aldo, lo que espero de vos: una obra maestra digna de vuestro nombre y capaz de perpetuar por sí sola vuestra memoria en los siglos venideros. Cuando este oro se haya gastado, os daré más.

Acto seguido, Polia se levantó, apoyando sus dos manos en las mujeres que la acompañaban. Aldo la siguió hasta la góndola, testimoniándole su sumisión mediante gestos respetuosos, pero sin dirigirle la palabra, pues no ignoraba que, retirada desde hacía treinta años en una soledad inviolable, había renunciado al comercio y al trato con los hombres.

El libro de que se habla aquí se intitula *La Hypnerotomachia di Poliphilo*, cioè *pugna d'amore in sogno*, es decir, *Los combates de amor en sueño*, y no *El Combate del Sueño y del Amor*, como traduce M. Ginguené, autor de la *Historia literaria de*

*Italia*. No pretendemos, Dios nos libre, deducir de esto que M. Ginguené, autor de la *Historia literaria de Italia*, no supiese italiano. Somos muy indulgentes con las distracciones del talento.

—Firma ahora esto como te parezca —dijo Lowrich levantándose—, que yo no tengo por costumbre prestar mi nombre a estas fruslerías, y el cielo es testigo de que jamás he contado historietas parecidas a los libreros más que para obtener libros a cambio.

—¡Ojalá las novelas que aún habrá usted de contar —dijo Apostolo— enriquezcan su biblioteca con un volumen como éste! Es suyo; se lo debía dos veces.

—Es verdad —dijo Lowrich, apoderándose del libro con entusiasmo—. O, mejor dicho, es tuyo —añadió alegremente, poniéndolo en mis manos—; te lo había prometido esta mañana.

Así fue cómo el más magnífico ejemplar del *Polifilo*, gigante de mi colección liliputiense, pasó a formar parte de la misma *nec pluribus impar*. ¡Lo ofrezco gustoso al examen de los aficionados, que habrán de reconocer que es un libro magnífico... y no caro!

# EPÍLOGO

## SOBRE LO FANTÁSTICO EN LITERATURA<sup>[41]</sup>

*SI investigáramos acerca de cómo debió proceder la imaginación del hombre al elegir el objeto de sus primeros deleites, llegaríamos, ciertamente, a creer que la literatura de los orígenes, estética, más por necesidad que por gusto, se amparó, durante largo tiempo, detrás de la expresión ingenua de la sensación. Más tarde, llegaría a comparar entre sí las diferentes sensaciones, complaciéndose en desarrollar las descripciones, considerando los aspectos característicos de las cosas, supliendo las palabras mediante figuras. Tal es el objeto de la poesía primitiva. Cuando aquel tipo de impresiones fue modificado y casi llevado a su agotamiento, mediante el uso diario, el pensamiento se elevó de lo conocido hasta lo desconocido. Profundizando en las leyes ocultas de la sociedad, estudió los resortes secretos de la organización universal; y en el silencio de la noche, escuchó la maravillosa armonía de las esferas, inventando las ciencias contemplativas y las religiones. Aquel imponente ministerio supuso la iniciación del poeta a la gran tarea de la legislación. Descubriéndose, a consecuencia de aquella fortaleza que se había revelado en él, magistrado y pontífice, instituyó por encima de todas las sociedades humanas un santuario sagrado que sólo se comunicaría con tierra mediante solemnes instrucciones: desde el interior de una zarza ardiente, desde la cumbre del Sinaí, desde las alturas del Olimpo y el Parnaso, desde las profundidades del antro de la Sibila, a través de la umbría de las encinas proféticas de Dodona o los bosquecillos de Egeria. Aunque la literatura que era puramente humana se encontraba limitada a las cosas ordinarias de la vida positiva, no por ello había perdido el elemento inspirador que la divinizó en su primera edad. Sólo que, como ya había dado lugar a sus creaciones esenciales, que el género humano había recibido en nombre de la verdad, se extravió, adrede, en una región ideal menos imponente, pero no por ello menos rica en seducciones; y, para decirlo todo, inventó la mentira. Fue aquella una carrera brillante e incommensurable en la que, abandonada a todas las ilusiones de una dócil credulidad, porque era voluntaria, a los prestigios ardientes del entusiasmo, tan natural en los pueblos jóvenes, a las alucinaciones apasionadas de los sentimientos que aún no han sido desengañados por la experiencia, a las vagas percepciones de los terrores nocturnos, de la fiebre y de los sueños, a las ensoñaciones místicas de un espiritualismo tierno hasta la abnegación o llevado hasta el fanatismo, amplió rápidamente sus dominios con inmensos y maravillosos descubrimientos, mucho más sorprendentes y variados que los que le había proporcionado el mundo plástico. Al poco tiempo, todas aquellas fantasías tomaron cuerpo, todos aquellos cuerpos facticios una individualidad resuelta y especial, todas*

estas individualidades una armonía, y así se tuvo el mundo intermediario. De estas tres operaciones sucesivas, la de la inteligencia inexplicable que había fundado el mundo material, la del genio divinamente inspirado que había adivinado el mundo espiritual, la de la imaginación que había creado el mundo fantástico, se compuso el vasto imperio del pensamiento humano. Los lenguajes han conservado fielmente las huellas de esta generación progresiva. El punto culminante de su desarrollo se pierde en el seno de Dios, que es la sublime ciencia. Todavía llamamos supersticiones, o ciencia de las cosas elevadas, a esas conquistas secundarias del espíritu, sobre las que, y esto en todas las religiones, se apoya la propia ciencia de Dios, y cuyo nombre indica que todavía se encuentran situadas más allá de toda comprensión vulgar. El hombre puramente racional se encuentra en el último grado. Y sería en el segundo, esto es en la región media de lo fantástico y del ideal, en donde habría que situar al poeta, si estuviéramos haciendo una buena clasificación filosófica del género humano.

Ya he dicho que incluso la ciencia de Dios se apoyaba en el mundo fantástico o que está encima<sup>[42]</sup>, y esto es algo que resulta prácticamente imposible demostrar. En lo que sigue sólo consideraré los empréstitos que ha obtenido de la invención fantástica de todas las naciones, aunque los estrechos límites que me he impuesto no me permitan multiplicar los ejemplos que, por lo demás, se presentan de manera espontánea a nuestra imaginación. ¿Quién no recuerda, en una primera panorámica, los amores tan misteriosos de los ángeles, apenas nombrados en la Escritura, con las bijas de los hombres, la evocación de la sombra de Samuel por la vieja pitonisa de Endor, aquella otra visión, sin forma ni nombre, que apenas se manifestaba como un vapor confuso, y cuya voz se asemejaba a un débil soplo, esa mano gigantesca y amenazante que escribió una profecía de muerte, en medio de festines, en las paredes del palacio de Baltasar, y, sobre todo, aquella incomparable epopeya del Apocalipsis, concepción grave, terrible, abrumadora tanto para el alma como para el individuo, que supone el juicio final de las razas humanas, y que fue entregada a las iglesias nacientes por una genial previsión que parece haberse anticipado al futuro, inspirándose con la experiencia de la eternidad?

Lo fantástico religioso, si se me permite el expresarme de esa manera, fue, por necesidad, solemne y sombrío, puesto que sólo debía actuar sobre la vida positiva a través de impresiones serias. Por eso, en modo contrario, la fantasía puramente poética se aderezó con todos los encantos de la imaginación. Su único objetivo fue presentar bajo un aspecto hiperbólico todas las seducciones del mundo positivo. Madre de los genios y de las hadas, supo sacar de sí misma los atributos de su poder y los prodigios de su varita. Bajo la influencia de su prisma prestigioso, dio la impresión de que la tierra se abría, pero sólo para descubrir rubíes de fuegos tornasolados, zafiros más puros que el azur del cielo; el mar sólo llevaba hacia sus orillas coral, ámbar y perlas; en el jardín de Sadi todas las flores se convirtieron en rosas, todas las vírgenes en huríes del paraíso de Mahoma. Fue de tal suerte que

*llegaron a nacer, en la región más favorecida por la naturaleza, los cuentos orientales, resplandeciente galería de los más raros prodigios de la creación, así como de los más deliciosos sueños del pensamiento, inagotable tesoro de joyas y perfumes que fascina los sentidos y da a la vida una dimensión divina. Es muy probable que el hombre que busca, inútilmente, una compensación pasajera al amargo tedio de su realidad no haya leído todavía Las Mil y Una Noches.*

*Y aquella musa caprichosa, de risueña apariencia, velada con perfumadas gasas, de mágico canto, de deslumbrante aparición, que había emprendido su vuelo en la India, se detuvo sobre la naciente Grecia. La primera edad de la poesía acababa entre invenciones místicas. El cielo mitológico estaba poblado por Orfeo, Lino y Hesíodo. La Ilíada había completado la cadena maravillosa del mundo sublime, incorporando a su último eslabón, héroes y semidioses, en una historia que hasta entonces no tenía parangón, en donde, por primera vez, el Olimpo se comunicaba con la tierra mediante sentimientos, pasiones, alianzas y combates. La Odisea, segunda parte de esa bilogía poética, y no necesito más pruebas para afirmar que fue concebida por el genio inigualable que había concebido la primera, nos mostró al hombre en relación con el mundo imaginario y el mundo positivo, utilizando para ello los viajes fantásticos y repletos de aventuras de Ulises. Todo delata en ella el esquema narrativo propio del Oriente, todo manifiesta la exuberancia del principio creador que acababa de generar las teogonias, y que extendió sobre el vasto campo de la poesía, y de manera abundante, el excedente de su fecunda poligenesia, como el hábil escultor que, a partir de los restos de la arcilla con la que diera forma a la estatua de un Júpiter o un Apolo, se entretuviera en modelar con sus dedos formas raras e ingenuas, características de lo grotesco, siendo capaz de improvisar, bajo los rasgos deformes de Polifemo, la caricatura clásica de Hércules. ¿Qué otra prosopopeya hay que sea, a la vez, más natural y más atrevida que la historia de Escila y Caribdis? ¿No debió de ser así como los antiguos navegantes se imaginaron aquellos dos monstruos marinos, y el espantoso tributo que imponían al inexperto navío que se atrevía a tantear sus escollos, y el ladrido de las olas que aullaban al rebotar en sus peñas? Si todavía no habéis oído hablar de las insidiosas melodías de la Sirena, de los más seductores encantamientos de una bruja enamorada que os cautiva mediante hechizos florales, de las metamorfosis, del temerario, que en su curiosidad, de repente, se encuentra, en una isla desconocida por los navegantes, atrapado en la forma y los instintos de una bestia salvaje, preguntadle a la gente o a Homero. El descenso del rey de Ítaca a los infiernos recuerda, a pesar de sus proporciones gigantescas y admirablemente idealizadas, a las goules y a los vampiros de las fábulas levantinas, que la sabia crítica de los modernos tanto reprocha a nuestra nueva escuela; eso da idea de lo lejos que los piadosos sectarios de la antigüedad homérica, a los que tan risiblemente confiamos la guarda de las buenas doctrinas, están de comprender a Homero. ¡A no ser que recuerden de manera deficiente su lectura!*

*Lo fantástico exige a la verdad una virginidad de imaginación y de creencias que no se da en las literaturas secundarias, y que sólo se reproduce en ella después de una de esas revoluciones a cuyo final se ha conseguido la renovación de todo; pero entonces, y cuando las propias religiones quebrantadas hasta sus cimientos, ya no se dirigen a la imaginación, o no le aportan más que nociones confusas, oscurecidas día tras día por un inquieto escepticismo, es ciertamente necesario que esta facultad de producir lo maravilloso, de la que la naturaleza le ha dotado, se ejercite sobre un género creativo más vulgar y mejor apropiado a las necesidades de una inteligencia materializada. La aparición de las fábulas tiene lugar, una vez más, en el momento en que acaba el imperio de esas verdades reales o tenidas por tales, que otorgan un atisbo de alma al desgastado mecanismo de la civilización. Ésta es la explicación de por qué lo fantástico ha llegado a ser tan popular en Europa desde hace algunos años, haciendo que sea la única literatura esencial de la edad de decadencia, o transición, a la que hemos llegado. A pesar de lo expuesto, debemos reconocer que se trata de un beneficio espontáneo de nuestra constitución; pues si el espíritu humano no siguiera complaciéndose aún con vividas y esplendentes quimeras, cuando tocara en su aspecto natural las repulsivas realidades del mundo verdadero de esta época de engaño, sería presa de la más violenta desesperación, y la sociedad ofrecería la espantosa revelación de una necesidad unánime de disolución y suicidio. Así pues, no hay que gritar tanto en contra de lo romántico y lo fantástico. Estas pretendidas innovaciones son la inevitable expresión de períodos extremos de la vida política de las naciones, y sin ellas, me imagino a duras penas lo que podría quedarnos del instinto moral e intelectual de la humanidad.*

*Así pues, tras la caída del primer orden de cosas, en lo social, del que hemos conservado su recuerdo, el de la esclavitud y la mitología, la literatura fantástica surgió, como el sueño de un moribundo, entre las ruinas del paganismo, en los escritos de los últimos clásicos grecolatinos, Luciano y Apuleyo. Desde Homero había caído en el olvido; y el propio Virgilio, a quien una imaginación sosegada y melancólica transportaba con facilidad hasta las regiones de lo ideal, no se había atrevido a tomar prestados a las musas primitivas los colores inciertos y terribles del infierno de Ulises. Poco tiempo después de él, Séneca, todavía más positivo, llegó hasta despojar a lo venidero de su impenetrable misterio, en los coros de La Tróade; tras de lo cual expiraría, sofocada bajo su mano filosófica, el último destello de la última antorcha de la poesía. La musa sólo se despertaría un momento, caprichosa, desordenada, frenética, animada con una vida que había tomado prestada, divirtiéndose con amuletos encantados, manojos de hierbas venenosas y huesos de muertos, al resplandor de las antorchas de las brujas de Tesalia, en El Asno de Oro. Todo lo que desde entonces hasta el Renacimiento ha quedado de ella, es el confuso murmullo de una vibración que se extingue cada vez más en el vacío, esperando un nuevo impulso para volver a comenzar de nuevo. Lo que aconteció a griegos y latinos debía acontecer a nosotros. Lo fantástico se lleva a las naciones cuando*

están en mantillas, como el rey de los alisos, tan temidos por los niños, o aparece para asistirles en su lecho fúnebre, como el espíritu familiar de César; y cuando sus cánticos acaban, todo concluye.

Nuestra literatura moderna no estuvo menos sometida que la literatura latina al espíritu de imitación. Pero la invasión de los árabes, tan favorable, en ese punto, al desarrollo moral de la Edad Media, ya había llevado a nuestro suelo el genio vivaz y productor de las jóvenes poesías. Sin este acontecimiento, la literatura clásica, cuidadosamente perpetuada hasta nosotros gracias al admirable celo de los monjes, se levantaba, incólume y sin intermediarios, del seno de la barbarie, ante la primera llamada de una sociedad ávida de las luces del espíritu, que es lo que ocurrió más tarde, cuando la imprenta consiguió que circularan con abundancia las obras de la antigüedad, es decir, una creación literaria hecha de antemano, época singular, en donde una generación de sabios y poetas reprodujo al mismo tiempo, a los sofistas de Alejandría, a los gramáticos del Bajo Imperio y a los versificadores de la decadencia romana, como un pueblo de epiménides, inspirados por una religión, una civilización y una lengua muertas, y que no diferían, en cierto modo, de ellos mismos, más que por la languidez de los sentidos y de la imaginación, que delatan el abatimiento producido por un largo sueño. Ante su aparición, lo fantástico se desvaneció; pero llevaba varios siglos dando en solitario su luz a Europa. Y mientras tanto había inventado o embellecido la historia de las edades equívocas de nuestras jóvenes naciones, poblando nuestros castillos en ruinas de visiones misteriosas, evocando sobre los torreones la figura de las hadas protectoras, abriendo un refugio impenetrable en los huecos de las peñas o bajo las hendiduras de las murallas abandonadas, a la formidable familia de las sierpes y los dragones. Y también había encendido sobre sus frentes los fuegos del carbunclo, consiguiendo que cuando atravesasen rápidamente los rielos parezca que cae una estrella; y extraviaba a los viajeros al borde de las aguas estancadas, mientras seguían el caprichoso rastro de un trasgo; y consolaba sus rústicas veladas en la cabaña del leñador, cerca del hospitalario fuego del hogar, mediante los inofensivos juegos de los duendes; y entretenía con dulces promesas las crédulas esperanzas de las muchachas, y con dulce inacción, la ensoñación sedentaria de los ancianos, ¡ay!, tan rápidamente frustrada por la muerte. Por aquel tiempo, lo fantástico se hallaba en todas partes, tanto en las más severas creencias de la vida como en sus más graciosos errores, tanto en sus solemnidades como en sus fiestas. Ocupaba el foro, la cátedra y el teatro; se sentaba junto a Alberto Magno en el coro del santuario; con Agripa, en el gabinete del filósofo; con Roger Bacon y Paracelso, en el laboratorio del químico, e introducía la necromancia y la astrología judicial hasta en el consejo de los reyes. Su influencia en la literatura jamás será olvidada, pues dio lugar a las ingenuas narraciones de las leyendas, en donde animara con imponente pompa las crónicas de torneos, batallas y cruzadas; desde donde se extendió ampliamente gracias a las consejas de los viejos narradores de cuentos y a las fablillas de los troveros. Y es a

ella a quien debemos las novelas de caballerías, que son una especie de epopeya innominada, en la que se confunden en una armonía inexpressable todas las escenas de amor y de heroísmo de la Edad Media; amor sin parangón en el que no se sabe qué admirar más, si la púdica ternura de la amada o el entusiasmo apasionado del amante; heroísmo ideal, que tenía que combatir contra todo, la bravura de los hombres de guerra, la cólera de los reyes paladines, las emboscadas de la traición, los trastornos de una naturaleza alterada mediante el uso de la magia, la intervención de mil potencias inesperadas, presentadas con apariencias siempre nuevas, según el grado de la imaginación y de la inventiva del novelista, debidas a todos los accidentes posibles de la fatalidad, y que triunfaba de todo. Ya no se trataba de Juno, Neptuno o Venus, excitados, como en la teogonia pagana, por el deseo de conseguir la perdición de un hombre: era el universo entero personificado a través de una multitud de diferentes individualidades, en lucha contra un guerrero, armado, como toda defensa, de su coraje, de su amor, y de la verdad. Ya no se trataba de la querella vergonzosa y sangrienta de dos pueblos empeñados en destruirse a causa, o como reparación, del rapto y del adulterio: sino del proceso moral de lo justo y de lo injusto, debatido en el interés general de los hombres situados entre el cielo y el infierno, ante la mirada de una Helena que era su premio, y no el objeto, y que, más feliz que la otra, podía, sin enrojecerse, levantar su velo ante los dos bandos. Y tal cosa fue, hay que convenir en ello, una maravillosa poesía, un género de invenciones tal que si los antiguos hubieran dispuesto de Amadíses, quizás no habríamos oído hablar de Aquiles; una imaginación, a la vez, grandiosa y encantadora, que ya no volverá y a la que siempre echaremos en falta, como a la yegua de Roland, que era tan bella, tan fuerte, tan ágil, que marcaba con tanta fuerza sus cascos en la arena de la liza y del campo de batalla, y cuyo arnés había sido bordado, lo mismo que la gualdrapa, por las manos de las princesas, y que está muerta.

Si yo fuera capaz de sentir algún conato de odio contra Cervantes, le reprocharía, quizás, haber contribuido más que nadie a encantarnos con las deliciosas fantasías del talento de los siglos pasados, que quebró con tanta facilidad como Don Quijote las marionetas de Ginesillo; pero me siento obligado a convenir que esta obra de destrucción, que, por lo demás, nos ha valido uno de los libros más bellos que haya producido la imaginación de los modernos, era, posiblemente, la condición indispensable de su suerte literaria. Cuando las fábulas de un pueblo han envejecido, el implacable instinto de cambio que reside en él se manifiesta en su día y hora precisos, dando a conocer a los hombres, mediante signos indudables, que hay que volver a comenzar la vida social de acuerdo con nuevos supuestos, sin respeto a las tradiciones y simpatías del pasado. Entonces, da rienda suelta a los demonios de la irrisión, empujados por un odio irreflexivo, que se mofan de todo lo que veneraron los siglos pasados, y que juegan con los despojos de una civilización agonizante, profiriendo palabras de ironía y despecho, como Hamlet, pesando la ceniza de los

muertos y analizando en el cráneo de un loco lo que incumbe a la inteligencia, en la fosa de Yorick. Por eso mismo, Luciano fue enviado al fin del paganismo, Cervantes al final de la caballería, Erasmo y Rabelais con la Reforma, y Voltaire por delante de las revoluciones políticas que iban a acompañar la gran conflagración del cristianismo. Cuando un orden de cosas muere, siempre hay algún demonio ingenioso que asiste, riendo, a su agonía, y que le da el golpe de gracia con su cetro de pacotilla.

El primero de los talentos fantásticos del Renacimiento en orden cronológico, y también en orden de importancia, pues, en las obras maestras que lo delatan, el talento no es progresivo, es Dante. Él llegó, por sí mismo, y en solitario, al último crepúsculo de una sociedad acabada, a la primera aurora de una sociedad que comenzaba; y aunque él mismo hubiera abierto la vía, al poco tiempo la había hecho suya por completo. Es cierto que dispuso el teatro de su terrible fantasmagoría bajo la protección de las creencias de su tiempo; pero llegó a hacerlo suyo gracias a las pasiones, los actores e incluso los detalles de la escena, que no son ni homéricos ni virgilianos, sino dantescos. Es frecuente encontrar hoy día críticos de sobrado gusto que deploran el error de esta magnífica imaginación, y la confusión aparente de esta fábula poética, en donde el Virgilio de la Edad Media adopta como guía en el infierno cristiano al Virgilio del paganismo. Esta idea es, sin embargo, el eje de su composición, y es la que la convierte en sublime. El infierno de una teogonía en particular habría sido demasiado estrecho para tan excelsa invención. Para ello era necesario que Dante se precipitase en el torrente de los siglos, sin contemplaciones hacia las circunscritas formas de una tímida epopeya, y lo que ha conservado de las ideas universalmente aceptadas es, al contrario, una concesión, tan ingeniosa como legítima, a las corrientes míticas de su tiempo, que eran, por su propia naturaleza, parte esencial en La Divina Comedia, pero que no podían conformar en exclusiva el alma de esta concepción gigantesca. Por lo demás, el infierno de Dante no se parece a ninguno de los innumerables infiernos que ha inventado la sombría melancolía de los poetas, y que, más o menos, traen a nuestra memoria el vade in pace de la vida monástica y las salas de tortura de la Inquisición. En su colosal arquitectura, contiene a todos los infiernos y se halla dispuesto a recibir durante los siglos venideros a todas las generaciones de malvados. Esta creación atrabiliaria no debe ser medida con el compás del artista o las unidades del retórico. Su grandeza se halla en su libertad sin freno, en el derecho, adquirido por conquista, de hacer aparecer, constantemente, sobre la superficie de las mil facetas del espejo de la imaginación, todos los aspectos de la vida, todos los reflejos del pensamiento, todos los fulgores del alma. Sólo puede encontrarse, no un modelo, sino algo comparable a ella en el Apocalipsis de San Juan; y menos aún deben buscársele felices imitadores en los siglos que le sucedieron; pues lo que se está considerando es la obra específica de una época, y el talento que lo concibió era, por sí mismo, la viva expresión de un siglo del que no se podría separar su individualismo sin llegar a

mutlarla. Lo que ha llegado hasta los escritores modernos, como el sueño del parricida en Los Bandidos, como en la prosopopeya desesperante de Jean-Paul, cuando Jesucristo revela a las almas inocentes de los limbos la nada eterna, como la incomparable visión del condenado, en la novela psicológica de Víctor Hugo, no es sino una emanación local, parcial, inextensible, hoy día incomunicable, que actúa con toda la energía propia del principio del que ha brotado, pero sobre un punto localizado, en una extraña circunstancia, y a través de un medio insensible, a la manera del fuego del sol que se eclipsa y que aún es capaz de inflamar la pólvora a través de una lente de cristal. El mundo que nos ha venido ya dado por la civilización no nos permite otra cosa.

Así pues, la reverenciada tradición de La Divina Comedia no ha producido otra notable obra de su mismo género entre la gente de esta tierra que más la aprecia. Y se ha quedado en monumento inviolable e inaccesible de los tiempos pretéritos, en el extremo confín de la literatura italiana, y da la impresión de que el respeto que se halla ligado a las cosas sagradas la preservará para siempre de la ineficaz temeridad de los copistas. La nueva mina de inventiva que, en la misma región, explotarían por turno, el espíritu, la imaginación, el talento, y, más tarde, la infalible industria de la imitación, que en todas partes sigue los pasos de las musas creadoras, y que, en la época que suele denominarse como clásica, acabó engalanándose con sus coronas, era patrimonio común de toda Europa; pero, por aquel entonces, sólo Italia tenía el privilegio de estampar en sus descubrimientos un sello inmortal, porque su lenguaje ya era maduro. A ella tocaba, pues, enriquecer nuestras crónicas y romances con las fáciles hermosuras de una versificación libre y graciosa; y sometiénolas al metro armonioso de sus octavas, les eximía, por añadidura, del más grave reproche de una crítica malhumorada, que toleraba hasta nuevo aviso, y por condescendencia hacia la Antigüedad, las ficciones rítmicas. Sirviéndonos del lenguaje familiar de esta poesía, habría que decir que sería tan fácil contar las estrellas del cielo y las arenas del mar como las epopeyas caballerescas de la más ingeniosa de todas las edades literarias. Los coleccionistas de cosas curiosas conservan más de cien que datan de antes del Ariosto, y que Ariosto relegó al olvido, de la misma manera que Homero hizo con las rapsodias de sus predecesores desconocidos. En efecto, ¿qué imaginación no se habría sentido disminuida ante aquella imaginación prodigiosa que sojuzgaba, como en un juego, a favor de sus combinaciones llenas de grada, de frescura y originalidad, las tradiciones de una historia oscura, y las deliciosas ensoñaciones de una mitología nueva, injustamente descuidada? Se ha dicho que Hesíodo había sido alimentado con miel, ofrecida en persona por las hijas del Pindó. ¡Oh! ¡Debieron ser las hadas quienes alimentaron al Ariosto con alguna ambrosía más embriagadora, transmitiendo a sus divinos escritos la seducción invencible de sus encantamientos! ¿Cómo dudar de la magia, cuando el poeta, él mismo mago, os arrastra según su voluntad por espacios que son menos familiares a la inteligencia del hombre que aquellos en los que ha extraviado al

hipogrifo, cuando sus cantos parecen presentir una inspiración sobrenatural y provenir de otro mundo? Imbuido del conocimiento de los antiguos, no se cohíbe de arrancar algunos jirones de sus despojos, aunque siempre los combinará a la vista de todos, con la fisonomía de sus personajes y con el libre desarrollo de sus composiciones. Aún sigue siendo independiente cuando obedece, nuevo cuando imita, y no se somete a las invenciones de los demás más que cuando se ha saciado ya de las suyas propias, cuya profusión le hastía y le repele. De tal suerte, ha robado el cofrecillo de Alcina, o los secretos tesoros de las minas del Catay, aunque el pudor de la opulencia le aconseje mezclar, de vez en cuando, riquezas más vulgares con aquellas de las que disfruta con demasiada prodigalidad. Después del Ariosto y sus endebles copistas, lo fantástico dejó prácticamente de aparecer en la literatura italiana, lo que es fácil de comprender, puesto que la había dejado exhausta.

¿Quién sería capaz de pensar que la musa de lo ideal, hija elegante y fastuosa del Asia, se refugiaría durante largo tiempo entre las brumas de la Gran Bretaña? Espantada, quizás, por las pompas melancólicas del Norte, cuyo lúgubre teísmo la había conducido hasta el trono de Odín, y de las vaporosas ficciones de Escocia, en donde el arpa del bardo sólo se encuentra a gusto entre el estruendo de las claymores y los mugidos de las tempestades, no tardó mucho tiempo en buscar reposo en el seno de una de las imaginaciones vividas y alegres que habían distraído con sus cantos voluptuosos las primeras fiestas de su nacimiento. Y llegó Shakespeare, quien apenas conocía, en lo que se refería a su isla, orbe toto divisa, según la expresión de Virgilio, las maravillas del mundo físico, aunque las había entrevisto en alguna visión sublime, y que comprendía los prodigios del reino del sol, como si en sueños se hubiera paseado cogido del brazo de algún hada; pues decir Shakespeare y decir poesía es hablar de lo mismo. Spenser no había hecho más que indicarle el camino, que aquél ensancho y prosiguió, embelleciéndolo con nuevos espectáculos, llenándolo e inundándolo con nuevas figuras, más frescas, más aéreas, más transparentes que las apariciones fugitivas de las ensoñaciones matutinas; y hasta allí llevaría las danzas románticas de Oberón, de Titania, y de los duendes que, con pies más ligeros que los de Camila, son capaces de tocar el césped sin doblegarlo; y sembraría en él esas flores perfumadas de esencias celestes que se abren, ante los tibios calores de la aurora, para recibir al nocturno pueblo de los espíritus, cerrándose de nuevo hasta la caída del sol, como si fueran mariposas encantadas; y esparció por el aire luces nunca vistas, afinó celestes lirás que nunca antes habían vibrado ante oídos humanos, suspendió la orquesta melodiosa de Ariel de las conmovidas ramas del arbolillo, ocultó el invisible nido de Puck en el interior de un capullo de rosa, e hizo brotar de todos los poros de la tierra, de todos los átomos del aire, de todas las profundidades del cielo, un concierto de voces mágicas. En los innumerables colores de la paleta, y en esa multitud de inquietas simpatías que surgen del fondo del alma, conmovida por una palabra, todo pertenece a Shakespeare. Cuando su pincel ha dejado de acariciar las seductoras formas de un

*silfo, sólo a él estará reservado trazar las proporciones gigantescas y groseras del gnomo, en los rasgos de Caliban, o disfrazar al antiguo sátiro bajo los burlescos atributos de Falstaff y colgar el croquis de Miguel Ángel del delicioso cuadro de Correggio. Si Dante y Ariosto todavía no os han ofrecido todas las condiciones esenciales de lo que constituye la individualidad de un semidiós, deteneos en éste: incessu patuit.*

*Lo que mucha gente no sabe es que gran parte de nuestra literatura nacional responde de antemano a las preguntas que se me podrían hacer acerca del progreso que parecía estar reservado al poema fantástico. Pero no era en el suelo académico y clásico de la Francia de Luis XIII y de Richelieu en donde esta literatura, que sólo se nutre de la imaginación y la libertad, podría aclimatarse con éxito. Las brillantes ficciones del genio habrían sido tan mal recibidas en él como la propia verdad. El imperio del pensamiento pertenecía, a través de la Sorbonne y de Aristóteles, a los hierofantes de una musa ampulosa, que arrastraba, con el privilegio del rey, por el teatro de la corte y los salones del Hotel de Rambouillet, los oropeles de la Antigüedad travestida. Racine, inspirado en su vejez por los libros santos, se atrevió lo suficiente, caso excepcional, para hacer aparecer en una temeraria narración al espíritu de fezabel, y Voltaire estimó que ya había llevado demasiado lejos su audacia de jefe de una oposición social que buscaba la novedad en todo, al conseguir, mediante un portavoz, que la trágica sombra de Niño masculase unos cuantos alejandrinos. Aunque habíamos tenido crónicas y romances de caballerías propios, estos respetables intérpretes de la Edad Media hablaban en una lengua anticuada que ya nadie era capaz de entender, y los caballeros de la Tabla Redonda en El Ojo del Buey tuvieron que hacer una larga espera para conseguir un atisbo de la acogida a la que habían sido acostumbrados por Carlomagno, pues un introductor presumido había sustituido su pesada armadura de hierro por el traje francés, y sus ruidosas espuelas por el tacón rojo. Los personajes que de tan ridícula guisa ataviara M. de Tressan, bien poco se asemejan a su prototipo heroico e ingenuo, de la misma manera que la linterna del payaso en El Sueño de una Noche de Verano, bien poco se asemeja al claro de luna.*

*Sin embargo, sería injusto negar al Gran Siglo la única palma que no habían podido conseguir sus triunfos tan ponderados, y aunque él la haya rechazado en varias ocasiones, llegará un día más justo en que le será entregada, quizás como compensación por la malograda gloria de Chapelain y por las admiraciones, un tanto frías, que antaño coronaron el soneto de Voiture, la letrilla de Ranchin y el madrigal de Saint-Aulaire. La producción, digna de hacer época en las más bellas de las edades literarias, la obra maestra, ingenua por su naturalidad e imaginación, que aún por mucho tiempo hará las delicias de nuestros descendientes, y que, sin género de dudas, sobrevivirá junto a Moliere, La Fontaine, y algunas de las más bellas escenas de Comedle, a todos los monumentos del reinado de Luis XIV, el libro sin parangón que las más felices imitaciones han hecho que en adelante sea*

inimitable, lo constituyen los Cuentos de Hadas de Perrault. Su composición no está totalmente de acuerdo con las reglas de Aristóteles, y su estilo poco figurado no ha ofrecido, que yo sepa, a los compiladores de nuestros retóricos, muchos y ricos ejemplos de descripciones, de amplificaciones, de metáforas o de prosopopeyas; incluso habría alguna dificultad, y lo digo para vergüenza de nuestros diccionarios, en encontrar, en estos amplios archivos de nuestra lengua, informaciones positivas acerca de algunas locuciones poco utilizadas, las cuales, al menos en lo que concierne a los extranjeros, siguen esperando que el etimólogo y el comentarista se preocupen de ellas: y no disiento acerca de que hay buen número de ellas, como la que sigue: Tirez la cordelette et la bobinette cherra, que podrían dar graves quebraderos a los venideros Saumaises; pero lo que sí es seguro es que sus innumerables lectores las comprenden de maravilla, y puede apreciarse que el autor ha tenido la modesta sencillez de no trabajar para la posteridad. ¡Qué intenso atractivo, por si fuera poco, ofrecen hasta en sus más nimios detalles esas encantadoras bagatelas, qué verosimilitud en los personajes, qué originalidad tan ingeniosa e inesperada en las peripecias! ¡Qué locuacidad tan fresca y subyugadora en los diálogos! Tanto que no dudo en afirmar que mientras que sobre nuestro hemisferio quede en pie un pueblo, una tribu, una aldea, una tienda, en donde la civilización consiga refugiarse contra las progresivas invasiones de la barbarie, se llegará a hablar, entre los resplandores del solitario hogar, de la aventurada odisea de Pulgarcito, de las venganzas conyugales de Barba Azul, de las sabias maniobras de El Gato con Botas; y los Ulises, Otelos y Fígaros de los niños, vivirán durante tanto tiempo como los otros. Si hay algo que poner en términos comparativos con la perfección sin defectos de esas epopeyas en miniatura, si pueden oponerse algunas idealidades, aún más frescas, a los inocentes encantos de Caperucita, a las alegres travesuras de Finette o a la conmovedora resignación de Grisélidis, será entonces en el seno del propio pueblo en donde habrá que buscar esos poemas que han pasado desapercibidos, tradicionales delicias de las veladas de los pueblos, y de los que, con buen juicio, Perrault ha extraído sus narraciones. No niego que se ha disertado, y muy sabiamente, en nuestros días, sobre los Cuentos de Hadas cuyo origen se quiere situar bastante más lejos, y que se intenta hacemos creer, si hacemos caso a los eruditos, que Piel de Asno es una importación de Arabia, que Riquete el del Copete no ejercía el derecho feudal sobre sus antiguos dominios, sin exhibir un título de investidura expedido desde el Oriente, y que la torta y el bote de mantequilla, a pesar de su falsa apariencia local, nos fueron traídos un buen día por un Simbad cualquiera, que llegó a lomos de un ifrit desde la tierra de Las Mil y Una Noches. Se nos ha acostumbrado tanto a la imitación, desde el establecimiento de esa dinastía aristotélica por la que aún somos gobernados desde lo alto del Instituto, que ha llegado a ser dogma literario que en Francia no se inventa nada, y es probable que al Instituto no le falten buenas razones para inducirnos a creerlo. Mi sumisión a sus preceptos no podría llegar a tanto. Nuestras benéficas hadas, con varitas de hierro o

de avellano, nuestras hadas repelentes y hurañas con su yunta de murciélagos, nuestras princesas todo amabilidad y simpatía, nuestros príncipes mágicos y bien parecidos, nuestros ogros estúpidos y feroces, nuestros matagigantes, las maravillosas metamorfosis del Pájaro Azul, los portentos de la Rama Dorada, pertenecen a nuestra antigua Galia, de la misma manera que su cielo, sus costumbres y sus monumentos, ignorados durante demasiado tiempo. Ya está bien de llevar más lejos el desprecio hacia una nación espiritual que tanto se ha lanzado hacia delante por su propia iniciativa en todos los caminos de la civilización, al poner en duda el mérito que supone tener la inventiva necesaria para dar vida a los héroes de la Bibliothèque Bleue<sup>[43]</sup>. Si lo fantástico no se hubiera dado nunca entre nosotros por su propia naturaleza e inventiva, hecha abstracción de cualquier otra literatura antigua o exótica, no habríamos tenido sociedad, pues nunca ha existido ninguna sociedad que no lo hubiera tenido y adaptado a sus peculiaridades. Los viajes de los exploradores no han dejado de mostrarles una familia de salvajes que no narrase alguna historia extraña, y que no situase, ya fuera en las nubes de su atmósfera o en los humos de su choza, algún misterio arrebatado del mundo intermediario gracias a la inteligencia de los ancianos, la sensibilidad de las mujeres o la credulidad de los niños. ¡No son pocas las veces que los orientistas apasionados, que nos roban las fábulas de nuestras nodrizas para rendir con ellas homenaje a los corifeos de las almeas y bayaderas, se han sentado en la choza del aldeano, o cerca de la barraca nómada del leñador, o en la parloteadora velada de las agramadoras, o en la alegre plática de los vendimiadores! ¡Lejos de acusar a Perrault de plagiarlo, deberían, quizás, quejarse de la parca parsimonia con la que distribuyó a nuestros antepasados las sorprendentes crónicas de unas edades que no han sido y que no lo serán nunca, por actuales y vivas que estén todavía en la memoria de nuestros troveros rurales! ¡Cuántas narraciones hermosas habrían podido escuchar, impregnadas, con tanta vivacidad, de los usos, las costumbres y los nombres de la región, que el más intrépido etimólogo se vería obligado, al escucharlas, a detenerse, por vez primera, ante la incontestable fuente de donde emanan las invenciones y las cosas y en la que nunca se le había ocurrido pensar por ser de otra naturaleza y de otra sociedad! Desde que a la vieja mujer sentimental, soñadora y, quizás, un poco bruja, se le ocurriera, por primera vez, improvisar esas fablillas poéticas, en el llameante resplandor de un puñado de enebro seco, para adormilar la impaciencia y los dolores de un pobre niño enfermo, se han ido repitiendo fielmente, de generación en generación, en las largas veladas de las hilanderas, entre el ruido monótono de los tornos, apenas alterado por el tintineo del hierro ganchudo que aviva la brasa, y se repetirán siempre, sin que a ningún nuevo pueblo se le ocurra disputárnoslas; pues cada pueblo tiene sus historias, y la facultad creadora del narrador es lo suficientemente fecunda en todos los países como para que tenga necesidad de ir a buscar a tierras lejanas lo que posee dentro de sí, como los troveros itinerantes. La tendencia hacia lo maravilloso y la facultad

de poder modificarlo, de acuerdo con determinadas circunstancias naturales o fortuitas, son innatas en el hombre. Es el instrumento esencial de su vida imaginativa y, posiblemente, incluso la única compensación verdaderamente providencial de las miserias que son inseparables de su vida social.

Alemania ha sido fértil en este género de creaciones, más fértil que ninguna otra región del mundo, sin exceptuar a los felices levantinos, los eternos soberanos de nuestros tesoros, según el parecer de los anticuarios. Y es que Alemania, favorecida por un sistema particular de organización moral, lleva en sus creencias un fervor de la imaginación, una vivacidad de sentimientos, un misticismo de doctrinas, una tendencia universal al idealismo, que son esencialmente propios de la poesía fantástica; y ocurre también que, más independiente de los convencionalismos rutinarios y del estirado despotismo de una oligarquía de pretendidos sabios, tiene la suerte de poder abandonarse a sus sentimientos naturales sin temor de que sean controlados por la imperiosa aduana del pensamiento humano que sólo recibe las ideas que dejan circular los pedantes. Esta individualidad meditativa, impresionable y original, que caracteriza a sus habitantes, se manifiesta, desde tiempo inmemorial, en los innumerables monumentos de su biblioteca fantástica, donde, al contrario de lo que ocurre con nuestras costumbres literarias en las que todo está supeditado a la aristocracia del espíritu, es la popularidad quien consagra el éxito. Alemania goza aún, a ese respecto, de las mismas franquicias que en la época de Goetz von Berlichingen. Y en ello es deudora de esa multitud de circunscripciones locales y de costumbres particulares que han mantenido viva en ella la preciosa ingenuidad de los pueblos primitivos, que la han salvado de la avidez devoradora de esa monstruosa Medusa que es el centralismo, cuyos brazos, inertes para otro uso que no sea el de coger, no se ocupan más que de hartar la insaciable hambre de la Gorgona, y que la mantendrán hasta el fin de nuestra civilización actual, a pesar de lo que digan nuestros teóricos de clubs y de cafés, en la primera fila de las naciones libres. Desde la bella historia de Fausto, admirablemente hecha poesía por Goethe, que por lo demás, nada ha añadido a la idealidad filosófica de la invención, desde la profunda alegoría del aventurero que ha vendido su sombra al diablo, y que el último rapsoda que la ha recogido no ha hecho más que reducirla a las formas enanas de la novela, Alemania ha sido hasta nuestros días el dominio favorito de lo fantástico. Ha completado la historia psíquica del hombre, que comenzó en el Génesis, de manera tan magnífica mediante el emblema, ciertamente divino, del árbol de la ciencia y de las seducciones de la serpiente. Fausto es el Adán del Paraíso Terrenal, que ha llegado a creerse igual a Dios. El Sueño de Jean-Paul es el desenlace solemne de ese triste drama, y este otro apocalipsis, la terrible solución del enigma de nuestra vida material. Aparte de estas tres fábulas, no hay ninguna verdad absoluta sobre la tierra.

Las desgracias siempre crecientes de la nueva sociedad presagiaban de manera tan visible su inmediata ruina, que la trompeta del ángel de los últimos días no pudo

anunciarla de manera más clara a la generación condenada. A partir de entonces, lo fantástico irrumpió por todos los caminos que conducen desde la sensación hasta la inteligencia; y así es cómo consiguió entrar, a pesar de Aristóteles, Quintiliano, Boileau, La Harpe y alguno más, en el drama, en la elegía, en la novela, en la pintura, en todos los acertijos, al igual que en todas las pasiones del alma. Entonces llegó a escucharse un grito de agria e ignorante cólera contra la invasión inesperada que amenazaba las bellas formas del clasicismo; y nadie comprendió que había una forma más amplia, más universal, más irreparable, que iba a acabarse; que esta forma era la de una civilización gastada, de la que el clasicismo era sólo la expresión parcial, momentánea, indiferente, y que no era extraño que el pueril lazo que mantenía unidas las necias unidades de la retórica se aflojase, cuando la inmensa unidad del mundo social cedía en todas sus partes.

Entre los hombres elegidos que un instinto profundo del talento ha puesto, en estos últimos tiempos, a la cabeza de las literaturas, no hay ninguno que no haya sentido la advertencia de la musa de una sociedad que cae, y que no haya obedecido a sus inspiraciones, como si se tratara de la imponente voz de un moribundo a quien ya le ha sido abierta la fosa. La escuela romántica de Leváis, la escuela romántica de los lackistas, y sobre todos ellos, los grandes maestros de la palabra, Byron, Walter Scott, Lamartine y Hugo se han precipitado hacia la búsqueda de la vida ideal, como si un órgano particular de adivinación que la naturaleza hubiera dado al poeta, le hubiera hecho presentir que el hálito de la vida positiva se hallaba próximo a extinguirse en la organización caduca de los pueblos. No he nombrado entre ellos a M. de Chateaubriand, que ha quedado, con conocimiento de causa y por propia decisión, en la frontera del antiguo mundo, como la pirámide en las arenas de Egipto, como el arca del Diluvio sobre la cumbre del Ararat, como las columnas de Hércules sobre las orillas de mares desconocidos. Walter Scott, encadenado también por los recuerdos, los estudios y los afectos, ha echado un poco más lejos, pero con no mucha más solidez y energía, las bases de su futura fama, entre ambas sociedades. Es un faro que arroja, indistintamente, algunos resplandores sobre el puerto, pero otros sobre el abismo. ¡El abismo! Byron se perdió en él a toda vela, y ninguna mirada de hombre pudo seguirle.

Lo fantástico en Alemania es más popular, lo que se explica, aunque vuelva a repetirme, gracias a una larga fidelidad hacia las costumbres de la tradición, a las instituciones que surgen de la tierra, y que frecuentemente, son defendidas, y salvadas, al precio de la sangre de los ciudadanos; a un sistema de estudios más general, mejor pensado, más apropiado a las necesidades del tiempo. Esto se explica, sobre todo, mediante una pronunciada repugnancia respecto a las innovaciones puramente materiales, y en las cuales, el principio inteligente y moral de las naciones no tiene nada que ganar. Este pueblo, que ha alcanzado los límites de casi todas las ciencias, que ha producido casi todas las invenciones esenciales cuyo impulso ha completado la civilización de Europa, y que se entretiene deliciosamente, en la dulce

posesión de una libertad sin fastos, en las sedentarias ocupaciones de la astronomía y en el enriquecimiento de las nomenclaturas naturales, merecía conservar durante largo tiempo el gusto inocente y sensato de los cuentos para niños. Gracias sean dadas a Musaeus, a Tieck, a Hoffmann, cuyos dichosos caprichos, por turno místicos o familiares, patéticos o bufones, simples hasta la trivialidad, exaltados hasta la extravagancia, pero repletos por doquier de originalidad, de sensibilidad y gracia, renuevan en los viejos días de nuestra decrepitud las frescas y brillantes ilusiones de nuestra cuna. Su lectura produce sobre un alma fatigada por las convulsiones de agonía de esos pueblos inquietos que se debaten contra una crisis inevitable, el efecto de un sereno reposo, poblado de atrayentes sueños que la acunan y la solazan. Son la Fuente de Juventud de la imaginación.

*En Francia, donde lo fantástico se halla hoy día tan desprestigiado por los árbitros supremos del gusto literario, quizás no sería inútil investigar cuál había sido su origen, señalando, de pasada, sus principales épocas, y relacionando con nombres suficientemente consagrados los títulos culminantes de su genealogía; pero yo no he trazado más que los tenues lineamientos de su historia, y me guardaré muy bien de emprender su apología contra los espíritus doctamente prevenidos que han abdicado de las primeras impresiones de su infancia para atrincherarse tras un exclusivo orden de ideas. Las cuestiones que conciernen a lo fantástico pertenecen en sí mismas al dominio de la fantasía. ¡Dios me guarde de despertar, en lo que a ellas se refiere, las miserables disputas de los escolásticos de los pasados siglos, y de transportar una querella teológica al terreno de la literatura, en interés de la gracia de lo maravilloso y del libre arbitrio del espíritu! Lo que me atrevo a creer es que si la libertad de la que se nos habla no es, como en ocasiones he llegado a temer, una decepción de juglares, sus dos principales santuarios se hallan en la creencia del hombre religioso y en la imaginación del poeta. ¿Qué otra compensación prometeríais vosotros a un alma profundamente afligida por la experiencia de la vida, qué otro porvenir podría ella forjarse en lo sucesivo, ante la angustia de tantas esperanzas fracasadas, que llevan consigo las revoluciones, os lo pregunto a vosotros, hombres libres que vendéis a los albañiles el claustro del cenobita, y que lleváis vuestra labor de zapa bajo el eremitorio del solitario, adonde ha ido a refugiarse, al lado del nido del águila? ¿Podéis devolver sus alegrías a los hermanos que rechazáis, que puedan resarcirles de la pérdida de un único error que les aportaba consuelo, y os creéis tan seguros de las verdades que tan caras hacéis pagar a las naciones, para estimar su árida amargura al precio de la dulce e inofensiva ensoñación del desgraciado que se duerme en un sueño feliz? Sin embargo, todo goza en vuestra casa, hay que decirlo, de una libertad sin límites, aunque no se dé la consciencia y el talento. ¡Y vosotros no sabéis que vuestra marcha triunfante a través de las ideas de una generación vencida ha conseguido interesar tan poco al género humano que sólo quedan a vuestro alrededor algunos hombres que tienen necesidad de ocuparse de otra cosa que no sean vuestras teorías, de*

*ejercitar su pensamiento en una progresión imaginaria, nadie lo pone en duda, pero que quizás no lo es más que vuestra progresión material, y cuya previsión no se halla menos alejada de la protección de las libertades que invocáis que la de vuestras tentativas de perfeccionamiento social! ¡Os olvidáis de que todo el mundo ha recibido, al igual que vosotros, en esta Europa de verdad, la educación de Aquiles, y que no sois los únicos que habéis quebrado los huesos y las venas del león para absorber su médula y beber su sangre! Es un hecho, y sin duda un bien, que el mundo positivo os pertenece irrevocablemente; pero romped, romped la vergonzosa cadena del mundo intelectual, con el que os obstináis en agarrotar el pensamiento del poeta. Hace ya tiempo que tuvimos, cada uno en su momento, nuestra batalla de Filipos; y muchos no han esperado hasta entonces, os lo juro, para convencerse de que la verdad no era más que un sofisma y que la virtud sólo era un nombre. Es a éstos a los que les es necesaria una región inaccesible a los movimientos tumultuosos de la muchedumbre para poder colocar en ellos su futuro. Esta región es la fe para los que creen, el ideal para los que sueñan, y que prefieren, para compensar, la ilusión a la duda. Y además, porque, a fin de cuentas, sería necesario que lo fantástico regresara, a pesar de los esfuerzos que se hagan para proscribirlo. Lo que más difícilmente se desarraiga de un pueblo, no son las ficciones que lo mantienen, sino las mentiras que lo divierten.*

Charles Nodier

# Notas

[1] Título original: *Smarra ou les Démons de la Nuit*, 1822. Traducción de Javier Martín Lalandá. <<

[2] En esclavón, *ogoljen*, despojado, ya sea porque se hallan desnudas como espectros, ya por antífrasis, porque despojan a los muertos. Lo he traducido por *goules*, porque esta palabra, ya utilizada en las traducciones de los *Cuentos Árabes*, no nos resulta extraña, y es evidente que está formada por la misma raíz. (N. del A.)

Sin querer poner en duda la «traducción» de Nodier, debe decirse que *ghoul*, en singular, es palabra de origen iranio, una de cuyas acepciones, la de «rojo», pasaría al lenguaje de la heráldica, formando el plural «goules», que se convierte en el castellano «gules» (Campo de gules). (N. del T.) <<

[3] *Turbo* era lo que nosotros llamamos un trompo, o peonza, que no es otra cosa que un cono lanzado mediante una cuerda, y que gira alrededor de su extremo. Todavía hoy, al *turbo* se le conoce con el nombre de *trebi*: Ai ne fau qu'eine chaiterie Vou qu'un subiô, vou qu'un trebi: NOËL DE LA MONNOYE. (N. del A.) <<

[4] Título original: *Jean François les Bas-Bleus*, 1832. Traducción de Javier Martín Lalanda. <<

[5] Bernard le Bouvier de Fontenelle (1657-1757), autor de *Entretiens sur la pluralité des mondes* (1686-87), obra que hereda algo de Luciano de Samósata, Cyrano de Bergerac, y bastante más de Giordano Bruno, y que pudo influir en las especulaciones de Emanuel Swedenborg y en la obra de Charlemagne-Ischir Defontenay *Star ou Psi de Cassiopée*, de 1854, un «clásico» de la ciencia ficción del s. XIX. (N. del T.) <<

[6] Título original: *Le Songe d'or*, 1832. Traducción de Javier Martín Lalandá. <<

[7] Juego de palabras que Nodier hace con *pièce* (moneda) y *pièce de conviction* (cuerpo del delito). (N. del T.) <<

[8] El árbol upas podría ser el *Antiaris Toxicaria*, de la familia de las moráceas, que crece en las islas del mar de la Sonda: Java, Sumatra y Bali, entre otras. Aunque, según la tradición, echaba sus raíces en algún lugar infernal, lo que no ha podido ser comprobado científicamente, parece ser que el líquido que de él se obtiene es venenoso, y fue usado antiguamente para emponzoñar flechas. La muerte llegaba tras síncope, precedido de cianosis y asfixia. (N. del T.) <<

[9] Título original: *La Combe de l'Homme Mort*, 1833. Traducción de Javier Martín Lalanda. <<

[10] «Sobre las demoras de la justicia divina», que, como se verá más adelante, podía inquietar con razón al viejo doctor. (*N. del T.*) <<

[11] En castellano, la traducción de Colas Papelin sería la de «Perico Botero». Mas como, sin duda, el lector es más avisado que las jóvenes del séquito de la señora Huberte, he optado por no revelar hasta el final el sentido del nombre del protagonista del cuento, quien a pesar de su filiación diabólica, es presentado aquí con los atributos propios del *goblin*, *folleto*, *lutin* o *duende*, recordándonos al personaje principal de *Trilby*, otro de los cuentos de Nodier. (N. del T.) <<

[12] Título original: *Trésor des Fèves et Fleur des Pois*, 1833. Traducción de Javier Martín Lalandá. <<

[13] La palabra «hada» hace referencia al pueblo mágico por antonomasia en el contexto folclórico europeo, y por ello designa a uno cualquiera de sus miembros, ya sea varón o hembra; aunque, como consecuencia de una tradición literaria de orígenes mediterráneos y no célticos, lo que interfiere con sus orígenes, evoque, en cierta manera, uno de los avatares de la Diosa Madre, en la especie de una hermosa dama que ayuda al protagonista de la ficción, lo que no es el caso de este cuento, en el que Nodier tiene bien presente su extensa obra *La Feé aux Miettes*, cuyo principal personaje pertenece, como Tesoro de las Habas, al «Pueblo Pequeño». (N. del T.) <<

[14] Título original: *Inés de Las Sierras*, 1837. Traducción de Javier Martín Lalanda.

<<

[15] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[16] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[17] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[18] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[19] Diabluras todas ellas más propias de duendes que de diablos propiamente dichos. Y es que Nodier confunde y enmaraña siempre ambas estirpes fantásticas, sin dejar de tener en su memoria al protagonista de su relato *Trilby*. (N. del T.) <<

[20] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[21] Ídem <<

[22] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[23] Sócrates en el diálogo *Menón, o de la virtud*, de Platón. (N. del T.) <<

[24] *El texto dice así:* «Tout croire est d'un imbécile,/ Tout nier est d'un sot». (N. del T.) <<

[25] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[26] Título original: *L'Homme et la Fourmi*, 1837.

Traducción de Javier Martín Lalandá. <<

[27] Título original: *Les Fiancés*, 1837.

Traducción de Javier Martín Lalandá. <<

[28] Título original: *Les Quatre Talismans*, 1838.

Traducción de Javier Martín Lalandá. <<

[29] Este prefacio acompañó a la edición de varios relatos de Nodier, realizada en 1838 por Dumont. Hay que destacar que el autor utiliza la palabra francesa *nouvelle*, que aquí se ha traducido por «relato». Las diversas lenguas: francesa, inglesa, española..., confieren diversas acepciones a los distintos tipos de composición literaria. (N. del T.) <<

[30] El comentario de Nodier que se refiere a otro cuento, *Légende de Soeur Béatrix*, ha sido suprimido en esta edición por razones evidentes. (N. del T.) <<

[31] Infiel, entre los musulmanes. (*N. del T.*) <<

[32] *Peris o perisas*, genios hembras de los persas, benéficos y de extremada belleza, que se mantienen de exquisitos aromas y residen en el Ginnistán, o Tierra de los Genios, localizada en el monte Demavend, al sur del mar Caspio. (*N. del T.*) <<

[33] Se trata de una falta de revisión en el texto de Nodier, o en la edición que se está siguiendo en la traducción, que es la de P.-G. Castex, de «Classiques Garnier». Es evidente que la ciudad a la que llega Dubin es Damasco, y no Bagdad. (*N. del T.*) <<

[34] Como en un caso anterior parece que Nodier no ha revisado el texto y ha escrito «éxitos» (*succès*) donde debiera haber dicho «derrotas» (*défaites*). (N. del T.) <<

[35] Nodier ha tomado esta palabra de otra árabe: *Caphar*, que tiene el significado de «pagano». (N. del T.) <<

[36] Navío árabe de cabotaje. (*N. del T.*) <<

[37] Título original: *Lydie ou la Résurrection*, 1839.

Traducción de Javier Martín Lalandá. <<

[38] La palabra que aparece en el texto es *esprit*, que puede significar «inspiración», «iluminación», «alma», «persuasión» o «sugestión», y también «espíritu», que podría personalizar al Tentador. (N. del T.) <<

[39] Título original: *Franciscus Columna*, 1844.

Traducción de Luis Alberto de Cuenca. <<

[40] La *Hypnerotomachia Poliphili* (Venecia, Aldo Manuzio, 1499) ha sido objeto de una edición facsimilar reciente: Zaragoza, Las Ediciones del Pórtico, 1981. El mismo año, Pilar Pedraza la tradujo al castellano con el título de *Sueño de Polifilo*: Murcia, Comisión de Cultura del Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos, dos volúmenes. (N. del T.) <<

[41] Título original: *Du Fantastique en littérature*, 1830.

Traducción de Javier Martín Lalandá <<

[42] *Superstant* en el original. (N. del T.) <<

[43] Famosa colección de cuentos de la época, de corte tradicional, como los de Mme. Le Prince de Beaumont o los de Perrault. (*N. del T.*) <<